Betty Carrillo Z.

¿ROSAS *sin* ESPINAS?



¿ROSAS Sin ESPINAS?

Betty Carrillo Z.

Diseño de portada: Carol Búho
Edición: Betty Carrillo Z. / L. Farinelli
© Betty Carrillo Z., 2026
San Juan, Puerto Rico
E-mail: bcarrilloz@outlook.com
Facebook: https://www.facebook.com/bettycarrilloz.novelas
Twitter: @BettyCarrilloZ
Instagram: @bettycarrilloz
Página de autor Amazon: amazon.com/author/bettycarrilloz

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito del titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

ARGUMENTO
NOTA DE LA AUTORA
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capitulo 56
Epílogo
LIBROS PUBLICADOS

ARGUMENTO

Natalia y Lorena lo tenían todo; un hogar construido con amor, promesas que parecían eternas y una conexión que creían inquebrantable.

Pero el amor no siempre es solo belleza. A veces, como las rosas, también tiene espinas.

Un error esporádico, una mentira, una desconexión, palabras dichas desde el dolor y silencios que pesan, comienzan a lacerar lo que parecía perfecto.

Cuando el amor lastima, ¿se lucha hasta el final o se aprende a soltar?

¿Rosas sin espinas?, es una historia intensa y profundamente humana sobre el amor real; ese que no es perfecto, que duele, que enseña… y que a veces exige valentía para sanar.

¿Podrá Lorena protegerse sin dejar de amar?

Y Natalia, ¿podrá superar sus errores y obtener una segunda oportunidad?

Te invito a descubrirlo.

NOTA DE LA AUTORA

¿Rosas sin espinas?

¿Por qué ese título? Porque en el amor siempre creemos que nunca saldremos lastimados, porque el amor es igual de hermoso que una rosa; pero, por algún motivo, por simple que sea, a veces salimos lastimados por las espinas en su tallo. Este es el resumen de esta historia.

Desde que pensé en ¿Rosas sin espinas?, o mejor dicho, desde que la historia entró en mi cabeza, sabía que me resultaría un poquito complicado escribirla. La razón era simple: quería salirme de mi zona de confort, quería una historia un poco más real.

Y todo comenzó con una canción; una canción de los años ochenta que me dio la idea para esta historia entre Natalia y Lorena. Tardé nueve meses en escribirlo, no por vaguería, sino por falta de tiempo, cambio de trabajo, mudanza, accidentes, cansancio, agotamiento mental… pero ya estamos aquí, y ustedes tienen en sus manos una historia llena de amor, pero también de mucho sufrimiento. De esperanza y superación.

Mi meta con cada historia que escribo es, simplemente, que pasen un buen rato, pero que también reflexionen; en este caso, sobre el poder del perdón, en el poder de protegerse como personas, con dignidad, y no permitir que las emociones nos hagan cometer un error tras otro, que lastimen a otros o que te lastime a ti misma.

Agradezco a todas las lectoras que me escribieron, que me exigieron que continuara escribiendo, que les regalara una historia. Mi intención siempre ha sido complacerlas y pido disculpas por este atraso, pero tuve razones de peso que ya expliqué antes.

Agradezco, enormemente, a Carol Búho por la creación de la portada de este libro. Es un honor tener su nombre en los créditos. A mi adorada L. Farinelli por su apoyo, por sus ediciones, por su ayuda cuando no podía escribir. Te quiero un mundo, siempre estaré agradecida por su presencia en este mundo.

San, Dani, Nancy y Bely, gracias por estar.

En esta ocasión, y como siempre, les pido que si les gustó el libro, lo comenten, lo reseñen y lo compartan; eso nos va a ayudar mucho.

A ustedes, un beso y un gran abrazo. Gracias por esperarme.

Los quiero mucho.

Betty

Capítulo 1

El sonido de la alarma del reloj logró que ambas abrieran los ojos a la vez. Sin embargo, solo una se removió, estrechando aún más los brazos que la rodeaban.

—Buenos días, bebé —susurró Lorena, sintiendo en la espalda a su esposa, que estaba pegada a ella como si de un imán se tratara —. Ya tenemos que levantarnos. Te haré café.

—No quiero —respondió Natalia con voz aniñada.

—Bebé... —dijo con un tierno tono de advertencia, tratando de liberarse del abrazo.

Natalia, una mujer de estatura media y delgada, de cabellos cobrizos, se giró entre los brazos de su pareja hasta encajar la nariz en la barbilla de la otra, luego de dejarle un delicado beso en los labios. Lorena, que aún dormitaba, pero tenía conciencia de que debía levantarse, se dejó acariciar por la mujer con la que compartía más de seis años de amor.

Todas las mañanas eran iguales; sonaba la alarma, y la pareja se quedaba un buen rato debajo de las sábanas, acariciándose y mimándose, sin interés alguno por salir de la cama. Aunque una de las dos terminaba siempre poniendo freno a esos momentos que tanto disfrutaban; de otro modo, llegarían tarde al trabajo cada día.

Lorena, una rubia de treinta y cinco años, era ejecutiva de ventas en un concesionario de autos. Natalia también trabajaba en ventas, pero en una compañía de salud que ofrecía servicios a los adultos mayores. Ella disfrutaba estar en la calle, visitando egidas y hospitales. Amaba hablar con ancianos; era empática, cálida, y muy cariñosa con ellas.

Acurrucada en el pecho de su esposa, de solo pensar en salir de su lugar seguro, a Lorena le pesaba. Y la mujer de cabello oscuro no era, precisamente, de mucha ayuda; aunque sus palabras dijeran lo contrario. Ellas se amaban con intensidad; y la clave de ese amor estaba en esos pequeños ratitos diarios que se regalaban antes y después de dormir.

Los labios de Lorena acariciaron con ternura la cabeza de Natalia, que mantenía la nariz pegada a su pecho.

—¿Qué ruta tomarás hoy? —preguntó Lorena.

—No sé. Wilder me informó que llegaba alguien nuevo, así que es posible que tenga que quedarme a entrenar —respondió.

—Mmm...

—¿Y tú? —fue el turno de Natalia de preguntar.

—Haré inventario de un cargamento. Llegaron unos modelos nuevos de camionetas.

Natalia salió de su escondite y miró a su mujer con picardía.

—Quiero una —dijo, haciendo pucheros.

—Tienes una que no llega a dos años, Nat —le recordó.

—Mi esposa me comprará otra —bromeó, mordiéndole la barbilla.

—Si la quieres, ve a mirar. La cambiamos.

—Sabes que bromeo, mi baby.

Lorena sonrió y la besó en los labios.

—Lo sé. Pero si de verdad quieres cambiar tu camioneta...

Natalia la abrazó una vez más, apretándose contra su cuerpo. Se besaron con ternura, hasta que Lorena le dio una suave palmada en el trasero.

Era la señal. La sesión mañanera había terminado.

***

Durante el día, ya en el trabajo, Natalia se sintió algo incómoda con la nueva candidata en la oficina. Era una mujer muy joven, no pasaba de los veintitrés años, pero irradiaba una seguridad desconcertante, considerando que era su primer día en la oficina.

En efecto, y como imaginó, ese día no tuvo que salir a visitar las egidas y hogares, como era habitual los días viernes, porque Wilder, su jefe, le pidió que le mostrara las cuentas activas y el proceso de visitas. Algo que Natalia consideró un error, pues era información de la empresa y cuentas que ella consiguió por mérito propio.

Dos toques en la puerta de la oficina le anunciaron al gerente que alguien requería de su atención.

—¡Adelante! —ordenó Wilder sin apartar la vista de los documentos que tenía delante de él.

Natalia, que vestía informal, como cada viernes, asomó la cabeza antes de entrar.

—¿Estás ocupado? —preguntó.

Él levantó la cabeza, dedicándole una sonrisa e invitándola a entrar.

—Hey, Natalia, adelante. Estoy en algo, pero dime, ¿en qué te ayudo?

—¿Cómo estás? —saludó, sentándose frente al escritorio.

—Muy bien —respondió—. ¿Qué te trae por aquí? —le dedicó una amigable sonrisa antes de volver a los papeles.

—Wil, esta chica, Mireya…

El gerente levantó la cabeza, poniéndole atención.

—¿Qué pasó?

—No, nada ha pasado —aclaró de inmediato—. Solo quiero saber si es de tu confianza, si la conoces.

Wilder frunció el entrecejo.

—¿Y eso? Ella es una candidata como cualquiera otra —respondió a la defensiva.

Natalia frunció el ceño al notar un halo de molestia en su voz.

—Lo sé, no es por mal —dijo—. Es que me pediste que le mostrara las cuentas y si no la conoces, o no es de tu confianza, considero que es un riesgo.

—¿Por qué? No hay nada que ocultar, Natalia. ¿O sí? —la miró con suspicacia.

—De mi parte, no oculto nada —respondió—. Solo quiero señalarte ese detalle. Ella es alguien que acaba de entrar. Las cuentas son nuestra fuente de ingreso; de hecho, yo las conseguí.

—Pertenecen a la empresa, Natalia, aunque tú las hayas conseguido —le dijo con un tono molesto.

Ella fijó la mirada en el hombre que, de repente, desconocía. Guardó silencio, luego asintió, entendiendo que era una pérdida de tiempo intentar hacerlo entrar en razón. Evidentemente, había algo oculto en la elección de esa nueva candidata.

Wilder, al notar que el silencio reinó en la oficina, se recostó de la silla, cruzando las manos.

—Bueno, solo quería comentarte eso —dijo ella.

A continuación, Natalia se levantó; él la siguió con la mirada. De repente, de la nada, eran dos extraños y no era la norma. En esa oficina eran un equipo y se consideraban amigos. Por eso ella decidió hablar en persona con él; le pareció extraño ese exceso de confianza con la candidata en su primer día de trabajo.

—Natalia —la llamó Wilder en cuanto ella dio la espalda—, estaré pendiente —le anunció con un tono serio.

Ella asintió; luego salió de la oficina sin decir más.

Una vez solo, Wilder soltó el aire contenido, sin dejar de mirar la puerta por donde Natalia salió.

Una vez regresó a su área de trabajo, observó atenta el comportamiento de la chica. Mireya era una mujer muy linda, delicada y algo coqueta, percibió. Natalia sacudió la cabeza y decidida se sentó frente a la chica que la esperaba para continuar el entrenamiento.

***

—¡Bebé! —saludó Lorena a su mujer en cuanto le contestó el teléfono.

—Hola, baby —respondió Natalia.

—¿Estás en la casa?

—Sí.

Lorena sintió de inmediato el malestar de su esposa. No era usual que respondiera con monosílabos.

—Te recogeré. ¡Vamos por comida chatarra! —la invitó.

—Mmm… —Natalia dudó.

—¿Te pasa algo, bebé? —le preguntó. Ninguna de las dos iba con rodeos en su relación.

—No, tranquila. Es que estoy cansada. Pero sí, ven por mí —le pidió—. Quiero salir.

—Estoy cerca. En cinco minutos estaré allí.

—Perfecto.

Natalia llevaba solo quince minutos en la casa; quince minutos sentada en medio del sofá de la sala. Se había descalzado; en su mente se creaba una historia donde ella no estaba incluida. Analizaba cada hecho de ese día; y con cada detalle que recordaba de las pocas horas que compartió con aquella joven, confirmaba que algo no andaba bien. Además, una sensación en su pecho se lo decía; su instinto le hablaba.

Unos minutos después de la llamada, Natalia oyó el motor del auto de su esposa. Se calzó de inmediato, cerró la puerta de la sala y salió de la casa.

Su sonrisa, esa que no apareció en todo el día, se formó en sus labios al ver a Lorena de pie, recostada contra el auto, con las piernas cruzadas y una enorme sonrisa cubriéndole el rostro.

—Dios mío, es que la amo —murmuró, dándole la espalda por un momento para cerrar la puerta.

Mientras se acercaba, vio cómo la hermosa rubia abrió los brazos para recibirla. Natalia se aferró a su pecho, devolviéndole el abrazo con fuerza, hundiendo el rostro en el cuello de Lorena y aspirando su olor; ese que le daba paz, al que era adicta desde hacía tanto.

Lorena cerró los brazos en torno a ella, acariciándole la espalda con suavidad.

—Bebé..., ya estoy aquí —susurró, depositando un beso en su sien.

Natalia soltó un suspiro. Lorena se apartó apenas lo justo para mirarla a los ojos. Sus dedos levantaron su barbilla y depositó un tierno beso en sus labios.

—¿Tuviste un mal día? —le preguntó con dulzura.

Natalia asintió, haciendo un mohín, y ella sonrió por su gesto.

—Ahora —añadió, rozándole los labios con los suyos— me contarás de camino a las hamburguesas que te gustan.

Natalia asintió.

—¿Segura de que no tenías otros planes? —preguntó, arqueando una ceja.

Lorena sonrió de nuevo, con ese gesto que siempre conseguía calmarle todo.

—Mi único plan hoy es estar contigo —respondió, luego le guiñó un ojo—. Vamos, sube. Te prometo que después de esta cena grasienta, el día de hoy quedará atrás.

Natalia volvió a abrazarla con más calma esta vez.

—Gracias por ser mi refugio —susurró en su oído—. No sé qué haría sin ti.

—Nunca tendrás que averiguarlo —respondió Lorena, besándola en la frente—. Siempre estaré aquí.

Minutos después, el auto se detuvo frente a un pequeño sitio de hamburguesas que ambas adoraban; de esos Food Truck, enormes, con sombrillas y mesas en un estacionamiento, pero con un sabor que ninguna cadena podía igualar.

—¿Aquí? —preguntó Natalia, señalando una de las mesas.

—Aquí —Lorena le guiñó el ojo—. Sé que cuando tienes un día de mierda, la mejor medicina es una hamburguesa grasienta, papas fritas bien saladas y un batido de vainilla. Y hoy no vamos a contar calorías. Por primera vez en horas, Natalia soltó una suave risa. Junto a su mujer, las tormentas solían aplacarse.

Lorena se acercó a pedir la comida; pidió sin remordimientos. Dos hamburguesas dobles con queso, papas grandes y un par de batidos.

Mientras comían, Natalia fue soltando poco a poco la tensión acumulada, contándole con detalles a Lorena la integración de aquella joven mujer al equipo de trabajo, y las cosas que notó, que no le parecieron normales.

Lorena la escuchaba con atención, sin interrumpirla, dándole el espacio que necesitaba.

—¿No será que están ampliando la empresa? —dijo Lorena entre mordisco y mordisco—. ¿Que requieren más personal? —comentó, buscando apaciguar la ansiedad de su esposa.

—No creo. Con el equipo que hay en la actualidad es suficiente. Claro, alguien más para ayudar y complementar no está de más. No es que me niegue a que haya más empleados, no es eso —aclaró.

—Lo sé, bebé. Es lo del exceso de confianza —afirmó Lorena, agarrando las papas de su esposa.

—Exacto. Y le pregunté a Wilder si la conocía. O sea, si la conoce, pues, no hay lío, él sabrá, pero me salió por la tangente.

—¿Y qué piensas hacer? Me preocupa lo de las cuentas que están bajo tu responsabilidad.

—Cuentas que pertenecen a la empresa.

Natalia soltó la hamburguesa en cuanto recordó las palabras de su jefe. Ella se sacrificó mucho por obtener esas cuentas para estabilizar la compañía en la que creía; donde llevaba ya tres años. No era justo que de buenas a primeras minimizaran su trabajo. Eso la entristecía.

Sintió las manos de su esposa tomar las suyas por encima de la mesa y estrecharlas. Ella levantó la mirada; se encontró con sus ojos, esos que le transmitía calma.

—Todo va a estar bien —le aseguró con una tierna sonrisa—. Te lo prometo, mi bebé.

Los ojos de Natalia se humedecieron, pero esta vez por alivio que le concedió esa promesa.

—¿Cómo haces para siempre saber lo que necesito escuchar?

Lorena sonrió.

—Porque te conozco. Porque te amo —respondió—. Y porque no hay nada que me importe más que verte bien.

Natalia se inclinó y la besó con ternura.

—Gracias por existir, *baby*. Y por la hamburguesa —dijo, luego volvió a agarrarla. De repente, miró su cuenco de papitas y detuvo el movimiento—. Lorena Lindor… —pronunció su nombre con un tono de advertencia. Ella sonrió, consciente de lo que pasaba—, ¿y mis papas?

El gesto de inocencia de su mujer la hizo reír.

La noche siguió entre risas, confidencias y papas compartidas. Al alejarse del lugar, Natalia ya sentía el pecho más liviano, sostenido por el amor y la certeza de que, pasara lo que pasara, Lorena siempre estaría allí.

***

La noche había caído por completo cuando regresaron a su hogar. El trayecto de vuelta fue tranquilo, con el aire fresco entrando

por la ventanilla entreabierta y una suave *playlist* sonando de fondo. Natalia iba recostada del asiento, con una mano entrelazada con la de Lorena sobre la palanca de cambio.

—Gracias por esto… —susurró Natalia, con una voz mucho más serena que la de horas atrás.

—De nada, bebé —Lorena le apretó sus dedos—. No quiero que te afectes por algo que es posible que no sea nada. En todos los lugares de trabajo siempre habrá problemas.

—Lo sé, estaré más tranquila y más atenta.

—Esa es mi beba.

Natalia rio genuinamente esta vez.

Cuando llegaron, Lorena estacionó el auto frente a la propiedad y apagó el motor. No se apresuraron a salir; se quedaron un momento ahí, en silencio, mirándose. Luego ella se inclinó y rozó los labios con los de Natalia, despacio, con ternura.

—Vamos adentro —susurró—. Una ducha y nos acurrucamos en el sofá. No quiero que pienses en nada más hoy.

Ya adentro, ambas tomaron una ducha; juntas, entre abrazos y mimos, hablaron de todo un poco. Poco después, tal como lo planearon, se acurrucaron en el sofá. Natalia se acomodó entre los brazos de su esposa, con la cabeza en su pecho, escuchando el ritmo constante de su corazón.

—*Baby*, olvidé comentarte… —murmuró Natalia, cerrando los ojos.

Lorena besó su cabeza.

—¿Qué?

—Recibí un correo del grupo organizador de mi clase graduanda de secundaria.

—¡Uf! Sí que ha pasado tiempo. ¿Se van a reunir?

—Sí —respondió—. Será el aniversario de los quince años

—¿Cuándo es?

—No estoy segura, no le presté mucha atención, pero me gustaría ir. ¿Me acompañarías?

—Por supuesto, mi *baby*. Solo confirma bien las fechas, ¿de acuerdo?

Natalia sonrió contra su pecho; rozó los labios por el largo cuello de su esposa, dejando que la calidez de su piel la envolviera.

—Te amo tanto… —susurró, casi, en un suspiro.

—Y yo a ti, amor mío —respondió Lorena—. Más de lo que las palabras pueden decir.

Así, envueltas en ese abrazo, dejaron que el cansancio y el peso del día se desvanecieran. No hacía falta más. Solo ellas, en su pequeño refugio de amor.

Capítulo 2

La pareja salió pasadas las siete de la mañana a sus respectivos trabajos. Tras cerrar la puerta de la cocina, Natalia se fijó en que su esposa no abría el portón del estacionamiento de la casa, a pesar de tener su camioneta encendida.

—Lore, ¿tienes el control remoto? —preguntó aún de espaldas a su mujer.

—Sí, lo tengo —respondió.

Natalia se acomodó el bolso en el hombro.

—¿Y por qué…? —se interrumpió tras girar y encontrarse de frente con su alta esposa, recostada de su camioneta con la puerta del conductor abierta.

Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro al ver el gesto de picardía con que Lorena la contemplaba. Siguiéndole el juego, sus ojos la recorrieron de arriba abajo con descaro. La cobriza vestía una chaqueta de color crema, sobre una camisilla negra, sin mangas, complementada con un pantalón ajustado del mismo color.

—¿Te vestiste así para marcar territorio en la oficina? —le preguntó Lorena, alzando una ceja.

Natalia caminó hacia su esposa despacio, rodeándola para dejar el bolso en el asiento del pasajero, rozando su pecho con absoluto descaro.

—¿Qué? ¿Estás celosa? —respondió con picardía y una sonrisa torcida.

Lorena tragó saliva. Aun así, lento, tomó a Natalia por los hombros, pegándola de espalda a la camioneta, rodeándola con el brazo que apoyó sobre el capó.

—Vamos temprano —le dijo al oído, provocándole a su mujer un intenso estremecimiento en todo el cuerpo.

—Sí, pero no podemos tardarnos —respondió Natalia con un hilo de voz, porque su esposa, después de susurrarle al oído, pasó los labios por su cuello, apartándole la chaqueta y lamiendo su hombro.

Las fuertes manos de Lorena le tomaron la cintura, pegándola a su cuerpo.

—No vamos a tardarnos, bebé —le aseguró, ahora rozándole la piel del cuello y hombros con la boca abierta.

Natalia se quitó la chaqueta para facilitarle el acceso; la colocó con cuidado sobre el capó. Con las manos libres, acunó la cara de Lorena para besarla con pasión. El aire se encendió y los corazones se aceleraron, ya invadidos por el deseo de sus pieles. Sus cuerpos se unieron en una danza de movimientos y roces desesperados contra la camioneta.

Cuando ellas se besaban, se olvidaban de todo; no existía nada más que sus labios y ansiosas caricias. Natalia comenzó a desabotonar la camisa de seda rosada que Lorena vestía, dejando al descubierto un brassier de encaje negro, que la hizo gemir de solo verlo.

—Te voy a comprar sostenes deportivos para que vayas al trabajo —le dijo, mirando la prenda ardiente con deseo.

—No suelo usarlos para el trabajo, tenía planes hoy —respondió, pasando un dedo, eróticamente, por el centro de su pecho.

—¿Tenías planes? Descarada —la acusó, antes de atrapar su boca. Con ansiedad, terminó de quitarle la blusa para no estrujarla.

Lorena, una vez se sintió libre de la tela, descendió una mano en busca de la intimidad de su esposa, que la recibió con calidez. No hubo preámbulo, solo un deseo incontrolable entre dos ardientes amantes. Con la mano izquierda, le levantó la pierna, haciéndose espacio, colocándola a la altura de su cadera y pegando su espalda a la camioneta.

El gemido de Natalia, al sentirse llena, enloqueció a su esposa, que comenzó una escalada de embestidas rápidas y fuerte. Desde la mañana, Lorena se contuvo, esperando el momento adecuado. Minutos antes, cuando la vio ponerse la chaqueta, decidió que era necesario quitársela de inmediato y hacerla suya, como cada día.

Natalia movió la pierna con la que mantenía el equilibrio hasta el centro de su mujer, que comenzó a rozarse buscando un poco de alivio, pero era incómodo, por lo que desistió; mantuvo toda su atención y fuerza en poseer a su esposa, que gemía sin control mientras era poseída.

Cuando Natalia apretó sus hombros y clavó las uñas en su piel, ella le soltó la pierna para sostenerla fuerte por la cintura. Juntas giraron alrededor del mundo, envueltas en el fuego y la agitación; la pasión las acercó a la cima a una velocidad vertiginosa. La cobriza se abrazó a su esposa, casi llorando. Siempre era así; las lágrimas de placer aparecían en sus ojos al alcanzar el éxtasis.

—Te amo, bebé —le susurró Lorena al oído.

Natalia respiraba agitada, saciada. Asomó una leve sonrisa.

—Mi amor —jadeó, antes de separarse un poco y acariciar su nuca, mirándola fijo. Luego le sonrió y la besó en los labios.

Lento, y sin dejar de besarla, Natalia bajó las manos hasta la cinturilla del pantalón pitillo que Lorena vestía. Rodeó su cintura hasta encontrar el comienzo de la correa, que soltó sin problemas. Sintió la sonrisa de su mujer dibujarse cuando le bajó el cierre y le mordió el labio inferior.

—Espero —la besó en la barbilla—… que tengas —la lamió en el cuello hasta el pecho—… un maravilloso —dejó un sendero de besos por su abdomen—… día.

Fue lo último que Lorena escuchó antes de que su intimidad quedara apresada por la boca de su esposa.

***

El auto de Lorena seguía de cerca el de Natalia, que de vez en cuando miraba por el retrovisor y sonreía. En unos segundos, ambas tomarían caminos diferentes para llegar a sus respectivos trabajos.

—¿Estás recompuesta? —preguntó la cobriza a través del teléfono, que permanecía en alta voz.

—*Pues no, me dejaste bastante sensible* —respondió Lorena.

Natalia sonrió.

—No me culpes. Si no me hubieses besado, ya estaríamos en la oficina.

—*¿Te quejas?*

—En lo absoluto. Eso sí, no vuelves a salir al trabajo con ese brassier, ¿de acuerdo?

La carcajada de Lorena, al verla levantar el puño a través de la ventanilla, fue intensa.

—*Bebé, nadie va a ver mi brassier.*

—Lore, ¿quién crees que tendrá esa imagen todo el día grabada en su cabeza?

—Tonta.

—*Tonta no, quiero concentrarme. Debo conservar mi trabajo.*

Lorena notó al instante el tono de preocupación detrás de su comentario. En el siguiente semáforo se alineó a su lado y bajó la ventanilla.

—Todo estará bien, bebé. Mantente concentrada en lo tuyo y no dejes que nada te perturbe, ¿de acuerdo? —le dijo a través del teléfono, mirándola.

Natalia le sonrió y asintió. Cuando el semáforo cambió a verde, se despidieron lanzándose besos.

***

Natalia aparcó en el lugar asignado para ella dentro del estacionamiento soterrado de la empresa. Miró la hora en el tablero de la camioneta; faltaban seis minutos para entrar a la oficina. Por lo general, era ella quien primero llegaba, pero esta vez decidió esperar.

Bajó el visor y se retocó el labial. Su celular se iluminó de pronto; sonrió al ver que tenía un mensaje de texto.

"Recuerda que eres una pieza importante en la compañía. Nada ni nadie te va a suplantar. Mantente serena. Te amo."

Después de besar la pantalla de su teléfono, apagó el motor y se dispuso a bajar de la camioneta. De la nada, advirtió un movimiento en el estacionamiento frente a su auto que la hizo detener todo movimiento; se quedó observando. Poco a poco bajó el respaldo de su asiento para ocultarse.

Vio a una joven que sonreía mientras hablaba por teléfono; una mujer que reconoció de inmediato. El frío que se apodera del pecho cuando se confirma una sospecha, inundó a Natalia. Segundos después, el auto de su jefe se estacionó muy cerca.

La mujer, al notar que el otro auto llegaba, finalizó la llamada y esperó a Wilder. Ambos se miraron con complicidad. No se tocaron,

pero por la manera en que se sonreían, no hizo falta confirmar que se conocían.

Capítulo 3

La mañana en la oficina de Special Care transcurrió con normalidad. Natalia organizaba las visitas que haría ese día a los hogares de ancianos. Notó en su agenda que cubriría tres casas esa mañana; sonrió al percatarse de que eran de sus favoritas, pues todos los ancianos la trataban como a una hija cuando la veían llegar. Con el dedo señaló la pantalla, luego escribió en una hoja la cantidad de "chicas" y "chicos" que vería en cada visita.

A continuación, se levantó; se dirigió a una oficina que utilizaban como "refugio", durante las horas de descanso. En el lugar había una cafetera, una mesita con dos sillas, un fregadero y contaba también con gabinetes donde guardaban algunos refrigerios que compartían todos en la oficina.

Ella subió a una banqueta, abrió el gabinete superior para sacar una caja que tenía su nombre escrito. Sonrió, al elegir entre las cosas que guardaba; trece libros de crucigramas y la misma cantidad de bolígrafos de tinta roja, además de dos bolsas de paletas. Luego buscó una bolsa de tela con el nombre de la oficina grabado, puso todo ahí y volvió a subir la caja.

Tras bajar de la banqueta y dar dos pasos, se detuvo; hizo un movimiento con las manos y volvió. En seguida, tomó tres piezas más de cada cosa.

—Nunca se sabe si han llegado chicos nuevos —murmuró.

—¡Natalia! —ella giró la cabeza al escuchar el llamado de José, que se asomó por la puerta—. Wilder quiere verte —le informó.

—Ya voy —respondió, luego guardó la caja de nuevo y cerró el gabinete.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó José, acercándose.

—Tranquilo, ya terminé.

—¿Regalitos para los viejitos?

—Para mis chicos, José —le corrigió.

Él sonrió y salió del salón.

Natalia dejó los artículos encima de su escritorio, tomó su tableta y se dirigió hacia la oficina de su jefe. Al pasar, todos sus

compañeros la saludaban con cariño; Natalia era muy querida por su entrega y empatía con todos. Las bolsas de paletas que guardaba con celo siempre eran compartidas con ellos.

—Ya estoy aquí —anunció ella después de tocar a la puerta de su jefe.

Wilder levantó la cabeza.

—¿Cómo estás, Nat? Siéntate —le pidió, con amabilidad.

—Te escucho, Wilder —dijo, sentándose frente a él.

—Hoy vas de visitas, ¿cierto? —preguntó, sin apartar la vista de la pantalla de su computadora.

—Correcto.

—Bien, creo adecuado que Mireya te acompañe.

Natalia frunció el entrecejo tras escucharlo.

—¿Y eso? —preguntó, sintiendo la sangre congelarse en sus venas.

Al fin, Wilder levantó la mirada, luego apoyó los codos en el escritorio y se quedó observándola.

—Quiero que le enseñes la ruta, se la presentes a los clientes... En fin, que la conozcan.

Natalia se recostó en la silla; cruzó los brazos, clavando los ojos en el hombre que había sido su jefe durante los últimos tres años. Las palabras de Lorena se repitieron claras en su mente, "mantente serena".

—Wilder, no hay ningún problema con eso —dijo.

—No debe haberlo, Natalia —respondió con arrogancia.

Ella apoyó las manos sobre los muslos, moviendo los dedos. No quería que él se diera cuenta de su estado de ansiedad.

—¿Quieres decirme qué es lo que pasa?

Wilder frunció el entrecejo.

—¿En qué sentido pasa algo? —rebatió él, con una actitud que a ella no le agradó ni un poco.

—Mireya —respondió con firmeza.

—¿Qué ocurre con ella, Nat?

—Las visitas a los pacientes son exclusividad mía. Las listas de ventas y los estados financieros son documentos delicados. ¿No

crees que deberías evaluar su desempeño en la oficina antes de lanzarla a tratar con clientes?

—Estoy preparándola para que pueda cubrir cualquier puesto. He visto que cubres todas las áreas, y te lo agradezco, pero… ¿qué hago en caso de que no estés aquí?

Natalia lo miró a los ojos. "Mantente serena", volvió a su mente.

—Te entiendo —dijo—. Y es ideal contar con personal capacitado, pero ¿así, tan de repente? Hablamos de documentos confidenciales y pacientes, y no la conocemos del todo. Además, José sabe de cuentas, Andrea ha visitado pacientes, Yolanda maneja las listas —señaló—. Si yo falto, la oficina no quedará desprotegida. Aparte de eso, ¿por qué piensas que voy a faltar? —cuestionó, molesta.

—No lo digo de forma literal.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es el empeño?

—Porque desde que Mireya llegó no has hecho más que llevarme la contraria.

—No te llevo la contraria, en absoluto —aclaró—. Si lo analizas bien, lo que hago es proteger la empresa.

—¿Ah? —él se recostó en la silla y jugó con el bolígrafo entre los dedos—. ¿Y en qué sentido proteges? Porque lo que pretendo con esta nueva chica es balancear el trabajo entre todos. Eres la única que visita pacientes.

—Porque tú lo ordenaste —señaló—. Porque los dueños de los hogares quieren que sea yo quien trate con la comunidad de chicos. Por eso soy yo quien los visita.

—Sabes que no son chicos, ¡ya deja de llamarlos así! —le ordenó con un tono de desprecio.

Natalia se quedó boquiabierta. Ese no era el hombre al que durante los pasados años le había tenido cariño y admiración. Ella solía dirigirse a los ancianos de los hogares como chicos y chicas por amor, porque los adoraba y respetaba; porque su empatía iba más allá del hecho de que eran clientes de la empresa. ¿Cómo Wilder le salía ahora con ese comentario?

"Mantente serena", volvió una vez más a su mente.

—Wilder, entiende algo, no tengo nada en contra de Mireya. Si me atrevo a hacerte este tipo de comentario, es solo porque es muy pronto para darle tanta confianza. Lleva apenas dos días aquí.

—Que vaya contigo a las visitas, Natalia. Es mi última palabra —zanjó su jefe.

Natalia lo miró fijo a los ojos, pero Wilder no apartó la mirada. Tras unos instantes, ella asintió, quieta, sin moverse, lo que a él le incomodó.

—Ahora, si me permites, tengo que realizar una llamada urgente, y tú debes salir a hacer las visitas.

Natalia se levantó sin decir nada. Por dentro, su sangre hervía; sentía los ojos arderle, pero sabía que afuera estaban sus compañeros. No se dejaría ver débil, así que suspiró profundo en cuanto cerró la puerta tras de ella. Se dirigió al baño y se encerró en un cubículo. Respiraba hondo, levantando la cabeza para evitar que las lágrimas de coraje escaparan de sus ojos. Miró sus manos porque le temblaban. Tenía tanto coraje que sentía que no podría manejarlo.

Minutos después, más repuesta, salió del baño mostrando una sonrisa que no sentía. Al pasar por el escritorio de su nueva compañera, se detuvo.

—Mireya, salimos en veinte minutos —le informó.

—¿A dónde? —preguntó la chica con excesiva confianza.

—A visitar pacientes —respondió.

Capítulo 4

El silencio dentro de la camioneta fue interrumpido por el timbre del celular de Natalia; algo que agradeció, pues ya le resultaba incómodo mantener una conversación unilateral con Mireya.

Ella manejaba una camioneta de color blanco, rotulada con el nombre de la compañía; desde que salió de la oficina, intentó mantenerse serena y tratar a su compañera con cordialidad, explicándole detalles del lugar al que se dirigían. Sin embargo, era difícil, ya que la chica no parecía interesada en nada de lo que ella decía; al contrario, su atención estaba puesta en la pantalla de su celular.

Natalia frunció el ceño al ver un número extraño titilar en la pantalla. No acostumbraba a contestar llamadas de números desconocidos, pero, en esta ocasión, deseaba mantenerse ocupada en algo.

—¿Hola?

—¿Natalia?

Ella no reconoció la voz en el teléfono.

—Sí.

—Te habla Anabelle, la presidenta de nuestra clase graduanda —anunció la interlocutora—. *¿Me recuerdas?*

—¡Anabelle! ¿Cómo estás? —respondió emocionada; hacía días que esperaba esa llamada.

—Disculpa que te llame, pero me dieron tu número. Quería invitarte a la reunión de la clase.

—Sí, supe que se reunirían.

—Claro, ya sabes, quince años es mucho tiempo. ¡Hay que celebrar!

Natalia rio.

—Por supuesto. ¿Tienen fecha? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Será la semana próxima —respondió su excompañera—. *El sábado, en el Centro de Usis de la universidad.*

—Perfecto. ¿Puedo llevar compañía? —preguntó.

—Claro. Te envío los detalles por mensaje, ¿de acuerdo?

—Perfecto.

—*Nos vemos entonces. Por favor, el código de vestimenta es crema y blanco.*

—Bien. Gracias por llamar, Anabelle.

Sin pensarlo, ni recordar que llevaba compañía, emocionada, Natalia marcó el número de Lorena, que contestó al segundo timbrazo.

—*¿Baby?*

—¿Estás ocupada?

—*Un poco, pero para ti, tengo todo el tiempo. ¿Qué pasó?*

—Amor, reserva el sábado de la próxima semana, ¿de acuerdo? Es lo de la reunión de la clase.

—*Qué bien. ¿Te confirmaron entonces?*

Natalia sonrió.

—Sí, acaban de llamarme.

—*Estás emocionada* —le dijo su esposa, burlándose.

—Hace mucho que no veo a nadie de mi clase. Es un milagro que se acordaran de mí —se quejó.

—*Por favor, Nat, ¿quién puede olvidarse de esa cara preciosa?* —la cobriza se sonrojó ante el halago—. *¿Vas de visita?*

—Sí, voy a los hogares.

—*¿Cómo va todo?* —se interesó.

—Hoy voy con la compañera nueva —anunció para no ser maleducada.

Natalia giró la cabeza y le sonrió a Mireya; en ese momento se percató de que su compañera estaba prestando atención a su conversación en lugar de al celular, como había hecho toda la mañana.

En el teléfono, Lorena se quedó en silencio, sin saber cómo reaccionar.

—*¿Ya...? ¿Estás bien?*

—Sí, amor. Te llamaré en la hora del almuerzo —anunció para no dar más explicaciones—. Recuerda reservar la fecha.

—*De acuerdo, quinceañera. Te amo.*

—Te amo más. Chao.

Natalia sintió el típico pinchazo en el pecho que le quedaba cada vez que terminaba una llamada con su esposa. Esos años juntas no habían disminuido ni un poco el amor que se brindaban.

Mireya se percató de la sonrisa que se dibujó en su rostro.

—No sabía que eras lesbiana —dijo sin apartar la mirada.

Natalia giró la cabeza, sorprendida; se encontró con un gesto en el rostro de Mireya que no pudo identificar.

—No lo oculto, pero... ¿cómo lo sabes?

—Escuché la voz de quien te hablaba —respondió esta—. Era una mujer.

—Sí, mi esposa —confirmó.

—¿Llevan mucho tiempo juntas?

—Tres años casadas, seis juntas —dijo con orgullo.

Mireya asintió. Natalia sonrió y alzó las cejas al darse cuenta del incipiente interés de su compañera.

—¿Wilder lo sabe?

La cobriza volteó a verla.

—Todos lo saben, Mireya —señaló—. Es extraño que él no te lo haya informado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mireya a la defensiva.

Natalia se percató de que su respuesta podía interpretarse como un ataque.

—No quiero decir nada —respondió con un tono neutro—. ¿Te incomoda estar dentro de un auto con una lesbiana?

—No, en absoluto. De hecho, soy bisexual.

—Ya...

Natalia respiró aliviada al encontrarse en la entrada del primer hogar que visitarían. Giró la camioneta a la derecha y se estacionó cerca de las escaleras que quedaban debajo del inmenso balcón del lugar, donde los pacientes jugaban dominó o, simplemente, se pasaban el rato en sus sillas mecedoras.

Ella agachó un poco la cabeza para mirar a través del cristal. Vio a algunos de sus chicos señalar la camioneta y luego avisar a los demás. Rio y los saludó con la mano.

Mireya, que lo observaba todo, frunció el ceño al notar la reacción de todos al verlas llegar.

—¿Siempre es así? —preguntó al descender de la camioneta.

—Sí, se alegran mucho cuando llego. ¿Me ayudas con ese bolso que está en el asiento trasero?

—¿Qué es?

—Regalitos para los chicos —respondió—. Déjame sacar la guitarra.

—¿Los chicos? —cuestionó Mireya con burla, mirando hacia el balcón.

—Sí, los chicos. Así los trato.

—¿Y también les haces un concierto?

Al no recibir una respuesta, Mireya asintió, tomó el bolso y siguió a su compañera escaleras arriba.

Esa visita, al igual que las siguientes, fue como Natalia acostumbraba; ella compartía con los ancianos, tocaba su guitarra para que algunos cantaran y, en ocasiones, se ocupaba de pasarle el secador a una que otra viejita presumida. Su corazón se llenaba con esos momentos; sin embargo, su felicidad no estaba completa, pues su nueva compañera parecía aburrida. Mireya insistía en que se hicieran los trámites pertinentes dentro de la oficina de administración con rapidez, porque deseaba salir de cada visita lo antes posible.

La última visita fue pasada la una de la tarde; la encargada del hogar las invitó a almorzar con los pacientes. La cobriza, por cortesía, le ofreció a Mireya su opinión. Esta torció la boca de solo imaginarse sentada en la mesa con los pacientes, pero accedió por la insistencia de la administradora y por no parecer hastiada. Aun así, su gesto durante la comida no era agradable.

Finalizado el día laboral, ambas subieron a la camioneta. Una vez dentro, Mireya tomó su bolso, sacó un frasco de perfume y se roció; luego, tomó su celular, lo desbloqueó y escribió algo.

—¿Tienes alguna duda del trabajo que hacemos en los hogares? —le preguntó Natalia.

—Sí, de hecho, tengo una duda —respondió, luego se giró para verla de frente.

—Te escucho.

—Creía que solo se visitaba para coordinar servicios. O sea, que la interacción con el administrador es directa.

—Sí, ese es el trabajo —confirmó ella.

—¿Entonces por qué interactúas directamente, y con tanta confianza, con los pacientes? ¿Eso es parte de la tarea? —preguntó, levantando una ceja.

Natalia se humedeció los labios.

—Estas personas a veces no tienen ni una visita al mes —explicó —. Intento que, al menos a mí, no me vean como una proveedora de salud. Quiero que mi visita sea agradable y que pasen un buen rato. Por eso los regalitos y la guitarra. Por eso comparto un rato con ellos.

—¿Y eso no le cuesta a la compañía? Quiero decir, tardamos más de dos horas por visita —señaló con sorna.

—Es parte del servicio, Mireya —explicó.

La joven asintió, luego, una vez más, se concentró en su celular.

Las cuatro de la tarde era la hora en que las oficinas cerraban operaciones. El cansancio del día, sumado a la tensión, se hizo más notorio para Natalia. Tras llegar a la oficina, se dispuso a terminar la documentación que entregaría a su jefe, incluyendo las nuevas órdenes de compra y algunas renovaciones de contrato.

Con su cartera colgada del hombro y su carpeta de documentos en las manos, se dirigió a la oficina de Wilder.

Su jefe levantó la vista al verla llegar; tomó la carpeta que ella le entregó y la abrió. Complacida, Natalia vio cómo él asentía al leer los nuevos contratos.

—Bien hecho, Nat —dijo, luego le regaló una enorme sonrisa y cerró la carpeta.

—Ya me voy —anunció.

—Descansa —le deseó, mientras él continuaba con su tarea.

Natalia abrió la puerta para salir y se encontró, de frente, con la joven mujer con la que pasó todo el día.

Capítulo 5

La imagen de Lorena, sentada sobre una de las piedras del acantilado que rodeaba la playa que tanto frecuentaban, bastó para que todo el mal humor del día de Natalia se desvaneciera.

El cabello rubio de su esposa ondeaba con suavidad por la brisa que la acariciaba. En su mano sostenía una copa de vino, como acostumbraban a llevar para esos momentos en los que el estrés del día las alcanzaba, y decidían permitirse una pausa. Compartían a solas, mirando el mar y escuchando el sonido de las olas, chocando contra las rocas.

Por lo general, no llevaban más que una pequeña cesta que siempre contenía vino y un par de copas de cristal. El área estaba compuesta por piedras enormes y lisas que les permitían caminar con cierta seguridad hasta su rincón favorito, cerca de la playa.

Natalia recibió el mensaje de su esposa justo cuando tomó el celular para escribirle, al salir de la oficina:

"Estoy en el acantilado." Fue lo único que Lorena escribió.

"¿Tienes vino?", le preguntó Natalia.

"Por supuesto, baby. No tardes, te extraño."

Emocionado, el corazón de Natalia dio un vuelco en su pecho. Ese lugar no era uno cualquiera; seis años atrás, ahí mismo, todo había comenzado entre las dos. Ella lo rememoró.

***

Fue Natalia quien, después de un rato en soledad, la vio primero, a lo lejos, sola, en medio de la tarde, sentada frente al mar. Lorena se apoyaba sobre los brazos, con las piernas estiradas, mientras la brisa jugaba con su cabello rubio.

Natalia nunca antes vio una imagen más sensual que aquella. Su mirada se quedó fija en su silueta, con tanta intensidad, que Lorena terminó por advertirla. De repente, sus ojos se encontraron. Aunque la distancia no les permitía distinguirse con claridad, la conexión fue real.

Natalia, algo introvertida, bajó la cabeza al verse descubierta. Más tarde sabría que Lorena también desvió la mirada… pero sonriendo. Cuando el sol se escondió y ambas se levantaron para dirigirse a sus autos, descubrieron que se hallaban estacionadas una junto a la otra; un deportivo y un compacto. Fue entonces cuando se miraron de cerca y la atracción se hizo palpable.

—¡Wow! —exclamó Natalia al verla acercarse.

Lorena lo escuchó, pero no supo qué responder; solo sonrió, se recostó de su auto y esperó que aquella mujer menuda se atreviera a dar el siguiente paso.

—Wow, digo yo.

El rostro de Natalia palideció al saberse descubierta. Sin embargo, la sonrisa de aquella mujer alta y rubia le dio valor para no dejarla escapar tan deprisa. Ella también se recostó de su deportivo, tan cerca, que casi rozaban sus rodillas.

—Hola. Soy Natalia —se presentó—. Llevo rato mirándote —dijo en un ataque de seguridad.

—Lo sé, lo noté —señaló la rubia con picardía, sin apartar los ojos.

De inmediato, Natalia reparó en lo perfilado de su rostro, en sus ojos almendrados, bajo su cabellera cobriza y brillante. Se imaginó rodeando su cintura, llenándose de la calidez que parecía desprender.

El silencio llenó el espacio hasta volverse casi incómodo. Lorena sacudió la cabeza y parpadeó, intentando liberarse del hechizo que le provocaba la pequeña mujer. Era tan impactante, que incluso dudó que pudiera ser soltera. Era imposible, pensó con un dejo de desilusión.

—Bien, me dio gusto conocerte, Natalia…

—¡¿Tienes tiempo para una cerveza?! —soltó ella repente—. ¿O agua? —alzando las cejas, movió las manos—. O refresco. Creo que perdimos mucho tiempo en ese acantilado.

—¿Perdimos? —preguntó Lorena, arqueando una ceja.

Natalia asintió y sonrió.

—Conversar habría sido más divertido —añadió—. Aunque mirarte no fue perder el tiempo.

Lorena se impresionó con la soltura con que la mujer que le hablaba y ahí mismo decidió que no podía dejarla escapar.

—¿Lo perdiste o no?

—¿Qué cosa? —preguntó Natalia, confundida.

—El tiempo. Dices que lo perdiste, pero te contradices.

Natalia negó con la cabeza, y Lorena dio un paso, quedando tan cerca de ella, que sintió que el alma se le escapaba del cuerpo.

—Cerveza está bien —dijo.

***

Desde aquel momento, ellas nunca se separaron. Convirtieron ese lugar en un santuario; su refugio frente al mar. Donde podían hablar, reír o permanecer en silencio tras un mal día. También se hizo el sitio donde resolvían cualquier conflicto. Tras su primera discusión como pareja, decidieron que pelear en la habitación estaba prohibido. Si surgía algún malentendido, lo hablaban en su cuarto de desahogo —una mezcla de biblioteca, oficina y sala de juegos—. Pero si el problema era más serio, la cita era allí, en su rincón frente al mar.

Como aquella vez, seis años atrás, Natalia vio a Lorena en el acantilado. En su camioneta se deshizo de la chaqueta; sintió la brisa fresca, acariciar sus brazos desnudos. Caminó hacia su mujer.

Lorena se encontraba sentada en posición de loto, mirando hacia el horizonte. Natalia se detuvo a unos metros de ella, solo para observarla.

Lorena negó con la cabeza y levantó la copa; sabía que su esposa estaba ahí. La sintió.

—Ven, abrázame que tengo frío —le pidió sin voltear.

Natalia se mordió un dedo, emocionada. Amaba a esa mujer más que a su propia vida. A pesar de los años, su mundo giraba en torno a ella; cada gesto, por sencillo que fuera, la hacía amarla un poco más. Lorena había sido su salvación, su refugio y todo lo que alguna vez anheló. Moriría a su lado, de eso no tenía dudas.

La mano con la copa seguía en alto. Ella aceleró el paso, se agachó y la abrazó por la espalda; hundió el rostro en su cuello y le dejó un beso en la mejilla.

—Llegaste, mi *baby* —Lorena estiró el brazo para devolver el abrazo.

Natalia se sentó detrás de ella, rodeándola con las piernas sin dejar de abrazarla. La rubia se recostó de su pecho después de servirle una copa de vino.

—¿Qué haces aquí, amor? ¿Está todo bien?

—Sí, solo estoy muy cansada, Nat. Además —giró el torso para verla de frente—, te extraño.

—¿Sí? —ella frunció la boca—. Nos vimos hace unas horas —dijo, luego le dio un beso en los labios.

—Siempre te extraño.

Se quedaron mirándose, acariciándose el rostro. Ese lugar tenía algo poderoso que las unía. Después de rozarse las narices y besarse, Natalia volvió a su posición original, abrazándola por la espalda.

Hablaron sobre su día. Natalia comentó su experiencia con Mireya.

—A pesar de todo, no fue tan difícil —explicó—. Ella no está muy entusiasmada.

—Eso es bueno —opinó la rubia—. Si no le gusta el trabajo, es posible que renuncie o la reubiquen. ¿No crees?

—Yo estoy tranquila. Hago mi trabajo, me gusta y me entusiasma demasiado ver a mis chicos.

Lorena rio. Conocía de la devoción de su esposa por los ancianos; quizá haber crecido con sus abuelos reforzó la empatía que sentía por las personas mayores.

—¿Cuántos *blowers* pasaste?

—¡Fíjate, ni uno! Hoy estaban rebeldes —dijo riendo—. *Baby*, quiero comer pescado.

Lorena miró la hora en su reloj; la luna ya se asomaba.

—Ya es tarde, vayamos por ese pescado. También tengo hambre —comentó, levantándose, luego la ayudó a ponerse de pie.

Con el tirón, Natalia chocó con su pecho. Lorena la tomó por la cintura y pegó su boca a la suya.

—Luego de comer, quiero hacerte el amor —declaró con un tono bajo y ronco.

—Qué pena que aquí haya solo piedras —se quejó Natalia.

—No, señora. Le haré el amor en nuestra cama. Y no comeré pescado…, comeré una mariscada.

Las dos levantaron las cejas, fingiendo sorpresa.

—Ya veo cuál fue tu estrés hoy —dijo Natalia cerca de su boca —. Hice bien mi tarea.

—Todo el día estuve deseándote, Nat. Todo el día —le susurró al oído, haciendo que toda su piel se erizara.

Capítulo 6

La emoción de Natalia por reencontrarse con sus amigos era palpable. Más de una vez, Lorena sonrió al verla tan entusiasmada, buscando la ropa adecuada para asistir a la reunión de exalumnos; incluso, tratando de recordar con nitidez los nombres de sus compañeros.

—*Baby*, busca el anuario, tal vez refresques tu memoria —le sugirió, recostada del mueble donde solía leer, mientras Natalia, sin parar de hablar, tiraba toda la ropa que guardaba en el clóset sobre el colchón.

—No era tan popular, Lore —. No tenía muchos amigos en la escuela —respondió, haciendo pucheros.

—Eso me es difícil de creer.

Lorena tenía debilidad por los pucheros de su esposa. Al verla haciéndolos, se levantó, la agarró por la cintura y le dio un suave beso en los labios. Cada vez que ella mencionaba su paso por la secundaria, notaba que sus gestos se tornaban tristes, como si no hubiese sido una gran experiencia.

Sabía por qué. Su esposa ya le había contado en infinidad de ocasiones que su adolescencia fue una etapa de múltiples tropiezos académicos y conductuales. En primer lugar, estaba pasada de peso; aunque no se le podía catalogar como obesa. Segundo, solía usar coleta porque no sabía peinarse. Tercero, solía andar con dos amigos. Sus compañeras, aunque no la trataban mal, no eran, precisamente, amigas. Como siempre estuvo rodeada de hombres, los más descerebrados la llamaban "pata"; un cruel apodo en referencia al lesbianismo.

Fue una época difícil en la que Natalia cometió varias imprudencias, buscando la atención de los demás, lo que les causó problemas a sus abuelos. Pero esa etapa llegó a su fin justo al graduarse de secundaria. Al entrar en la universidad comenzó a rodearse de chicas que le ayudaron a refinarse y, en una de esas, también se enamoró. Su confianza creció en cuanto empezó a sentir

que las chicas se fijaban en ella; entonces aprendió a gustarse, a aceptarse y a convertirse en el hermoso cisne que ahora era.

Para Lorena, cada historia le partía el alma y, a la vez, acrecentaba su admiración y el amor por esa mujer que ahora era su alma gemela. Las experiencias y luchas hicieron fuerte a Natalia; por lo que ella tenía su mejor versión, no solo como mujer, también como persona.

A diferencia de su propia historia, Lorena siempre fue el centro de atención por su elegancia y la familia en la que nació; tuvo un padre que la apoyó. Su adolescencia estuvo colmada de amor y seguridad.

Como era usual cuando salían, Lorena terminó de arreglarse primero. Vestida con un conjunto de chaleco, color crema, en combinación con un pantalón del mismo material y zapatillas deportivas, la esperó sentada en la silla de la barra, navegando en el internet en su celular. Diez minutos después, la imagen de su esposa, ataviada con un traje corto, de color crema, pareció una modelo de pasarela.

Lorena dejó escapar el aire al verla acercarse.

—Hermosa, baby —la alabó, haciéndole señas para que se diera la vuelta—. Lo único que no me gusta —se puso de pie, acercándose a ella—… es la cantidad de personas que mirarán a mi esposa.

Natalia rio.

—No seas tonta, ya te dije, no era popular.

—Puede que no hayas sido popular, pero, mírate… es imposible desviar los ojos de ti.

Lorena la tomó por la cintura, pegándola a su cuerpo. Sin soltar su brazo derecho, se estiró sobre la barra hasta alcanzar una servilleta con la que se limpió los labios, eliminando el labial. Natalia sonrió al entender lo que ella pretendía.

Cerró los ojos al sentir la calidez de su boca sobre el cuello, desviándose hacia el pecho. Ella echó la cabeza atrás, dándole espacio para que la besara.

—Te amo, quiero que ya regresemos —susurró Lorena en su oído.

Lorena recorrió la piel blanca y suave con los labios; luego apartó un poco la tela que cubría el comienzo de su pecho y mordió con suavidad ahí, donde sabía que no se notaría nada.

Cuando se oyó un gemido, ambas despertaron del letargo.

—Vámonos antes de que no lleguemos a tiempo —dijo Lorena con voz ronca, acariciando donde mordió, luego limpió cualquier rastro de pintura en su cuello, provocándole a su mujer una sonrisa.

Se separaron, no sin antes besarse con ternura. Los ojos de Natalia, llenos de deseo, brillaron al encontrarse con los de Lorena. Ella le acomodó varios mechones de cabello detrás de las orejas y acunó su rostro.

—Gracias por acompañarme, mi amor. Sé que odias las fiestas.

—Por ti hago lo que sea. Pretendo disfrutarlo… y espero no tener que luchar contra ex enamorados.

—No tendrás que luchar contra nadie. Ninguno de ellos me miraba —dijo con pena.

—Lo dudo, pero vámonos —dijo, y le besó la nariz—. Quiero ver cómo te mirarán cuando entres a ese lugar.

Y así fue.

Una vez que la pareja entró al salón, los ojos de los excompañeros se posaron en ellas. Algunos trataban de identificar quién de la clase era; otros quedaban impresionados por la belleza de ambas y se sobresaltaron al verlas llegar tomadas de la mano.

Minutos antes, dentro de la camioneta, Lorena le advirtió a su esposa sobre la posibilidad de que hubiese personas que no tomaran bien que ellas fueran pareja.

—Me importa muy poco, bebé —le dijo, tomándole la mano—. Somos un matrimonio, no le debemos explicación a nadie.

Lorena asintió, la besó en los labios, salió de la camioneta y la rodeó hasta abrirle la puerta del pasajero. Natalia, orgullosa de andar al lado de la rubia, se colgó de su brazo y así entraron al lugar.

El recibimiento fue mejor de lo que esperaban. Los exalumnos no reconocían de inmediato el rostro de su compañera, pero sabían que una de esas hermosas mujeres pertenecía a esa clase, por eso estaba ahí.

—¿Tú eres…? —le preguntó alguien.

—¿Natalia?

—¿Natalia? ¿De qué grupo?

—Doce tres.

—¡Ah, la amiga de Osmer! —confirmó Anabella, la presidenta de la reunión, señalando al aludido, que se encontraba en la barra, compartiendo con otro chico al que Natalia reconoció como Jeff.

Algo ocurrió para que Osmer, de cabellos rojizos, desviara la vista hacia la entrada. Él la reconoció al instante; sonrió genuinamente cuando la vio acercarse de la mano de Lorena.

—Ven, amor, allí están mis amigos.

Osmer se levantó con los brazos abiertos para recibir a su gran amiga. Jeff se quedó sentado, pero su cara mostraba también mucha alegría por verla, aunque sus ojos se quedaron más atentos a la rubia que la acompañaba.

Lorena soltó la mano de su esposa para que los compañeros se abrazaran; incluso, los vio secarse unas lágrimas de emoción.

—¡Dios santo! ¡Qué hermosa estás, Chilindrina! —expresó Osmer, abriéndole los brazos para admirarla. Incluso la animó a darse la vuelta.

—Gracias, Osmer. También te ves bien… ¡Jeff! —saludó al moreno, que se puso en pie con un poco de reserva.

Él también la saludó, hasta la abrazó con confianza; gesto que a Lorena no le gustó, aunque logró disimularlo.

Los ojos de los dos hombres se posaron entonces en la figura alta y rubia que acompañaba a su amiga de juventud. Natalia, llena de orgullo, presentó a su esposa. Los rostros de ambos no disimularon su sorpresa.

—¿Esposa?

—Sí —respondió con orgullo—. ¿Recuerdan cómo me llamaban en la escuela? —preguntó, divertida.

Ambos hombres se miraron con las mejillas sonrojadas porque, en su interior, aceptaron que nunca la defendieron, a pesar de que se llamaban amigos.

—Bueno, pensé que era una etapa, pero lo entiendo… Hasta yo, siendo mujer, me hubiese desviado con semejante belleza.

La sangre le subió al rostro a Lorena, no solo por las imprudentes palabras de Osmer, sino por la forma como la miraba. Y, peor aún, porque con confianza le tomó la mano para hacerla girar. Cosa que ella no permitió.

Capítulo 7

Natalia no percibió la incomodidad de su esposa, porque ella no se lo hizo saber. Su ánimo estaba en lo más alto por reencontrarse con sus únicos amigos de la escuela. Aunque nunca soltó la mano de Lorena, se enfrascó en una conversación con ellos, en la que su esposa se sentía excluida.

—*Baby*, estaré en la barra, ¿de acuerdo? —le anunció Lorena.

Natalia se apartó de los hombres al instante para atenderla; temía que estuviera aburrida.

—Ay, bebé, disculpa, te desatendí.

—Tranquila, quiero que disfrutes la ocasión —dijo Lorena con sinceridad, y una sonrisa en los labios—. Estaré allí, mira —señaló hacia la barra—, solita.

—¿Solita? No, Lorena… —de pronto se interrumpió, cuando vio una cara conocida.

—¿Qué haces aquí?

—¡Carla! —dijeron las esposas al unísono.

Carla resultó ser una compañera de trabajo de Lorena y excompañera de clases de Natalia. Esta se acercó en cuanto las reconoció, sobre todo a su colega.

—Hola, Carla —saludó Lorena—. Acompaño a mi esposa Natalia —respondió con orgullo, rodeando la cintura de su esposa.

Carla se congeló por un instante al escuchar la palabra esposa; a diferencia de Lorena, que la saludó con un beso en la mejilla.

—¡Las vueltas que da el mundo!

—Sí…

Los amigos de Natalia aprovecharon que las mujeres se dirigían hacia la barra para seguir conversando entre ellos.

Lorena vio la luz en cuanto su compañera se acercó. Los amigos de su esposa no le agradaban y, aunque Natalia estaba emocionada platicando con ellos, ella sentía que no soportaba estar cerca. El pelirrojo no apartaba la vista de ella, a pesar de saber que era la esposa de su amiga.

Natalia se quedó tranquila al ver que Lorena tenía compañía. Sabía que ella no era amante de las fiestas ni del bullicio y que sus amigos eran todo menos comedidos. Desde la mesa, los tres observaron con admiración cómo las mujeres se sentaban en la barra, cruzando las piernas. Lorena, con su conjunto elegante, parecía una diosa, y Carla tampoco pasaba desapercibida.

—No sabía que estabas casada con Nat —comentó Carla haciéndole señas a la *bartender*.

Lorena sonrió.

—Bueno, tenemos ya seis años juntas, pero no salimos mucho de fiestas. No nos gustan demasiado.

—Pero Nat era de fiestas —señaló Carla mientras miraba a la *bartender*—. Lore, ¿qué te pido?

—Un tinto, por favor —respondió sin apartar los ojos de su compañera.

—Que sean dos, gracias —pidió Carla, antes de enfocarse en la rubia—. Juro que lo último que imaginé fue encontrarte aquí.

—Yo me alegro. A excepción de Nat, no conozco a nadie.

—Lo imagino. Esos tres eran inseparables —comentó distraída, mirando al trío que reía a carcajadas—. Es extraño que no los conocieras.

—No. De hecho, es la primera vez que escucho hablar de ellos.

Carla frunció el ceño al notar el tono decepcionado de Lorena, aunque disimuló. Estaba sorprendida, pero podía entender por qué su excompañera ocultó esa parte de su vida.

Lorena sintió curiosidad por el pasado de su esposa. Creía conocerla por completo, pero ella nunca le había hablado de esos amigos. Se dio un respiro cuando la *bartender* colocó las copas frente a ellas.

Ellas brindaron; Lorena bebió un sorbo mientras buscaba la mirada de su esposa, que se encontraba entretenida con su grupo. De repente, como si la invocara, Natalia la miró y le guiñó un ojo. Lorena sonrió, gesto que no pasó desapercibido para Carla, que esbozó una sonrisa.

El silencio se instaló entre las dos mientras Carla saludaba a excompañeros e intercambiaba algunas palabras con ellos. Lorena

sonreía con cordialidad; sin embargo, no se percató de las veces que su esposa la buscó con la mirada.

Lorena se sorprendió al sentir un abrazo por la espalda.

—¿Aburrida? —susurró Natalia, robándole un sorbo a su copa.

La rubia se giró para recibirla y tomó su mano, negando con la cabeza.

—Estoy pasándola bien, *baby*. ¿Y tú?

Natalia sonrió y Lorena sintió que cualquier duda quedó olvidada al ver su dulce gesto. La semana anterior había sido tensa por cuestiones laborales, pero ahora ella se notaba más relajada. Con cariño, le acomodó el cabello tras el hombro.

—Si quieres irte, me lo dices, ¿de acuerdo?

Lorena negó.

—Tranquila, ve con ellos. Mira cómo te esperan —comentó, señalando al grupo que la animaba a regresar desde la esquina.

Natalia miró y sonrió.

—¿Segura que estás bien?

—Sí, bebé. Ve —la animó.

Natalia dejó un beso en sus labios y se dirigió hacia la otra mesa.

—Me la cuidas, Carla, por favor —le pidió a su excompañera.

—La cuidaré, no te preocupes.

Carla observó la escena; vio cómo Lorena seguía con la mirada a su esposa, aunque su sonrisa se fue apagando mientras la veía alejarse.

—Se nota que se aman. Me alegra mucho —comentó, ofreciéndole otra copa.

Lorena asintió y levantó la suya.

—Tener a Natalia es lo más importante de mi vida. No sé cómo haya sido de joven —miró a los ojos a Carla, buscando alguna señal —, pero los años que hemos estado juntas han sido los mejores de mi vida —dejó claro, por si había alguna duda.

Carla se llevó la copa a los labios; no aportó más al tema. Por supuesto, su compañera se percató del detalle y tampoco preguntó nada, aunque en su pecho se instaló un halo de curiosidad. Entendía que su esposa, al igual que ella, tuvo un pasado, pero ellas siempre

se tuvieron confianza. Había muy poco que una no supiera de la otra.

La incomodidad venía porque, viéndolos hablar, notaba que esos hombres, sobre todo el pelirrojo, parecían muy unidos a Natalia, y jamás la escuchó mencionarlos. No era cuestión de celos, era mera curiosidad.

Carla le presentó a varias personas a Lorena, lo que ayudó a distraerla del trío que compartía en la otra mesa. Fue en una de esas presentaciones que Natalia se percató de que había tres miradas fijas en una persona que acababa de llegar; ninguna de las tres sonreía.

—Vaya, entre tantas personas que se ausentaron, Linda tenía que aparecer —comentó Jeff.

—Ponerse al día, tras quince años. Tomará mucho tiempo —añadió Osmer, riendo.

Las miradas de las esposas se encontraron en la distancia En efecto, la tal Linda le preguntó a Carla con discreción quién era la mujer tan elegante que la acompañaba; no recordaba de la escuela. Siendo la chismosa de la clase, conocía a todos.

—Ella es Lorena, la esposa de Natalia —le respondió Carla.

—¿Natalia? ¿Natalia? —preguntó Linda, extrañada.

Al escuchar y ver la reacción de la mujer, Lorena se estremeció. ¿Qué ocurría con su esposa que ella desconocía?

Natalia vio desde su posición el cambio en el semblante de su esposa; también se estremeció. Con el porte elegante y la seguridad que no sentía, se acercó. Por las miradas, sabía que estaban hablando de ella.

—¡Linda! ¡Hola! —saludó, colocándose al lado de su esposa.

Lorena se mantuvo serena, aunque notó que Carla bajó la cabeza.

—¡Natalia! ¿Cómo estás? ¡Qué bien te ves! —dijo Linda, sorprendiéndola con una mirada de arriba abajo. Natalia asintió, forzando una sonrisa—. Juro que, si no me dicen que eras tú, no te reconocería.

—¡Ya ves! Las cosas cambian.

—Ya veo. Quienes no cambian son esos dos —comentó, señalando con la barbilla hacia la mesa donde se encontraban Osmer y Jeff.

Las tres desviaron la vista hacia los hombres. Natalia suspiró profundo y pasó un brazo por los hombros de su esposa, intercambiando una mirada con Carla.

—Aunque los años no pasan en vano con ellos —dijo Linda y rio —. En cambio, tú te ves hermosa. Admito que el matrimonio te asentó muy bien.

—A todos los años nos han caído encima, Linda —dijo Carla, intentando desviar la conversación. Conocía la intención de la mujer y era, como siempre, provocar el caos—. Sin embargo, tú no has cambiado mucho —agregó, mirándola a los ojos.

Natalia tensó la mandíbula. Lorena observó el intercambio de miradas y palabras; también se tensó. Había algo en aquella reunión que desconocía y no le gustaba nada.

Carla aprovechó que alguien llegó para arrastrar a Linda a saludar. En cuanto se fueron, Lorena se giró hacia la barra, apoyando los brazos. Natalia se sentó a su lado, tomando su copa. Tras recomponerse, la rubia giró la cabeza, buscando la mirada de su esposa, que lucía nerviosa.

—¿Tuviste algún romance con ellos? —le preguntó sin rodeos.

Natalia frunció el ceño, sorprendida.

—¿Con ellos? ¿Te refieres a Osmer y Jeff?

Lorena asintió.

—Sabes que nunca tuve novio, Lore.

—¿Entonces por qué nunca supe de ellos? —preguntó, mirándola a los ojos.

—¿Estás celosa? —susurró Natalia.

Lorena negó, regresando la vista a la copa que removía entre sus manos.

—No, en absoluto —respondió—. Es que todos han mencionado lo unidos que eran y me extraña desconocer esa parte de tu pasado. De hecho, te confieso que me incomodó.

Lorena regresó la mirada a su esposa, buscando alguna señal que la ayudara a comprender.

—No podía decirte, Lore —confesó Natalia, bajando la cabeza.

Lorena giró la silla y buscó su mirada. Cuando vio sus ojos cristalinos, se alertó. Natalia tragó saliva, tomó la copa y la bebió de un sorbo. Buscaba fuerzas.

—Con ellos… era con quienes me drogaba —confesó.

Capítulo 8

Lorena tragó fuerte; atrajo a su esposa a su pecho y la abrazó, mientras miraba por encima del hombro a los hombres que reían entre ellos, como si no hubiera nadie más alrededor. Sintió la sangre hervirle en las venas al conocer, después de tantos años, los rostros de las personas que una vez dañaron a su esposa.

Y sí… Nadie obliga a nadie a consumir drogas, pero Natalia era una joven inexperta y sin apoyo familiar cuando cayó en las garras de las adicciones por las manos de esos hombres cuyos nombres jamás mencionó.

Natalia nunca culpaba a nadie. Siempre asumió la responsabilidad de sus errores. Después de un largo proceso de limpieza emocional y física, se había transformado en otra persona; una mujer admirable, esposa ejemplar y profesional, íntegra. Para ella, el pasado era solo eso, pasado.

Encontrarse con ellos, quince años después, fue para Natalia, algo significativo. Desde que los vio, notó que todos habían cambiado y, en el fondo, se alegró de reencontrarse con los únicos amigos que permanecieron a su lado cuando su vida estuvo a punto de hacerse pedazos.

Lorena no conocía la historia al detalle. Sin embargo, al ver los rostros de esos hombres, una punzada de zozobra se instaló en su pecho. Aun así, confiaba en la mujer que estaba entre sus brazos, disculpándose por no haberle revelado antes, los nombres.

—Tranquila, ya pasó —le dijo, separándose y tomándole el rostro entre las manos—. Ya es pasado, ¿verdad?

Natalia asintió con una sonrisa y la abrazó con fuerza.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó.

—Es tu reunión. Acabas de encontrarte con ellos, no tengo problema en que nos quedemos un rato más.

Pero Natalia negó con la cabeza. Tras despedirse de los hombres, salieron del lugar tomadas de la mano.

***

En la camioneta, de regreso a casa, reinó el silencio. Lorena seguía perdida en los eventos de la noche; las miradas de los hombres, los comentarios sutiles de su compañera y, para colmo, la llegada de aquella mujer llamada Linda, que con sus indirectas, acrecentó su incomodidad.

Por su parte, Natalia se sentía confundida. Lorena la abrazó, le tomó la mano y la trataba como siempre, pero ella la conocía bien; podía sentir su incomodidad desde que vio a sus amigos. No pensaba contribuir a que esa tensión creciera entre su esposa y las personas que, en algún momento, fueron importantes para ella.

Llegaron a la casa casi media hora después. Durante todo el trayecto, la cobriza descansó la cabeza en el hombro de Lorena, que de vez en cuando le dejó un beso en la frente, aunque ninguna dijo palabra alguna.

Después de estacionar en el garaje y abrir la puerta para acceder a la casa, Natalia fue quien entró primero. Dejó su bolso sobre un mueble y, poco a poco, se fue descalzando.

Lorena, unos pasos detrás de ella, la observó dirigirse hacia la sala y tomar asiento en el sofá. Sin apartar la vista, se sentó en la mesa central, frente a su mujer. Colocó las manos en sus rodillas desnudas y recostó la cabeza en su abdomen.

Natalia, en respuesta, acarició su cabello, y Lorena metió las manos por debajo del vestido, rozando sus muslos.

—¿Qué pasa, *baby*? —preguntó la rubia al notar que las caricias parecían no tener efecto.

Ella la vio negar, pero también percibió un suspiro escapar de sus labios.

—Siento no haberte contado sobre Osmer y Jeff.

Lorena apoyó la barbilla en su abdomen y buscó su mirada. Mentiría si dijera que no le importaba, pero no quería darle cargas innecesarias.

—El momento indicado fue hoy. Sabes que creo en eso; las cosas pasan cuando tienen que pasar.

—Es que te observé… Sabía que hablaban de nosotros y que estabas incómoda. Cuando Linda apareció, creí que me infartaría,

Lore —explicó con voz contenida—. Porque no sé qué te dijo, pero pude percibir tu impresión desde lejos.

Lorena bufó; deslizó las manos más arriba, hasta las caderas de su esposa, y las apretó.

—Me conoces demasiado. Acepto que me impresioné, pero jamás dudo de ti.

Natalia se mordió los labios; sentía que le ardían los ojos.

—Parece que nunca podré borrar ese pasado —murmuró con tristeza.

Lorena la vio secarse una lágrima; se irguió y se sentó a horcajadas sobre sus piernas. Natalia evitaba su mirada, pero ella le tomó el rostro, obligándola a verla.

—Natalia, ya pasó. La gente se queda en el pasado, pero tú no, mi amor. Fue una etapa dura —añadió con firmeza—. Sufriste, lo pasaste mal y no se repetirá. Olvídalo —le pidió—. Yo estoy aquí, a tu lado, apoyándote siempre.

Las miradas se encontraron y una sonrisa tímida se dibujó en sus labios. Cuando sus bocas se unieron en un beso tierno, colmado de entrega, toda preocupación desapareció. La noche se convirtió en un susurro de gemidos, de caricias y de amor, donde las dudas no tenían cabida y el pasado dejó de existir.

Capítulo 9

Para Natalia, ese lunes marcó el inicio de una cadena de sucesos que le cambiaría la vida.

La mañana, como siempre, fue amena junto a su esposa. Amaneció en sus brazos, recibiendo su dosis de besos y arrumacos mañaneros, aunque en su pecho albergaba cierta opresión que no lograba identificar.

—¿Quieres quedarte hoy en camita? —le preguntó Lorena, acunándola contra su pecho después de escucharla explicarle su estado emocional—. Puedo llamar a la oficina y excusarte.

Natalia negó con la cabeza.

—No, tranquila. Iré al trabajo. Hoy hay visitas a los centros y ya sabes… mis chicos me esperan. Lo que siento es como una sensación pesada —dijo, tocándose el pecho—. No es que me sienta enferma ni nada. Ya se me pasará.

Lorena se giró hasta quedar de frente a ella, acarició su rostro y la observó al detalle. En efecto, no parecía enferma, pero sus ojos lucían opacos, apagados, como tristes.

—Me prometes que, si continúas mal, me avisarás —la cobriza asintió—. ¿Me lo prometes?

—Sí —respondió, besándole los párpados—. No hay nada que un café hecho por mi esposa no pueda calmar.

—¿Café?

—Café con tostadas y mermelada de uva, con mantequilla, y quedaré como nueva —dijo, besándole la nariz.

—Eres una malcriada, ¿lo sabes? —ella asintió—. Una manipuladora experta —añadió riendo—, pero te amo.

—Lo sé, por eso lo hago.

Tras un beso en la nariz, Lorena salió de la cama, se lavó la cara y la boca en el baño, luego fue a cumplir la petición de su esposa.

Una vez sola, Natalia se incorporó y se recostó del respaldo de la cama. Se llevó una mano al pecho y suspiró hondo. Tras unos instantes, se levantó para alistarse y bajar a desayunar.

Una hora más tarde, Natalia entendería el motivo de su angustia matinal.

***

—¡Buenos días, compañeros! —saludó Natalia, ataviada con jeans anchos y una chaqueta, color beige.

—Buenos días, Nat —respondieron, sin mucha emoción.

Natalia notó de inmediato los rostros sombríos de sus compañeros. Caminó hacia su escritorio, colgó el bolso en el respaldo de la silla giratoria, la apartó y se sentó. Después de encender la computadora para imprimir las órdenes de las visitas, notó que su bandeja de agenda para el día estaba vacía. Frunció el ceño, extrañada. Cerró la aplicación de la compañía y volvió a entrar. Nada.

Apoyó los codos sobre el escritorio e inclinó un poco el torso. No entendía qué ocurría, pero la llegada de José le anunció que traía la explicación.

—Mireya fue enviada a visitar tus casos, Nat —le informó casi en un susurro.

Natalia se quedó inmóvil mirando la pantalla, como si no hubiera escuchado lo que, evidentemente, sí escuchó.

—Por favor, tómalo con calma —le pidió él.

—¿Qué pasó? —preguntó ella. Apretó la mandíbula, conteniendo la creciente rabia.

—No tengo idea —respondió José con sinceridad—. Esta mañana ella pidió las llaves de la camioneta después de reunirse con Wilder. Le dije que la usarías hoy y me respondió que las visitas las haría ella… Sola.

Lento, Natalia giró la cabeza hasta encontrarse con la mirada de su compañero. Él la vio apretar los ojos y tomar varias bocanadas de aire antes de levantarse.

—Natalia… —dijo como advertencia al verla dirigirse hacia la oficina del jefe.

Por primera vez, Natalia no tocó la puerta. Entró a la oficina de su jefe, que se sobresaltó ante la imprevista entrada. Hasta se levantó de su silla.

—¿Qué formas son esas, Oliver? —le preguntó Wilder.

—Necesito hablar contigo —anunció, caminando hacia él.

—Repito… ¿qué formas son esas? —insistió, enfrentándola con un gesto severo en el rostro y los brazos cruzados.

Natalia bajó la cabeza, no por arrepentimiento, sino para tomar aire y tratar de tranquilizarse. Lo que estaba pasando no tenía explicación, y aún desconocía las razones de la decisión de su jefe para quitarle sus tareas. No había un razonamiento válido. Se percató de que actuaba de forma irracional, llevada por la rabia, así que lo inteligente era controlar sus emociones.

Ella suspiró en busca de calma; levantó la cabeza, enfrentando a su jefe, que la miraba con ferocidad.

—Discúlpame, Wilder, yo… —movió las manos, nerviosa, fuera de control—. Yo solo quiero saber por qué, en lugar de estar aquí, no me encuentro con los pacientes en los asilos. Solo eso.

—Porque decidí delegar a Mireya esa tarea —dijo con un tono tranquilo mientras se sentaba de nuevo.

—¿A Mireya?

Él sonrió y levantó la cabeza con autoridad.

—Sí, como escuchaste. Mireya será, desde hoy y en adelante, la encargada de las cuentas de los hogares.

A Natalia los ojos comenzaron a arderle. El nudo en la garganta casi la asfixiaba. Cerró los ojos con fuerza, buscando un poco de paz, de control. Haló la silla frente a su jefe y se sentó; temía que las piernas no la sostuvieran. Tras descansar los brazos sobre el escritorio, metió las manos entre su cabello. Segundos después, se encontró con la mirada del hombre a quien le había dedicado varios años de servicio.

—Wilder, escúchame. Primero, disculpa mi reacción, pero entiéndeme. Llevo años trabajando personalmente con los chicos. Son años trayendo contratos para esta empresa. Entiendo que eres el dueño, que eres quien quita y da. Pero… Mireya no es la mejor opción para tratar esto.

Él frunció el entrecejo, como si lo que dijo hubiese sido una tontería.

—¿Ah, no? ¿Y en qué te basas para asegurar eso?

—Mireya me ha acompañado en las últimas visitas. No tiene paciencia, ni empatía y no le dedica tiempo a los pacientes.

—Aquí trabajamos con la dirección de los hogares —dijo Wilder —. No somos hermanas de la caridad para esos ancianos. De hecho, debí decirte que si no hicieras trabajo de caridad en cada visita, podrías cubrir más hogares. Eso es lo que no te dije antes.

—¿Qué quieres decir?

Wilder se levantó, rodeó el escritorio y se recostó del borde del escritorio, casi rozándola. Ella lo vio cruzar los pies.

—Siempre me pregunté por qué tardabas tanto en cada visita. Cubres solo tres hogares por día, dos veces por semana —señaló.

Natalia frunció el entrecejo.

—Es que siempre ha sido así. Seis hogares en una semana, luego el reporte, las órdenes de compra. No es solo visitar —arguyó.

—Exacto. Entendía que era normal, pero fui informado de que te entretienes con los ancianos en lugar de buscar contratos adicionales.

Natalia se echó atrás en la silla, y asintió. Así que era eso. Mireya la acompañaba para luego quejarse de su trabajo.

—¿Cuál será mi posición de ahora en adelante, Wilder? —preguntó con la voz contenida.

Wilder notó su tensión; no podía permitirse perderla, así que regresó a su silla y se sentó sin apartar la mirada de su empleada.

—Seguirás manejando los contratos, organizando el papeleo —respondió—. Tengo que admitir que eres la mejor en ese departamento.

—Claro, Mireya no sabe de programas, ¿cierto? —lo enfrentó.

—Natalia, sé que estás molesta.

—No. No estoy molesta —lo interrumpió—. Me gustaría saber en qué momento analizaste este movimiento. Estoy contigo desde los comienzos, Wilder. Tengo lazos con esas personas. Tengo palabra con ellos. Y no solo yo. Represento a esta empresa.

—Lo entiendo. Te estoy explicando que no quedas fuera —dijo, acercándose por encima del escritorio—. Natalia, solo es un movimiento estratégico.

—Si querías que mejorara donde estaba fallando, según tú, ¿por qué no me pediste reunirnos? ¿Por qué no me diste la oportunidad de enmendar los errores? ¿Tan poco valiosa soy dentro de Health Care?

—No…

—Son pareja, ¿cierto? —le preguntó, mirándolo a los ojos.

Wilder palideció. Sí lo eran; ella los vio varias veces en el estacionamiento. No debió preguntarlo; sabía que eso empeoraría las cosas, pero no pudo evitarlo. La tensión en su barbilla era evidente.

Wilder no pudo responderle. Natalia rio con burla. De pie, frente a él, que no le quitaba la mirada de encima, ella dio la vuelta y salió de la oficina.

Capítulo 10

Al llegar al estacionamiento, Natalia abrió la puerta del lado del conductor de su camioneta. Con frustración y coraje, lanzó el bolso al asiento del pasajero. Subió al vehículo y, de inmediato, sus manos se aferraron al volante; los dedos se tornaron blanquecinos por la fuerza con que lo apretó. La respiración agitada la hizo cerrar los ojos para intentar controlarse.

Quería llorar, vaya que lo deseaba. El ardor en los ojos la acompañaba desde que abandonó la oficina de su jefe, pero no podía creer, ni remotamente, que estuviera sucediendo. La frustración por las palabras de Wilder la mantenía agitada por completo.

Dirigió la vista hacia el espacio donde siempre estaba estacionaba la camioneta de la Empresa; ahora el espacio se encontraba vacío. Negó y apretó los labios. Poco a poco comenzó a calmarse; con la cabeza recostada del respaldo y los ojos cerrados, respiró hondo, conteniendo el aire el mayor tiempo posible. Uno o dos minutos después, se irguió.

Buscó su celular y marcó el número de su esposa. Tras cuatro timbrazos sin respuesta, colgó. Lorena estaba ocupada. Encendió el motor y salió hacia la avenida. Al llegar al segundo semáforo —sin rumbo fijo— recibió una llamada.

La pantalla le indicó que era José.

—¿Sí?

—*¿Dónde estás? Wilder te está buscando* —le informó él.

Natalia bufó.

—¿Wilder a mí? ¿Y para qué?

—*Nat, ¿saliste del edificio?* —preguntó él con calma.

—Por supuesto. No tengo nada que hacer allí.

—*Regresa, por favo*r —le pidió—. *Estás abandonando tu puesto* —dijo casi en un susurro, hablando a escondidas.

—Mi puesto lo tiene Mireya —afirmó, conteniendo la voz.

—*Es tu trabajo, no puedes rendirte así* —ella guardó silencio—. *¿Nat?*

—Estoy aquí.

—*Regresa, por favor* —insistió José.

—Iré mañana. Hoy no puedo estar allí, espero que lo comprendas.

Tras colgar, guardó el celular en su bolso y continuó su marcha. No, era imposible regresar a la oficina. Sabía que estaba mal, lo tenía claro, pero era comprensible que su frustración la hubiera hecho actuar de ese modo.

Mientras la carretera la llevaba a un destino incierto, su mente evocaba las caras de sus ancianos, sus sonrisas al verla llegar. Esos pensamientos contrastaban con las palabras de Mireya en una ocasión en que la acompañó: "Te esmeras mucho y, de seguro, ni recuerdan lo que haces por ellos".

Era cierto, pero no respecto a sus ancianos, a sus chicos, sino a su jefe. Ella se esmeró en su trabajo… y ahora veía cómo le pagó Wilder. Siendo objetiva, repasó en su mente cada paso que dio durante las últimas visitas en las que la Mireya acompañó. Siempre notó su aversión a interactuar con los pacientes, entonces, ¿cómo ella aceptaba un puesto en el que la comunicación era el punto clave?

El siguiente semáforo le permitió tomarse un respiro; se apretó el entrecejo. La cabeza le quería reventar del dolor. Buscó con inquietud su celular y miró la pantalla. Lorena no le había devuelto la llamada. Tras dejarlo sobre el bolso, miró hacia una cafetería, al costado de la avenida. Frunció el entrecejo, creyendo ver a alguien conocido. Disminuyó la velocidad y confirmó que era su amigo Osmer. Por primera vez en el día, sonrió; sin pensarlo, se desvió hacia el lugar.

Tras aparcar, salió del auto sin percatarse de que su teléfono se cayó del bolso. Osmer estaba sentado frente a la barra descubierta de la cafetería; Natalia se acercó por el costado antes de saludarlo.

Su amigo reaccionó con euforia al verla. Se levantó para recibirla y abrazarla con cariño. De inmediato, ella agradeció encontrarlo; su carga emocional pasó a un segundo plano durante esos breves minutos.

—Qué bueno verte. ¿Estás de descanso? —le preguntó él, sentándose en el taburete e invitándola a acompañarlo.

Natalia frunció los labios.

—Descanso obligatorio —respondió con pesar.

De inmediato, Osmer se percató de su desasosiego.

—¿Problemas laborales o en el paraíso? —quiso saber.

Natalia negó, luego desvió la mirada hacia su mano. Notó que él bebía una cerveza; frunció el entrecejo, extrañada. Él lo notó y le ofreció una. Ella la rechazó.

—No, demasiado temprano para mí —respondió.

Osmer bebió de su botella sin apartar la vista de ella; de inmediato notó que algo le pasaba.

—¿Quieres comer algo? Te invito… Digo, si tu guardiana te lo permite.

—¿Mi guardiana?

—Sí, tu esposa.

—¿Qué tiene que ver Lorena? ¿Y por qué le llamas así? —le preguntó con cierto disgusto.

—Cálmate —le pidió al ver que se ponía a la defensiva—. Lo digo porque se nota que es celosa.

—Es lo que menos tiene Lore. No entiendo el comentario.

—Olvídalo, estoy bromeando. La cosa es que algo te pasa. Me dijiste que trabajabas durante semana y hoy es lunes. Es extraño que si no estás en tu hora de descanso, te encuentres fuera del trabajo —explicó, luego levantó la botella para pedir otra cerveza—. Te invito un refresco o jugo, lo que quieras —añadió.

Ella rechazó la invitación de nuevo.

—Pues sí, ando con problemas en el trabajo —respondió, apoyando los brazos en el tope.

—¿Quieres contarme?

Natalia se rascó la cabeza. Sí, quería hablarlo, pero no se sentía cómoda comentando algo tan preocupante con alguien que bebía cerveza a las nueve de la mañana. Entonces, ella negó con la cabeza. Él asintió, entendiendo la negativa.

—Te agradezco, pero tengo tanta frustración que, si hablo del tema, terminaré llorando. Así que mejor trataré de distraerme con

otro tema. Perdóname, Os.

—Para nada, tranquila. Cuando quieras hablar, estoy para ti —ofreció.

Ella le puso la mano en el brazo y le sonrió con sinceridad.

—¿Qué te pareció la reunión? —le preguntó para cambiar el tema.

—Estuvo bien. Hubo muchas miradas sobre nosotros. Parecíamos las estrellas de la noche.

Natalia rio; ella también notó la curiosidad de sus compañeros de clase al verlos.

—Y si añadimos a nuestro pasado que…

—Ahora estás casada con una mujer —completó él—, fuimos el tema de la noche —se burló.

—Cierto. Aunque nunca negué mi orientación. Verme formalmente con alguien, parece que creo comidilla. Por lo general, no le presto atención a eso, pero admito que a Lore le incomodó un poco el ambiente.

—¿En serio? —se interesó él, luego tomó un trago de su nueva botella. Se giró para verla de frente.

—Lore es una mujer seria —explicó—. Es mi vida entera y amo que sea así, pero ver a tantos indiscretos, le creó también curiosidad.

—Por su relación —acotó Osmer.

—No, tampoco le importa lo que piensen de nuestra relación. Somos felices, es lo que nos interesa. Su curiosidad se debió a los comentarios de nuestros compañeros.

Él asintió, entendiendo.

—¿Cuánto tiempo tienen de casadas? —se interesó.

—Tres años y seis de relación —respondió con orgullo.

Osmer sonrió al ver que a ella se le iluminaba el rostro al hablar de su esposa, pero, luego, su sonrisa desapareció.

—¿No sabía sobre nosotros? —le preguntó.

Natalia bajó la cabeza, negando en silencio.

Capítulo 11

Eran casi las doce del mediodía cuando Lorena por fin acabó el trabajo que la mantuvo ocupada toda la mañana. Cansada, empujó su laptop, flexionó el cuello para desentumecerlo y se recostó en la butaca. Todavía le quedaba demasiado por hacer, pero necesitaba un respiro. La nueva flota de vehículos requería de su estricta supervisión.

Tras unos instantes, se levantó y buscó su celular que aún permanecía dentro de su bolso. Dos llamadas de su esposa antes de las ocho y media de la mañana le resultaron extrañas. Frunció el entrecejo mientras caminaba al frente de su escritorio; pulsó en la pantalla para devolverle la llamada. Una, dos veces, sin respuesta.

—Es mediodía, debe estar en la calle —asumió.

Buscó en la mensajería, pero no encontró los acostumbrados mensajes que Natalia le enviaba a diario. Entonces tomó la iniciativa de ser ella quien lo hiciera; le envió un *sticker* de una caricatura mandando un beso. Cerró la pantalla de mensajes y se encontró con la foto de ambas como fondo de pantalla. La miró atenta, enamorada como siempre, y su necesidad de escucharla se acrecentó. Volvió a marcar sin éxito, fue cuando decidió llamarla a la oficina.

El silencio de Natalia causó algo de extrañeza y preocupación en la rubia. Al enterarse de que no estaba en su oficina, volvió a marcarle en dos ocasiones y también le dejó mensajes. Pero el exceso de trabajo volvió a ocuparla hasta cerca de las dos de la tarde, cuando por fin recibió la llamada que esperaba.

—*Baby* —la saludó Natalia.

—Nat, ¿estás bien? Me tienes preocupada.

—Tranquila, baby, discúlpame. Se me cayó el celular y no lo vi hasta ahora.

Lorena frunció el entrecejo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no estás en la oficina? —preguntó, con sincera preocupación.

—Lo que temíamos, amor. Wilder le dio mi puesto a Mireya —le informó con voz contenida.

El silencio en la línea fue inmediato. Lorena cerró los ojos al escuchar la noticia; suspiró profundo e imaginó el estado de su esposa. Quería salir corriendo de su oficina para estar con ella, para abrazarla y escucharla, pero, en ese momento, le era imposible.

—No hay nada que pueda hacer, Lore —dijo Natalia con desdén.

—¿Esto es final y firme?

—No lo sé —respondió y soltó un hondo suspiro—. Lo que siento es mucho coraje, baby —confesó.

Lorena miró a su alrededor. Las carpetas, llaves y facturas regadas sobre su escritorio eran una especie de atadura a sus piernas y brazos. Justo ese día tenía que pasar eso.

—Quiero abrazarte, Lore… —comentó Natalia con voz aniñada.

Lorena se echó el cabello hacia atrás, con desesperación.

—Trataré de salir lo antes posible, bebé. Estoy en pleno inventario. Por favor, almuerza y descansa —le pidió.

La distancia no le permitió ver cuando Natalia torció la boca con un gesto de decepción. Ese día necesitaba a su esposa más que nunca.

—Ya almorcé en la calle —dijo con desánimo.

—Bien. Me llamas cualquier cosita, ¿sí?

—Sí…

Por supuesto, Lorena no supo que su esposa no se encontraba en la casa, sino dentro de su camioneta, estacionada en el área de la cafetería donde estaba con su amigo. Fue cuando recordó que no había recibido una llamada de su esposa, que buscó el celular en el bolso.

—Voy al auto, Osmer, dejé el celular y quiero llamar a Lore —le había anunciado a su amigo.

Él la miró dirigirse a la camioneta y bufó. Su amiga era otra cuando se trataba de su esposa. Minutos después la vio regresar.

—Pídeme una cerveza, Os, por favor —le pidió ella.

—Vaya, hasta que me acompañas —comentó, levantando la mano para llamar al barman mientras ella tomaba asiento en el taburete.

—Lore no puede salir del trabajo y quedarme sola en la casa no es opción para mí en este momento —confesó.

***

Rondaban las cuatro de la tarde cuando Lorena Lindor estacionó su camioneta en la entrada de su hogar. La ansiedad por el estado emocional de su esposa la mantenía alerta, así que ajustó su horario de almuerzo para salir cuanto antes y poder estar con ella.

No le resultó extrañó el no ver el vehículo de Natalia en el garaje; asumió, de forma equivocada, que se encontraba en el acantilado, o tal vez había salido un momento. Después de entrar a la casa, dejó su bolso y miró alrededor. No había platos en el fregadero, las ventanas estaban cerradas… En fin, no vio ninguna evidencia de que ella hubiese estado ahí, lo que le hizo fruncir el ceño.

Lorena se sentó en el sofá y buscó su celular. Al tercer timbrazo, Natalia respondió.

—*Bebé.*

—¿Dónde estás, Nat? —le preguntó con serenidad.

—Salí un momento —mintió. Lorena alzó las cejas al escucharla; su voz se notaba pesada—. No quería estar sola y como ibas a tardar… —explicó.

Un frío incómodo recorrió el cuerpo de la rubia al percatarse de que su esposa había bebido. Natalia no era de beber más de un par de copas, y tampoco de mentir. Y como no era costumbre en ella mentir, Lorena se puso de pie. Sin soltar el teléfono, subió hacia la habitación en busca de alguna señal que le indicara que estaba equivocada, que Natalia sí había regresado a la casa y vuelto a salir. Pero oyó una voz conocida a través de la línea que la hizo detenerse a mitad de la escalera.

—Nat, ¿con quién estás? —cuestionó, sintiendo la sangre congelarse en sus venas.

—Sola, bebé —aseguró.

Ella cerró los ojos; fue claro que la voz que escuchó se dirigía a Natalia. ¿Por qué le estaba mintiendo?

—¿Estás bebiendo?

—Un par de cervezas, Lore —respondió secamente.

—Esa no es la salida, lo sabes.

La rubia se sentó en un escalón; su corazón latía rápido.

—Lo sé —Natalia respondió tras varios segundos en silencio—. Ya voy hacia la casa, te esperaré.

Lorena no le dijo que ya se encontraba ahí. Tras culminar la llamada, se quedó sentada en el escalón con la mente en blanco, como si presintiera que algo no iba bien.

Cuarenta minutos después, la puerta se abrió. Natalia entró un tanto asombrada al encontrar a su esposa sentada en un taburete de la barra, ataviada con un short y camiseta, pero trabajando en su laptop. Tragó al verla sonreírle; se acercó por la espalda y la abrazó fuerte.

Lorena, más tranquila, se giró en el taburete para devolverle el abrazo.

—¿Llevas rato acá? —le preguntó Natalia, con la cara hundida en su cuello.

—Salí en cuanto pude. Cuando te llamé ya estaba aquí —confesó.

Natalia tragó saliva, ella lo advirtió. Se separaron, y la rubia le acomodó el cabello sin apartar la mirada. Vio su cara desencajada, sus ojos con el brillo que deja el alcohol en el organismo. Sonrió con pesar, no porque hubiese bebido, podía entenderlo, sino porque le mintió.

—¿Cómo te sientes? —se mantuvo atenta a sus gestos.

—Estuve en una cafetería todo este tiempo, Lore —confesó. La otra mujer asintió—. No quería regresar si no estabas aquí —dijo, acariciándole la cabeza.

—Vine en cuanto pude.

—Lo sé. Pero…

—Ya —le dijo con dulzura, besándole la frente—. Estoy aquí. Toma un baño, dormiremos una siesta, cenamos y luego hablamos, ¿sí?

La cobriza asintió sin dejar de mirar a su esposa. Volvió a aferrarse a su cuerpo, buscando ese apoyo que sabía Lorena

siempre le daría; pero también se aferró a ella intentando que no se percatara de que algo ocultaba.

Capítulo 12

El chorro de agua caía con fuerza sobre el rostro de Natalia; y ella lo soportaba como si quisiera borrar de su mente la imagen de su esposa cuando llegó a casa. Lorena se veía tranquila, pero su voz sonaba fría, y no había deidad alguna que pudiera convencerla de lo contrario.

No entendía por qué se sentía culpable; no había hecho nada cuestionable estando con Osmer. Sin embargo, en el fondo —quizá de manera inconsciente, o tal vez demasiado consciente— sabía que le había fallado a su esposa.

No obstante, ese pensamiento se desvanecía cuando recordaba el mal momento que estaba viviendo en el trabajo. Con las manos entre sus cabellos empapados, intentaba calmar la angustia que la acompañó todo el día; aun así, sabía que no podía dejarse arrastrar por la desesperación. Tenía que luchar por su puesto, por todo lo que había trabajado, y por la culpa que la atormentaba en relación con su pareja.

Con calma, salió de la ducha y se deshizo del exceso de agua de su rostro y cabello. Tomó la toalla y la envolvió alrededor de su cuerpo. Frente al espejo del lavamanos, buscó el reflejo de sus ojos enrojecidos por el alcohol, por las lágrimas que derramó bajo la ducha y por la irritación que le causó el jabón.

Salir del baño con esa imagen solo aumentaría la preocupación que sabía que su esposa sentía. Buscó en el botiquín unas gotas para los ojos y se las aplicó. Luego encontró unos pantalones holgados y una camiseta sin mangas que se puso con desgano. Se tomó un momento para reponerse; decidió secarse el cabello en la habitación, aunque, por lo general, no usaba secador si no iba a salir.

***

Lorena soltó el aire que contenía en el pecho en cuanto oyó a su esposa subir las escaleras. La siguió con la mirada hasta que desapareció por el pasillo.

También ella sentía un nudo en la garganta, un presentimiento terrible que le apretaba el pecho. Media hora después, cerró su computadora, dejando inconcluso uno de los tantos informes que debía preparar, pues no había adelantado nada desde que Natalia subió. Los papeles desparramados sobre la barra eran simples hojas de manchadas de tinta que no lograba procesar.

Natalia acababa de apagar el secador cuando Lorena apareció en la habitación. La rubia le sonrió y se acercó hasta tomarle la barbilla, depositando un suave beso en sus labios.

—Me hubieras llamado para ayudarte con el cabello —dijo, muy cerca de su rostro, notando lo que con tanto empeño la cobriza intentaba ocultar.

—Tranquila, mi amor, solo eliminé el exceso de agua.

Lorena la miró a los ojos, pasó sus manos por su cabello y le sonrió. Luego, besó su frente y la abrazó con delicadeza.

—Todo estará bien, baby. Por favor, no te aflijas —susurró con ternura.

Natalia se aferró a los brazos de su esposa, escondiendo el rostro en su cuello y abrazándola como si temiera que desapareciera. Así, juntas, se recostaron en el colchón. Lorena no dejaba de acariciar su espalda mientras ella descansaba la cabeza sobre su pecho, dejándose envolver por el calor de su abrazo.

Natalia, decidida, le relató la situación en la oficina; cómo Mireya, en pocos días, se había adueñado de su puesto. Lorena buscaba en su mente alguna forma legal de contraatacar en caso de que el escenario en el trabajo de su esposa empeorara; de ninguna manera permitiría que la hicieran a un lado. No era posible que de buenas a primeras se descartaran sus años de esfuerzo y dedicación.

Aquella conversación permitió que Natalia descargara su frustración y tristeza.

***

No era muy tarde cuando se removieron en la cama después de una siesta de una hora. Abrazadas, una oliendo el cabello de la otra, se sonrieron en cuanto sus miradas se encontraron. Lorena volvió a

dejar un beso en su frente antes de anunciarle que iba a bajar para cocinar algo para cenar.

—Tranquila, bebé, yo lo prepararé —se ofreció Natalia. Lorena levantó las cejas, algo sorprendida, pues, por lo general, y aunque dividían tareas, era ella quien siempre cocinaba en las tardes—. Sé que tienes trabajo que hacer —añadió, antes de ver como ella mordía sus labios previo a asentir.

Entonces fue la cobriza quien la besó en los labios antes de animarla a levantarse de la cama. Lorena se resistió un poco porque estar entre los brazos de su esposa le daba calma, una esperanza de que todo estaba bien, aunque, en el fondo, sabía que no.

Una hora más tarde, cenaban lo que Natalia preparó; una pechuga de pollo a la plancha, acompañada de papa majada en mantequilla y ensalada. La cena transcurrió en aparente tranquilidad, el ambiente se sentía espeso, extraño, aunque platicaron con cierta cordialidad.

Después de cenar, Lorena continuó redactando algunos de los tantos reportes que requería su trabajo. Los fines de año fiscal dentro del concesionario de autos que dirigía, eran pesados para todos los empleados clericales, y mucho más, para el personal gerencial.

Tras lavar los platos, Natalia subió a la habitación para buscar el libro que leía. Al pasar por detrás de su esposa, que se encontraba trabajando en la barra de la cocina, la abrazó e inhaló su perfume.

—¿Te molesta que me quede aquí en la sala mientras trabajas? —preguntó, pegada a su cuello.

—¿Qué pregunta es esa, Nat? ¿Cuándo me has molestado?

—Nunca… Pero siempre hay una primera vez.

Lorena se giró en el taburete y la tomó por la cintura. Ella se colgó de sus hombros.

—¿Hay algo que te preocupe, además de lo del trabajo? —la interrogó con dulzura, sin dejar de mirarla a los ojos.

Natalia sintió que se le aguaban los ojos, pero negó con la cabeza.

—Estoy triste, es todo —respondió, acariciándole los cabellos.

—¿Quieres hablar? —volvió a preguntar. Natalia negó de nuevo, pegando los labios en su frente—. ¿Segura? —susurró.

La cobriza la abrazó muy fuerte antes de levantarle la barbilla y besarla con ternura.

—Te amo. Te dejo trabajar —dijo al separar sus labios.

Ella la abrazó muy fuerte antes de levantarle la barbilla y besarla con ternura. Lorena le sonrió antes de que se apartara y se dirigiera al sofá. Natalia abrió el libro Más allá de un contrato de Dani Rodríguez y se acomodó para leer.

Cada una se dedicó a lo suyo; así transcurrió casi una hora. Natalia pasaba las páginas del libro, pero, en realidad, apenas leía. Lorena lo notó, porque, aunque estaba concentrada en lo que escribía, sus ojos de vez en cuando buscaban a su esposa que, a menudo, se quedaba inmóvil, mirando a la nada.

De repente, con la preocupación a flor de piel, Lorena cerró la computadora, se levantó y se dirigió, decidida, hacia el sofá. Natalia tenía la cabeza recostada en el respaldo, perdida en sus pensamientos. Ella se acomodó a su lado, le pasó una pierna por detrás y tiró de su cuerpo con suavidad hacia su pecho. La rubia soltó el libro y, casi de inmediato, rodeó con sus brazos la espalda de su esposa, aferrándose a ella como si temiera que se apartara.

Natalia no quería hablar. Su mente estaba en blanco, el nudo en la garganta no cedía, y la mezcla de preocupación y rabia por lo ocurrido en la oficina la carcomía por dentro. No sabía cómo reaccionar sin traerle más preocupaciones a su esposa, que estaba en un momento crucial en el trabajo.

Pero la mujer que amaba, su compañera de vida, no dejaba pasar nada por alto. Por eso estaba ahí, abrazándola fuerte, siendo su apoyo, su refugio, su norte, su todo. Y esa certeza, en vez de aliviarla, le oprimía el pecho de pura culpa. Porque, en lo más profundo, sabía que le había mentido por primera vez… Y sobre el mismo tema que antes le prometió no ocultarle jamás.

Capítulo 13

El timbre del celular sacó a Lorena de su concentración. Llevaba horas ensimismada en los reportes que debía entregar en dos días. Desde que salieron de casa en la mañana, no sabía nada de su esposa y, aunque se mantenía pendiente de ella, su salida temprana de la oficina el día anterior, le atraso el trabajo que necesitaba culminar para poder avanzar con el que yacía encima del escritorio.

—¡Baby! —fue el saludo de Natalia en cuanto ella contestó el teléfono.

—Hola, mi amor —respondió, sin añadir nada más. Con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja, siguió tecleando en la computadora sin prestar demasiada atención a lo que ella le decía.

—¿Te agarré en mal momento? —le preguntó Natalia al notar su silencio.

Lorena detuvo lo que hacía de inmediato, levantó las manos del teclado como si le quemaran. Cerró los ojos y respiró hondo, concentrándose en lo que su mujer le decía.

—Disculpa, baby. Mi atención es toda tuya. ¿Cómo va todo?

—Bueno… como era de esperarse —respondió Natalia, soltando un profundo suspiro—. Me llamaron a la oficina para cuestionar mi ausencia de ayer.

Lorena se recostó en la silla.

—¿Qué les dijiste?

—La verdad. Que no quería estar ahí.

—¿Y cómo lo tomaron?

—La verdad… no quiero ni hablar de eso ahora —respondió con sequedad.

Lorena frunció el entrecejo. Natalia no solía responder con frialdad; por lo general, le contaba todo. Pero, si lo pensaba bien, era la primera vez que enfrentaba un problema de esa magnitud. Ella no tenía un punto de comparación para saber cómo reaccionaría su esposa en situaciones tan difíciles.

—¿Será que podemos salir esta noche al cine? —le propuso Natalia.

El silencio se hizo eco en la línea. Lorena miró su escritorio lleno de hojas y tablas por llenar. El inventario de vehículos que debía repartir por concesionario no podía tener errores; eran muchos los clientes que esperaban determinados modelos, y varios de ellos ya habían pagado más de la cuota inicial para adelantar el proceso. Atrasarse no era una opción, pero la situación de su esposa le preocupaba.

—Nat… —alcanzó a decir antes de que la otra la interrumpiera.

—Tranquila, estás ocupada —dijo un tanto a la defensiva.

—Sabes que me encanta el cine, mi amor… pero estoy muy atrasada.

—Sí, lo sé. Estás en cierre, lo entiendo.

—¿Me puedes dar un *rain check*?

Natalia sonrió.

—Me debes dos películas, ¿de acuerdo? —le advirtió.

—Las que quieras, amor. Pero después del cierre, ¿sí?

—Está bien, te dejaré trabajar.

—¿Baby?

—¿Sí?

—¿Estás bien?

Natalia miró la hoja sobre su escritorio donde la amonestaban por la ausencia sin una excusa válida del día anterior. Estaba molesta, pero no quería cargar a su esposa con ese tema. Aunque bullía de coraje, no le daría otro mal rato a Lorena. No era justo.

—Sí, amor —mintió—. Hablamos en casa, ¿de acuerdo?

***

Esa conversación nunca ocurrió, pues, fue cerca de las ocho de la noche, cuando la puerta de la casa se abrió, dejando ver a una Lorena agotada. Se dejó caer en el sofá, justo a los pies de Natalia, que leía el libro que tenía entre manos.

Al verla, Natalia dejó el libro sobre el reposabrazos y se irguió para enderezarse. Levantó con cuidado las piernas de su esposa y las colocó sobre sus muslos. Sin decir nada, le quitó los zapatos y comenzó a masajearle los pies.

—Gracias… —murmuró Lorena con los ojos cerrados, dejando escapar un suspiro que parecía llevarse todo el peso del día.

—¡Wow, baby!, mira cómo estás.

—¡Qué día terrible! —se quejó, soltando el aire en un suspiro—. ¿Sabes que faltan vehículos?

—¡¿Qué?! ¿Cómo es posible?

—Mañana tengo que estar súper temprano para recibir a los investigadores. En un punto del proceso algo ocurrió. Puede ser un error matemático. Puede ser extravío de documentos o…

—¿Robo? —preguntó Natalia con cautela.

—Robo —confirmó Lorena, llevándose las manos al rostro con frustración—. No puedo creer esto, Natalia.

La cobriza, que hasta hacía unos minutos seguía resentida por el atraso de su esposa, se enterneció al ver cómo su "torre de marfil" se venía abajo. Sin decir nada, apartó las piernas de su regazo, se movió al lado contrario del sofá y la ayudó a incorporarse.

—Ven acá —susurró Natalia.

Lorena, agotada, obedeció sin protestar. Natalia se sentó recta y le guio la cabeza hasta su regazo, acariciándole el cabello en silencio. La rubia cerró los ojos y dejó que el peso del día se desvaneciera un poco entre las caricias de su mujer.

Tomó su mano y la llevó a sus labios, besándola con gratitud. Después de un rato disfrutando del calor y los mimos de Natalia, abrió los ojos; se encontró con la sonrisa cálida de su esposa. Le acarició el rostro.

—¿Y tú, cómo estás?

La otra mujer sonrió.

—Estoy bien —respondió con un tono suave—. No pasó nada más que lo que te dije en la mañana. Pero… no hablemos de eso, ¿sí? Hagamos como que todo está bien, al menos hasta mañana.

Lorena asintió, dejando escapar un pequeño suspiro.

—¿Quieres que mañana vayamos al acantilado? —Le preguntó luego, con un brillo distinto en la mirada.

Los ojos de Natalia se iluminaron de inmediato. El acantilado era su lugar sagrado, donde siempre hablaban de lo que las

incomodaba, frente al mar, dejando que el viento se llevara sus preocupaciones.

—Sí… —respondió con una sonrisa emocionada—, me encantaría.

—Hoy no sé si hablar de los problemas nos ayude mucho —la rubia dejó salir sus pensamientos, acariciándole la barbilla con ternura.

Natalia asintió. Dejaría sus inquietudes a un lado, a pesar de que esperó a Lorena desde temprano para contarle lo que antes, durante la llamada telefónica, no quiso decir. Por norma, hablar de problemas no se hacía dentro de su hogar. Podría esperar un día más; ambas estaban agotadas y, por los ojos apagados de su esposa, percibía que lo único que necesitaba esa noche era descansar.

—Vamos —la animó a levantarse del sofá—. Te daré un baño caliente, cenamos y a dormir temprano.

—¡Nat! —se quejó, negándose a levantarse.

Ya de pie, Natalia tiró suave de ella por los brazos. Como se resistía, ella se sentó al borde del sofá, rodeando su torso con los brazos y pegándose a su rostro.

—Si cooperas, puedo liberarte fácil de ese stress —le propuso con picardía, levantando las cejas.

Lorena abrió la boca con un gesto de sorpresa, pero sonriendo.

—¿En serio harás eso por mí?

—Por ti haré todo. Vamos, te mostraré como liberarnos de preocupaciones.

Esa fue la clave para que Lorena siguiera fiel a su esposa escaleras arriba hacia el baño de su habitación.

Capítulo 14

El sol empezaba a ocultarse; la brisa con olor a sal ya no era tan fuerte, y la botella de vino estaba a la mitad. Sentada sobre las piedras frente al mar, con las piernas dobladas y cruzadas, y la copa entre las manos, Natalia esperaba a su esposa. Estaba ansiosa; la situación en su trabajo se había tornado tensa, pues no se dejó amedrentar por su jefe. Cada comentario u orden lo tomaba como un ataque y respondía de inmediato, lo que solo empeoraba las cosas. Necesitaba a su esposa, a su todo; pero ese día, precisamente ese día, no le fue fácil dar con ella. Su última comunicación, hacía una hora, fue escueta y simple.

—Estoy en una reunión, te llamaré luego —le anunció Lorena unos segundos antes de que la llamada acabara.

Aquella fue una prueba indiscutible de que la cita que tenían para esa tarde había sido olvidada.

***

El robo de vehículos en el concesionario era un hecho. Las autoridades investigaban; los supervisores y jefes de Lorena Lindor llegaron pasadas las dos de la tarde a su oficina. A esa hora, casi las seis de la noche, aún no habían salido de la reunión; seguían buscando, trazando rutas, intentando establecer el móvil de tan extraño robo de miles de dólares.

Para Lorena, el dolor de cabeza era intenso. La presión en el pecho y la preocupación estuvo, desde la mañana, a la orden del día. Natalia no cesó de llamarla cerca de las cuatro de la tarde, justo en el momento crucial de la reunión entre la plana mayor de la empresa y los encargados del concesionario. Todos eran sospechosos, y eso Lorena lo sabía muy bien.

También sabía que no era ético responder una llamada personal en medio de una investigación, y menos cuando olvidó por completo la cita con su esposa. No por falta de interés —para ella, Natalia era su prioridad—, sino porque las cosas, ese día, no transcurrieron como de costumbre. Su mente estaba saturada de preocupaciones,

cuestionamientos e informes entre sus superiores y las autoridades locales.

***

El celular de Natalia timbró, sacándola de sus pensamientos. Su esposa, independientemente de cualquier situación, la priorizaba —se decía—, así que sonrió entusiasmada al oírlo sonar. Pero poco a poco su sonrisa se desvaneció cuando vio que no era Lorena quien la llamaba.

—Hola, Os —saludó a su viejo amigo con escasa emoción.

—Hola, hermosa. ¿Cómo te fue hoy? —se interesó él, lleno de ánimo.

Ella bufó al escuchar la pregunta.

—¿En el trabajo?

—Por supuesto, nena. He estado preocupado.

Ella lo pensó antes de responder. Era bonito que alguien se interesara por lo que le pasaba. Osmer era un buen amigo, según su punto de vista.

—Un lío —respondió al fin—. Todo ha sido un lío.

—¿Por qué? ¿Hablaste con el imbécil de tu jefe?

—El imbécil está decidido a sacarme —afirmó, antes de beber lo último que quedaba en la copa.

—¿Cómo estás tan segura?

—Lo presiento, Os. Ante cada cuestionamiento me responde con evasivas y, si no, con una carga de indiferencia que me hiela la sangre. ¿Sabes que hoy me llamó la gerente de uno de los hospicios quejándose porque no soy yo quien visita a los viejos? La tipa —se refirió a Mireya— ni siquiera los atiende en persona. Eso me tiene histérica —reconoció con pesar.

—¡Uf! ¿Y qué opina tu esposa de eso? Imagino que anda echando chispas —comentó con interés.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Por qué estaría enojada?

—Bueno, me has dicho que es muy protectora contigo. Eso es lo que nos vendiste a Jeff y a mí.

Ahora ella bufó.

—Lore no sabe ni la mitad de las cosas que me han pasado estos días.

—¿En serio?

—Está muy ocupada con un caso la oficina. Algo complicado de verdad.

—¿Tan complicado como para que no haya opinado con relación a tu situación laboral?

—O sea —balbuceó—, no es que no sepa. Obviamente, sabe lo que sucede, pero…

—¿Pero…? —interrumpió, evitando que la justificara.

—Hoy le iba a contar en detalle, pero no pudo llegar.

Al otro lado de la línea, el hombre levantó las cejas al escuchar el tono dolido de su amiga.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

En la línea se escuchó la brisa de fondo.

—En la playa.

—¿Sola?

—Por supuesto.

—¿Quieres que nos veamos? Puedo decirle a Jeff. Nos llegaremos a donde estás —le propuso.

Natalia miró su copa vacía; luego, sus ojos se desviaron hacia la botella que yacía a su lado. A continuación, también miró la hora en su reloj y, por costumbre, la pantalla del celular.

***

Cerca de las ocho y treinta de la noche, finalizó la reunión en la oficina del concesionario. El presidente y dueño de la empresa pidió una reunión a solas con Lorena y el agente de la Policía que estaba a cargo del caso.

Lorena se levantó para estirar los brazos mientras sus compañeros y parte del personal de confianza, salían de la oficina. Fue justo en ese momento cuando dirigió la mirada al celular que yacía sobre el escritorio. Lo tomó buscando un mensaje de su esposa; un mensaje que no encontró. Extrañada, volvió a mirar su reloj. Le pareció extraño, muy extraño, ese silencio, aunque habían hablado de forma breve cuatro horas antes.

Poco después, por fin, su jefe le dijo que por esa noche culminarían las investigaciones, pero que el agente estaría a cargo de cualquier eventualidad o hallazgo. No había pistas, y eso no era nada bueno para el nombre de la empresa. Aunque su jefe le hizo saber que sobre ella no existía sospechas, Lorena se sentía cargada y angustiada al imaginar que alguien de su equipo sí lo fuera.

Tras despedirse, tomó su bolso, se colocó los audífonos y salió de inmediato hacia su camioneta con el celular en la mano. Los repiques no cesaban, pero nadie al otro lado respondía. Al ver la hora, recordó la cita con su esposa. Se llevó las manos a la cabeza. ¡Lo olvidó por completo!

Detenida en la salida de su trabajo, intentó decidir a dónde dirigirse. ¿A la casa o al acantilado? Volvió a marcar sin éxito.

—¿Dónde estás, Nat? —susurró, golpeando el guía con frustración.

Por la hora, concluyó que su esposa debía estar en la casa; era demasiado tarde para estar en el acantilado. Sin embargo, su hogar la recibió en penumbras; Natalia no había llegado aún. Volvió a marcarle sin bajar de la camioneta.

Natalia al fin le contesto la llamada con una voz rasposa y un tanto lenta.

—Baby, ¿ya terminaste la reunión?

—Nat, ¿dónde estás? —preguntó Lorena, pero no fue necesario esperar su respuesta. El sonido de la brisa en el teléfono y las olas del mar al fondo, le dieron la respuesta.

—Estoy en el acantilado —le respondió—, pero no te preocupes, no vengas. Es tarde y ya estoy llegando a mi vehículo —dijo deprisa. En efecto, en ese momento, estaba abriendo la puerta del auto para subir a él.

—Nat, ¿estás bebida?

—Ya llego, mi amor —evitó responder—. Tranquila, mi amor, que Os y Jeff están conmigo.

Esa premisa le erizó la piel a Lorena. Jeff y Os. No eran celos, era preocupación.

Una preocupación muy grande.

Capítulo 15

—¿Qué está pasando? —preguntó Lorena, molesta, de brazos cruzados, recostada de la puerta del balcón mientras esperaba su llegada.

Lorena se sentía indispuesta, con un dolor de cabeza intenso que se le acrecentó al ver llegar el auto de su esposa. De él descendió Natalia, evidentemente, algo mareada y con el celular pegado a la oreja, riendo, hablando con alguien más. Acabó la llamada al escuchar su pregunta.

—¿De qué hablas? —respondió Natalia, situándose frente a ella, con el rostro pálido y los cabellos despeinados por la brisa del mar.

—¿Qué está pasando, Natalia? —repitió, levantándole la barbilla —. ¿Por qué llegas así?

—¿Así cómo? —la enfrentó—. ¿Bebida? ¿Qué tiene de malo beber un par de copas que compré para ti, para beberlas contigo? —le señaló el pecho—. ¿Qué de malo tiene?

—No tiene nada de malo, pero sabes que a eso no es a lo que me refiero —dijo Lorena, tomándola con suavidad por los brazos—. Para empezar, tú no bebes.

—¡Lo necesito! —gritó, sacudiéndose de su agarre—. ¡No tienes idea de cuánto lo necesito!

Lorena quedó pálida, inmóvil. Natalia la miró con dureza, le dio la espalda y luego se encaminó hacia la habitación, dando por terminada la discusión.

Lorena solo levantó la cabeza y cerró los ojos, tomándose un momento para calmarse. Buscó en la nevera un vaso de agua fría. Como autómata, lo colocó sobre la barra sin apartar la mirada. Sentía una mezcla terrible de emociones: preocupación, coraje, impotencia… Y un dolor de cabeza que no cedía.

Tras masajearse las sienes, agarró el vaso y, decidida, fue al encuentro de su esposa. La encontró desnuda, atándose una toalla al pecho, luego se recogió el cabello. Con movimientos torpes, Natalia entró al baño, abrió la regadera y se metió debajo del agua. Lorena la siguió, en parte por miedo a que se cayera, y porque

necesitaba explicaciones. No sabía cuáles, ni por qué, pero precisaba comprobar si, una vez más, ella le mentiría.

Con el vaso de agua aún en la mano, se recostó del lavamanos, de frente a la ducha. La puerta de cristal, esmerilada como hielo, le permitía a Natalia saber que ella la acompañaba. De igual modo, Lorena podía distinguir los movimientos de su esposa tras el cristal.

Su pecho oprimido aumentaba el malestar que arrastraba desde el mediodía. Notó rastros de arena en el suelo y recordó que había faltado a su cita, no por desconsideración —jamás le faltaría—, pero quizás esa era la razón de la actitud de Natalia. Y necesitaba comprobarlo.

—Nat… —habló en voz baja.

—No tengo nada que decirte, Lorena. Si estás esperando una explicación, puedes salir del baño —le dijo Natalia con firmeza.

—Discúlpame, bebé. No pude llegar a nuestra cita —declaró, sincera.

Hubo silencio en el baño. Lorena notó que Natalia detuvo sus movimientos dentro de la ducha y que apoyó un brazo en la pared, esperando escuchar algo más.

—Entiendo que estás molesta. No fue mi intención —añadió.

—Lo sé… pero no me gustó la manera como me recibiste —respondió Natalia, con voz quebrada.

—A mí no me gustó la manera como llegaste —rebatió con calma.

El silencio volvió a llenar el baño. Natalia retomó la ducha, ignorando la conversación.

Lorena, incapaz de soportar más la tensión, ni la claridad de la habitación, comprendió que discutir en ese momento no las llevaría a nada. Natalia estaba bebida, y ella, intolerante.

Dejó el vaso sobre el mueble del baño y salió en silencio hacia la alcoba. Se sentó en la butaca al costado de la cama, con los brazos apoyados en las rodillas y las manos entre sus cabellos, masajeándose la cabeza.

Lo primero que Natalia vio al salir de la ducha fue el vaso de agua fría sobre la mesita. Su corazón dio un vuelco. Aquel simple detalle la descolocó; su esposa seguía cuidándola, incluso en los

peores momentos. Se cubrió con la toalla, se sentó sobre el váter y, con calma, bebió el agua. Aún estaba mareada. Una botella de vino y algunas cervezas en compañía de sus amigos habían sido, para su cuerpo, veneno.

Le dolía el pecho. Casi nunca discutía con su esposa, pero esta vez estaba molesta y herida. Recordó las palabras de Jeff. "Debió preocuparse por cumplir. Lo de tu esposa no es más importante que lo tuyo". Aquella afirmación le carcomió la mente. Quiso borrar con alcohol la sensación de abandono que la invadió, la idea de que la única persona que siempre la tenía en cuenta la dejó sola. Jeff y Osmer, con su compañía, reforzaron ese pensamiento. Al menos ellos habían sacado tiempo para acompañarla.

Pero, a la vez, algo dentro de ella sabía que no era justo. Lorena nunca le había fallado en los años que llevaban juntas. Jamás tuvo un "no" para ella. Comprendía que el problema era grave y que su esposa debía ser responsable y atender la situación en el concesionario.

Lorena tenía que cumplir con su deber. Lo sabía. Aun así, dolía que, justo la primera vez que ella no estuvo, fuera cuando más la necesitaba.

—La ducha está disponible —le anunció con suavidad, en cuanto salió a la alcoba.

Con lentitud, Lorena levantó la cabeza y se encontró con sus ojos que la miraban fijo. El dolor en su mirada la congeló. Esta hizo un amague de sonrisa y se puso en pie; asintiendo y en silencio, pasó junto a su esposa sin decirle nada. Fue directo al baño.

En cuanto Lorena desapareció, Natalia se hizo con un cómodo pijama. Tras vestirse, se sentó al borde de la cama y esperó. Un rato después, miró la hora en el reloj de la mesa de noche. Las agujas marcaban las diez y dieciocho de la noche. Habían transcurrido quince minutos desde que su esposa entró al baño.

Con cautela, ella se acercó al baño. A través del cristal la vio con la cabeza y las manos apoyadas en la pared. El golpe en el pecho fue intenso, doloroso. Su mujer estaba frágil, débil, preocupada… así que no pudo evitar un arranque de amor.

El pijama quedó en el suelo. Cuando Natalia abrió la puerta de la ducha, Lorena, al oírla, se tensó. De inmediato, ella sintió los brazos rodeándola por la espalda; se giró y se deshizo en su abrazo.

Se abrazaron con fuerza, cada una escondiendo el rostro en el hueco del cuello de la otra, en silencio, sin explicaciones ni palabras. Solo sintiendo el calor de sus cuerpos, la calidez de un amor incondicional; un amor que, hasta ese día, traspasaría cualquier obstáculo, malentendido o dificultad, porque ambas lucharían por mantenerlo vivo.

Capítulo 16

La canción *"Once we've met"*, de Nat, fue sacando a Natalia de su sueño profundo, invitándola a abrir los ojos. Aquella melodía era la alarma que ella y Lorena compartían; tan dulce y serena, que jamás las despertaba de forma brusca. Por el contrario, mientras sonaba, solían abrazarse y perderse juntas entre las sábanas antes de salir de la cama para comenzar su día.

Pero esa mañana fue diferente. Al abrir los ojos por completo, Natalia se encontró sola en la cama, abrazada a la almohada de su esposa.

La noche anterior, después de aquel arranque de amor en la ducha, cuando se abrazaron por largos instantes y lloraron en el hombro de la otra, se acostaron sin siquiera cenar, ni hablar de lo que sentían. El malestar físico y mental de Lorena, sumado al alcohol que aún corría por las venas de Natalia, las dejó rendidas temprano.

Aun así, a pesar de que las cosas entre ellas no estaban en su mejor momento, Natalia ayudó a su esposa a vestirse y juntas se fueron a la cama. Pero ahora, cuando la luz de un nuevo día invadió la habitación matrimonial, una de las dos no estaba.

Natalia se incorporó en la cama, peinó con los dedos su cabello revuelto y miró a ambos lados de la habitación, extrañando el calor de Lorena. Sentía un leve malestar en la cabeza, producto del exceso de alcohol y, cómo no, del peso emocional por lo que había ocurrido la noche anterior.

—No me gusta despertar sola, Lore… Lo sabes —murmuró en la soledad de las cuatro paredes, haciendo un leve mohín.

Con calma, ella salió de la cama. Después de arreglarse un poco, se dirigió hacia la cocina, donde la soledad también le hizo compañía. De pie, en medio del pasillo, Natalia miró a todos los lados en la habitación, llamando a su esposa. Extrañada al no recibir respuesta, se dirigió al balcón; ahí confirmó que la camioneta no estaba en el garaje. En efecto, Lorena se había marchado de la casa sin despedirse.

Acongojada, regresó a la cocina en busca de café. Sobre el gabinete, halló una nota debajo de su taza. *"Nat, tuve que salir de imprevisto. Las autoridades se presentarán muy temprano en la oficina, así que debo estar allí para recibirlos.*

En el horno está tu desayuno y el café está listo. No quise despertarte, sé que odias despertar sola. Disculpa que no pude esperarte para desayunar.

Te amo.

PD: Lamento no haber llegado a nuestra cita."

Natalia respiró aliviada, pues Lorena tenía una excusa válida, aunque el malestar en su pecho no desapareció al leer la nota.

***

—Natalia.

Ella levantó la cabeza en cuanto oyó su nombre. Wilder, su jefe, estaba frente a ella con cara de pocos amigos.

—¿Sí? —respondió con el ánimo en mínimo.

—Necesito que vengas a la oficina.

Natalia bufó.

—¿Y para citarme a la oficina tuviste que venir en persona? —le peguntó con la voz rasposa y apoyando los codos sobre el escritorio.

Wilder se dio la vuelta sin molestarse en responderle y se dirigió a su oficina. Ella, con desgano, lo siguió; ese día vestía de jeans y polo, un atuendo algo informal.

En la oficina, Natalia intentaba mantenerse tranquila, haciendo el trabajo que su jefe le dejaba a cargo, pero su estado emocional era inestable. El ambiente se notaba cargado entre todos los compañeros de oficina, pues, durante la última semana, y desde que Mireya ocupó su puesto, Natalia estaba mucho más cargada de trabajo. Aquella mujer solo visitaba las egidas; los informes y contratos, quedaban sobre el escritorio de Natalia en espera de que ella los trabajara. Una tarea que no hacía por rebeldía, sintiendo, con razón, que realizaba el trabajo sin tener contacto con la realidad que su reemplazo indicaba en los informes.

La puerta se cerró tras Natalia que, sin llevar su libreta para anotaciones, se sentó frente a su jefe.

—Te escucho, Wilder —dijo con un tono seco.

Su jefe se recostó de la silla con los dedos entrelazados a la altura del pecho, mirándola a los ojos.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? —fue directo al grano, hablándole con su mismo tono.

Natalia alzó las cejas, incrédula. ¿De verdad él le cuestionaba su cambio de actitud?

—¿A qué te refieres?

—Siempre has sido muy responsable —aclaró—. ¿Qué te pasa?

—Te repito, ¿a qué te refieres? —lo retó.

Wilder se irguió, levantó tres carpetas de su escritorio y las dejó caer frente a ella.

—Tres informes sin entregar. ¿Crees que podemos cobrar estos servicios si no tenemos los informes hechos?

La sangre en las venas de Natalia casi hirvió al escuchar aquello; apretó los puños lo más fuerte que pudo, evitando soltar todos los improperios que conocía. Tomándose el tiempo para calmarse, se levantó, le dio la espalda y suspiró profundo. A continuación, se acercó al escritorio, apoyó las manos a cada lado, acercándose a su jefe, al que ya no le tenía ni una gota de respeto.

—Wilder, ¿crees que puedo redactar un informe con datos que no sé si sean correctos? ¿Crees que es ético hacer un informe que enviarás a una oficina federal con detalles de los que no soy consciente?

—¡Es tu trabajo! —le espetó él, levantándose también y enfrentándola muy de cerca, tanto, que sus alientos se mezclaban.

—Era mi trabajo —puntualizó—. No haré ningún informe del que no esté segura.

Su jefe se retiró un poco al percibir el olor a alcohol en el aliento de su empleada; la miró, notando sus pupilas dilatadas. Apenas pasaba del mediodía, ¿cómo? ¿En qué momento ella tomó alcohol?

—¿Estás bebida? —la confrontó, mostrando sorpresa.

Natalia era la rectitud encarnada. ¿Cómo era posible que estuviera trabajando en ese estado?

Su sangre, que antes hervía, se congeló en sus venas. De golpe se alejó del hombre, con esa reacción tan marcada, le daba la razón

a su jefe.

Wilder rodeó el escritorio hasta alcanzarla, pero esta vez, parado frente ella, no lo evitó. Mantenía la barbilla tensa y la ira reflejada en su mirada.

—No estoy bebida —mintió—. ¿Cómo se te ocurre? —intentó mantener la mirada firme.

Muy temprano en la mañana se encontró con sus amigos, quienes la recibieron con cerveza en mano, y la convencieron de que se bebiera un par de cervezas para que se relajara antes de llegar a la oficina a enfrentarse a su idiota jefe, como ahora ella le llamaba.

Wilder asintió, sin creer lo que ella confirmaba.

—Tómate la tarde libre —le ordenó. Sin decir nada más, regresó a ocupar la silla detrás de su escritorio. Natalia, sintiéndose acorralada, y sin ninguna justificación, se dirigió a la puerta, pero antes, su jefe la detuvo. Ella ni siquiera volteó a verlo—. Mañana asegúrate de llegar sobria —le dijo Wilder—. Y no solo sobria, dispuesta a hacer tu trabajo. No seguiré tolerando tu comportamiento. ¿Estamos de acuerdo? —habló con firmeza.

Natalia no respondió, abrió la puerta y salió de la oficina. Sus compañeros la vieron agarrar su celular de mala gana, apagar la computadora y sacar su bolso de la gaveta. Justo en el momento cuando salía, el teléfono sonó.

Ver el nombre de su mujer en la pantalla la paralizó. Se detuvo en el pasillo, frente al ascensor; tomó una bocanada de aire antes de responder.

—Baby —la saludó Lorena.

—Hola —respondió con seriedad.

Al otro lado, la rubia frunció el entrecejo. Natalia sonó cortante y, su voz, extraña.

—¿Estás llorando?

—No, mi amor. Es que acabo de pasar un mal rato con Wilder. ¿Cómo vas? —intentó cambiar el tema.

—¿Almorzamos?

Natalia se recostó de la pared, cerrando los ojos. La verdad era que en ese instante la necesitaba, pero sabía que no estaba en su mejor momento. Podía negarse, fingir que seguía ocupada. Sin

embargo, en el fondo, solo quería verla, abrazarla y consolarse en ella. No podía perder esa oportunidad.

Capítulo 17

Natalia y Lorena almorzaron juntas, pero había una extraña sensación de tensión entre las dos. Aun así, al verse, se abrazaron y caminaron tomadas de la mano hacia el interior del restaurante.

Fue justo después de que se sentaron frente a frente, que Lorena notó que su esposa lucía demacrada. Sus hermosos ojos, siempre tan vivos, se veían inflamados y, además, parecía que no se había maquillado esa mañana; algo inusual en ella, pues solía ir a la oficina bien arreglada.

Lorena evitó mirarla de frente, la observó con disimulo. Notó, sin embargo, que su esposa evitaba sostenerle la mirada, y eso la inquietó. Aun así, tomó las manos de su mujer después de ordenar la comida. Cuando lo hizo, Natalia por fin levantó la vista. Sus ojos la descolocaron; no eran los mismos que ella amaba. Estaban perdiendo el brillo. Lo que fuera que pasara, no podía permitir que se alejara. En su mirada había demasiado dolor.

—Baby, ¿estás bien? —le preguntó con ternura.

Natalia le sostuvo la mirada y frunció los labios. Mentirle o negarle algo a aquella mujer que la contemplaba como si el mundo girara solo en torno a ella, no era posible. Decirle que la extrañaba a horrores, que se sentía abandonada, sería echar más sal a una herida que ya se estaba abriendo; pero, al mismo tiempo, comprendía que mantenerse hermética por no herirla, tampoco era bueno.

—No, bebé… No estoy bien —admitió—. Las cosas en la oficina... —"Posiblemente, minimice tu situación laboral". Las palabras de su amigo retumbaron en su cabeza.

Natalia detuvo sus palabras de golpe, negó con la cabeza y retiró las manos del calor de las de su esposa. El gesto perturbó a Lorena que, sin pensarlo, se enderezó y bajó las manos a sus muslos, sin apartar la mirada de ella. Sintió cómo su corazón se apretujó ante su gesto de desconfianza; sin embargo, tomó mucho aire en sus pulmones y lo dejó salir despacio, dándose tiempo para recomponerse.

—¿Qué pasa en la oficina? ¿Mireya? —preguntó con preocupación.

Natalia volvió a negar.

—No quiero hablar de eso —respondió, apartando la vista.

—Natalia...

—En serio, Lore, déjalo así —le pidió, bajando ahora la vista—. Tú tienes tus asuntos… Lo del robo… —sacudió las manos—. Son cosas más importantes.

—Lo tuyo —replicó con voz angustiada—, todo lo tuyo también lo es, Natalia. ¿Por qué ese hermetismo? —su pregunta sonó dolida.

—Ya pasó. Lo manejaré como pueda —resolvió.

En ese momento, el mesonero llegó con la comida. Natalia empezó a comer sin siquiera esperar a su esposa.

Para Lorena su comportamiento era preocupante; la veía lejana, distante. Tragó el nudo que de repente se le formó en la garganta. Suspiró profundo, bebió un sorbo de agua y comenzó a remover la comida.

Natalia también estaba angustiada. Notó que su esposa no tomaba bocado y tampoco la miraba, y su corazón se rompió en mil pedazos. ¿Por qué estaba comportándose así con la persona que más amaba en el mundo?

Ella dejó los cubiertos a un lado del plato, se enderezó y miró a la mujer frente a ella.

—Lore… —pronunció su nombre en voz baja.

Natalia quería disculparse, pero el destino tenía otro plan. Justo cuando la rubia levantó la vista, el timbre del celular interrumpió lo que estaba a punto de decir.

Ella no tenía intención de contestar; ignoró el sonido que provenía de su bolso, pero su reacción ante aquellos timbrazos llamó la atención de Lorena.

—¿No vas a contestar? —le preguntó con curiosidad—. Puede ser de la oficina.

—No creo que sea de la oficina —respondió con firmeza—. Terminemos el almuerzo, por favor.

La mirada de Lorena permaneció fija en su esposa, buscando algún gesto, una señal que le diera luz, pero no notó nada. Natalia

seguía comiendo mientras ella perdió el apetito por completo.

Cuando Lorena se levantó sin decir nada, Natalia detuvo todo movimiento, poniendo su entera atención en ella. La vio sacar el celular y la billetera de su bolso y, sin decir palabra, dirigirse hacia algún lugar del restaurante. Fue entonces cuando ella pudo soltar todo el aire que contenía en su pecho y apoyarse en el respaldo de la silla.

Confió en su instinto; buscó el celular en su bolso hasta confirmar que quien la llamaba era Osmer. Justo cuando tenía el teléfono en la mano, este comenzó a timbrar de nuevo. Nerviosa y sin entender la razón, miró a su alrededor; no había rastros de la rubia.

—¿Osmer? —contestó a la llamada.

—Nat, ¿estás bien?

—Sí.

—Podemos vernos cuando salgas, aún nos quedan algunas cervezas —le informó con un tono achispado.

—Gracias, pero hoy no puedo —le dijo.

—Oh, pensé que estabas fuera del trabajo. Eso me dijo Jeff.

—Sí, lo estoy. Pero… estoy almorzando con Lore. Además, las cervezas de la mañana tuvieron consecuencias —dijo por lo bajo.

El silencio llenó la línea por unos segundos.

—Ah, por eso no respondías la llamada —comentó, riendo.

—No escuché sonar el teléfono —mintió—. No tengo razón para no responderte, Os.

—Me alegra mucho que al fin tu esposita te preste atención. En este momento la necesitas más que nunca —comentó con comprensión.

Ella permaneció en silencio, internalizando las palabras de su amigo.

—No te refieras a ella de ese modo, Os. Te lo pido.

—Discúlpame —pidió él. Ella asintió, sin dejar de mirar hacia el lugar por donde su esposa desapareció. Sentía el corazón palpitando fuerte, como si estuviera cometiendo el mayor de los errores—. Solo me preocupa que estés pasando por esto sola.

—No estoy sola —le replicó.

—Si tú lo dices —dijo su amigo con sarcasmo—. De todos modos, sabes que Jeff y yo estamos para ti.

De pronto, vio a Lorena a lo lejos y, por alguna razón, terminó la llamada. Natalia prestó atención a cada movimiento de su esposa. La vio ir hasta la caja registradora y pagar. Frunció el entrecejo; no habían terminado el almuerzo. De hecho, el plato de su mujer estaba intacto. La vio sonreírle al cajero y encaminarse de regreso a la mesa.

Lorena lucía desencajada, tanto, que le dirigió una sonrisa forzada.

—¿Te falta mucho? —le preguntó con un tono algo cortante, retirando la silla para sentarse.

Natalia solo la miró.

—Ya pagaste… ¿No vas a comer?

—No, se me quitó el apetito —respondió—. Lo pedí para llevar. Comeré en la oficina cuando me dé hambre —buscó las llaves en su bolso.

Natalia asintió, retiró el plato y la miró. Sus miradas se encontraron cuando Lorena levantó la cabeza.

—¿Pasó algo en la oficina? —le preguntó la cobriza.

—No, solo que debo regresar —indicó con firmeza.

—Pero me dijiste que tenías tiempo libre, Lore.

—Lo tenía, pero parece que tú tienes cosas que hacer. No quiero ocupar tu tiempo.

—¿De qué hablas?

—Eso lo sabrás tú. Eres quien no me cuenta nada —le dijo—. Asumo que tendrás con quién hablar de tus asuntos, ¿no?

Natalia sintió que la sangre se congelaba en sus venas. Comprendió las palabras de su mujer de inmediato.

—¿Puedes explicarte? —le pidió, irguiéndose en el asiento.

Lorena se puso en pie, apoyó las manos sobre la mesa y se acercó a su rostro.

—Algo pasa, Nat. Hemos tenido demasiados roces en estos días, y entre nosotras eso no es usual. Te cité para pasar un buen rato, pero… —tragó saliva y sus ojos se cristalizaron. No quería decir lo que sentía, no era el lugar y tampoco el momento; no obstante, la

presión que le oprimía el pecho no le dejaba dudas de que presentía que se avecinaba una tormenta.

Tras el largo silencio, Lorena se enderezó, pero la mano de su esposa la retuvo cuando se disponía a darse la vuelta.

—¿Pero...?

—Debo irme, Nat. De verdad debo hacerlo —dijo antes de besar su cabeza como despedida.

El ardor en los ojos le impidió a Natalia ver con claridad la espalda de Lorena mientras se alejaba, porque las lágrimas comenzaron a asomarse. ¿Qué estaba pasando?

Ella se quedó sentada en la mesa. El mesonero regresó para retirar el plato que la otra no tocó. Un rato después, con la comida lista para llevar, se levantó y salió del restaurante.

Natalia estuvo mucho tiempo en el estacionamiento mirando a la nada, con el pecho contenido. Cuando despertó del letargo, bajó el visor para mirarse en el espejo. Una foto de las dos abrazadas apareció ante sí, y sus ojos se desbordaron en lágrimas.

***

Minutos antes, una Lorena angustiada salió a toda prisa del estacionamiento. Natalia no era una mujer de mentir; no lo era, pero sus actuaciones de los últimos días, su comportamiento, sus silencios, estaban provocando una enorme fisura en su relación.

Lorena no sabía cómo afrontarlo, y le dolía horrores. Verla esperar a que ella se marchara para contestar aquella llamada, observarla desde el pasillo mientras se aseguraba de que ella no la estuviera viendo… no era otra cosa que señales de que algo entre las dos se había roto.

Después de ver aquella escena, ella entró al baño; se quedó mirándose en el espejo hasta que le ardieron los ojos. La presión en la garganta amenazaba con dejarla sin aire. Era una persona fuerte, decidida, pero, enfrentar a la mujer de su vida a una verdad que ella no quería escuchar, la destrozaría. No tenía fuerza ni ganas para escuchar excusas ni mentiras.

No quería enfrentarse al peor de los escenarios que era no tener a Natalia Oliver en su vida.

Capítulo 18

Seis horas habían transcurrido desde la última vez que Lorena y Natalia se comunicaron. Una, porque no quiso enfrentar una verdad; y la otra, porque sentía que era ella quien necesitaba comprensión. Una comprensión que creía que su esposa no le ofrecía.

Cargando con la comida en los asientos posteriores del Jeep Renegade, y descartando la idea de llevarle el almuerzo a la oficina, Natalia volvió a reunirse con sus amigos. Se sentía abandonada, incomprendida y enojada. Su idea de pasar el día con su esposa se evaporó cuando, sin más, ella salió del restaurante, dejándola sola.

Sin embargo, a pesar del enojo, ella no dejó de mirar la pantalla del celular en ningún momento, esperando un mensaje de su esposa.

Lorena, por su parte, se refugió en el trabajo atrasado que reposaba sobre su escritorio desde hacía días. Ella también miraba con insistencia su teléfono. Sus documentos estaban llenos de tachones y hojas sueltas sin orden alguno. No lograba concentrarse; era difícil hacerlo cuando en su mente volvían las imágenes de su esposa, ojerosa, descuidada y ausente. Se peinó el cabello intentando no recordarla, pero una y otra vez la veía hablando por teléfono durante su ausencia en la mesa. Entonces, su pecho se apretaba y la respiración se le aceleraba. Estaba enloqueciendo.

Cerca de las cinco de la tarde, hora en la que su esposa culminaba labores, Lorena también se puso de pie; recogió su bolso, dejó todo atrás y se dirigió a su vehículo. Decidida, tomó el teléfono y marcó el número de Natalia.

La llamada saltó directo al buzón de voz.

—Nat, estoy en el acantilado. Por favor, ven —fue lo único que dijo antes de dirigirse a su lugar. Al lugar de las dos.

***

Las botellas de cervezas iban y venían. La tarjeta de crédito de Natalia, sobre la barra del bar, en las afueras de la ciudad, aseguraba que cada cerveza sería pagada. Desde que llegó al lugar

donde fue citada, se refugió en la compañía de sus amigos y algunas botellas, intentando silenciar el vacío que llevaba dentro.

Sus amigos reían con exageración por el alcohol. Ella, entre risas falsas, no dejaba de mirar su celular, a pesar del alcohol y del peso que le oprimía el pecho.

La vibración del dispositivo sobre la barra la alertó, al igual que a los hombres que la acompañaban. Tres pares de ojos se posaron cobre la pantalla del teléfono que, al iluminarse mostró una foto de Lorena.

—Mira, apareció la desaparecida —se burló Osmer, agarrando el celular.

Natalia se lo arrebató de inmediato y, casi tambaleando, se alejó del grupo. Aun así, alcanzó a escuchar hablar a Jeff.

—Esa mujer no te merece. Te llama a esta hora para que vayas a cocinar —se burló y el otro hombre estalló en risas.

La sangre le subió a la cabeza a Natalia al escuchar el comentario y las carcajadas de ambos. Se detuvo, se dio la vuelta y, regresando ante sus amigos, lo señaló con un dedo en el pecho.

—De mi esposa no hablas así —dijo con voz rasposa y cargada de enojo.

Jeff levantó las manos como señal de rendición y, sin dejar de sonreír, marcó sus labios, prometiendo silencio. Pero cuando ella volvió a darse la vuelta para salir del lugar, oyó otra vez la burla de ambos a sus espaldas.

—Es una tonta… Vive con ella, y la otra, quién sabe con quién está.

El orgullo no la dejó volverse para abofetearlos, pero sí hirió su confianza.

Una vez cerca de su camioneta, Natalia abrió el celular. Vio la llamada perdida y luego escuchó el mensaje de voz. Con las manos temblorosas, marcó hasta que la voz de su mujer se dejó escuchar.

—Nat, estoy en el acantilado. Por favor, ven.

***

Lorena vio el reflejo de las luces de la camioneta cuando su esposa se estacionó en el lugar de siempre. Oyó la puerta al cerrarse

y su pecho se llenó de ansiedad mientras ella se acercaba.

Natalia vio desde lejos el cabello rubio de su esposa, moviéndose con la brisa. Una luz, a poca distancia, le otorgaba a la escena una imagen casi fotográfica. Con pasos inseguros, subió cada piedra hasta llegar al lugar donde solían encontrarse cuando algo necesitaba aclararse.

Esta vez, Natalia no estaba del todo en sus cinco sentidos, aunque tampoco ebria del todo. Sabía lo que hacía, y que las cosas se pondrían peor si Lorena notaba que estuvo bebiendo. Aun así, el alcohol era la única forma como podía enfrentarla. Tenía dudas —infundadas, tal vez—, pero las tenía. Y también estaba herida por el abandono que sentía por parte de su esposa.

En silencio, se sentó a su lado. Lorena no giró la cabeza para recibirla; se mantuvo mirando al horizonte, aunque sabía que el amor de su vida estaba ahí, sentada junto a ella. Tampoco Natalia la abrazó por la espalda como solía hacerlo.

Nunca, ni en sus peores momentos, habían sido capaces de encontrarse sin un roce o una caricia. Esa noche, todo era distinto.

La noche estaba caliente, pero en sus venas la sangre se sentía helada.

—¿Te estás viendo con alguien, Natalia? —le preguntó Lorena, con un terrible nudo en la garganta. Para Natalia, aquello era una locura, y no pudo más que bufar. Esa reacción bastó para que Lorena buscara su mirada—. ¿Es gracioso lo que te estoy preguntando?

—Lo es… Y es una gran locura —puntualizó con seguridad.

—¿Y con quién has estado bebiendo, Nat? —preguntó con calma, aunque con una pausa cargada de tensión.

—No… —intentó responder.

—No me mientas más, por favor. Hasta tu ropa está impregnada de alcohol y cigarrillo, Natalia. Prefiero que me digas la verdad.

Pero ella no dijo nada. Rehuyó la mirada, dándose espacio para articular las palabras que rondaban su mente.

—No me estoy viendo con nadie, Lorena. Y si bebo es para superar todo lo que estoy pasando —confesó.

Los latidos del corazón de Lorena casi se detuvieron al escuchar aquello. ¿Qué era lo terrible que le estaba pasando que ella no sabía?

—¿Hablas de tu situación laboral? ¿Estás enferma? ¡¿Qué es lo que no sé?! —le preguntó, al borde de la desesperación.

—Ahí está el detalle, que no sabes nada… y pretendes que pase por esto sola.

—No pretendo nada, Nat. Estoy enterada de tus roces con Wilder, de lo que te hizo, de la llegada de Mireya, pero… no me hablas, no cuentas…

—¡¿Me has preguntado?! —escupió, con el dolor marcado en cada sílaba.

El mundo de Lorena se vino abajo. Con un solo movimiento se agachó frente a su esposa para mirarla de frente, pero ella desvió la mirada. Ese gesto fue un cuchillo atravesado en su pecho. Acunando su cara, la hizo mirarla de nuevo; le acomodó el cabello que la brisa revolvía y se encontró con sus ojos. Era la primera vez en años que pasaban por una situación tan extraña, en la que algo se desmoronaba entre ellas sin saber por qué.

—¿Qué pasa, bebé? ¿Es porque no llegué a la cita la semana pasada? Yo…

—Sé que ocupada. Hasta el cansancio, lo sé —dijo Natalia con la voz apagada.

Entonces la luz le llegó a Lorena. Había pasado tantos días ensimismada en su trabajo, sin notar que Natalia se sentía abandonada. Poco a poco se separó, quedando frente a ella, sin tocarla, pero con la mirada fija y la calma acariciando cada palabra.

—Estuve ocupada, es verdad, pero… mi prioridad siempre has sido tú, Nat. Siempre —recalcó Lorena y la vio tragar. Sus ojos se cristalizaron. Entonces ella le tomó las manos y se irguió—. Perdona si no me percaté de que estabas pasando por algo fuerte en tu trabajo —bajó la cabeza, buscando qué decir sin que sonara a excusa, porque no lo era—. No voy a minimizar lo que te está pasando ni agrandar lo del robo —ante sus palabras, Natalia le apretó las manos—. Solo… perdóname por no verlo… —le pidió en un susurro.

La tierra se abrió debajo del cuerpo de Natalia. Ella tiró de su esposa por los brazos hasta acunarla en su pecho. Lorena la abrazó muy fuerte, transmitiéndole apoyo, amor, seguridad… Dejando a un lado el coraje, la decepción y sus propios problemas. Su única prioridad era esa mujer que la abrazaba y, entre sollozos, le decía que la amaba.

Capítulo 19

Era entrada la noche cuando Lorena y Natalia llegaron a su hogar.

Horas antes, sentada una al lado de la otra, sobre una piedra en el acantilado, Natalia le relató a su esposa su versión de los hechos ocurridos en la oficina. Omitió el detalle de que había llegado bebida y tarde; aparte de que no cumplía a cabalidad las tareas que Wilder le encargaba.

Natalia tenía miedo de decepcionar a Lorena porque ella siempre fue una empleada ejemplar y un gran recurso para la empresa. Admitir que había pasado a un plano inferior solo porque su jefe tenía un claro amorío con una chiquilla, la hacía sentirse humillada. Quería resolver aquello por sí misma, sin ocasionarle a su esposa una pena mayor.

Gracias a la omisión de esa información, Lorena quedó molesta con el jefe de su esposa, aunque más tranquila al creer que, tarde o temprano, todo se arreglaría en el plano profesional de Natalia. Ella se daría a respetar y Wilder admitiría que nadie superaría su experiencia y empatía cuando se trataba de trabajar con personas de la tercera edad.

El ambiente todavía se advertía cargado cuando llegaron a la casa, a pesar de que la última hora la pasaron platicando de aquella situación. Lorena entró primero y encendió la luz; suspiró profundo, pues sentía una leve opresión en el pecho que no podía identificar. Cuando oyó que la puerta se cerraba tras ella, disimuló su ansiedad.

—Voy a ducharme, ¿vienes? —preguntó la rubia, que iba unos pasos delante de Natalia. Dejó su bolso sobre el sofá sin girarse hacia ella.

—Sí —Lorena percibió su voz más cerca de lo que esperaba—. Quiero estar contigo cada segundo… Necesito recuperar el tiempo perdido, bebé —le dijo Natalia, abrazándola por la espalda y besando su hombro.

El escalofrío que provocó el cálido aliento rozando su cuello, le erizó la piel. Lorena cerró los ojos, apretó entre sus manos las de

Natalia, cruzándolas sobre su pecho. Luego se giró entre sus brazos, buscando los labios que tanto extrañaba. Tras acunar su rostro, la besó con una inmensa ternura que, poco a poco, fue intensificándose hasta que los gemidos de placer se hicieron eco en la sala. Y no solo en la sala; sus labios no se separaron mientras caminaban de espalda hacia el pasillo que conducía a la escalera. Entre trompicones y risas, las prendas fueron desapareciendo, siendo reemplazadas por manos que querían tocarlo todo.

Hicieron el amor con la ternura y ansiedad que provoca estar varios días sin tocarse, con las dudas infundadas en sus mentes y el miedo a perder lo más preciado.

***

La mañana las recibió abrazadas. Natalia fue quien primero despertó, rodeada de los largos brazos de su esposa. Entre ese abrazo, se giró hasta quedar frente a ella.

Natalia la miró dormir con la devoción que solo ofrece el amor. Aunque la mañana ya había llegado, los rayos del sol aún no iluminaban por completo la habitación. En la penumbra, ella disfrutó contemplando el hermoso rostro de Lorena. Dibujó con los dedos sus labios y esa parte de la barbilla que la enloquecía.

Su esposa tenía una mujer de barbilla pronunciada; su genética le regaló un espacio perfecto entre el labio inferior y la quijada, otorgándole un atractivo adicional a su, ya maravilloso, rostro.

Pero el escrutinio de Natalia fue disminuyendo. Su sonrisa, que acompañó la contemplación del hermoso rostro, fue desvaneciéndose al notar las oscuras ojeras de su esposa; la evidencia de noches en vela y exceso de trabajo. Dejó de tocarla y juntó las manos, escondiéndolas debajo de su cabeza sin apartar la vista del rostro de su mujer. La culpa volvió a oprimirle el pecho; no se había puesto en su lugar y solo pensó en sus propios problemas.

El nudo en su garganta le anticipó que estaba a punto de llorar. Sus sollozos, por más silenciosos que intentaba que fueran, preocuparían a Lorena si despertaba; eso la obligaría a explicarle la razón de sus lágrimas. Y no podía admitirle que le mintió. Para la

otra mujer, la mentira era la peor de las traiciones. Siempre se lo dijo.

Con cautela, Natalia intentó salir de la cama, pero una mano firme tomó su brazo y la atrajo de regreso. Lorena se acomodó, rodeándola con ambos brazos, manteniéndola firme contra ella, con los rostros tan cerca que sus respiraciones se mezclaban.

No fue casualidad que despertara. Había sentido las caricias; incluso, la respiración alterada, pero se mantuvo quieta, esperando el siguiente paso de su esposa. La mirada de Lorena se aferró a la de Natalia, escudriñándola, buscando respuestas a las preguntas que revoloteaban en su mente desde la noche anterior, cuando hicieron el amor y se quedó despierta, abrazándola. Porque, aunque se amaron con ternura, sintió un leve dejo de angustia en ella; algo que nunca antes advirtió.

—¿A dónde vas? —le preguntó con dulzura tras besar su nariz.

Natalia cruzó los brazos sobre el pecho desnudo de su esposa, le devolvió el beso y descansó la cabeza en su hombro. Le regaló una tímida sonrisa, luego desvió la vista hacia sus labios.

—Quiero hacerte de comer. ¿Qué quieres desayunar?

—A ti —respondió Lorena con la vista fija en sus ojos. Se mordió los labios al percibir que Natalia tragó saliva con nerviosismo antes de levantar la mirada—. Te quiero de vuelta —declaró, sintiendo que aquel maldito nudo en su pecho se hacía más fuerte, más intenso.

Natalia frunció el entrecejo, sin entender del todo a qué se refería.

—Estoy aquí, bebé. Siempre he estado a tu lado —le dijo.

Pero Lorena negó con firmeza.

—Te amo. Te amo tanto, Nat, que puedo ver a través de tus ojos. Y tus ojos no brillan. Tu cuerpo no tembló entre mis brazos anoche.

—No pasa nada, bebé —mintió—. Solo lo que te dije ayer. Además, estaba cansada —explicó.

—¿Y por qué no me sostienes la mirada? —le preguntó—. Hay algo que no te atreves a decirme.

La incomodidad llenó la habitación. Natalia, inquieta, intentó soltarse de los brazos que la rodeaban, sintiendo que estaba

quedando expuesta sin siquiera haber dicho nada, pero el abrazo se tensó, manteniéndola quieta, tratando que la conversación se extendiera.

Pero Natalia no podía obligarse a sostener una mirada que se mantenía firme, así que recostó la cabeza del pecho de Lorena, evitando sus ojos. Suspiró profundo en procura de sosiego.

—Estás violando un acuerdo que ambas hicimos —susurró.

—¿No hablar de nada preocupante en nuestra cama?

Natalia asintió. Sacó los brazos de debajo de su cuerpo y se aferró con fuerza al de Lorena, que suavizó el agarre, convirtiéndolo en un abrazo confortante.

Se mantuvieron en silencio, absorbiendo la calidez y el aroma de la otra.

—Un café con un biscote estará bien para mí —dijo Lorena como respuesta a una pregunta que había quedado relegada minutos atrás.

Natalia levantó la cabeza y la besó. Fue saliendo de los brazos que por fin la soltaron y se sentó a horcajadas sobre el abdomen de la rubia. Se irguió, fijando los ojos en su esposa, apoyándose en los brazos sobre el colchón.

Lorena le acomodó el cabello que ahora caía a los lados, admirando su belleza; una belleza que la cautivó desde el primer día cuando la vio en aquel acantilado, ahora, cómplice de todas sus situaciones importantes.

—Gracias, mi amor.

Lorena asintió y le regaló una última sonrisa antes de verla bajar de su cuerpo y de la cama, cubrir su desnudez con la primera prenda que encontró en el suelo y salir de la habitación.

El tema que se acrecentaba entre ellas cada día, una vez más, quedó pospuesto.

Capítulo 20

Tres días trascurrieron desde aquella conversación en el acantilado.

Tres días en los que la cordialidad reinó en el hogar de Lorena y Natalia.

Ambas hicieron lo posible por normalizar su día a día. Lorena, a veces, dejaba parte de su trabajo para el día siguiente con tal de no llegar tarde a casa y encontrar a su esposa enojada; sin embargo, Natalia seguía teniendo fuertes discusiones con su jefe. Se le hacía insoportable estar cerca de Mireya y con cualquier comentario, explotaba. Ese estado anímico lo arrastraba hasta el hogar.

—Se me hace imposible verla, bebé —declaró una tarde, mientras cenaban un simple sándwich de jamón.

—¿Quieres cambiar de trabajo?

—¿Y dejar que se salgan con la suya? He trabajado mucho para levantar esa empresa. Sin mí, Wilder no tendría ni la mitad de lo que tiene.

—Lo sé, mi amor —dijo Lorena, intentando calmarla. Le tomó las manos por encima de la mesa, buscando sus ojos—. Sé todo lo que has hecho, Nat. Nunca pondré en duda tus capacidades, pero si algo no te llena, si te lastima, debes soltarlo. Mira… yo puedo mantener la casa por un tiempo —propuso—. Qué sé yo… los pagos. Podemos ajustarnos.

—¿Quieres que me quede aquí de ama de casa? —preguntó, alarmada.

Lorena se quedó en silencio solo un segundo, internalizando lo que acababa de decir. Se llevó las manos al rostro.

—No es eso… Te sugiero que lo hagas por un tiempo, mientras te estabilizas.

Natalia se levantó para llevar los platos al fregadero. Lorena la siguió con la mirada; últimamente, parecía que todo eran ataques, cuando en la realidad no lo eran. Solo un consejo, un comentario.

De repente, el celular de Natalia empezó a sonar; esta se secó las manos y fue hasta la sala donde el teléfono estaba conectado.

Ella miró la pantalla. Era su amigo Osmer. No contestó de inmediato, solo salió de la sala, dejando a su esposa sentada en el comedor.

Cuando regresó, Lorena seguía en el mismo lugar, mirando cosas en su teléfono. Levantó la mirada al verla llegar.

—¿Lore?

—¿Mmm?

—Me gustaría salir a distraerme.

La rubia puso toda su atención en su esposa, que estaba parada en medio de la sala.

—¿Quieres salir? Por supuesto, dame unos minutos y me cambio.

—Tranquila, descansa. Me gustaría estar sola.

El corazón de Lorena se detuvo. La piel se le erizó y un nudo le cerró la garganta. Solo pudo asentir, aunque Natalia ya se había dado la vuelta para subir las escaleras. Ella apretó las manos que descansaban sobre sus muslos; esperó a que saliera. No sabía si le dolió más que Natalia no contara con ella, o que prefiriera otra compañía; o que al bajar, se acercara a dejarle un beso en los labios sin decir una sola palabra.

Transcurrió casi una hora antes de que la rubia, con el corazón congelado, decidiera levantarse, tomar las llaves de su camioneta y salir de la casa.

***

La relación de Diego y Lorena era de una filialidad colmada de amistad pura. Que él fuera su padrastro, y además su amigo, era una bendición que ella siempre valoró. Nunca, ni de niña, le dio preocupación alguna. Pero esa tarde, cerca de las cinco, su camioneta se estacionó frente a la casa de aquel hombre.

Diego conversaba con dos vecinos en la acera que rodeaba su propiedad cuando vio a la rubia descender del auto. Su sonrisa se amplió, y el orgullo por ella se reflejó en su rostro. Lorena era su pequeña, a quien crio desde los siete años, cuando se enamoró de su madre, quien falleció cinco años después, dejándolos a los dos solos en el mundo. Ahora él tenía sesenta y tres años, y continuaba sin una compañera.

—Buenas tardes a todos —Lorena saludó al acercarse, dedicándole una sonrisa a los presentes—. Bendición, papá —se dirigió a Diego, antes de abrazarlo.

—¡Hija, qué sorpresa! ¿Cómo estás?

—¿Cómo estás, rubia? —preguntó uno de los vecinos.

—Estoy bien. Ustedes parecen estar mejor —dijo, señalando las cervezas.

Todos rieron.

—Ya sabes, conversando sobre la vida.

—Cotilleando, mejor dicho —bromeó—. Y usted, Agustín, ¿cómo está su esposa?

—Ya mejor, nena.

—Me alegra mucho.

El hombre le sonrió, en agradecimiento.

—Hija, ¿y Natalia? Qué raro que no está contigo —comentó Diego.

Ella no esperó la mención, así que frunció la boca por puro instinto.

—Está haciendo unas diligencias, así decidí venir a verte —respondió con los labios tensos.

Diego la conocía como a nadie. Notó enseguida los ojos inflamados de su hija; su rostro no reflejaba la tranquilidad que ella intentaba aparentar.

—¿Tienes hambre? Vamos dentro para que comas algo.

—Tranquilo, no tengo hambre —respondió, sin abundar en que acababa de almorzar con su esposa.

Los otros dos hombres, con mucha experiencia de vida, percibieron la tensión en el ambiente. Cruzaron miradas, entendiendo que Lorena estaba ahí por un motivo de peso.

—Bueno, me voy con mi esposa antes de que salga y tenga problemas —dijo el de cabello blanco, provocando una sonrisa en Lorena.

—Yo también me voy. Diego, atiende a la rubia y oblígala a comer. Está más delgada que de costumbre —añadió el otro, ya alejándose hacia su casa.

—Salúdame a tu chica —le pidió el otro hombre antes de irse.

Una vez a solas, Diego pasó un brazo por los hombros de su hija y la invitó a entrar.

—Se ven bien estos hombres. Hay que ver qué comen —bromeó ella mientras entraban.

Lorena contempló la casa que alguna vez fue su hogar. El calor familiar seguía intacto, con fotos sobre la mesa de centro y el aroma a café recién colado.

—¿Café? —le ofreció Diego.

—No, papá. Estoy bien.

Ella se quitó las zapatillas y avanzó hacia el centro de la sala. Tomó la foto de su boda en las que ella y Natalia se veían frente al mar, con las manos entrelazadas y un lazo de flores rodeándolas. En ese momento, Diego se excusó para ir al baño y dejarla sola.

Lorena se llevó la foto al pecho, recordando vívidamente ese día. Un domingo en la playa, con amigos íntimos felicitándolas. Diego, fanático de la fotografía, había capturado aquel momento.

¿Cuándo esto se me salió de las manos?, pensó, mordiéndose los labios.

La presencia de su padre la sobresaltó.

—Vamos al porche. Hace calor aquí.

La terraza tenía vista a un jardín verde. Lorena se dejó caer en una de las sillas de ratán; subió las piernas a la baranda, con una expresión ausente. Diego sirvió un trago de whisky y se lo ofreció. Que lo aceptara, lo alarmó, pues no era usual que ella bebiera alcohol.

—Veo que se te dio el árbol de limón —comentó, sin mirarlo.

—Sí, seguí tus consejos.

Lorena no dijo nada más, pero la forma como se mordió el labio, lo alertó.

—¿Qué pasa, Lore? —preguntó con evidente preocupación.

Ella suspiró hondo y profundo, antes de llevarse el vaso a los labios. Dejó trascurrir unos instantes antes de hablar.

—¿Alguna vez has sentido que la impotencia te gana, papá?

—Muchas veces —respondió él. Ella asintió sin mirarlo—. ¿Pasa algo con tu esposa?

La sola mención hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Diego se quedó a su lado en silencio, solo tomando su mano, que ella apretó con fuerza.

—Pasa algo, y me está matando, papá —confesó con la voz un tanto rota—. Y siento impotencia porque no puedo identificarlo… No encuentro soluciones a algo que desconozco.

Ella recogió las piernas y se las abrazó, metiendo la cara entre las rodillas. Diego se levantó y la abrazó por la espalda.

—¿Quieres contarme? —le preguntó después de besarle la cabeza.

Ella negó porque no podía tocar el tema que la carcomía; no quería que su padre tuviera una imagen negativa de su esposa, si le decía que ella recibía llamadas sospechosas y que, incluso, salía de la casa después de recibirlas. Se limitó a decirle que no se estaban entendiendo y que los problemas de trabajo laceraban la tranquilidad de su hogar.

Diego entendió que su hija no deseaba abundar; su rol como padre era escucharla y apoyarla, a fin de cuentas, todas las parejas confrontaban problemas. Natalia y Lorena se adoraban, confiaba que todo aquello tendría solución.

Sus sollozos, la tensión del día y los dos tragos de whisky, hicieron que Lorena se quedara dormida en una hamaca que su padre sacó para que descansara.

Diego no se apartó del porche, cuidando el sueño de su hija; analizó lo poco que ella le pudo comentar. Hubo un detalle que llamó su atención. Como conocedor de la pareja, le extrañó de sobremanera que, en tantas horas, ellas no se comunicaran ni una sola vez.

Era extraño… Y una prueba infalible de que la situación entre ellas era grave.

Capítulo 21

En cuanto la camioneta de Lorena giró en la calle, notó que Natalia había regresado. También advirtió que en ella no hubo ninguna emoción por verla; no deseaba discutir, pero tampoco quería quedar como una idiota. Su mujer salió con alguien y lo hizo casi en su cara.

Notó que la puerta del garaje permanecía abierta y la camioneta de Natalia, en lugar de estar bien estacionada, abarcaba el área, obstruyendo su espacio, obligándola a dejar la suya detrás. En ese omento, recordó las palabras de su padre. "Ve tranquila, hija. Toma un baño y descansa. Mañana habla con ella, ¿de acuerdo?", le aconsejó, antes de que ella se marchara.

Lorena llenó su pecho de aire, abrió la puerta y descendió. Le bastaron tres pasos para percatarse de que la llave del jardín estaba goteando. Se acercó, intentando cerrarla sin éxito; la llave giraba en falso.

—¡Mierda! —murmuró.

Entró al garaje y buscó un envase de plástico para ponerlo debajo de la llave para recoger las gotas. Tendría que llamar a un plomero.

Cuando entró a la casa, vio que estaba iluminada, pero no había rastro alguno de Natalia. Dejó el bolso sobre la mesa del comedor y la llamó. Subió la escalera hasta la habitación. La encontró acostada en la cama, cubierta con una frisa y la habitación a oscuras. Dominada por la preocupación, se acercó y se sentó al borde del colchón. En cuanto apartó el cabello de su rostro, esta abrió los ojos.

Sus miradas se toparon y Natalia la rodeó por la cintura.

—Lore… —murmuró su nombre.

—¿Estás bien? —le preguntó una vez más.

Como respuesta, Natalia se aferró más a su cuerpo. Lorena correspondió al abrazo. En cierto modo, se sintió aliviada al encontrarla en casa.

—Nat, bebé… ¿estás bien? —insistió.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Natalia.

Lorena detuvo las caricias en su cabeza al percibir un leve olor a alcohol. Le sostuvo el rostro y buscó sus ojos.

—En casa de papá —respondió. Ella asintió—. ¿Y tú?

Natalia aflojó el abrazo, parpadeó y se incorporó en la cama, evitando su mirada.

—Por ahí.

—"Por ahí" no es un lugar —indicó.

—Fui por unos tragos.

Lorena frunció el entrecejo.

—¿Sola? —preguntó con firmeza.

Natalia, después de un instante de duda, negó.

—Me encontré con Jeff y Osmer —respondió.

La rubia tensó la mandíbula; la mención de esos nombres la irritaba. Se irguió por completo y la miró.

—¿Te los encontraste… o lo planeaste antes de salir de aquí? —quiso saber.

Natalia no rehuyó su mirada; no esperaba el cuestionamiento. Lorena rara vez forzaba algo. Pero, por más serena que quisiera estar, el que ella no la hubiese tomado como prioridad, le dolía como el demonio.

—Tengo sueño, bebé… —se quejó, tomándole la mano y tirando de ella, intentando minimizar lo dicho—. Ven a dormir, por favor.

—Contéstame primero, Natalia. ¿Te encontraste con ellos o lo decidiste cuando uno de ellos te llamó?

El silencio llenó la habitación.

—Sí… Jeff me invitó a salir con ellos —respondió por fin. Lorena se mordió los labios y asintió—. Te estoy diciendo la verdad. Siempre hemos hablado…

—¿Entonces por qué excusarte con que querías estar sola? ¿Por qué mentir? Si querías ver a tus amigos, me lo dices…

—¡No nacimos pegadas, Lore! —la interrumpió—. Tengo derecho a salir con otras personas. Además, si te lo decía, te ibas a molestar.

La forma como lo dijo, volvió a lastimarla. Lorena tragó saliva al escucharla sin apartar la mirada.

—¿Por qué piensas eso? ¿Cuándo me he molestado por tus salidas con amigos?

—Es que… no salgo con ellos. Ni con nadie —aseveró.

—¿Segura?

Esta vez fue Natalia quien frunció el entrecejo.

—Quieres discutir —afirmó, enfrentándola.

—No. Lo menos que quiero es discutir, Natalia. Pero últimamente parece que es lo único que hacemos —dijo, poniéndose de pie y saliendo de la habitación.

Natalia se quedó sentada en la cama viendo cómo su mujer se marchaba. Se llevó la almohada a la cara, cubriendo con ella su grito desesperado. El celular vibró a su lado varias veces mientras discutían; eso la tensó más, pues temía que Lorena se diera cuenta de que la llamaban. Ahora volvía a vibrar y no tuvo que mirar la pantalla para saber que era uno de sus amigos. Nadie más la llamaba; su vida siempre había sido su trabajo y su mujer.

Con cautela, lo sacó de debajo de las sábanas y desbloqueó la pantalla.

Jeff: Descansa. Espero que no haya problemas en el paraíso.

Ella bufó antes de teclear una respuesta.

Natalia: Sí los hubo.

Jeff: Lo lamento. Esa mujer te tiene por completo controlada.

Natalia frunció el ceño. Sabía que su relación no era así. Ellas se apoyaban y acompañaban; era cierto, vivían muy unidas, pero tenían sus espacios. Nunca tuvieron inconvenientes con eso. Lorena siempre fue comprensiva; y ella también. Se amaban, se adoraban, disfrutaban de estar juntas. Era todo.

Aun así, aunque entendía que Jeff no conocía el interior de su relación, el que Osmer o él hicieran comentarios así, la incomodaba porque sentía que otros veían en ellas algo torcido.

Natalia: Nadie me controla, Jeff.

Jeff: Esa es mi chica.

Natalia: No soy tu chica.

Jeff: Es un decir. ¿Nos vemos mañana?

***

Lorena salió de la habitación, luego de la casa y, finalmente, de la propiedad. Recorrió toda la acera con la cabeza baja y los puños

apretados. No estaba para saludar a nadie, no quería ver a nadie. Cuando llegó a la intersección, se quedó ahí, observando el ir y venir de los autos.

Tenía muchos deseos de llorar, vaya que los tenía, pero no quería desmoronarse. Aunque le ardiera la garganta. Aunque sintiera la cabeza a punto de estallar. Aunque el corazón pareciera rompérsele en pedazos.

En siete años nunca vivieron algo así. No tenía idea de cómo proceder.

No estaba celosa, no era eso. Esa idea ni siquiera pasó por su cabeza… pero ¿y si debía considerar que el cambio en Natalia se era porque había alguien más?

¿Y si era eso…? Con esa interrogante en la cabeza, regresó a su hogar. Para su sorpresa, Natalia la esperaba sentada en el sofá.

Capítulo 22

Encontrarla sentada en el sofá, no era algo que Lorena esperara. Justo antes de cerrar la puerta, se secó una lágrima que se deslizó, traicionera, por su mejilla. Intentó respirar hondo, recomponerse… pero al alzar la vista y verla ahí, encogida debajo de una manta, sintió que el pecho se le apretó de nuevo.

Natalia levantó la vista, apenas advirtió su presencia. El golpe fue inmediato al percatarse de aquella lágrima, todavía brillando en el rostro de su esposa. Saber que ella había sido la causante de esa lágrima. La culpa oprimió el nudo en su garganta.

Con calma —demasiada—, Lorena se sentó en el sofá, recta, en silencio, dejando entre ambas una distancia que se sentía como un abismo. Tenía las manos entre las rodillas, evitando mirarla, intentando ordenar sus emociones como si con esa postura pudiera contenerlas todas.

Natalia apartó la manta de su cuerpo y, sin contemplaciones, se deslizó hacia ella. Con suavidad, con miedo, con urgencia, rodeó a su mujer con los brazos y escondió el rostro en hueco de su cuello.

—Lo siento —susurró contra su piel—. Soy una imbécil.

Lorena no dijo nada. No la rechazó, pero tampoco la abrazó. Solo cubrió una mano fría sobre la de ella, buscando las palabras correctas, esas que dolían, pero eran necesarias.

—¿Qué es exactamente lo que sientes, Nat? —preguntó al fin, girándose dentro del abrazo, acercando sus rostros hasta casi rozarlos. La miró, buscando en sus ojos algún atisbo de duda.

Natalia le sostuvo la mirada. Le acarició las mejillas con delicadeza, adentrándose en esos ojos tristes, heridos… por ella.

—Mi comportamiento, Lore. Sé que no estoy bien. No quiero justificarme, pero… esto del trabajo me tiene abrumada, confundida, molesta, frustrada… No sé ni cómo manejarlo. Y me desquito contigo sin darme cuenta.

Lorena se acomodó frente a ella. Le acarició los brazos y la atrajo más, haciéndola sentir segura; la subió a su regazo, acomodándole las piernas sobre sus muslos, sosteniéndola por las

caderas. La hacía sentir poseída y a la vez cuidada, como quien sujeta algo que teme romper.

—Entonces, ¿por qué no confías en mí? —le preguntó con voz baja pero firme—. ¿Por qué me apartas de tu vida?

—Nunca lo he hecho —respondió ella de inmediato—. Tú eres mi vida —añadió con desespero—. ¿Cómo puedes pensar que te aparto?

—Lo haces, bebé —susurró Lorena, mirándola a los ojos mientras le acomodaba un mechón de cabello detrás de la oreja, con un dolor que se notaba incluso en su manera de respirar—. Lo haces y ni te das cuenta porque… —Lorena se interrumpió y cerró los ojos. Tragó duro. Sabía que lo que estaba a punto de decir podía abrir una herida más grande, pero callarlo, la mataba por dentro—. Porque siento que tus prioridades han cambiado —declaró.

Natalia no reaccionó de inmediato. Y era que, cuando su mujer la dejó sola en la habitación después de intercambiar mensajes con su amigo, una claridad incómoda llegó a su mente. Analizó cada paso desde la mañana: amaneció entre los brazos de su esposa, que a pesar de la tensión, seguía abrazándola al dormir. Despertó aspirando su olor, disfrutando del calor de su pecho. Más tarde, desayunaron juntas, hicieron algunos quehaceres y acordaron quedarse en casa descansando. Pero una conversación incómoda y una llamada inapropiada destrozaron un domingo que prometía ser como los de antes. Y ella era la responsable. Lo reconocía y le era difícil admitirlo en voz alta.

Lorena fue víctima, una vez más, de sus malas decisiones. Y ahora, al aceptarlo, Natalia sentía la herida infligida en su esposa como en su propia piel.

—Siempre has sido primero para mí —dijo con la voz temblorosa, queriendo con todas sus fuerzas que Lorena lo aceptara.

—Lo sé. Las relaciones cambian —reconoció—. Las prioridades cambian. Todo eso puedo entenderlo. Lo que me está matando es tu distancia. Verte y no tenerte, bebé.

—Yo te amo, Lore —replicó ella con desespero, acariciando sin cesar el rostro de su esposa—. Te amo más que el primer día. Reconozco que hago cosas por impulso y que incluso te he

lastimado, pero… te juro que no es mi intención. Me duele un mundo verte triste por mi culpa.

El silencio entre ambas se prolongó más de lo esperado. Natalia deseaba asegurarse de que los malentendidos se resolvieran ahí mismo, pero para Lorena todo era todavía confuso. Precisaba dejar claras ciertas cosas con su esposa. Era por completo necesario para poder seguir luchando por la relación.

—Nat… —dijo al fin, tomando sus manos y llevándolas a su pecho. Natalia sintió los latidos acelerados bajo sus palmas—. ¿Qué está pasando? ¿Quiénes son Jeff y Osmer en tu vida?

Lorena se mantuvo serena, pero incómoda. La miró, buscando en sus ojos duda, celos, desconfianza.

—¿Crees que te engaño con ellos?

—¿Lo haces? —le preguntó a quemarropa.

—Nunca te engañaría —respondió Natalia con seguridad y el ceño fruncido.

—Engañar no es solo tener una relación íntima, Natalia —puntualizó.

—Entonces, ¿qué piensas que está pasando?

—No lo sé. Por eso te lo pregunto, Nat. Quiero seguir confiando en ti como siempre. Quiero que me lo digas.

El silencio volvió a interponerse entre ellas.

—Me estás cuestionando por mi pasado, ¿verdad? —dijo Natalia con un nudo en la garganta y sintiendo, si era así, que se le desgarraba el alma.

Lorena asintió despacio.

—Desde que ambos volvieron a tu vida, no eres la misma —explicó—. Necesito saber qué pasa con ellos.

"Te tiene por completo manipulada." Las palabras que Jeff pronunció esa tarde aparecieron en su mente como un banderín rojo. Sus ojos se movieron inquietos; sacudió la cabeza, intentando expulsar esas ideas.

—Quiero arreglar las cosas entre nosotras, bebé. No incluyas a terceros en nuestros problemas, por favor. Porque entre nosotras —aclaró—, al menos por mi parte, no hay nadie más que tú. Y siempre será así.

Lorena, conmovida por la seguridad de sus palabras, se mordió el labio sin apartar la vista de los ojos de su esposa. Natalia bajó la mirada a su boca, rendida ante ella.

Lento, se acercó para besarla suave, succionando sus labios con anhelo, repartiendo leves mordiscos hasta hacer que su mujer se rindiera por completo con sus caricias por debajo de la blusa. Quería borrar sus dudas. Natalia sabía cómo desarmarla, cómo llevarla a sus pies. Después de tantos días de frialdad, el cuerpo de Lorena reaccionó como fuego al contacto con gasolina.

Su piel ardía de deseo con cada caricia, pero en la mente de Natalia… las preguntas seguían abiertas.

Capítulo 23

Amarse como se amaban, disipaba cualquier incomodidad… O al menos la postergaba.

Lorena se entregó sin contemplaciones, queriendo creer que todo era un mal sueño; una brizna inoportuna que cae en la leche y desaparece al removerla. Natalia la amó como cada día, sin reservas, con ternura y pasión; pero esa noche hubo algo distinto. Una necesidad casi desesperada de convencerla. No forzó nada. La miró a los ojos, le regaló caricias y besos medidos, calculados, como si cada uno fuera una promesa silenciosa de sosiego.

Quería que sintiera que la amaba más cada día, que su turbulencia emocional no tenía nada que ver con la mujer que gemía entre sus brazos… Aunque ni ella misma estuviera por completo segura de ello.

La culpa la atravesaba con insistencia. Admitir, aunque fuera en silencio que, de forma inconsciente, la estuvo lastimando durante las últimas semanas, la llenaba de angustia. Desde la primera discusión de aquella tarde, se prometió no volver a provocar tristeza en Lorena; ella no se lo merecía. Su esposa no merecía ni un ápice de dolor. Mientras la esperaba, se lo repitió una y otra vez; hacerla sentir el centro del universo sería su meta, aunque para ello tuviera que callar cosas que aún no estaba lista para decir.

Con cuidado, Natalia se irguió para buscar un cojín del sofá. Lo colocó debajo de la cabeza de Lorena y la atrajo contra su pecho, repartiendo lentos besos por su cabello. Lorena la abrazó con fuerza, como si necesitara asegurarse de que seguía ahí, hasta que los latidos de su corazón comenzaron a acompasarse.

—No me mientas nunca, Nat —le pidió, con la voz quebrada—. Te lo ruego, no lo hagas. Háblame de todo. Intentaré comprenderte, apoyarte. Solo… no me mientas. No podría soportarlo.

El silencio cayó pesado entre ellas, denso, incómodo. La mirada de la cobriza quedó fija en el techo, siguiendo una grieta invisible, recordando la promesa que se hizo horas antes… y también todas las veces que falló en cumplir promesas similares. No respondió. No

podía. En lugar de eso, la atrajo más contra su cuerpo y besó su frente; un gesto tierno que, sin quererlo, dejó la pregunta suspendida en el aire.

***

Después de esa noche, y durante los días siguientes, la relación se mantuvo estable. Serena en apariencia. Ambas cooperaban para que la rutina no se volviera monótona. Despertaban abrazadas o tomadas de la mano; necesitaban sentir esa cercanía al abrir los ojos como un ancla. Desayunaban juntas y luego cada una partía a sus respectivos trabajos.

Las llamadas y mensajes ya no eran tan frecuentes como antes, pero ninguna se quejó. El silencio, cuando se acostumbra, también puede parecer paz.

Muchas tardes no regresaban directo a casa; cenaban fuera, iban de compras o compartían una comida tranquila y veían en la televisión una serie cualquiera, conversando lo justo. Sin embargo, algo empezó a inquietar a Lorena un sábado por la tarde. El tema del trabajo de Natalia había quedado relegado a un segundo plano, casi borrado. Se recriminó no haber tenido la empatía de preguntar. Evitaba sacar el tema para no llevar problemas a casa… O quizá porque temía las respuestas. Tal vez era un punto demasiado sensible para su esposa.

Un murmullo proveniente del garaje la sacó de sus pensamientos. Salió al exterior y encontró a Natalia sentada en el suelo, manipulando la llave de agua que llevaba días goteando. Su postura era rígida, concentrada, casi tensa.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Lore, me dijiste que llamarías al plomero —respondió sin mirarla—. Mira la cantidad de agua que hemos desperdiciado.

El tono no era alto, pero sí cargado.

—Lo olvidé por completo —admitió Lorena, agachándose a ayudar, observando que el agua corría, casi llegando a la calle.

—Ve y cierra la llave principal —le pidió Natalia con toda su atención puesta en lo que hacía.

Lorena obedeció. La realidad era clara; quien siempre se hacía cargo de los arreglos de la casa era Natalia. Ella prefería pagar para que otro lo hiciera; ser *handy girl*, en definitiva, no estaba en sus genes.

—Listo. ¿Qué hago ahora?

—En este momento, nada —respondió sin levantar la vista—. Esto debía hacerse días atrás.

—Déjalo, llamaré a alguien.

—Estoy trabajando en ello, Lorena. ¿No lo ves?

Lorena se irguió despacio y frunció el entrecejo.

—Lo olvidé, Natalia —repitió con más firmeza.

—¡Ah!, pero si lo olvido yo —bufó—, entonces sí que no hay excusas.

Aquellas palabras le cayeron como un golpe seco en medio del estómago. La sangre se le subió a la cabeza en un segundo.

—Natalia, deja eso.

—¡Estoy arreglándolo!

—¡Déjalo! —le ordenó Lorena con una firmeza que la sorprendió incluso a ella misma.

La cobriza levantó los ojos, extrañada. Lorena le sostuvo la mirada, luego respiró hondo.

—Llamaré al plomero —le anunció, en seguida le dio la espalda y se dirigió hacia la casa.

Natalia dejó caer las herramientas y fue tras ella.

—Lorena, no es necesario. Puedo corregirlo.

Ella se detuvo en seco.

—Sé que puedes hacerlo —dijo sin girarse—. Lo sé perfectamente. Pero prefiero que lo haga otro a verte con esa cara… —se giró—. Con esa cara de hastío haciendo algo que nos beneficia a las dos.

Se encontraron en medio del pasillo, demasiado cerca, listas para un combate que ninguna sabía cómo empezar. Se sostuvieron la mirada. La ira, el cansancio y algo más, —algo no dicho—, brillaban en los ojos de ambas.

Lorena fue quien cedió primero. Bajó la cabeza, se pasó la mano por el cabello y apoyó la espalda contra la pared, como si de pronto

le faltara el aire.

—Yo lo arreglaré —dijo Natalia al final, sin mirarla, regresando al exterior.

Mientras corregía la falla, —nada serio en la llave del agua—, Natalia intentaba mantener la compostura. No se detuvo a pensar que Lorena reaccionó a sus duras palabras, que ella se disculpó por el olvido. Estaba demasiado hastiada para concederle ese espacio y prefirió aferrarse al enojo.

Aplicó más fuerza de la necesaria, como si la rabia precisara una salida física. Giró la llave con brusquedad y el metal cedió de golpe.

—¡Mierda! —escapó de sus labios.

La herramienta salió disparada hacia cualquier parte. Ahora el problema era real, cuando antes no había sido más que una nimiedad. Natalia cerró los ojos un segundo, respirando agitada.

Lorena oyó el escándalo y salió a su encuentro.

—¿Estás bien? —le preguntó, encontrándola con el rostro enrojecido por la ira. Sin detenerse a pensar, se acercó y le acunó el rostro—. ¿Nat?

—Lo terminé de joder —respondió seca—. Ahora tengo que salir a comprar otra llave.

Intentó apartarse, pero Lorena la sujetó por los brazos.

—Nat…, por favor, déjalo —casi rogó, secándole el sudor de las mejillas—. Déjalo ya.

Natalia cubrió las manos de su esposa y buscó su mirada. Su expresión apenas se suavizó.

—Disculpa lo de antes —murmuró, rozándole las mejillas—. No debí hablarte así.

—Está bien… Yo también me exalté —dijo Lorena, rodeándole la cintura y escondiendo el rostro en su cuello, como si necesitara refugiarse ahí por siempre.

—Estoy sudada —señaló Natalia, esbozando una sonrisa cansada.

—No me importa —respondió Lorena, sin apartarse—. Tu sudor me excita.

—Descarada.

—Ve a bañarte —le dijo, separándose de ella—. Haré algo de almorzar, llamaré al plomero y, si no lo encuentro, le hablaré a papá.

—De acuerdo.

Tras un beso rápido en los labios, ambas entraron a la casa.

Los celulares de ambas yacían sobre la barra de la cocina. Eran el mismo modelo, el mismo color; solo un diminuto llavero con una inicial los diferenciaba. Lorena buscó el número del plomero en el suyo sin éxito. Sabía que lo tenían guardado, así que agarró el teléfono de Natalia.

Estaba apagado.

—Lo dejó sin carga… —murmuró mientras lo encendía.

Tras unos instantes, la pantalla se iluminó y comenzó a parpadear. Varias notificaciones aparecieron de golpe. Lorena no se alarmó, pero sí se extrañó; eran muchas y ninguna tenía alerta sonora. Intentó ignorarlo y buscar el contacto que necesitaba. Frunció el ceño al encontrar el celular bloqueado.

Despacio, lo dejó sobre la barra, como si le quemara. Se sentó, apoyando los codos en las rodillas. Respiró hondo.

Poco después, se levantó casi en automático, con la mente en blanco. Abrió el refrigerador, sacó unas hamburguesas que había preparado temprano y las puso en el sartén. Cortó cebolla, la esparció por encima y bajó el fuego. Todo lo hacía de forma instintiva, sin prestar demasiada atención.

Minutos después, Natalia bajó con el cabello húmedo, más recompuesta.

—Huele bien —declaró—. Y tengo hambre.

—En unos minutos estará listo —respondió Lorena, sonriendo.

No dejó de observarla cuando agarró el celular.

—Nat.

—¿Mmm? —respondió sin apartar la vista de la pantalla.

—No tengo el número del plomero. Usé tu cel para buscarlo, pero está bloqueado —dijo, midiendo cada palabra, sin apartar los ojos de ella.

Natalia no se inmutó; asintió con naturalidad. Buscó el contacto y se lo dictó.

Lorena marcó el número y habló con el plomero, sin dejar de seguir cada gesto de su esposa. Natalia se alejó hacia la sala, apagó el celular y lo dejó visible sobre la barra.

Demasiado visible.

Capítulo 24

—¿Señora Lindor?

—Adelante.

—La busca su esposa —le anunció su asistente.

Lorena apartó la vista de la pantalla de la computadora al escuchar que Natalia estaba ahí. Se levantó de inmediato, rodeó el escritorio y salió a su encuentro.

Natalia estaba sentada en la sala de espera, con las manos apoyadas en la silla y el rostro por completo desencajado. Al verla, se levantó de golpe y se aferró a sus brazos.

Lorena frunció el entrecejo.

—¿Qué pasó, bebé?

—Me despidieron, Lore.

La noticia, por supuesto, la tomó por sorpresa. Lorena la apretó contra su cuerpo y luego tomó su rostro empapado entre sus manos, secando cada lágrima con los pulgares.

—Tranquila… —susurró.

—¿Cómo quieres que esté tranquila? Wilder me despidió. ¿Puedes creerlo?

Lorena negó con la cabeza; suspiró hondo antes de tomarla de la mano, guiándola hasta su oficina. Antes de entrar, pidió que nadie las molestara.

Una vez dentro, le buscó un vaso con agua y se lo entregó. Tomó algunas servilletas y le secó la cara. Luego se agachó frente a ella, apoyando las manos en sus caderas, como si la sostuviera, haciéndola sentir segura.

Natalia no dejaba de sollozar, y su esposa estaba ahí, escuchándola, dejándola llorar y desahogarse, acariciándole los muslos, el rostro, el cabello.

—Solo me despidió… —sollozó—, así, sin más. Sin consideración. ¿Cómo pudo, Lore? Después de todo lo que le di —su voz se escuchaba rota, desesperada.

Al final, Lorena la abrazó con fuerza, sabiendo que eran la una para la otra, siempre. Cuando la cobriza recuperó un poco la calma,

ella se puso en pie. Llamó a su asistente y anunció que se retiraba de la oficina.

—Dejaré mi camioneta. Por favor, apárcala cerca del área de seguridad. Mañana la recogeré —le indicó.

Luego Lorena tomó su bolso y le pidió las llaves a Natalia. Tomándola de la mano como si fuera una niña, la condujo hacia la salida. Su esposa apenas sollozaba ya; ella, en cambio, tenía mil preguntas dando vueltas en su cabeza.

Había algo que no le cuadraba en todo el lío del trabajo de Natalia. Wilder había sido un buen jefe, desde su punto de vista, y solo cambió cuando empezaron los problemas con Mireya. Por otro lado, Natalia dejó de comentarle lo que ocurría en su trabajo y, ante cada intento de hablar del tema, se escudó en que no quería mencionarlo. Incluso, entre las pocas recomendaciones que Lorena se permitió darle, le ofreció buscar ayuda legal por trato discriminatorio, pero esta se negó. Siempre dijo que no deseaba alborotar el gallinero.

Otro punto que a Lorena le martillaba la cabeza eran las horas en que su esposa salía de la casa en la mañana. Por lo general, salían juntas, pero, en los últimos días, Natalia salía más tarde. Sus excusas siempre eran las mismas; que su nuevo puesto no tenía un horario fijo.

Todo eso, sumado a su silencio laboral, le generaba desconfianza. Aun así, su lealtad y apoyo siempre serían para la mujer con la que compartía su vida; a la que amaba con locura y que ahora estaba a su lado, rota.

El celular de Natalia sonó. Ambas miraron la pantalla; era Osmer. Lorena se extrañó; hacía semanas que no escuchaba el timbre del teléfono de su esposa. Últimamente, lo mantenía apagado. Fue raro que justo en ese instante lo contestara sin dudar.

—Hola.

—¿Cómo estás? —escuchó la voz del hombre, en un tono bajo.

—Mal… —respondió Natalia—, pero no hablaré del tema. Estoy con mi esposa.

—¿Pasó lo que me comentaste? —Osmer insistió en saber.

—Sí, pero ahora no puedo hablar. No tengo ánimos.

—¿Te llamo luego?

—Yo te llamo. Adiós —se despidió a prisa.

Por instinto, Lorena apartó la mano del muslo de su esposa. Suspiró hastiada, aunque cuidando que ella no lo notara.

Pero Natalia no era tonta; de inmediato, percibió que la mandíbula de Lorena se tensó.

—Era Osmer, Lore —le dijo en voz baja.

Ella asintió y forzó una sonrisa.

—¿Para qué?

—Está preocupado.

—Preocupado —repitió ella.

Natalia buscó el brazo de su esposa y se aferró a él. Pero en la mente de Lorena se sumó otra preocupación. Osmer sabía del despido, incluso, antes que ella, y eso la carcomió.

Natalia se acurrucó en el sofá, se cubrió con una manta y se quedó en silencio, ausente, durante casi toda la mañana. Lorena intentó sacarla de su mutismo; la acompañó un rato, ofreciéndole su calor. Platicando de cualquier tema que la pudiera distraer, porque su esposa no quería separarse de ella. No la dejaba irse. Mucho después, la cobriza se durmió.

Lorena aprovechó para levantarse, preparar algo de comer y buscar su computadora para trabajar. Pero el recuerdo de esa llamada y las dudas acumuladas, no la dejaban en paz.

La pantalla del celular sobre la barra volvió a iluminarse. Esta vez no dudó en tomarlo. Aunque estaba bloqueado, el inicio del mensaje se alcanzó a leer.

"Siento haberte atrasado hoy..."

Lorena se quedó mirando el mensaje. Sentía que le quemaba la mano. Ese texto abría un campo de posibilidades; todo comenzaba a encajar. Se pasó las manos por el cabello, angustiada. Entendía que un despido podía ocurrir en cualquier ámbito, pero casi nunca sin un motivo válido.

Miró a su mujer dormida en el sofá. *¿Qué estás haciendo, Nat?*, se preguntó. Se sentó a su lado y esperó. Cuando Natalia abrió los ojos, ella le sonrió.

—¿Quieres contarme qué pasó?

La sonrisa de Natalia se fue borrando despacio. Se incorporó en el sofá y tragó saliva.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué razón te dio Wilder para despedirte? —le preguntó con genuino interés.

—Ya no le servía, Lore. Lo sabes. Sabes que llevaba semanas orillándome, humillándome.

—Está bien, lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Estuve analizando todo, bebé. Por eso contacté al abogado del concesionario —mintió, atenta a su reacción.

Natalia abrió los ojos, sorprendida.

—¡¿Para qué?!

—Vamos a demandar —afirmó con seguridad—. Por despido injustificado. Nadie humilla a mi esposa.

Natalia se levantó del mueble, negando en silencio, pálida.

—No —dijo con firmeza.

—¿Cómo qué no? Mira cómo estás —la señaló—. Podemos añadir daños emocionales. Fuiste un pilar en esa empresa, Nat. Después de tanto tiempo en ese puesto, relevarte, y al final despedirte, no es justo. Tienen que demostrar una razón válida para ese despido.

Natalia la miró con evidente ansiedad y volvió a sentarse a su lado; le tomó la mano casi como si le rogara.

—Quiero terminar esto, Lore. No quiero saber de él, ni de esa empresa. De nada —declaró—. No quiero añadir más carga emocional a la que ya tengo.

Lorena, siendo una zorra vieja, asintió. Pero por dentro, su corazón se abría un poco más al darse cuenta de que sus sospechas eran ciertas. Natalia buscó ese despido; lo que no tenía claro era el porqué.

Aunque dos nombres resplandecían con insistencia en su mente. Dos nombres que, desde su aparición, pusieron de cabeza su existencia.

Capítulo 25

—¿Entonces debemos dejar que se salga con la suya, Natalia? ¿Tenemos que permitir esta injusticia? —Lorena se mostró indignada al decir aquellas palabras. En realidad, buscaba algún gesto, una reacción por parte de su esposa que le confirmara que sus sospechas sobre un despido injustificado no eran ciertas. Muy en lo profundo de su pecho, lo único que deseaba era estar equivocada.

De pronto, los ojos de Natalia se tornaron inquietos. La miró en silencio, con una muda súplica que le pedía no seguir hablando del tema. Lorena vio el terror reflejarse en su mirada, y cómo sus labios comenzaron a temblar sin emitir una sola palabra. Sin pensarlo, ella la abrazó con fuerza, envolviéndola por completo, dejándole claro que nada se haría sin su consentimiento. Le pasó la mano por la espalda, una y otra vez, intentando calmar su cuerpo tembloroso.

—Está bien, mi amor… Está bien —susurró con ternura, acunándola.

—No quiero, bebé… No quiero saber de ellos —rogó Natalia, escondiéndose en el hueco de su cuello.

—De acuerdo, se hará como tú digas —repitió, acariciando su espalda—. Está bien…, respetaré tu decisión.

Natalia se aferró aún más al cuerpo de su esposa. Le cubrió el rostro y el cabello de besos, como si necesitara anclarse a ella, y no volvió a mencionar el tema.

Poco después, tomaron un baño juntas. Con infinita delicadeza, Lorena restregó su espalda, su cuerpo, cuidando cada movimiento. Observaba cómo Natalia cerraba los ojos, dejándose llevar por las caricias y atenciones; parecía un cachorro herido entre sus brazos.

Y por más vueltas que le daba a la situación, ella no daba con una razón justa para aquella actitud de dejadez, para ese miedo que la paralizaba y la llevaba a no querer luchar por lo que era correcto, por su trabajo. Algo no encajaba… y eso le oprimía el pecho.

Después del baño caliente y de una taza de chocolate, Natalia por fin se durmió. Lorena, sentada a su lado, meciéndola contra su pecho, la observaba en silencio. Tomó su brazo y besó sus manos

con suavidad; en su cabeza, las interrogantes no paraban de surgir, pero sus ojos tampoco dejaban de recorrer ese cuerpo perfecto del que estaba por completo enamorada.

Con sigilo, ella salió de la cama. Antes, cubrió a su esposa con la sábana; se acercó por el costado para acariciar su cabello y dejó un beso en su frente.

Media hora más tarde, se hallaba sentada en la sala, con la mente aturdida y las manos entrelazadas. Estaba preocupada, sin respuestas, con miles de preguntas girando en su cabeza sin control. Un ruido en el exterior la alertó; era un compañero de trabajo que pasaba a dejarle la camioneta. Después de salir, recoger las llaves y agradecerle el favor, vio al cartero dejando correspondencia en el buzón; la recogió y, sin mirarla, las dejó sobre la barra de la cocina. Fue cuando notó algunos sobres adicionales que no había revisado antes. La realidad era que nunca lo hacía; esa tarea solía ser de Natalia.

La noche la pasó frente al televisor, sin ver realmente nada. Entre sus preocupaciones primaba el estado emocional de su esposa, los gastos de la casa y las interrogantes que no la abandonaban. Pero la imagen de Natalia bajando la escalera, vestida con un pijama de satén blanco, llamó su atención; era cerca de las diez de la noche.

Verla descansada y sonriéndole, como si su sola presencia opacara todo alrededor, la hizo confiar una vez más en que todo iría bien. Que su esposa atravesaba un mal momento y que juntas, con el apoyo y el amor que se tenían, estaba segura de que serían capaces de enfrentar cualquier cosa.

—Bebé, ¿qué haces? —preguntó Natalia, yendo hacia ella en el sofá.

Lorena la recibió con los brazos abiertos. Su esposa se acurrucó en su pecho como una niña buscando refugio. Ella la abrazó y la cubrió con la cobija.

—Veo algo en la televisión —respondió, luego le besó la cabeza.

—¿Qué ves?

—La verdad… es que solo cambio de canales —su tono sonó ausente.

Natalia se fijó en ello; le apretó las manos y se las acercó a los labios, dejando un beso en ellas.

—¿Estaremos bien? —preguntó con cautela.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque sé que estás preocupada —respondió, incorporándose para quedar frente a frente y acunar su rostro.

—Todo estará bien, bebé —aseguró Lorena—. Podemos arreglarnos. Tenemos algunos ahorros. Estamos juntas en esto.

Natalia escudriñó sus ojos.

—Buscaré un trabajo de inmediato, Lore. No te dejaré con todas las cargas —prometió.

Lorena asintió, tratando de mostrarse confiada. Pagaban dos camionetas y la hipoteca de la casa, sin contar los gastos propios de un hogar. Era preocupante, porque, aunque tenían ahorros, un solo sueldo apenas alcanzaría para cubrirlo todo. Y de una forma bastante apretada hasta fin de mes.

***

La mañana siguiente, Lorena despertó sintiéndose un poco más optimista. Su esposa no se apartó de su lado ni un instante mientras veían una película que ambas consideraron interesante y que les permitió distraerse un rato. Otro detalle que la ayudó con su estabilidad fue el hecho de que Natalia jamás preguntó ni extrañó su celular, que ella, de manera intencional, dejó en la camioneta la tarde anterior. Ese detalle, aunque insignificante, la dejó descansar. Y, en realidad, era lo que necesitaba.

Después de arreglarse y dejar el café hecho en la cocina, Lorena regresó a la habitación. Dudó si llamar a su mujer —que odiaba despertar y encontrarse sola— o dejarla dormir, puesto que no iría a trabajar. Cuando besó sus labios, le sorprendió sentir sus brazos rodeándola por el cuello; con un rápido movimiento, la hizo caer sobre ella.

Lorena rio cuando ella la besó en los labios.

—¿Ya te vas?

—Sí, amor, ya es hora. Dejé café. Por favor, desayuna algo.

Natalia asintió con énfasis.

—Lore, empezaré a buscar trabajo hoy mismo —aseguró.

—¿Por qué no te tomas unos días? —le sugirió mientras le acomodaba el cabello—. No hay prisas, no te presiones.

Natalia la miró fijo, sintiendo que en su pecho se abría una herida profunda provocada por la culpa. El destino la había premiado años atrás con una mujer como Lorena; hermosa, buena, que la amaba y la cuidaba como nadie. Sabía que le estaba fallando; que fallaba en su relación, pero haría todo lo posible para que su pasado no continuara lacerando lo que tenía con ella.

Era algo que Natalia se propuso la noche anterior, recostada sobre sus muslos mientras miraban la televisión y ella analizaba cada detalle de lo ocurrido en la oficina desde que Mireya llegó. Y no solo a partir de que esa mujer apareció en el escenario, sino desde que sus antiguos amigos volvieron a ser parte de su vida.

Después de unos minutos de arrumacos y besos, Lorena salió de la casa, dejando a Natalia en la cama, mirando al techo y reflexionando sobre lo ocurrido en la oficina el día anterior.

Había llegado tarde y bebida por tercer día consecutivo. Salía como de costumbre, pero una llamada a medio camino la desvió de su destino final. Volvió a dejarse influenciar por Jeff y Osmer.

"Eres quien maneja esa oficina, que te esperen y te extrañen."

"No te merecen."

"Basta de rogar."

"Somos tus amigos, si tu mujer te deja, nos tienes a nosotros."

Y su fuerza de voluntad se debilitaba, porque, en el fondo, era verdad; nunca en su vida universitaria tuvo a nadie, solo a ellos, y su miedo a perderlos en aquella época era mayor.

De joven vivió entre burlas y miradas por encima del hombro. Se reían de ella en la escuela por su forma de vestir, por usar ropa de segunda mano. Natalia se crio con sus abuelos, ambos ancianos ya, con dos hermanos que también intentaban salir adelante. Nunca tuvo lujos, ni un uniforme nuevo. Todo heredado. Todo usado. Y aunque estaba acostumbrada, sentirse inferior siempre dolía.

Cuando Jeff y Osmer llegaron a su vida, todo cambió un poco. Ya no era la chica solitaria, ya tenía amigos, aunque no fueran los mejores; al menos no la abandonaron. Ni siquiera cuando cayó en las drogas y el alcohol, y su vida comenzó a irse por la borda entre fiestas, trasnochadas, cigarros y cervezas.

Todo dio un giro de ciento ochenta grados después de que Osmer casi perdió la vida en un accidente de motocicleta. Aquella noche fue crucial para que ella decidiera dejar esa vida atrás. Le costó un mundo; días y noches en vela en el hospital, esperando un milagro que, al final, ocurrió. Cuando su amigo estuvo fuera de peligro, ella les hizo saber que ya no iba más. Que su vida estaba en riesgo. Que quería cambiar. Aquella noche salió del hospital y no volvió a verlos hasta la reunión de la clase graduanda.

Natalia logró salir adelante con la ayuda de una profesora de la que se enamoró, y con quien mantuvo una relación íntima mientras se rehabilitaba.

—Tienes mucho potencial y eres hermosa —le repetía aquella mujer una y otra vez.

Esas palabras la ayudaron a reconstruir su autoestima. El enamoramiento, las ganas de ser alguien, de merecer… la sacaron por completo del alcohol y de los malos pasos. Llegó a sentirse tan segura de sí misma que, cuando esa relación terminó, le dolió, sí, pero no hubo dramas ni reclamos. Ya no vestía desaliñada. Aprendió a amarse y a verse como lo que era; una mujer hermosa que merecía ser amada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar su pasado. El pecho comenzó a oprimírsele, porque veía su imagen actual y no era tan distinta a la de aquella época… La cuestión estaba en que ahora no solo se dañaba ella, sino también a la persona que más amaba en el mundo.

Capítulo 26

Los dos días siguientes al nuevo estatus laboral de Natalia fueron tranquilos. Los dedicó a limpiar a fondo la casa; tanto, que cuando Lorena llegó de la oficina el segundo día, la encontró terminando de cocinar la cena, sin haber descansado ni un minuto.

—Me secuestraron a la esposa —dijo Lorena, abrazándola por la espalda al verla en la cocina, vestida con un short de algodón y una camisilla sin mangas.

Natalia se sintió por completo feliz por el comentario y, aún más, cuando Lorena, extasiada, le dijo lo sexy que se veía.

—Eres una mentirosa, pero… si mientes así de beneficioso para mí, no me quejaré —dijo Natalia riendo, antes de girar entre sus brazos.

El beso que se dieron dejó a ambas sin aliento. Al separarse, Lorena miró por encima de su hombro para descubrir que había preparado su plato estrella.

—¡Amor, hiciste nuestro menú! —exclamó, emocionada.

A Lorena le extasió el plato; sobre todo, porque valoraba los detalles. Sabía que no era un menú complejo de preparar, pero su esposa ponía todo su empeño y dedicación en prepararlo, pues ella casi no cocinaba. Además, era el que más amaba porque fue el plato que ella le cocinó en su primera cita en casa, hacía algunos años. Desde entonces, se convirtió en el menú especial en sus celebraciones como pareja. Trozos de costillas asados, bañados con salsa de fresas y tostones de mapén. La salsa de fresa era una receta exclusiva de su esposa.

La sonrisa y satisfacción de Natalia no pudo ser mayor. Al fin, después de varias semanas, pudo regalarle un hermoso momento a su esposa. Una simpleza para cualquier otra persona, pero sabía que ella lo agradecía sinceramente.

—Ve a bañarte —le dijo Natalia—, ya le falta poco para que esto esté listo.

—¿No quieres acompañarme?

—No puedo, mi amor —respondió—. Si subo y me meto a bañar contigo, la cena se arruinará —le dio un beso en los labios.

***

Y así, después de cenar y acomodarse juntas en el sofá, disfrutando de su compañía, ambas terminaron el día.

El siguiente las sorprendió abrazadas, como la mayoría de sus mañanas. Natalia se removió en la cama; aún adormilada, hizo amagues de levantarse para atender a su esposa, pero Lorena, comprendiendo que ella debía estar agotada, besó su frente y hombro. Le dijo que se quedara durmiendo, que ella se haría cargo del café y que comía cualquier cosa.

Natalia tiró de ella, abrazándola con dulzura hasta que volvió a dormirse.

—Ya me voy… —le susurró Lorena al oído antes de marcharse, una hora después.

Antes de salir de la habitación, la rubia le echó una última mirada al bulto en la cama. La vista, y el olor característico que adquiere una habitación donde una pareja de amantes duerme cada noche por tantos años, su nido de amor y refugio, provocaron que una hincada le atravesara el pecho. Una punzada que ya se hacía conocida y que no era agradable. Tanto, que se llevó una mano al corazón, como si intentara decirle, "tranquilo, todo está bien".

Y es que su sexto sentido se mantenía alerta y el destino quería prepararla para lo que estaba por venir.

Decidida a no permitir que los malos pensamientos, y tal vez augurios negativos, opacaran lo que estaba experimentando en los últimos días —un respiro en la relación; un respiro necesario—. En una lucha constante por no querer ver lo que sucedía, lo que su mente quería advertirle, Lorena se obligó a seguir adelante.

Vestida de forma casual, con unos jeans, blusa de mangas largas y chaqueta, ella salió de la habitación y cerró la puerta con sumo cuidado. Tras subir a la camioneta y encender el motor, se percató de que no llevaba su vaso térmico con agua. Regresó a la cocina, abrió el refrigerador y lo sacó, dejándolo sobre la barra; luego buscó algunas galletas para acompañar su café en el descanso

de media mañana. Después de tener todo listo, agarró el termo, pero notó que la humedad del mismo generó algunas gotas de agua que ya se deslizaban hacia el paquete de sobres que yacían encima del tope desde hacía algunos días; sobres que no habían sido abiertos. Por inercia los agarró todos, tomó su termo y las galletas y, por fin, salió hacia la oficina.

"Baby, ¿desayunaste algo?" Fue el primer mensaje que recibió de Natalia, dos horas después de llegar a la oficina.

"Sí, tomé un café y agarré mucho tráfico también, pero en quince minutos tomaré mi descanso."

"No lo olvides, por favor. Te amo."

"También te amo. ¿Tienes algún plan para hoy?"

"Hoy es día de la cochera. Quiero dejar todo listo antes de empezar el nuevo trabajo."

Lorena sonrió. Habían pactado no solicitar trabajo hasta que ella descansara lo suficiente y estuviera emocionalmente lista.

"¿Trabajo?"

"Sí, cuando lo tenga."

Quince minutos después, Lorena se levantó de su escritorio y se dirigió hacia la pequeña cocina del concesionario. Atravesó el área de recepción; el espacio era amplio, con varios puestos con escritorios de color blancos y tres cómodas sillas, recibían a los clientes. El nombre de la marca yacía gigantesco en el centro del lugar. Cada uno de los vendedores, que lucían una impecable camisa de color blanco con el logo de la marca, la saludaron. La música de fondo y varios vehículos último modelo, eran el centro de atención de las personas que llegaban con la ilusión de salir conduciendo uno de ellos.

—Lindor —la llamó una joven vendedora.

Lorena prestó atención, luego avanzó hacia el escritorio donde la requerían.

—Buenos días —saludó a la pareja y al niño que cargaban con ellos.

—Ella es nuestra gerente, Lorena Lindor —la presentó la vendedora a los clientes—. Lorena, me gustaría que revisaras este caso, para ver si puedes ayudarlos. Ellos son Darío e Iliana Soberal.

Lorena les dedicó una amable sonrisa.

—Veamos —ella miró con atención la pantalla de la tableta.

—Disculpe, señora —habló la esposa, un tanto tímida—. De verdad necesitamos el vehículo —casi imploró.

Lorena levantó la mirada y le regaló una sonrisa.

—Entiendo. El vehículo se puede aprobar —dijo—. Alanís, ¿cuál es la situación? —le preguntó a la vendedora.

—El pago —respondió esta.

—Señora, no puedo pagar más de cuatrocientos dólares —interrumpió esta vez el hombre—. Quinientos cincuenta y cinco dólares es demasiado. Mi sueldo es la única entrada de mi hogar y sin transporte, no podré llegar a mi trabajo —explicó, preocupado.

Lorena asintió, comprensiva.

—¿Vieron otras opciones más económicas? —les preguntó.

—Sí —contestaron a dúo, sin añadir más.

Ella asintió otra vez; miró alrededor del concesionario como buscando cómo ayudar a esa familia. De repente, el niño que la mujer llevaba en su regazo extendió las manos, pidiéndole que lo cargara.

Lorena, emocionada, respondió a la petición del niño. Lo abrazó y recorrió el *showroom* con él en brazos.

—Ella los ayudará, la conozco —le murmuró Alanís al matrimonio, observando cómo la gerente miraba el modelo que la familia deseaba.

Lorena podía ofrecerles otro modelo, pero sabía que cuando alguien elige un compromiso de cinco o seis años, es porque el vehículo le enamoró; además de la utilidad. Los precios se podían modificar, aunque no a gran escala; y para llegar al pago que ellos deseaban, el valor debía ser considerable.

De repente, las tres personas que la esperaban en el escritorio, la vieron ella regresar y dejar al pequeño en el suelo.

—Permíteme un minuto, Alanís, por favor.

La vendedora le cedió su silla. Los tres la vieron teclear con decisión y mirar la pantalla. Luego, en una hoja garabateó algunos números y porcentajes. Cuando asintió conforme, ella sonrió.

—Bien —se enderezó en el asiento—, tenemos dos opciones viables —les anunció—. Sin embargo, llegar a menos de cuatrocientos dólares mensuales es muy difícil, a menos que cambien de modelo. La empírica crediticia es bastante baja. Quiero ayudarles para que tengan el vehículo que desean y les orientaré para que, una vez estabilizados, trabajen con su crédito. Obtendrán mejores ofertas con un crédito un poco más alto.

Ellos asintieron, atentos.

—Por un lado, puedo bajar unos dos mil dólares al precio de venta y hablar con el banco para disminuir dos por ciento de interés al préstamo. Esto nos permitirá que su pago ronde los cuatrocientos sesenta y cinco dólares. Tendrían una diferencia de noventa dólares mensuales, o mil ochenta anuales. Incluyéndoles el seguro.

Lorena vio que el hombre se recostó de la silla con un gesto de decepción, por lo que ella lo imitó.

—La otra opción es que obtengan el modelo que desean, pero en una categoría más sencilla.

Alanis frunció el entrecejo.

—Lindor, ¿de qué modelo hablas?

—Si eliminamos los aros cromados y los cambiamos por unos de aluminio, la estética del vehículo no se verá afectada. Si soy honesta, los aros de fábrica ofrecen más elegancia, por eso los incluye. Sin embargo, puedo hacer esto por ustedes —le dijo a la pareja—. No es una práctica común, pero puedo hacerlo.

—¿Y de cuánto estamos hablando?

—El pago mensual se calcula en unos doce a quince dólares de disminución por cada mil dólares. Es decir, que si optan por esa opción, la diferencia es de unos cinco mil dólares, o 50 menos en el pago y tratar con el banco para que baje un dos por ciento al cargo de porcentaje. Estarían pagando unos cuatrocientos quince dólares, aproximadamente.

La pareja se miró entre sí, luego Lorena le hizo señas a la empleada para que la siguiera.

—Los dejaremos unos minutos para que lo evalúen, ¿de acuerdo?

Alanis siguió a su jefa hasta la cocina. Sabía que ese arreglo era una cuestión de ella, que no era una práctica habitual.

—¿Cómo lo hiciste, Lorena?

—Nada. Solo arriesgarme a que cambien los aros. Veré cómo lo manejo después. Déjalos decidir —le dijo ya en la cocina—. Si aceptan, procede. Yo me adjudico el ajuste.

La vendedora asintió, orgullosa por la calidad humana de su jefa.

De vuelta a la oficina, con el café en mano, Lorena se sentó frente a su escritorio; abrió la carpeta de documentos que trajo de la casa y se encontró con la pila de sobres que recogió en la mañana. Después de un sorbo de café comenzó a revisarlos.

Las promociones las rompió y echó a la basura. Los sobres de las instituciones financieras con las que se relacionaba, los fue abriendo uno a uno; estados de cuenta, avisos de cambio, etc. De pronto, se encontró con tres cartas del banco que financiaba la camioneta de Natalia.

El corazón se le detuvo cuando abrió la hoja y vio un negativo en los pagos. El préstamo de la camioneta de su esposa tenía dos meses de retraso.

—Imposible —murmuró para sí, sin apartar la vista de la hoja. Volvió a releer—. Imposible.

Buscó con desesperación el estado bancario de Natalia. Nunca se metían en la economía de la otra, pero aquello no tenía sentido. Desde el comienzo de su relación decidieron que mantendrían las cuentas individuales. El pago de la casa era compartido. Los autos se pagaban individual, pero, cada mes, Lorena le transfería doscientos dólares para ayudarla a pagar su vehículo; los dos últimos meses, no fue la excepción. Así que, decidida, abrió el estado bancario.

Cuando lo vio, sintió que algo se rompía en su interior.

Gastos en bares y restaurantes casi a diario. Débitos que no reconocía.

Los ojos comenzaron a arderle. *¿Y si le hackearon la cuenta?*, se preguntó, releyendo cada uno de los débitos. Pero luego notó que el pago de la nómina de trabajo había disminuido en las últimas

semanas. Y, por primera vez, la fe ciega que ella siempre tuvo en Natalia… se tambaleó.

Capítulo 27

Lorena culminó su día de trabajo como un zombi. Estaba físicamente en su oficina, pero su mente, y todos sus pensamientos, giraban en torno al estado bancario que yacía sobre el escritorio; que reflejaba gastos innecesarios, desconocidos y el atraso del pago de un vehículo que, si bien no era de ella, sí estaba a su nombre.

Aunque esa situación no era algo que le preocupara demasiado; en casos extremos los pagos pueden atrasarse. Hay contextos de peso que llevan a ello, pero ese no era el caso. Y era justo ese punto el que no lograba encajar.

El ardor en los ojos, el dolor en el pecho y la rabia contenida, podían explotar en cualquier instante. Y la gerente del Departamento de Ventas del concesionario, no deseaba que aquello ocurriera en su lugar de trabajo, por lo que, cerca de las tres de la tarde, cuando ya no pudo contener sus emociones, se puso en pie, agarró sus pertenencias, incluidos los malditos sobres, y salió de la oficina.

Después de subir a su camioneta y encender el aire acondicionado, Lorena se quedó mirando al frente; sin moverse siquiera, salvo por sus manos sobre el volante, que lo apretó con tanta fuerza que los nudillos se le tornaron blancuzcos. No salió del estacionamiento de inmediato; al contrario, se quedó dentro, mirando a la nada. Se limpió una lágrima que escapó de sus ojos. No quería, ni podía, hablar con nadie porque en su naturaleza jamás estuvo el quejarse de Natalia; jamás permitiría que alguien opinara algo negativo de su esposa si eso dependía de ella. Pero necesitaba respuestas; respuestas que buscaría, aunque le dolieran. Decidida, ella puso en marcha el vehículo y se dirigió hacia su casa.

Ellas no se comunicaron más después de los mensajes de la mañana, así que suponía que Natalia se encontraba allí. Lorena analizó cada palabra, cada posibilidad, antes de acusarla de algo. Pero por más que buscaba, no podía hallar una razón lógica para los gastos y la falta de responsabilidad con una deuda adquirida; su esposa nunca fue así. Y esa diferencia era lo que más la inquietaba.

La cobriza se lanzó a sus brazos en cuanto la vio aparecer por la puerta. Todavía vestía el pijama y, aunque se veía adorable, la imagen no mermó ni un poco la decepción que Lorena sentía. Sin embargo, al no tener una razón de peso, no se permitió demostrarle frialdad; respondió al abrazo, pero no con la calidez que acostumbraba, y eso no pasó desapercibido para ninguna de las dos.

—¿Qué haces tan temprano en casa? —le preguntó Natalia en cuanto se separaron.

Lorena avanzó en silencio hasta dejar sus pertenencias sobre el sofá, y se sentó. De pronto, se percató de las dos botellas de cerveza vacías sobre la mesa; botellas que no estaban ahí en la mañana. Un nudo se le formó en el estómago.

—¿Y eso? —señaló, frunciendo el entrecejo.

Natalia miró las botellas.

—Te traeré una, te noto tensa —dijo con normalidad, yendo hacia la cocina, mientras Lorena la seguía con la mirada—. ¿Tuviste un mal día, bebé? —cuestionó, regresando con dos botellines.

Ella se sentó en la mesa, justo frente a su esposa y le tendió una de las botellas, ya destapada; se estiró hasta acercar la cara a su cuello para olerla. La piel de la rubia se erizó al contacto.

Lorena recibió la botella con la mano izquierda; con la derecha, la agarró por la camisilla, acercándola hasta besarla con fuerza. Natalia levantó las manos ante lo sorpresivo del ataque, pero correspondió con pasión.

El beso hizo arder a la cobriza, que de inmediato metió las manos por debajo de la blusa y le arañó la espalda, pero elevó una bandera roja en la otra.

El aliento de Natalia era puro alcohol. Demasiado. No era una cerveza ocasional; era otra cosa. Al percatarse, Lorena le tomó la cara, fijando los ojos en ella, estudiándola. Pupilas dilatadas, aliento alcoholizado… En definitiva, había estado bebiendo.

Algo desarmada, ella pegó la frente a la de Natalia; acarició sus brazos antes de suspirar profundo en busca de calma.

—Has estado bebiendo —le dijo, sin reproche, pero con preocupación.

—Sí, estoy limpiando la casa —se excusó—. Fui por unas cervezas al supermercado.

—¿Sola?

Natalia abrió los ojos, frunció el entrecejo y la empujó por los brazos, sorprendida. Su reacción fue desproporcionada.

—¿Cómo que sola? —reaccionó a la defensiva, como si se le hubiera tocado una fibra de culpa.

Lorena bufó. Poco a poco se separó, tomó un sorbo del dorado líquido, colocó la botella sobre la mesa y se movió hasta alcanzar el bolso a su lado. Natalia, inconsciente de todo, la vio sacar las hojas blancas y luego extendérselas.

—Te pregunto porque me parece que estás saliendo a beber con alguien más —dijo.

El golpe fue seco, directo. Natalia se quedó inmóvil, con la hoja temblándole entre los dedos. Leyó de dónde provenían aquellas hojas: de su banco. Y, en ese instante, supo que ya no había margen para excusarse.

—¿Estás revisando mis gastos? —preguntó al fin, con un hilo de voz, sin levantar la mirada.

Lorena no respondió de inmediato. Se puso en pie despacio, como si temiera que cualquier movimiento brusco lo rompiera todo.

—Quiero entender, Natalia. Nada más que eso —respondió—. Quiero comprender por qué me mientes.

Natalia cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

—No te miento —fue ahí cuando le dio la espalda, y eso hirió más a la rubia.

—Entonces mírame a la cara y dímelo —replicó Lorena, conteniendo la rabia—. Dime con quién estás saliendo.

—No estoy saliendo con nadie —aseguró.

—¿Por qué no me miras? —insistió Lorena, con la voz quebrándose—. Si no hay nada que ocultar, ¿por qué no me miras?

El silencio fue insoportable. Denso. Incómodo.

—Lore… —murmuró Natalia después de unos instantes—. No es lo que piensas.

Natalia jamás esperó que su esposa la enfrentara con aquella aseveración. Poco a poco volvió a abrir la hoja; vio los detalles de

sus gastos mensuales. Era cierto, cada mañana, desde hacía semanas, se reunía con sus amigos en la misma cafetería; luego, al mediodía, volvían a encontrarse en un bar no muy lejos de su oficina. Regresar al trabajo más relajada la ayudaba, según ella, a afrontar la humillación de verse reemplazada por una chiquilla inexperta. Y, justamente, fueron esas las razones que Wilder alegó para despedirla. Solo que ella era incapaz de confesarlo. No quería verse culpable. No quería saberse derrotada.

Muchas veces quiso que el encuentro con sus amigos fuera más tarde, al salir de la oficina, pero Jeff y Osmer le aconsejaban que no, que no era prudente que Lorena se percatara de que se reunía y bebía con ellos. Le evitaban problemas innecesarios, le decían. Y Natalia, necesitada de sentirse acompañada, los escuchó; y también lo repitió.

Pero ahora todo estaba detallado en una hoja de papel. Sus gastos y los de ellos. No había excusas ni explicaciones limpias. La verdad estaba ante los ojos de Lorena. Una verdad que no quería creer.

—¿Quieres decirme qué pasa? —Insistió con la voz por completo rota, viendo la espalda de su esposa, porque ella no respondía.

—No pasa nada, Lore. Solo salí a divertirme con mis amigos —respondió con calma, sin darle la cara. Una calma que no era natural, que sonaba ensayada.

Lorena miró al techo buscando las palabras coherentes que le permitieran expresar lo que sentía, lo que deseaba saber.

—Puedo entenderlo, Natalia. Solo quiero saber por qué lo ocultaste. Solo quiero saber… —tragó y respiró hondo, parpadeando para evitar que las lágrimas se derramaran—…con quién estás saliendo.

—No es lo que piensas, Lore —repitió con calma. Demasiada calma.

—¿Por qué no me miras?

Natalia tomó aire; lento, se volteó mirando al suelo. Era incapaz de darle la cara.

—Si no es lo que pienso, ¿por qué no me dices la verdad? Si no soy suficiente… Si… te cansaste de nosotras…

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? —replicó, enfrentando su mirada, siendo una Natalia desconocida para Lorena que, sorprendida, frunció el entrecejo. Aquella actitud no le pertenecía del todo, no era ella.

—¿Qué es lo que quiero?

—Escudriñaste en mis finanzas. Violaste mi privacidad buscando algo con lo que acusarme.

—¿De qué demonios hablas, Natalia Oliver?

—¿De qué hablo? —Rebatió fuerte, levantando las hojas y sacudiéndolas en su cara—. De esto. ¿Por qué buscaste en mis cosas? ¿Será porque me he vuelto una carga para ti?

Lorena apretó la mandíbula y entornó los ojos.

—No desvíes el tema —le pidió con voz contenida.

—¡No desvío nada! —gritó, descontrolada, pegando la cara a la de la rubia, que evitó el roce—. Solo dime la razón por la que abriste mis estados bancarios. ¿Qué buscabas, Lorena? ¿Qué demonios te importa en qué gasto mi dinero? No estás a mi lado, pues busco con quién estar y no… no estoy envuelta con nadie. Solo son mis amigos, mis panas, los que están. Los que nunca debí abandonar.

El control de Lorena se agotó al verla fuera de sí. Natalia se transformó en otra persona al verse acorralada; no tenía razonamiento y disparaba sin pensar en las palabras que decía. Hablaba desde la herida, no desde la verdad.

—¿Estás justificando esos gastos? —preguntó, incrédula.

—Claro… —respondió con firmeza—. ¿Ahora resulta que también eres mi auditora?

—No me hagas esto —pidió Lorena, en voz baja.

—¿Qué no te haga qué? ¿Pedirte cuentas por meterte en mis cosas sin razón?

—¿Sin razón…? —repitió, incrédula. Lorena dio un paso atrás, como si la hubieran empujado. Soltó una risa breve, y toda la rabia contenida se reflejó en su rostro. Ya no estaba molesta, sino herida —. ¿Sin motivo dices? —se giró y sacó los cobros a su nombre. Esta vez fue ella quien sacudió las hojas en el aire, pero no con furia, con desesperación—. Tienes dos pagos de la camioneta atrasados, Natalia. Dos. Más de mil quinientos dólares que no has cubierto —su

voz tembló, aunque intentaba mantenerla firme—. ¿Sabes lo que pasa si se atrasa un mes más? Te la quitan. Y no solo eso… Me afectas a mí —le recordó, mirándola a los ojos—. Ahora no tienes entrada económica. ¿Yo corro con todos los gastos mientras tú te vas a beber con tus amigos porque quieres? ¿Porque "te lo mereces"?

Lorena no gritó. Eso fue lo peor. Lo dijo con calma, haciéndole entender cada palabra, pero su voz estaba por completo rota.

Natalia enmudeció.

—Estás pensando solo en ti —continuó Lorena, con la voz ya cansada—. En lo que sientes, en lo que te duele… y yo aquí… intentando sostenernos —susurró al final.

Los ojos de su esposa se humedecieron y se apartaron de ella.

—No sabes lo que estoy pasando —susurró Natalia—. No llegues a conclusiones.

Lorena negó con la cabeza.

—Entonces explícame —le pidió—. Explícame por qué cambiaste. Dime qué estoy haciendo mal. Dime por qué estás bebiendo así… —tragó saliva—. ¿Ya no soy suficiente para ti? Dímelo, por favor.

Natalia cerró los ojos. Y cuando habló, lo hizo sin fuerza.

—Porque estoy harta… —murmuró—. Harta de sentirme invisible. Harta de que tu trabajo siempre sea primero. Harta de estar sola incluso cuando estás conmigo.

Lorena retrocedió un paso, como si esas palabras le hubieran atravesado el pecho. No entendía, no lograba hilvanar aquellas justificaciones sin sentido. Algo no encajaba. El corazón se le aceleró; la garganta se le secó de puro desconcierto. Dolor, solo albergaba dolor al imaginar que Natalia de verdad pudiera sentirse sola.

—Yo… Yo hago todo lo que puedo por nosotras… —balbuceó, desarmada.

—No —negó Natalia, con los ojos brillantes—. Haces todo por ti —le dijo—. Por tu carrera. Por tu imagen. Yo solo… Yo solo estorbo en tu agenda.

Para Lorena esas palabras no sonaban del todo suyas. Sonaban aprendidas.

—Eso no es verdad… —susurró Lorena—. Natalia… ¿qué estás diciendo?

—¿Ah, no? —alzó la voz, apenas lo justo para que doliera—. Entonces dime cuándo fue la última vez que me escuchaste sin estar pensando en otra cosa —la retó.

Lorena abrió la boca, desconcertada.

—¿Estás hablando de la situación de Mireya…? —preguntó, incrédula—. ¿Me estás culpando por eso?

—No —negó, sacudiendo la cabeza—. No te culpo porque me quedara sin empleo. Sé que no tienes nada que ver con las decisiones de Wilder… —su voz se quebró—. Pero fue lo más humillante, lo más doloroso que me ha pasado… —declaró con los dientes apretados—. Y tú no estabas, Lorena. No estabas.

Silencio.

Lorena le miró sin saber qué decir. Por primera vez, no tenía defensa porque no entendía del todo lo que sucedía. En su mente buscaba momentos, gestos, palabras, que le señalaran que de verdad no había estado para su esposa.

—Te necesitaba —continuó Natalia, ya sin reproche—. Y no estabas.

Lorena sintió que algo se le desprendía por dentro.

—Yo… no sabía que te sentías así… ¿Cuándo ocurrió esto? ¿Cuándo robaron en el concesionario? ¿Por qué no me dijiste, Nat?

Natalia dejó escapar una risa breve, amarga.

—Porque no preguntaste —respondió.

Lorena bajó la mirada, pero no por culpa… sino por impacto. El mundo se les había quedado pequeño en un segundo.

—Nunca quise hacerte sentir sola —susurró—. La situación no estuvo en mi control.

Natalia apretó la mandíbula. Sus dedos apenas temblaban.

—Lo sé… —admitió—. No creas que no lo sé… —tragó saliva—. Pero… así me sentí.

Y ahí estaba la grieta.

Esa era la causa del resentimiento.

Lorena respiró hondo.

—Puedo entender que te sintieras sola —dijo con cuidado—. Lo que no comprendo es por qué dejaste de venir a mí. Dime por qué lo haces en horas laborales. No hay otra explicación. Cada tarde, cada fin de semana, estoy a tu lado. Natalia, no entiendo la razón para que te sientas sola.

Su esposa desvió la mirada y sus hombros se tensaron.

—Porque… —empezó, pero se detuvo. Se pasó una mano por el rostro, frustrada—. Porque estabas ocupada —dijo al final, con una dureza que no le pertenecía del todo—. Porque tu trabajo siempre es primero. Porque… —se encogió de hombros—… a veces siento que sobro.

Lorena frunció el ceño. Esa frase no era justa. No eran palabras de Natalia, no lo eran.

—Eso no es verdad —se defendió.

—Es lo que parece —replicó Natalia, demasiado rápido; demasiado automático.

Y luego… el silencio.

—¿Por qué utilizas eso que pasó hace semanas como excusa? —preguntó Lorena con voz cansada.

Natalia apretó los labios, bajó la mirada y regresó al sofá, avergonzada. Sí, desviaba el tema, porque muy dentro de su ser supo que eran excusas; más de una vez lo analizó. Sin embargo, ahí estaba, culpándola, de forma indirecta, de sus fallos.

—Yo… —susurró—. Yo fallé, Lore… Y… y no sabía cómo decírtelo —la voz se le quebró sin aviso.

Lorena sintió el golpe en el pecho.

—¿Fallaste en qué?

Natalia negó con la cabeza, respirando hondo, como si luchara contra algo dentro.

—En todo —respondió. Se hizo un ovillo sobre sí misma sin darse cuenta—. Perdí mi trabajo… Te mentí… Gasté dinero que no era mío… Y tú… —cerró los ojos—… Tú mereces algo mejor que esto.

Lorena dio un paso hacia ella.

—Natalia… ¿quieres dejarme? ¿Es eso?

Pero entonces, como un interruptor, volvió la dureza.

—Y no, no me mires así —soltó, levantando la cabeza—. No me mires como si yo fuera el problema. Tú también tienes culpa. Tú me dejabas sola.

Ahí estaba, la contradicción. Lorena se detuvo y se sentó a su lado.

—No te reclamo que tengas amigos —dijo despacio—. Te estoy reclamando que ya no vengas a mí. Que se te haga normal ser irresponsable. No eres tú, no hay forma de que lo crea.

Natalia tragó saliva.

—Yo… —murmuró—. Yo no sabía cómo… —se interrumpió, luego negó con la cabeza—. No importa.

Lorena la miró, confundida.

—Claro que importa —dijo—. Somos una hace años. Si tienes una situación debes decirla, pero comprende que también yo las tengo. Y, lamentablemente, no tuve el control.

Natalia no respondió. Se quedó ahí, perdida. Extraña. Lejana.

Y Lorena, sin entender nada, cabizbaja, con el pecho apretado.

—Entonces… —dijo al fin, con la voz cansada—, ¿debo entender que llevas cargando con todo esto más de un mes… en silencio… mientras yo creía que estábamos bien?

Natalia levantó la cara. Seguía ahí. Pero no estaba.

Capítulo 28

El silencio, en ocasiones, es la mejor decisión cuando no se sabe qué decir; cuando cualquier palabra puede malinterpretarse. Cuando las emociones no permiten pensar con claridad.

El matrimonio nunca discutía dentro de su casa; ese era el santuario de su amor, de su relación. Pero en esta ocasión, no había espacio para esperar, para ir al acantilado. La situación en la que se encontraba la relación no sabía de tiempo.

Lorena advirtió que el tiempo fue, precisamente, lo que complicó todo. También supo, a medida que Natalia se desahogaba que una fisura se abría, desproporcionada, entre ellas por fuerzas externas, ajenas a lo que habían construido juntas.

La mayoría de las palabras de Natalia no parecían provenir de ella; sonaban aprendidas, desordenadas, como si repitiera ideas que no terminaban de encajar con lo que sentía. O eso era lo que Lorena quería creer. Tal vez una coraza de negación la cubría, o tal vez su esposa estaba atrapada entre mundos que no sabía cómo conciliar; el deseo de no perder vínculos, y el amor profundo que sentía por ella.

Aun en medio del dolor, Lorena quería creer que nada de aquello nacía de la intención de herir, sino de una confusión que se le había ido de las manos. A ella le costaba respirar. Por un lado, abrigaba ira, coraje y decepción; un impulso brutal de gritar, de decir palabras hirientes, de hacerla sentir en carne viva lo mismo que ella. Por otro, su amor seguía siendo tan intenso y real, que solo quería abrazarla y decirle que podían reparar lo que se estaba dañando, juntas, como siempre, como antes. Pero entre todas las cosas que su mente procesaba también estaba el miedo; el miedo de que, aun sin quererlo, Natalia terminara rompiendo su relación, que ya no la amara como antes.

—Entonces… —Lorena se sentó a su lado— lo que quieres es dejarme —las palabras apenas lograron salir de su boca, lastimándola un poco más.

Natalia bufó; negó de inmediato.

—¿Dejarte? —se llevó las manos a la cara—. ¿Cómo vivir sin ti? No sé cómo se vive sin ti —respondió, rompiéndose en llanto.

Lorena no reaccionó; solo la escuchó, sin moverse de su lado.

—¿Qué propones entonces? —preguntó con frialdad contenida. Necesitaba algo más. Una sola frase más. Algo que le confirmara que, pese al caos, seguían mirando hacia el mismo lugar.

Natalia volvió a negar, sin dejar de llorar. Las lágrimas empapaban su rostro; respiraba con dificultad, como si el aire no le llegara a los pulmones.

Lorena se quedó a su lado y apretó su mano, recordándole, en silencio, que estaba ahí. Poco después, se levantó y fue a la cocina por un vaso de agua. Al abrir la nevera, se encontró con una docena de latas de cerveza. Cerró los ojos por un instante, buscando calma. Cuando se enderezó para alcanzar la botella de agua, sintió los brazos de su esposa, rodeándola por la espalda.

—Perdóname… Perdóname… Perdóname, bebé —suplicó con la voz desgarrada—. No pensé, olvidé pagar la camioneta. No volverá a pasar —afirmó—. Nunca volverá a pasar, pero perdóname… —pidió, fuera de sí—. No me dejes… Por favor, no me dejes. Nunca me dejes.

Los ojos de Lorena casi se salieron de sus órbitas. Natalia estaba por completo desbordada; su cuerpo temblaba sin control. Las palabras se le quebraban, interrumpidas por angustiados gemidos que escapaban de su garganta, como si, incluso, respirar le doliera.

Lorena la abrazó con fuerza contra su pecho, acunándola, intentando que el contacto supliera las palabras que no encontraba.

—Ya… Tranquila, Nat. Tranquila —susurró, posando los labios en su cabeza—. Está bien… Estamos aquí… Estamos juntas.

—Prométemelo, Lore… Prométemelo —sollozó, aferrándose a su ropa con urgencia, como si al soltarla fuera a perderla para siempre.

Lorena apretó los brazos a su alrededor, aunque la garganta le ardía.

—Estamos bien —repitió, queriendo creerlo con desesperación —. Tranquila…

Ambas terminaron deslizándose hasta el suelo, frente a la nevera, sin soltarse. Para Lorena, la escena era inquietante; confirmaba que su esposa no estaba bien. Ya no se trataba de un descuido, de rebeldía momentánea. Era algo más profundo. Eran emociones fuera de control. Una estabilidad que empezaba a tambalearse, y ese era un terreno desconocido para ella.

Comprendió entonces que se enfrentaba a un escenario distinto; uno que debía manejar con extremo cuidado, y con atención. Porque, al pensarlo con más claridad, se dio cuenta de que sabía muy poco del entorno que rodeaba a Natalia fuera de ellas dos. Conocía a Jeff y a Osmer de vista, temía que influyeran tanto en su esposa, pero también ignoraba casi todo lo relacionado a su historia familiar. Ella tenía dos hermanos; Joseph, a quien había visto apenas un par de veces y Quetza, que conocía solo por fotografías. Ellos, pensó, tenían que conocer el pasado de la mujer que amaba. Tal vez, entre esas piezas sueltas, podría encontrar algo de luz antes de que el daño fuera irreparable.

La tarde se hizo eterna para Lorena. Natalia se quedó dormida en el sofá, exhausta, vencida más por el desgaste emocional que por el alcohol, aunque no había sido poco. Antes de sentarse, ella revisó el cesto de basura; contó tres latas adicionales a las que yacían vacías sobre la mesa.

Su cabeza no dejaba de girar alrededor de cada detalle de lo ocurrido esa tarde. Con las manos entrelazadas bajo la barbilla, observaba los sobres sobre la mesita de centro; luego su mirada regresaba al cuerpo tendido en el sofá. Iba de un punto al otro, intentando comprender en qué momento exacto los temas se habían desviado; cuándo aquella discusión doméstica pasó a ser algo mucho más alarmante.

Natalia nunca negó los gastos que ella le reclamó. Nunca se disculpó por la omisión, por la irresponsabilidad de no haber pagado la camioneta; y eso era lo más que le dolía. Le dijo que no quería perderla porque la amaba. Lo que nunca logró expresar con claridad fue qué la llevó a comportarse de ese modo. Sin embargo, para Lorena, al sumar las piezas, el cuadro empezaba a formarse claro. El consumo de alcohol ya no era un episodio aislado; comenzaba a

darle luz, eclipsando, incluso, la falta de compromiso económico en la casa. Y, por encima de todo, la aparición constante de sus amigos creaba un punto clave en ese cambio de conducta que tanto le dolía reconocer.

—¿Qué hago? —se preguntó en silencio—. ¿Qué hago…? ¿Por dónde empiezo?

Lentamente, se levantó. Su mirada se deslizó hacia la barra de la cocina, donde yacía el celular de Natalia. Dudó. Durante unos segundos se quedó inmóvil, como si solo pensar en desbloquearlo invadiera la privacidad de su esposa; además, no estaba segura de querer hacerlo, otra vez. Al final, con cautela, se sentó en el taburete y tomó el teléfono entre las manos.

Intentó desbloquearlo. Probó con las fechas de nacimiento de ambas, con el número que Natalia solía usar para todo, con la numeración de su buzón postal. Nada. Cada intento fallido le apretaba un poco más el pecho. Algo debía haber ahí. Algo que le diera luz, aunque fuera mínima.

Por último, casi sin esperanzas, marcó los cuatro números de su aniversario.

La pantalla se iluminó.

Lorena soltó el teléfono como si le quemara la piel. Y, aun así, lo que de verdad le quemó fue el corazón cuando volvió a mirarlo y vio la cantidad de notificaciones acumuladas.

Decenas de mensajes. Uno tras otro.

Todos de Jeff y Osmer.

Capítulo 29

"¿No me digas que caíste otra vez en las garras de tu amorcito?"

"Te estamos esperando. El ambiente está mejor que ayer."

"Amiga, ¿por qué no contestas el teléfono? ¿Está tu esposa contigo?"

"No, Lore no está. Puedo llegar, pero solo un ratito. No quiero que se preocupe."

"Está grandecita para preocuparse. Si ella no comparte contigo, no tienes por qué tener consideraciones, Nat."

"Te he dicho que no hables así de mi esposa."

"Disculpa, querida, es que me preocupa que ahora que estás fuera del gallinero tu esposita te tenga de mucama."

"Te repito: deja de referirte así de Lore, Jeff."

"Tranquila, no digo nada."

"Iré en cuanto me desocupe. No beban sin mí."

El dolor de leer esos mensajes casi la hizo cerrar la pantalla y no querer saber nada más. Lorena desvió la vista del celular y buscó el cuerpo de su esposa que descansaba en el sofá. Los ojos le ardían, no solo por el cansancio, sino por la certeza incómoda de que aquellas líneas iban cargadas de burla. De humillación. Un menoscabo que no estaba dispuesta a tolerar.

Regresó la atención a la pantalla. Apretó el equipo con fuerza; los nudillos se le tornaron casi blancos, pero algo la detuvo. En lugar de cerrar la aplicación, se fijó en la hora de los mensajes. Habían sido intercambiados una hora antes de que ella llegara de la oficina.

Con dedos temblorosos, Lorena deslizó la pantalla hacia arriba hasta encontrar los mensajes anteriores; aquellos que habían sido contestados por su esposa. La misma dinámica de siempre: los amigos indisponiéndola contra ella y Natalia intentando defenderla sin dejar de agradarlos, como si necesitara justificar su lealtad para ambos bandos.

Pero a veces la incredulidad ciega. Y Lorena, aun con la fortaleza que le daba su autoestima, no podía comprender cómo Natalia permitía tal crueldad hacia ella, que se esmeraba en defenderla, cuidarla y justificarla, incluso cuando sabía que estaba equivocada.

Ella leyó una y otra vez los mensajes. No había enojo suficiente para borrar el sabor amargo que le dejaron aquellas líneas marcadas en verde. No era solo lo que decían, sino lo que insinuaban. La manera como su ausencia —por estar trabajando, como siempre— era explicada.

Sintió el peso de algo quebrándose dentro de ella. Y no le gustó en absoluto. Porque cuando la decepción arropa, la confianza se quiebra… Y el amor, inevitablemente, se enfría.

***

Los dos días siguientes, Lorena no tuvo ningún cambio en su comportamiento para con Natalia; se mostró atenta, como si nada hubiese ocurrido. Aunque su parte zalamera, amorosa, no se la demostraba como Natalia exigía.

La noche cuando encontró los mensajes en el celular, Lorena permaneció quieta, en el mismo lugar, con el alma destrozada, pero analizando cómo proceder. Intentando eliminar el mal sabor que sentía por ver a Natalia comportarse como si estuvieran viviendo una luna de miel.

Esa tarde, Natalia despertó solo para darse un baño, cenar una sopa que ella preparó e irse de nuevo a dormir. Eso sí, exigió que su esposa la acompañara. Fue entonces que la cobriza notó que su mujer estaba distraída y extraña, y no dejó pasar la oportunidad de hacérselo saber.

Lorena bufó; no podía hacer otra cosa. Hablar, desahogarse, terminaría en un nuevo caos que no estaba dispuesta a enfrentar todavía. El plan estaba trazado. Dos días serían suficientes para recopilar información y mantenerse alerta.

—Carla, hola. ¿Sales de *lunch*? —preguntó Lorena, asomándose por la puerta de la oficina de Contabilidad del concesionario.

La contable sonrió al verla.

—Hey, Lore, qué sorpresa. No lo tenía planeado, pero viéndote aquí… por supuesto.

—Quiero salir de la oficina. Te invito al gastro-bar —ofreció con una sonrisa forzada, de esas que le dedicó a todos durante los últimos días.

—Bien.

El gastro bar quedaba bastante cerca del concesionario, así que caminaron hasta el sitio. Una vez sentadas y listas para ordenar, las dos se decidieron por crepas de fruta con chocolate caliente.

—Las ventas se han incrementado —comentó la contable.

—Sí, muchísimo. Las pérdidas por el robo del mes pasado han disminuido gracias al crecimiento de las ventas.

—Me alegra que no haya llegado a mayores —dijo. Lorena torció la boca; para ella, en lo personal, aquel evento sí había tenido consecuencias—. Me sorprendió que salieras de *lunch*.

—Decidí hacerlo más a menudo —señaló—. Estar todo el día encerrada y almorzar entre cuatro paredes, me está sentando mal. Me siento cinco años más vieja.

Carla rio. No eran amigas personales, pero sí muy buenas compañeras de trabajo. La morena se recostó en la silla, poniendo toda su atención en la gerente.

—¿Estás bien? —le preguntó. Lorena levantó la mirada, luego asintió—. ¿Por qué no te creo?

Lorena la imitó; se pegó al respaldo, dejando la servilleta sobre sus muslos.

—¿Conoces bien a Jeff y Osmer? —preguntó a quemarropa.

Carla frunció el entrecejo, buscando en su memoria.

—¿Jeff y Osmer? Me suenan, pero… —alzó una mano—. Ya, ya. Los de la secundaria, los amigos de…

—Sí, los amigos de Natalia —confirmó Lorena.

—¿Por qué preguntas? Los conozco de aquella época. Los vi en la reunión de la clase, pero…

—¿Cuál es la historia de esos tres? —incluyó a su esposa—. Y no me colorees la historia, Carla, por favor.

—¿Qué sabes?

—¡Carla!

—Solo dime qué sabes, Lore.

Ella rodó los ojos.

—Sé que no son buena compañía. Sé que Natalia se dejó influenciar por ellos, que bebía y consumía con ellos. Eso sé.

—Todo eso es verdad —admitió Carla—. No te diré que fueron malos compañeros. Eran buena gente, a su manera. Natalia era callada antes de unirse al grupo y debo admitir que su timidez fue consecuencia de las burlas que recibía en la escuela. Era el blanco de muchos. No me incluyo… pero tampoco me absuelvo. No hice nada para detenerlo.

El pecho de Lorena se oprimió al imaginar el sufrimiento de una joven Natalia, víctima de *bullying*. Pensar en sus lágrimas la destruía, incluso ahora, tantos años después.

—¿Qué tanto consumía Natalia? —preguntó casi deletreando las palabras.

Carla hizo memoria.

—Dicen que bebía más de lo que consumía. Personalmente, ella no causaba mayores problemas. Los tres se volvieron inseparables, incluso en esas condiciones. Al menos dejaron de meterse con ella. Luego la volví a ver en la universidad y ya había cambiado bastante. Claro, no como ahora —sonrió—. Natalia es hermosa. El matrimonio le vino muy bien.

Lorena sonrió complacida, aunque el dolor de aquella historia la desgarrara un poco más.

—Nunca me contó eso —dijo—. Sé por lo que pasó en su adolescencia, pero nunca abundó en detalles. De hecho, supe que esos dos existían el día de la reunión.

Carla notó la voz quebrada de su compañera. Tomó su mano por encima de la mesa y se la estrechó.

—¿Está todo bien? ¿De verdad estás bien?

Lorena asintió aunque mentía.

Lo que ella no sospechó fue que el verdadero caos estaba a punto de estallar.

Capítulo 30

Lorena y Carla se tardaron más de lo usual en su tiempo de almuerzo, pero fue porque ella necesitaba obtener la mayor cantidad de información posible de su compañera de trabajo. Ese día, su conversación le abrió los ojos de una forma dolorosa; le hizo ver que en realidad sabía muy poco de su esposa.

Hablando con Carla, se dio cuenta de que Natalia solo les presentó a sus dos hermanos, que en realidad eran casi invisibles en su vida. De hecho, conoció a Joseph cuando se comprometieron y lo volvió a ver el día de su boda. Su hermana ni siquiera apareció en aquellas ocasiones; ahora se preguntaba si la había invitado.

Sí, sabía que Natalia hablaba con ellos por teléfono de vez en cuando, pero esa parte de su vida familiar jamás fue tema de conversación. La culpa volvió a sombrear su mente cuando Carla se interesó por ese tema. Lorena no pudo evitar analizar que se amaban con una intensidad casi obsesiva, no obstante, su vida giraba en torno a Natalia; y eso, por más romántico que pareciera, era una bandera roja imposible de ignorar.

Meditando en ello, Lorena regresó a la oficina. Al llegar, vio varias notificaciones de llamadas perdidas que titilaban en la pantalla del celular, que dejó olvidado sobre el escritorio. Hizo una mueca al recordar que no se había comunicado con su esposa esa tarde. Constató que las llamadas eran de ella; recibió también un mensaje en el que le preguntaba dónde estaba, seguido de una carita triste.

Sin soltar el dispositivo, ella se dejó caer en la butaca, recostando la cabeza del respaldo. Estaba tan drenada; cerró los ojos y respiró profundo. Volvió a dejar el celular sobre el escritorio al escuchar unos golpes en la puerta.

—Señora Lindor, disculpe —se asomó su secretaria—. Hay alguien que la espera desde hace un rato —le anunció. Lorena se enderezó. No era sorpresa que alguien la buscara; al fin y al cabo, era la gerente de mayor cargo en la empresa. Lo que sí la dejó paralizada fue la mención del nombre—. Wilder Valderrama.

La secretaria notó la sorpresa en el rostro de su jefa y le hizo un gesto, preguntándole si debía dejarlo pasar o no.

—¿Wilder Valderrama? —cuestionó Lorena.

La secretaria asintió. Su jefa hizo lo mismo, luego le dio el visto bueno para que lo dejara entrar.

Casi en automático, Lorena se puso de pie; suspiró hondo e intentó mostrar su mejor cara, aunque la mención de ese nombre la dejó atónita. ¿Qué quería el ex jefe de Natalia? Su maravillosa idea de sustituirla había traído consecuencias devastadoras a su relación. A partir de ese evento, las cosas en su vida se desmoronaron. ¿Era él culpable indirecto de todo aquello?

Esos pensamientos cruzaron su mente como un telegrama en el poco tiempo que le tomó al hombre entrar a la oficina.

—Wilder —lo recibió ella, aún de pie.

—Lorena, hola —saludó él, tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó por pura educación.

—¿Cómo estás? ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó con cortesía, invitándolo a sentarse.

Wilder notó de inmediato la frialdad de la esposa de su exempleada.

—Estoy bien —respondió—. La verdad es que vine porque no sé si sabes que Natalia…

—Fue despedida —lo interrumpió, con una seguridad que no sentía—. Claro que lo sé. Es mi esposa.

—Claro… Sé que son muy unidas —comentó él, mirándola a los ojos.

Lorena asintió, frunciendo los labios mientras notaba cierta inseguridad en la voz de Wilder, que unió las manos frente al pecho.

—¿Ella te contó su versión de los hechos?

—¿Qué es lo que quieres, Wilder? Nos conocemos desde hace mucho. Sé que puedes ser más directo.

Él asintió, aceptando sus palabras.

—Sé que no tengo por qué venir a hablar contigo. Yo era el jefe de tu esposa…

—¿Y entonces por qué estás aquí? —lo interrumpió otra vez—. Lo que sea que debas decirme, hazlo. Soy toda oídos.

—Bien… —él carraspeó, luego se removió en el asiento—. Sé que estás molesta y me imagino que Natalia te dio una versión de lo que ocurrió, que puede que no sea la correcta —señaló con seguridad, sin apartar los ojos de Lorena, que lo miraba atenta, sin hacer ningún gesto—. Estoy preocupado por ella —declaró—. Independientemente de lo ocurrido, siempre le tuve un gran aprecio. Conozco de primera mano su capacidad de trabajo y también su decepción.

Lorena no parpadeó. Quería la verdad, aunque le doliera.

—Sin rodeos, Wilder —insistió con serenidad.

—Natalia le estaba faltando demasiado el respeto tanto a Mireya como a mí —afirmó.

—Antes de que continúes, y sin ánimo de defenderla —aclaró—. ¿Natalia tuvo motivos?

—La llegada de Mireya la descolocó, Lorena, pero no era esa mi intención.

—¿Y cuál era? —su voz se tensó—. Trajiste a alguien a ocupar el puesto que tenía mi esposa. Una pieza clave para tu agencia. ¿Cómo querías que reaccionara después de eso?

—No me dirás cómo manejar mi empresa, ¿de acuerdo?

Lorena apoyó los codos sobre el escritorio y se llevó las manos a la cabeza.

—Discúlpame, Wilder —pidió con absoluta sinceridad.

—Natalia estaba bebiendo mucho —continuó él—. Llegaba desorientada, ebria y tarde a la agencia. Como comprenderás, no podía permitir eso —dijo. Ella asintió. Sus mejillas ardían de vergüenza y tensión—. Estoy aquí porque la aprecio y siempre estaré agradecido por su trabajo. Sin embargo, mi intención nunca fue dejarla fuera de la agencia. Yo cometí un grave error al traer a mi novia, lo admito. Pero tampoco merecía lo que ella hizo. Estoy aquí para decirte que no formularé cargos.

Lorena comenzó a levantar la cabeza. Esa información era más grave de lo que imaginaba; algo que desconocía por completo. Su respiración se cortó.

—No lo haré porque ella no estuvo involucrada de forma directa, pero sus amigos sí —afirmó.

El frío que Lorena sintió amenazó con congelarle la sangre. El aire se volvió denso; de repente notó que respiraba con dificultad.

—¿Involucrada en qué? —preguntó con la voz cortada.

Wilder sacó su teléfono del bolsillo y se lo tendió. Con manos temblándole, Lorena observó en la pantalla el área de estacionamiento de la agencia. Notó la sombra de dos hombres detrás de una de las columnas. Vio cuando uno de ellos, vestido con ropa oscura y una capucha cubriéndole la cabeza, pasaba junto a un Tesla gris, rodeándolo por completo, y luego salía a toda prisa, seguido por su acompañante.

Aquellos hombres le parecían conocidos. No tenía certeza, pero la seguridad con la que Wilder le confirmó que ambos eran amigos de su esposa, la estremeció. Rodearon el auto con la única intención de rayarlo con una llave.

Lorena le devolvió el celular; tragó saliva, intentando controlar sus emociones. Se recostó en la silla aunque todo su cuerpo estaba en tensión.

—¿Insinúas que mi esposa tiene algo que ver en esto? No la veo por ninguna parte —señaló.

—Lorena, por favor, son los amigos de Natalia. Acerqué las cámaras. Ella no está porque esa fue la tarde que la despedí. Ellos tomaron represalias.

—Hablas como si ella hubiese estado allí —intentó defender la inocencia de su esposa, aunque por dentro ardía de ira y vergüenza.

Wilder se puso de pie, dándole la espalda. Ella lo vio pasarse la mano por la cabeza, exasperado.

—Entiendo que la defiendas —dijo con calma tras darle la cara de nuevo—, pero no me trates de mentiroso ni de querer dañarla.

Wilder se acercó al escritorio. Lorena sintió que el mundo se le cerraba encima.

—Es un infierno —admitió ella, desmoronándose.

Él rodeó el escritorio; posó una mano en uno de sus hombros como muestra de apoyo.

—La desconozco por completo —declaró Lorena—. Yo…

—Tranquila —la interrumpió—. Vine porque la aprecio mucho, lo sabes.

Wilder se agachó frente a ella.

—Jamás la creí capaz de comportarse así. También te aprecio, son muchos años conociéndolas. Sé cuánto se aman —dijo. Lorena bufó, luego se limpió las lágrimas—. Imaginaba que desconocías esa juntilla, pero ya veo que mi decisión afectó a más de uno. Lo lamento.

—Admito que desde que te vi entrar por esa puerta te culpé de todo lo que estamos pasando. Pero la realidad es esta —concedió—. Tú tomas las decisiones que te convienen, y es evidente que querías a tu novia contigo… Aunque tu relación destrozara la mía.

Capítulo 31

Wilder no se marchó de inmediato de la oficina de Lorena. Al contrario, verla tan afectada, lo impactó. Las conocía bien a ambas; conocía la relación fuerte y hermosa que tenían. En cada actividad y reunión de la empresa, ellas asistían juntas, tomadas de la mano, cuidándose una a la otra.

Ahora, ver a Lorena, esa mujer fuerte, respirando con dificultad, como si un nudo en la garganta la asfixiara, lo descolocó. Se quedó ahí, acompañándola en silencio, dándole espacio para que se recompusiera.

—¿Quieres salir de aquí? —le preguntó él después de un largo rato.

Lorena alzó la cabeza, respiró hondo y lo miró; por un instante se puso en su lugar. Y no, no fue justo lo que él le hizo a su esposa. No lo era. Y más de una vez se lo hizo saber, pero también comprendía que los actos en los que Natalia incurrió tampoco eran correctos.

—No puedo salir de aquí hoy… Y tampoco quiero estar —de pronto soltó una risa falsa mientras miraba su escritorio, repleto de carpetas por firmar y revisar—. El problema llegó a casa, Wilder. Y ha sido una caída de dominó. La situación alcanzó esta oficina… Mira el trabajo atrasado. No puedo arriesgarme a perderlo. No puedo salir, aunque quiera.

Wilder asintió; el pesar era evidente en su rostro. Lorena se levantó y le tendió la mano antes de despedirlo.

—Lamento que mis decisiones te hayan afectado —dijo él.

Ella asintió.

—Estaremos bien, aun así, quiero darte un consejo… Y no es un ataque —aclaró—. Te lo digo porque te aprecio —dijo mirándolo con firmeza y le tomó las manos—. Independientemente de que tu decisión haya afectado a más de uno, evalúa muy bien los pros y los contras de llevar a tu pareja a tu empresa —Wilder abrió la boca para protestar, y Lorena levantó una mano, pidiéndole que la dejara terminar—. Reemplazaste a una buena empleada: leal, competitiva y

un excelente ser humano. Lo hiciste por amor, por compromiso, por lo que fuera. Pero sabes, dentro de ti, que no fue lo correcto. Y sí, me afectaste. Afectaste a mi esposa. No defiendo su proceder. No lo hago, porque Natalia es adulta y admito que no entiendo su comportamiento. Quédate con este pensamiento. Ojalá me equivoque —dijo—. Es muy posible que también tu empresa se vea afectada. Lo personal no se puede mezclar, Wilder.

El empresario no respondió. No aceptó ni rechazó sus palabras, solo asintió, luego se despidió y salió de la oficina.

Lorena miró su escritorio justo cuando su secretaria entró con más carpetas y se las entregó. Exhausta, rodeó el escritorio y se sentó. Tomó el teléfono y llamó a su esposa. Dos timbrazos. Tres. Sin respuesta. Se recostó de la silla y cerró los ojos… Pero una idea, como un demonio posado sobre su hombro, comenzó a rondarle la mente. Tomó el teléfono que había dejado sobre el escritorio y abrió la aplicación de las cámaras de seguridad de su casa.

Esperó apenas un instante hasta que la imagen del área del garaje apareció, nítida, en la pantalla. La camioneta de Natalia no estaba.

***

Ya anochecía cuando Lorena entró a su casa.

—¿Dónde estabas? —fue el saludo de Natalia, que le bloqueó el paso apenas cruzó la puerta principal.

Ella giró la cabeza, confundida, frunciendo el ceño.

—¿Cómo que dónde estaba, Nat? Trabajando —respondió—. Lo sabes.

—¿Estás segura? —preguntó la cobriza, cruzada de brazos, con evidente desconfianza.

Lorena lo entendió de inmediato; su esposa no estaba en sus cinco sentidos. Lo sospechaba incluso antes de llegar; desde que sabía que había salido. Ahora, la certeza era brutal. El rostro de Natalia lucía desencajado y tenía la mirada cristalina. Además, ella jamás le había hablado así.

Con calma, Lorena dejó el bolso y la computadora sobre el sofá; se acercó y la tomó con suavidad por los brazos.

—Nat… ¿qué te pasa, bebé?

—No me llames "bebé" —respondió, apartándole las manos—. No, si no me dices de dónde vienes y con quién estabas.

—No estaba con nadie. Vengo de la oficina.

Natalia bufó.

—Estás distante —afirmó—. Llegas tarde. Me plantas. Anoche dijiste que llegarías para cenar… ¿Tienes a alguien más?

—¡Nat, por favor! No te planté.

—¿Estás frustrada porque no tengo trabajo? —preguntó, acercando el rostro al de ella.

Lorena entrelazó los dedos, apretándolos con fuerza.

—Nat…

—¿No tienes nada más que decir? Mira la hora. ¿De verdad crees que voy a creerte que estabas trabajando?

Lorena la observó, intentando comprender qué detonó aquello. Sí, se retrasó; tenía demasiado trabajo acumulado. Y, además, no deseaba llegar a casa después de todo lo que había descubierto y que Natalia le ocultó.

—Te llamé —dijo, agotada.

—No entró ninguna llamada. Deja las excusas.

Lorena extendió la mano.

—Dame el celular —le pidió.

—¿Para qué?

—Para demostrarte que sí te llamé. Incluso te escribí. Déjamelo ver, Nat.

—¿Crees que me invento esto?

—No creo nada. Solo quiero corroborarlo.

—Que no.

—¿Entonces quién está ocultando algo?

—No soy yo —replicó Natalia—. Eres tú la que intenta desviar la atención.

Sus acusaciones eran absurdas. Lorena no pudo sostener más el temple. Se dobló, apoyando las manos sobre los muslos, respiró hondo y trató de recomponerse. Había evitado discutir; por eso llegó tarde, pero la manera como su esposa le hablaba, la hería profundamente.

Cuando se enderezó, Natalia retrocedió dos pasos. Su rostro era irreconocible.

—Estaba trabajando, Natalia. Lo sabes —le dijo con la voz tensa

—Mientes —respondió, esta vez con una serenidad inquietante.

—Escúchame —le pidió—. Preguntaste, ahora escucha —la señaló con firmeza—. Sí, estoy distante —admitió—. Estoy harta. Frustrada. Cansada. No te entiendo —tomó aire para continuar—. No entiendo qué demonios te pasa. ¿Crees que no tengo sangre en las venas? ¿Crees que cada día es fácil enfrentarme con tus…? —levantó las manos, conteniéndose para no decir lo que estaba a punto de gritar.

—Dilo —la desafió Natalia, acercándose—. ¿Con mi depresión? ¿Con mi angustia?

Lorena negó, pero ya no podía sostener la calma. La enfrentó.

—¿Dónde estabas tú? —respondió con otra pregunta. Una de la que tenía la respuesta. Natalia palideció—. ¿Dónde estabas y con quién? Yo estaba en la oficina, intentando poner al día un trabajo que he descuidado porque tú estás deprimida y angustiada —el horror se apoderó del rostro de la cobriza—. ¿Sabes quién me visitó hoy? Wilder, tu jefe. ¿Y sabes qué me dijo? Lo que tus amiguitos le hicieron a su auto. ¿Lo sabías? —Natalia parpadeó por primera vez —. Es muy fácil culpar a otros de tus propios errores. No sé qué te dan tus amigos que no encuentras en esta casa —declaró, quebrándose. La dureza de su voz se desvaneció—. Estoy drenada. No sé qué más hacer. Y cada día aparecen más cosas que confirman que nuestra relación va en picada… Y no quiero, pero…

—¿Me dejarás? —balbuceó Natalia.

Lorena la miró. Vio el terror, el desconcierto. No hubo defensa, ni explicación. Solo el miedo puro en los ojos de Natalia a perderla.

Y esa sola idea, la destruyó.

Capítulo 32

—¿Me dejarás?

Lorena se quedó inmóvil. Tragó saliva al ver el rostro desencajado de su mujer; la desesperación quebrándole la voz.

—Tu silencio… —Natalia se acercó hasta acunarle el rostro. Así de cerca, Lorena notó el miedo reflejado en su mirada y sintió que todo su ser se debilitaba, a pesar de que aquellos ojos vidriosos delataban a una persona bebida, con los párpados pesados y las pupilas dilatadas—. ¿Lo estás considerando siquiera? —preguntó casi en un sollozo.

Lorena cubrió las manos de Natalia; le secó con los pulgares las lágrimas que descendían, lentas, por sus mejillas.

—No. No lo he considerado, Nat —respondió suave, y firme a la vez.

Natalia se colgó de sus brazos como si, por un instante, estuviera a punto de perder la vida. Lorena no la rechazó, aunque tampoco respondió al abrazo. Estaba demasiado herida y, aunque le dolía ver el estado de su esposa, no se permitiría mostrarse débil. Con suavidad y determinación, colocó las manos en las caderas de su mujer, impidiendo que el contacto se hiciera más íntimo.

Natalia necesitaba sentir que nada había cambiado. Se aferró a su cuello con fuerza, suplicando que no la dejara, repitiendo que la amaba. Parecía una chiquilla rogando por amor. Un amor que jamás le faltó de parte de la rubia, pero que con cada comportamiento errático, se dañaba un poco más.

El dolor de hacer algo que no era en sí un rechazo, sino un alto a la situación que vivían, la quebró por dentro. Quería decir tanto… pero el estado de Natalia se lo impedía. De todas maneras, ella no comprendería nada en ese momento. Nada.

Lorena había soportado las situaciones que se le presentaron durante todo el día; incluida la constante presión laboral. Ver a Natalia al borde de la destrucción, terminó por desestabilizarla. Sus sollozos llenaron la sala. Ya no pudo seguir hablando, era demasiado doloroso.

Natalia se sentó a su lado, en silencio, con la barbilla tensa y el rostro aún desencajado. No estaba en sus cinco sentidos, así que no comprendió del todo lo que su esposa intentaba transmitirle; sin embargo, verla tan afectada, sí la conmovió. Su mente no razonaba, pero su corazón, ese que le pertenecía por completo a Lorena, sentía cada lágrima como propia.

Por fin, después de tantos días de tormento, Lorena pudo deshacer el nudo que amenazaba con estrangularla en cada discusión, cuando Natalia llegaba a casa fuera de sí. Lloró mucho, durante un buen rato, y su esposa, a pesar de no comprender lo que sucedía, no se apartó de su lado.

Cuando al fin sintió el pecho vacío y la respiración comenzó a normalizarse, Lorena se limpió el rostro, se puso de pie y fue a la cocina por agua. Natalia la siguió con la mirada, sin pronunciar una palabra.

Frente a la nevera, ella se bebió todo el vaso de agua fría, lo dejó en el fregadero y se lavó las manos. El hambre la golpeó de pronto; por supuesto, la estufa estaba vacía. Como un autómata, giró la cabeza para buscar a su esposa.

Natalia seguía sentada en el sofá, con las manos debajo de los muslos, mirándola. Su semblante ya no lucía tan desencajado. Había visto en la pantalla del celular las llamadas perdidas y el mensaje en el que Lorena le explicaba la razón de su demora. Entendió entonces que no actuó bien; se dejó cegar por las palabras de Osmer, quien no conocía en absoluto a Lorena. Ella siempre fue celosa, pero los años al lado de su esposa le enseñaron que no tenía razones para dudar. Esta vez, la duda la venció; el alcohol, mezclado con algo más, la cegó… Ahora le faltaba valor para disculparse.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Lorena de pronto.

Natalia se sobresaltó. No esperaba consideración alguna, no después de cómo la trató. Negó con la cabeza, aunque en realidad moría por un bocado. Desvió la mirada, pero la rubia, que la conocía como nadie, no insistió y se dispuso a preparar algo para ambas.

Un rato después, Lorena sirvió dos platos de sopa caliente. Natalia no se movía del sofá; observaba en silencio cada movimiento de su esposa y, en su pecho, crecía el deseo de abrazarla.

—Nat, ven, come algo —le pidió Lorena con sequedad, sentándose a la mesa. Empezó a comer sin esperarla.

Natalia se acomodó frente a ella; buscó su mirada sin encontrarla. Lorena no levantó la cabeza.

Cenaron en silencio. Lorena estaba demasiado afectada y dolida por los acontecimientos de los últimos días como para hablar. Pero cuando Natalia le tomó la mano por encima de la mesa, ella alzó la vista.

—Discúlpame, amor —le pidió Natalia con la voz temblorosa y los ojos cristalinos.

Lorena apretó sus dedos.

—No estaba con nadie. Solo me atrasé en la oficina.

Natalia bajó la cabeza, avergonzada ante la suavidad de sus palabras.

—Lo sé… Por favor, perdóname. No sé en qué pensaba.

No pensabas, le dijo Lorena dentro de sí.

Capítulo 33

Sentada al borde de la cama, Natalia respiró hondo. Una vez. Dos veces.

Conforme la claridad regresaba poco a poco a su mente, la culpa se instalaba con fuerza en su pecho. Otra vez había cometido una imprudencia. Otra vez se dejó llevar por el alcohol. Y, una vez más, lastimó a su esposa. Esta vez, sin embargo, la reconciliación no fue inmediata.

Ya pasaba de la medianoche y ella continuaba ahí, en la oscuridad, sentada, escuchando la respiración entrecortada de Lorena, que tampoco dormía. Se encontraba acostada de espalda a ella, rígida, distante.

—No quiero pelear contigo —dijo Natalia al fin, en voz baja.

Lorena no se giró, aunque escuchó sus palabras con una claridad. Ese espacio de tiempo en silencio se volvía agonizante. Era desgarrador para ambas, pero el dolor que sentía el pecho por la rubia, aunque intenso, no le permitía moverse. No podía mirarla; no podía siquiera enfrentar su aroma, porque eso la derrumbaría. Y necesitaba poner límites; preparar el terreno para una conversación que debía darse cuando Natalia estuviera en sus cinco sentidos.

—Yo tampoco —respondió—, y no puedo fingir que no pasa nada.

El silencio volvió a instalarse; esta vez fue agotador.

Durmieron juntas, pero ninguna tocó a la otra. Aquella distancia les robó el descanso. Aun así, en la madrugada, cuando el cansancio por fin venció al cuerpo de Lorena, Morfeo le concedió un par de horas de sueño.

El aroma a café la hizo removerse. Abrió los ojos; miró a su lado y el nudo en la garganta regresó al ver la almohada vacía de Natalia. Se giró apenas para acariciar la tela satinada que la cubría. Tantas primeras veces en su relación: su primer amor, su primera y única mujer, la primera gran discusión… y la primera vez que, estando con ella, despertaba sola.

El pecho aún le dolía; ese dolor inhumano que se siente cuando la angustia se apodera de todo y gobierna sin permiso. Para Lorena aquello era desconocido. Había tenido una infancia feliz, solo marcada por la muerte temprana de su madre. Creció en una familia amorosa, respetable. Un respeto que, a sus treinta y cinco años, aún conservaba intacto hacia los demás.

No conocía la angustia que ahora la atravesaba. No sabía qué hacer, porque junto al dolor había ira contenida —dirigida a personas que no conocía— y una pena lacerante por el daño que la mujer que era su vida, le causaba.

—Ya despertaste —dijo Natalia con voz serena, acercándose a la cama con una bandeja que contenía café y el desayuno. Lorena se incorporó hasta sentarse, forzando una sonrisa. Notó el rostro demacrado de su esposa cuando dejó la bandeja sobre la mesa de noche y se sentó al borde de la cama—. Buenos días —saludó Natalia sin apartar la mirada, tomándole la mano—. Te hice el desayuno.

—Gracias —respondió Lorena, aceptando la taza que le ofrecía y soltando, a su vez, la mano que la agarraba.

—¿Quieres que te sirva de comer? Así, como hacen las parejas que se aman —añadió, intentando sonar divertida.

Lorena bufó por lo bajo; se llevó la taza a los labios y luego la dejó sobre la mesa.

—En seis años nunca me diste de comer en la boca, así que no inventes ahora —respondió un poco más relajada.

Natalia hacía lo imposible por romper el hielo.

—Lore… —ella prestó atención al oír su nombre. De inmediato, notó los ojos cristalinos de Natalia. El impulso de abrazarla fue inmediato, pero los recuerdos de la noche anterior la detuvieron—. Yo… me equivoqué —dijo su esposa—. Sé que nuestra relación se ha lacerado por mi culpa, pero créeme, no quiero hacerte más daño.

—Deja de verlos —le pidió Lorena con decisión.

Natalia alzó la cabeza de golpe. Se encontró con una Lorena firme, serena, decidida.

—¿A quién?

—A tus amigos —respondió—. Déjalos.

Natalia se levantó, se estrujó la cara y el cabello.

—Son mis únicos amigos, Lore —dijo en voz baja, sin mirarla.

—Yo soy tu amiga.

—Ese es el problema entre nosotras —señaló.

—¿Desde cuándo eso es un problema, Nat? —preguntó Lorena, levantándose de la cama para enfrentarla, sin alzar la voz.

—Desde que solo vivimos para la otra —respondió Natalia, girándose para mirarla de frente.

—Nunca te he impedido tener amistades. Salimos con amistades, compartimos… Tenemos amigos —aclaró.

—Tienes, Lore. Son tus amigos.

Lorena alzó la mirada al techo. Era verdad; el círculo social de Natalia eran amigos en común y en su mayoría, personas de su oficina. Desde que su esposa ya no tenía trabajo, ella no sabía nada de nadie. Jeff y Osmer eran los únicos que ella mencionaba como amigos… Pero, no veía el daño que le causaban.

—Nat —la tomó por los hombros—, entiendo lo que dices. Te juro que lo entiendo, amor, pero nunca te he impedido nada. Antes no te ocultabas. Ahora sales a escondidas, llegas bebida… me mientes. Si no hubiera un problema, podrías decirme a donde y con quien. Somos un matrimonio. ¿Por qué lo ocultas?

—Porque si te decía que iría con ellos, te molestarías.

Natalia se sentó en la cama. Lorena, de pie, la observó con atención.

—¿Por qué crees eso? —le preguntó con una claridad que dolía.

—Porque últimamente todo te molesta.

Lorena guardó silencio. Un silencio que quemaba; luego soltó una risa seca, incrédula.

—¡Wow! ¿Esa es la versión que te estás contando?

—No es una versión —replicó Natalia y se incorporó—. Es la realidad. Cada vez que intento hacer algo sin ti, te molesta. Como si tuviera que pedir permiso para respirar.

Fue un puñal. Y no eran sus palabras, Lorena lo tenía claro, aun así, dolía como el demonio. Ella la miró como si no la reconociera.

—¿De verdad crees eso de mí? —la voz se le quebró, pero no lloró—. Natalia, jamás te he prohibido nada.

—Pues así se siente.

—¿Entonces por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué no hablaste conmigo? —preguntó, dolida—. ¿Por qué te vas con gente que te llena la cabeza de ideas raras y regresas oliendo a alcohol como si nada?

Natalia bajó la mirada. Abrió la boca, pero no dijo nada. Lorena dio un paso hacia ella. El dolor volvió su voz un susurro tenso.

—En seis años… jamás me habías mentido.

—No lo hice por mal —balbuceó Natalia—. Solo… necesitaba despejarme.

—¿De mí? —le preguntó Lorena sin rodeos. Natalia parpadeó varias veces. No respondió—. Dímelo —insistió—. ¿Querías despejarte de mí?

Natalia se llevó la mano a la frente, cerró los ojos.

—Quería despejar mi cabeza… Y tú últimamente estás… —se detuvo.

—¿Estoy qué? —Lorena dio otro paso—. Dilo.

—Estás encima. Mucho. Demasiado.

Lorena retrocedió como si la hubiesen golpeado.

—¿Encima? —repitió con un hilo de voz—. ¿Te sientes ahogada conmigo?

—No dije eso.

—Lo insinuaste.

—No lo sientas así, Lore.

—¿Cómo quieres que lo sienta? —preguntó, quebrada—. Desde que volviste a verlos me mientes, abandonaste tu empleo y también a mí.

—¡No abandoné mi empleo! —gritó Natalia—. Fui despedida, ¿aún no lo entiendes?

—Y a la primera piedra en el camino abandonaste la lucha —replicó Lorena—. Estuve a tu lado cada día y, aun así, preferiste escucharlos a ellos.

—No hables de lo que no sabes. Nadie me dio malos consejos, Lorena.

La rubia se quedó inmóvil, mirándola. Le temblaban los hombros, la barbilla. Todo en ella era un caos. Observó a Natalia; la

vio demasiada serena para lo que acababan de discutir. Negó con la cabeza.

—¿Sabes qué? No, no puedo competir con eso.

—No estás compitiendo —respondió Natalia, frustrada.

—¿Ah, no? —Lorena soltó una risa rota—. Dices que te controlo, que te limito. Que no te dejo ser tú. ¿Quieres que me quede tranquila con eso? —la enfrentó. Natalia la miró, atrapada entre la culpa y la rabia—. ¿Sabes qué es lo que más me duele? —continuó —. Que preferiste escuchar a otros antes que hablar conmigo — respiró hondo, entrecortado.

Natalia dio un paso hacia ella.

—Lore…

Lorena levantó la mano.

—No. No me toques —susurró—. Si lo haces, me romperé aquí mismo —confesó. La habitación quedó en silencio. Lorena se giró hacia la puerta del baño—. No quiero seguir diciendo cosas que nos hieran más —murmuró—. Ni a ti… ni a nosotras —dio un paso, luego otro—. Voy a bañarme —dijo con la voz quebrada—. Necesito ir al trabajo.

Sin mirar atrás, desapareció tras la puerta del baño.

Capítulo 34

Cuando Lorena salió de la ducha, se encontró con su esposa aún sentada en el borde de la cama. Tenía las manos entrelazadas sobre las rodillas y la cabeza baja. Al advertir su presencia, levantó la mirada.

—Lorena —susurró.

Ella, que se hallaba de espalda sacando la ropa del closet, giró la cabeza al escuchar su nombre.

—No quiero discutir más, Natalia. De verdad estoy apurada.

—Solo quiero que desayunes antes de irte a la oficina —dijo con calma, a modo de petición, señalando el plato de frutas y tostadas.

Los brazos de Lorena quedaron suspendidos a medio camino cuando iba a desenganchar una blusa del clóset. Un gesto breve, casi imperceptible, cruzó su rostro; una mezcla amarga de culpa y resentimiento. Culpa por saber que, tal vez, había herido a su esposa, y resentimiento porque sentía que ese intento de normalidad llegaba tarde, como una curita insuficiente sobre una herida abierta. Sus labios se tensaron y evitó mirarla.

Su reacción fue suficiente para que Natalia saliera en silencio de la habitación.

Al saberse sola, Lorena soltó el aire que estuvo conteniendo; cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera obligarse a sentir algo distinto. Luego miró hacia la mesita donde yacía su desayuno. Un gesto que anunciaba el inicio de una petición de disculpas… pero que para ella no era suficiente.

***

—No puede ser… No hoy… —murmuró la gerente al ver el auto último modelo, de lujo, estacionado justo frente a la entrada del concesionario.

No bastaba con todo lo que Lorena estaba atravesando en su vida personal; al llegar al trabajo, sin siquiera haber desayunado, se encontró con los directivos de la empresa supervisándolo todo.

Se estacionó en su lugar, retocó su maquillaje y salió de su auto; entró hasta que se topó con uno de sus jefes, quien la recibió con aparente agrado. Tras conversar sobre el mantenimiento del concesionario, le pidieron pasar a la oficina.

Stevens y Galarza tomaron asiento frente a Lorena, acompañados por otro asistente del lugar. Después de discutir el progreso de ventas y la gestión general, señalaron el atraso considerable en los reportes semanales.

—Lo entiendo, señor, y me disculpo. He estado demasiado atareada estos días —alegó.

—También lo comprendo, Lindor —comentó el mayor de los hombres, con voz gruesa e imponente, de esas que dicen poco, aunque cargan fuerza en cada palabra—, pero como imaginarás, estamos en época de pagos de impuestos. Cada centavo debe ser contabilizado a la mayor brevedad. Confío en ti —lo dijo señalándola.

Lorena que, en efecto, no lucía su mejor cara, a pesar de su belleza natural, se recostó en la silla, asintió y cerró los puños sobre el escritorio.

—Galarza, haré lo posible por adelantar el trabajo —declaró.

—Adelantarlo no, Lindor —añadió el norteamericano a su lado—. No es adelantarlo, es ponerlo al día —señaló.

Lorena Lindor no pudo hacer otra cosa que asentir.

6:00 p. m.

El día fue pesado. Cargamentos de autos esperando ser ingresados al sistema, cotizaciones de precios y, lo peor, la verificación de la lista de clientes con órdenes aprobadas y los reportes atrasados, que se acumulaban sobre su escritorio.

A pesar del cansancio emocional y físico, la rubia agradeció que su oficina estuviera tan llena de trabajo. Aunque estaba agotada, no había tenido un solo minuto para pensar en lo que, desde hacía días, la acosaba; el cambio en el comportamiento de su esposa, las discusiones constantes y los celos repentinos que parecían consumir a Natalia.

Por primera vez, no deseaba llegar a casa. El temor a otra discusión y la certeza de que algo entre ellas había cambiado, le quitaron el anhelo de cruzar la puerta de su propio hogar.

—Lorena —la llamó su asistente.

—¿Sí? —respondió, apartando la mirada de la pantalla, recostándose en la silla y llevándose el cabello hacia atrás.

—Ya son las seis.

La gerente asintió y se frotó el rostro con gesto agotado; y sintió hambre. Sarah entró en la oficina, notando que su jefa no había tocado el sándwich que le dejó sobre el escritorio desde temprano.

Lorena tomó su celular y buscó mensajes de Natalia. Sabía que era improbable y, aun así, la decepción se dibujó con claridad en su rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó la asistente.

—Mucho trabajo, Sarah —respondió con voz cansada.

La mirada de su asistente y el leve gesto de sus labios, le indicaron que no le creía del todo.

—¿No has comido nada hoy? Al mediodía vi tu desayuno sobre la mesa. Te lo guardé en el refrigerador.

Lorena apoyó los codos sobre el escritorio y esbozó una sonrisa falsa antes de levantar la cabeza.

—Gracias. No te mentiré. No he comido nada hoy. Solo café.

—¿Problemas en el paraíso?

Lorena abrió los ojos y negó.

—No. El paraíso está perfectamente —mintió, torciendo la boca.

Sarah lo notó, pero no insistió; se despidió y salió de la oficina.

Minutos después, Lorena hizo lo mismo. Desenvolvió el sándwich en el auto; colocó una botella de agua fría en el portavaso y arrancó. Lo mordisqueó mientras conducía; estaba frío, pero tenía tanta hambre, que le supo delicioso.

Preparaba su mente para lo que encontraría. Veinte minutos después, estacionó frente a su casa. El auto de Natalia no estaba. Un suspiro tenso escapó de sus labios. Últimamente, su esposa solo le provocaba angustia, y temía no soportar otra discusión.

Con el pecho apretado, descendió del auto y entró a la casa por la puerta trasera que daba a la cocina. Se descalzó, dejó la cartera sobre la encimera y miró el fregadero; los platos de la mañana

seguían sucios. Incluso, el plato de frutas que guardó en el refrigerador, estaba ahora sobre el comedor.

—¡Maldita sea!

Odiaba ver los platos sucios, y más aún, sabiendo —o creyendo —, que su esposa estuvo en casa. Se arremangó la camisa, abrió el grifo y comenzó a fregar con movimientos bruscos. Le ardían los ojos y un nudo le cerraba la garganta. En su mente, como una película cruel, veía a Natalia a su lado, jugando con la espuma, mojándole la cara, secando los platos. Ese recuerdo se deshacía con una sola pregunta. ¿Dónde había estado su mujer todo el día?

Lorena no advirtió cuando la puerta del frente se abrió. Se sobresaltó al sentir unos brazos rodeándole la cintura. Cerró los ojos y, por un instante, todo el malestar se desvaneció cuando los labios de Natalia besaron sus hombros.

—¿Llegaste hace rato? —preguntó Natalia, sin dejar de besarla.

—Hace un rato —respondió, dejándose llevar.

Las manos de Natalia recorrieron su cuerpo.

—Te extrañé, bebé —susurró junto a su oído. Extrañamente, su aliento no olía a alcohol.

—Yo también… —murmuró Lorena—. ¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—Natalia…

—Shhh… No cuestiones. Déjate llevar.

Un gemido escapó de los labios de Lorena cuando la mano que la acariciaba, apretó su pezón, lastimándolo. De forma automática, ella cubrió la mano de Natalia para apartarla, pero esta se la quitó y la forzó a ponerse de frente.

La tomó por la cintura y, de manera sorpresiva, la subió sobre el fregadero. Su boca, ávida de deseo, lamió el cuello de Lorena que, a pesar de la sorpresa, se dejó llevar al principio.

Natalia le sujetó las manos, presionándolas contra la encimera, inmovilizándola.

—Hablas demasiado —le dijo en un susurro que le erizo la piel.

Pero esos no eran besos cargados de ternura; había deseo, y también algo de violencia.

Los besos se hicieron desesperados. Entonces Natalia comenzó a morderla en el cuello. Abrió la blusa de Lorena con violencia, la agarró por el trasero, logrando que el torso de su esposa se inclinara hacia atrás. Separó la tela de su pecho y lamió, pero también mordió cada espacio a su alcance.

En ese momento, Lorena ya no disfrutaba de aquello. No eran mordiscos suaves ni placenteros. No. La estaba lastimando.

—Nat...

—Tranquila, amor. No te haré daño —dijo, separándole las piernas, presionando su centro con fuerza contra ella.

Lorena usaba las manos para sostenerse de la parte posterior de la encimera. Logró enderezarse, con un nudo cada vez más fuerte en la garganta y los ojos ardiéndole ante el ataque eufórico de la persona que amaba.

La boca de Natalia se cerró con fuerza sobre uno de sus senos.

—Nat, basta... —suplicó, con el dolor físico del mordisco.

—Amor...

—Natalia, por favor...

Su súplica cargada de angustia no detuvo el ataque de la cobriza, que bajó el cierre del pantalón con la intención de invadir su intimidad.

Lorena se enderezó con la poca fuerza que le quedaba y le apartó la mano.

—¡Basta! —el grito, cargado de dolor y angustia, detuvo el movimiento.

Natalia, por primera vez, la miró. Y Lorena deseó que no lo hubiera hecho. Notó sus ojos cristalinos, rojos como la sangre. Su mirada estaba vacía, ausente. La delgada mujer se quedó quieta, mirándola.

Entonces, a pesar del dolor físico y emocional que ella experimentaba, le acunó el rostro. Miles de agujas atravesaron su pecho al ver el estado en que se encontraba la persona que más amaba.

—Nat, ¿qué tienes? ¿Qué te metiste?

Su esposa reaccionó de la peor manera. En sus ojos no había ni una chispa de ternura ni compasión, su rostro se transformó en algo

que ella no conocía. Ella la empujó por los hombros y salió de la cocina.

Lorena la vio alejarse; no podía, no articulaba ninguna palabra. Los sollozos se hicieron eco del silencio en la cocina. Se llevó las manos a las áreas adoloridas; solo rozarse, le lastimaba, pero aquello no se comparaba con la herida en su corazón.

Llorando sin poder evitarlo, Lorena bajó de la encimera y se escurrió hasta sentarse en el suelo. Los gemidos eran cada vez más fuertes, a pesar de que se cubría la boca con fuerza, pero no opacaban de ninguna manera el estruendo de un corazón deshaciéndose en pedazos.

Capítulo 35

En la habitación matrimonial, Natalia daba vueltas sobre el colchón, presa de la ira. Un coraje incontrolable le quemaba por dentro. Se llevó las manos a su sexo, buscando una forma de aliviar el ardor que sentía entre las piernas. Hacía tanto que no se autosatisfacía, que lo hizo rápido, con fuerza, alcanzando un placer fugaz, vacío. No quedó conforme. No podía estarlo.

En su mente se repetía una y otra vez la imagen de Lorena empujándola, rechazándola. ¿Acaso ahora le daba asco? Sin control sobre sus actos, se levantó. Miró a su alrededor, como buscando algo contra lo que desquitarse. Sus ojos se posaron en un vaso de cristal sobre la mesa de noche. Lo tomó sin pensarlo y lo estrelló contra el suelo, haciéndolo trizas. Apretó los puños con tanta fuerza, que los dedos se le quedaron sin color.

Entonces lo vio; el marco con su fotografía matrimonial. Algo se removió en su interior. La ira comenzó a disiparse, arrastrada por un sentimiento que en ese momento le resultó extraño.

Deseó volver a ver a Osmer, quien horas antes la ayudó a "tranquilizarse" como cuando le ofreció aquella pastilla colorida. Siempre tan "cuidadoso", solo le dio media tableta por ser su primera vez. Incluso la llevó de regreso a casa. Era un gran amigo; alguien que la comprendía, que le aconsejaba tener vida propia y no ser una mera sombra de su esposa.

Imágenes sueltas aparecieron en su mente; ella riendo con Osmer y Jeff, las cervezas, la llamada de atención del dueño del bar… Y la mirada de miedo de Lorena.

¿Miedo?, pensó.

Se sentó en el borde de la cama, intentando discernir si aquello era un recuerdo o una alucinación. También revivió el rechazo de su esposa cuando pretendió besarla. Volvió a mirar la fotografía y esta vez la lanzó sobre el colchón.

Un calor abrasador se apoderó de su cuerpo. No fue a ducharse; en cambio, se dejó caer al suelo, recostada contra la cama, con las piernas recogidas. Respiraba agitada; unas ganas inmensas de llorar

le oprimían el pecho. Estaba confundida. Quería ver a Lorena; sabía que estaba cerca, pero algo dentro de ella gritaba que no lo merecía. Después de todo, ella la había rechazado.

Lorena, la esposa que la manipulaba, dejándola sola para que nadie la apoyara, para poder controlarla a su antojo.

Una hora más tarde, cuando al fin abrió los ojos, la habitación estaba en penumbras. El anochecer la envolvía y un dolor de cabeza punzante, la sacudía. Se levantó mareada, con un sabor amargo en la boca; salió dando traspiés de la habitación en busca de una pastilla.

Se dirigió hacia la cocina; al pasar por la sala, notó un bulto sobre el sofá. Su vista estaba nublada, el malestar era insoportable. Reconoció a Lorena dormida. Una nueva ola de desprecio se apoderó de ella. Encendió la luz sin contemplación alguna. Su esposa se removió, pero no despertó.

Natalia comenzó a abrir las gavetas con torpeza, haciendo más ruido del necesario mientras buscaba el analgésico.

—¡Lorena! —la llamó con voz áspera—. ¡Lorena!

—¿Qué quieres, Natalia? —respondió, adormilada.

—¿Dónde están las pastillas?

—¿Qué pastillas? —preguntó, alterada.

—¡¿Qué pastillas?! —se burló—. Las del dolor de cabeza.

Lorena se sentó en el sofá, acomodándose la diminuta camisilla que encontró en el baño tras ducharse. Respiró hondo; la luz le lastimaba los ojos aún hinchados de tanto llorar. Al mirar a su esposa, sintió un vacío desgarrador.

Natalia continuaba con la ropa de la calle; tenía el cabello revuelto y el rostro desencajado. Se hallaba recostada contra la encimera con los brazos cruzados.

Lorena se levantó; avanzó hacia la alacena y estiró el brazo para alcanzar el frasco. De reojo, vio a Natalia acercarse. Cuando le tendió el envase, se topó con una mirada cargada de rencor.

—Ahora entiendo —murmuró Natalia, frunciendo el ceño, sin apartar la vista del cuello de su esposa.

—¿Qué pasa ahora? —la enfrentó Lorena, con voz cansada.

Natalia la agarró del brazo y la pegó a ella. Señaló su cuello.

—Esto… ahora entiendo —dijo, bajándole el tirante de la camisilla y dejando al descubierto un moretón en el pecho y el hombro—. ¿Quién fue? ¿Quién te hizo eso? —gruñó. Lorena despertó del letargo—. ¡Contéstame! —gritó Natalia—. ¡¿Me estás engañando?! Por eso no quieres que me relacione con nadie, para hacer lo que te place, con quien te plazca.

Lorena estaba estupefacta. ¿La acusaba por unas marcas que ella misma le hizo?

—Cálmate —intentó razonar, tomándola por los hombros. Sabía que ese comportamiento era efecto de algún alucinógeno.

Natalia la empujó con fuerza.

—¿Que me calme? ¡No estoy loca! Me rechazaste porque ya estabas satisfecha. ¡Eres una perra!

El alma se le rompió a Lorena. Jamás, ni en broma, le había hablado así. Aun con la poca dignidad que le quedaba, la abrazó con fuerza, intentando calmarla. Pero Natalia parecía poseída por una energía desconocida y, de un empujón, se liberó.

—¡Eres una perra! —repitió—. ¡Pero ya verás! Esto no se quedará así.

Y, por segunda vez esa noche, la dejó destruida; en medio de la cocina, con los ojos cerrados y la respiración agitada.

Esta vez Lorena no lloró. La envolvió una densa nube de preocupación, tristeza y, sobre todo, confusión. Caminó hasta el sofá y se sentó con las manos entrelazadas. Miró el celular sobre la mesa de la sala; se sobresaltó al escuchar el portazo en la habitación.

Ya no podía tolerar más lo que ocurría en su matrimonio. Natalia necesitaba ayuda. Urgente. Había que sacarla del hoyo profundo en el que se hundía.

Un gemido se escapó de su pecho; uno que amenazó con dejarla sin aire. Apretó las manos una y otra vez hasta que, decidida, marcó un número.

—Buenas noches, Galarza —saludó.

—*Lorena, buenas noches. ¿Ocurre algo?*

—Sí, disculpa la hora, pero necesito ausentarme unos días.

—*¿Estás bien?*

—No, la verdad es que no —respondió—. No puedo explicártelo ahora. Por favor, excúsame. Luego pasaré por la oficina a firmar una licencia.

—*Lorena, entiendo, pero estamos en proceso de recibir cargas. Sabes que estás atrasada…*

—Lo sé. Y créeme que lo lamento, pero mira la hora. Si eso no te dice la gravedad de mi situación, no sé cómo convencerte.

—*Bueno…* —su jefe dudó.

—No puedo ir a la oficina, de verdad —dijo, con la angustia palpitándole en la voz.

—*Tranquila, veré cómo hago los arreglos.*

Al finalizar la llamada, Lorena se recostó del mueble, gimiendo en silencio. Su corazón ya no resistía más. Los recuerdos llenaban cada rincón de su mente y, segundo a segundo, las dagas atravesaban su pecho.

Capítulo 36

Natalia ardía de ira; de una ira insostenible para una mujer como ella que, por lo usual, era la calma encarnada. Ni el chorro de agua fría calmaba sus más oscuros pensamientos. La idea de que su esposa la estuviera engañando le parecía increíble y, a la vez, la confundía, porque en su mente, como destellos esporádicos, aparecía su rostro asustado, con gestos de dolor. Y esas mismas imágenes se entrelazaban con las de Lorena mordiéndose los labios al llegar al éxtasis.

Se volvería loca.

El agua golpeaba sin piedad su rostro, llevándose lágrimas llenas de coraje y decepción. Pero era en su pecho donde la angustia amenazaba con ahogarla. Lo que sentía en ese momento era desconcertante. Las imágenes no encajaban, por eso la duda ganaba.

—Lorena, ¿por qué me hiciste eso? —repetía una y otra vez, dándose fuertes golpes en los muslos.

Se sentó en el frío suelo de la ducha, dejando que su cuerpo descansara, agotada, con la mente nublada, la cabeza a punto de estallar y un nudo en la garganta que no la dejaba respirar.

"Cálmate", se repetía porque en su cabeza comenzaban a aparecer imágenes que nada tenían que ver con una traición.

Salió de la ducha como un zombi; arrugada, confundida, con los cabellos mojados. Así, desnuda y sin secarse, se sentó en la cama. Las imágenes regresaban: lágrimas en los ojos de su esposa, quejidos…

Natalia miraba el suelo, intentando ver con claridad. Sus ojos se fijaron en el marco de un portarretrato roto en el suelo, en vidrios regados. Frunció el entrecejo; lento y a oscuras, se puso ropa interior y un pijama, mientras volvían las imágenes de dolor en el rostro de Lorena.

Subió a la cama, con la sangre casi helada; agarró el edredón y se cubrió hasta el cuello. Se hizo un ovillo cada vez más encorvado. Cerró los ojos con fuerza, intentando dormir, apaciguar aquel maldito

malestar que ahora no solo martirizaba su cabeza, sino también su pecho. Estaba agitada, con miedo… angustiada.

Media hora más tarde, aún permanecía despierta, cerrando los ojos en un esfuerzo inútil por obligarse a dormir. ¿Dónde quedó su ira? ¿Por qué se sentía angustiada, pensando en Lorena, en lugar de recordar su engaño? Y lo más importante. ¿Por qué no podía conciliar el sueño después de tanto tiempo dando vueltas en la cama?

Se giró, abrió los ojos y se encontró con el lado de Lorena vacío. Casi temblando, sacó la mano de debajo del edredón, agarró la almohada de su esposa y se la acercó al rostro. Aspirar el olor que desprendía la tela la hizo sentarse de golpe, con el corazón a mil.

Entonces sucedió.

La imagen clara de ella acometiendo a su esposa, los gemidos de Lorena pidiéndole que se detuviera. Su violento ataque.

Natalia se cubrió la boca con manos temblorosas y los ojos muy abiertos, mirando a su alrededor, sintiendo que su corazón se desgarraba de dolor.

Con calma, salió de la cama. Sus pasos inseguros la condujeron hasta la puerta de la habitación, pero no se atrevía a agarrar el pomo. Su mano temblaba, al igual que sus piernas… y su pecho. Era un manojo de nervios. Necesitaba corroborar que las imágenes que tenía en su cabeza eran reales. Que no era una pesadilla.

Con indecisión, al fin abrió la puerta; la casa estaba en silencio total. Natalia avanzó hasta la sala, dejándose guiar por la tenue luz que emitía la bombilla encendida del pasillo. Se sentó en la butaca frente al sofá, donde dormía su esposa. Descansó los codos sobre los muslos sin apartar la vista de su cuerpo.

El cabello rubio de su esposa estaba derramado sobre su pecho; una manta que utilizaban para acurrucarse juntas, cubría sus piernas. Lorena respiraba con dificultad, como si hubiese llorado.

Los ojos de Natalia se desviaron hacia la cocina y, como una película, vio con nitidez el encuentro que tuvo con ella esa misma tarde sobre la encimera. Y no pudo evitarlo; las lágrimas comenzaron a salir a borbotones. Se cubrió los labios temblorosos, intentando ahogar los gemidos.

Pero aún tenía dudas. Lo que veía en su mente no podía ser cierto. No pudo haber lastimado a la persona que más amaba.

Se levantó con sigilo, sin hacer ruido. Se sentó en el borde del sofá y, con las manos temblorosas, apartó el cabello rubio que cubría el pecho de su esposa. Una mordida.

En su mente apareció con claridad el momento cuando Lorena le pidió que parara. Vio el moretón en su pecho, ahora con más detalle. En su cabeza oyó con claridad su gemido de dolor.

—No puede ser cierto —susurró con los puños cerrados contra su boca.

Pero lo peor vino después; el recuerdo del ataque a sus senos. Esos que tanto adoraba.

Lorena se removió. Natalia, con mucho cuidado, le levantó la camisilla. Y entonces la realidad se hizo visible ante sus ojos. Vio las marcas de sus dientes debajo del seno.

Temblando y sin poder evitar el llanto, acarició la piel con un dedo, dibujando la marca, mientras con la otra mano se cubría la boca. Un profundo dolor la desgarraba por dentro. ¿Cómo? ¿Cómo pudo hacerlo? Sus ojos anegados de lágrimas se tropezaron con los de Lorena, que, con absoluta delicadeza, acunó su mano, tal vez por miedo; tal vez por compasión.

—Lore… —susurró—, ¿hice esto? —preguntó, señalando los hematomas.

Para Lorena las caricias que sentía en sus sueños eran eso, un sueño. Escuchaba los gemidos de angustia de Natalia, apreciaba sus dedos rozar su cuello y pecho, y poco a poco, fue despertando del todo.

Encontrarse con el amor de su vida en aquel estado, la hizo reaccionar. El dolor que aún cargaba, a pesar de las horas transcurridas, se unió al sentimiento de pena al ver a Natalia sentada a su lado, con el cabello aún húmedo, el rostro enrojecido, los ojos inflamados y la culpa marcada en cada uno de sus rasgos.

Lorena tragó saliva. Sus labios formaron una línea recta que intentó parecer una sonrisa. Extendió la mano para apartar los cabellos cobrizos que se pegaban a las mejillas húmedas.

—¿Cómo estás? —le preguntó, acariciándole la cabeza.

—Lore… —gimoteó—, *baby*… Amor…, yo no quise…

—Shhh, ya no llores. Ya pasó.

Natalia se lanzó a su cuerpo, escondiendo el rostro entre el cuello y la barbilla de la rubia, que la abrazó con fuerza. Por primera vez en muchos días, Lorena sintió que no la había perdido del todo.

Natalia no podía detener su llanto.

Un llanto que rompía a la otra, porque la angustia y la culpa, al unirse, hacían de ese sonido algo que desgarraba el alma.

—Ayúdame…, por favor —le suplicó Natalia al separarse para mirarla.

Lorena se enderezó, le acunó el rostro y apartó los mechones de cabello. Tras besar su frente y recomponerse, volvió a abrazarla con fuerza, sintiendo que haría todo lo que estuviera a su alcance para sacarla del hoyo en el que había caído.

—Perdóname, *baby*… Por favor, perdóname.

Capítulo 37

Ninguna de las dos pudo medir el tiempo que permanecieron abrazadas.

Natalia tenía a su esposa sujeta con los brazos por debajo de las axilas y el rostro hundido en su cuello, como si quisiera impedir que se le escapara. Mientras tanto, la rubia la consolaba, acariciándole la espalda, tratando de calmar el incontrolable temblor de aquel frágil cuerpo. Poco a poco, los sollozos fueron disminuyendo; los ruegos de perdón se disiparon y la respiración se apaciguó. El peso del cuerpo sobre ella aumentó; su esposa se había dormido.

Lorena la separó con cuidado y la depositó sobre el sofá. Tras acomodarle las piernas, la cubrió con una manta. De pie, la miró con compasión. Se veía tan frágil… Sin embargo, con los ojos cerrados y sumida en el más profundo sueño, parecía en paz, aunque aún gemía apaciguadamente.

Ella fue a la habitación; al encender la luz, se sorprendió al ver el reguero de cosas tiradas por el suelo. Agradeció haber notado los vidrios a tiempo, pues estaba descalza. Caminó de puntillas, cuidando cada paso, y se acercó a la cama para sacar una almohada y otra manta.

De regreso a la sala, acomodó la cabeza de su mujer sobre la almohada y dejó la manta sobre el respaldo. Le besó la frente con ternura y volvió a la habitación.

Lorena se sentó al filo de la cama. Tenía un nudo en la garganta. La noche, y todo lo vivido en los últimos días, le pasaban factura. Sentía una mezcla de emociones que temía no poder manejar. Estaba preocupada por su esposa, decepcionada y herida; e invadida por la impotencia de no saber cómo ayudarla. Porque su capacidad de amarla era enorme. Respiró hondo; ella la sacaría de aquel hoyo, aunque le costara la vida. Pero también se sentía culpable por no saber en qué momento dejó de ser suficiente para llenar sus vacíos.

No era la primera vez que Natalia experimentaba con narcóticos; ella se lo había confesado. Siempre le dijo que fue un experimento

de juventud, pero jamás imaginó que volvería a caer. Y menos estando a su lado.

Le di todo. Todo de mí. ¿Por qué no fue suficiente?, pensó.

Después de un rato de reflexión y de recoger un poco el desorden de la habitación, Lorena salió al balcón. Necesitaba aire, pero antes regresó a la sala para asegurarse de que Natalia todavía dormía. Se abrazó a sí misma y dejó que el frío de la madrugada le acariciara el rostro. El silencio de la calle, la luz de la luna iluminando el camino y la intimidad de la noche, la invitó a meditar sobre los pasos a seguir, su vida juntas, el futuro y, sobre todo, los días pasados.

Lorena estaba tan absorta en sus pensamientos, que no se percató de que la camioneta de su esposa ya no estaba en la casa. De regreso a la sala, se acomodó como pudo al lado de su esposa. Natalia, de forma inconsciente, se giró y, como siempre, se acomodó sobre su pecho. Ella sonrió y le besó la cabeza. Y así, abrazadas, como si nada entre ellas hubiese pasado, terminaron la noche hasta que la luz de un nuevo día las despertó.

***

El olor del café recién colado hizo que Lorena se removiera en el sofá, algo confundida por el lugar en el que se hallaba; por la claridad y, sobre todo, porque sentía que era tarde. Al abrir los ojos, se encontró con el respaldo del sofá. Se removió y su esposa, desde la cocina, notó el movimiento. Rápido, sirvió una taza de café y avanzó hacia ella.

Justo cuando se acercaba, Lorena se sentaba. Sus miradas se tropezaron y, de nuevo, la cobriza sintió el peso de la culpa apretarle el pecho. Los moretones se estaban oscureciendo y ahora, a la luz del día, se notaban más. Pero la sonrisa que le dedicó su esposa la calmó, aunque no disipó el dolor con el que se acostó, despertó y que ahora regresaba con la misma fuerza. O peor.

—Nat… —pronunció su nombre con inseguridad—, buenos días.

—Buenos días, amor —respondió, sentándose a su lado después de agarrar la taza caliente—. Mmm… gracias, bebé. Te levantaste temprano.

—No, tú te despertaste tarde —señaló—. Ya son las nueve.

Lorena abrió los ojos, sorprendida, pero no se sobresaltó. Su reacción desconcertó a Natalia, pues, a esa hora, su esposa solía entrar al concesionario. En cambio, ella solo tomó un sorbo de su café.

—No me atreví a despertarte porque sé que te dormiste tarde —explicó con voz contenida. Su inseguridad era palpable al recordar todo lo ocurrido la noche anterior—. Y…

Lorena le tomó la mano para tranquilizarla. En el tono de su voz se percibía la angustia.

—Tranquila. Pedí el día —le informó—. Quiero estar contigo hoy.

—Lore…

—Quiero estar contigo. Es todo —repitió, dejando la taza en el suelo y tirando de ella hasta sentarla sobre sus piernas.

Natalia levantó la cabeza, tratando de que Lorena no viera las lágrimas que escapaban de sus ojos. Cosa difícil, pues ella las atrapó con sus labios, luego acunó su rostro y la besó.

El corazón de Natalia se hizo pequeño; el amor de su esposa lo era todo para ella.

—¿Desayunaste algo? —le preguntó Lorena, desviando el tema que estaba por surgir.

—No. Esperaba por ti —respondió sin atreverse a mirarla a los ojos.

—¿Quieres salir?

Natalia negó con la cabeza. Lorena la vio tragar saliva, mirándola a los ojos.

—Desayunemos aquí —pidió.

Natalia se levantó de sus piernas, forzó una sonrisa y regresó a la cocina. A Lorena le sorprendió el repentino movimiento; la siguió con la mirada. Ella empezó a sacar cosas de la nevera, pero el bolso del pan se le escapó de las manos. Sus movimientos eran torpes y parecía muy ansiosa.

Lorena decidió darle espacio, sin apartar la vista. Tomó de nuevo la taza de café y lo bebió de un sorbo.

—Bebé, ¿estás bien? —le preguntó.

Natalia asintió en silencio. Minutos después, Lorena se levantó y se acercó a la barra que dividía la cocina de la sala. Dejó la taza sobre el tope, sin apartar los ojos de la espalda de su mujer.

Natalia bajó la cabeza y apoyó las manos a cada lado de la estufa. Respiraba con dificultad. Lorena se preocupó, pero comprendía lo que pasaba por su mente; los recuerdos y la culpa le pasaban factura.

En silencio, se le acercó por detrás y la abrazó, hundiendo el rostro en su nuca. Luego de acariciarla con los labios, le habló:

—Tenemos que hablar —le dijo—, pero quiero que estés tranquila. Haremos lo que sea necesario, juntas. Tienes que confiar en mí.

—Lore, ¿puedo decirte cualquier cosa?

—Cualquier cosa, bebé —aseguró.

—Mi camioneta no está aquí —dijo a quemarropa.

Lorena se tensó y fue soltando el abrazo. Natalia le tomó una mano y se giró entre sus brazos. Por primera vez la miró a los ojos. Ella la vio suspirar hondo, con el ceño fruncido y el pecho agitado.

—¿Cómo que no está? ¿La robaron? —preguntó con calma, aunque la sangre se le había congelado en las venas.

—No. Anoche… —titubeó, bajando la cabeza.

La luz del recuerdo comenzó a llegar despacio y clara. La noche anterior Lorena no la sintió llegar. No escuchó la puerta del garaje.

—¿Cómo llegaste anoche aquí? —le preguntó, levantándole la cabeza con un dedo—. Amor… Natalia, ¿cómo llegaste? ¿Lo puedes recordar?

La cobriza asintió y, poco a poco, levantó la mirada.

—Llegué con Osmer. Él me trajo hasta aquí. Él tiene la camioneta.

Capítulo 38

Lorena hizo lo humanamente posible por no mostrar el impacto que aquella información le causó. Así que, al ver el estado de angustia de Natalia, solo la abrazó para que no notara su gesto.

—¿Por qué la tiene? —quiso saber sin soltarla de su abrazo.

—No estoy segura, pero recuerdo que no podía manejar.

—¿Recuerdas qué tomaste? ¿Qué te dieron?

Natalia se aferró más a los brazos de su amada al recordar el resultado de aquella pastillita que aceptó tomar. Se tensó entre sus brazos, pero luego se separó para mirarla. Lorena le mantuvo las manos en los hombros, sosteniéndola, mirándola, buscando algún gesto que le diera luz. Lo que notó fue una absoluta confusión.

—No estoy segura —admitió con sinceridad.

Lorena asintió. Le levantó la barbilla y, con firmeza, le solicitó el número de teléfono de su amigo.

—Lore, él…

—Necesito hablar con tus amigos, bebé —le dijo con determinación.

—No le digas nada malo —pidió.

—No haré nada que te perjudique, pero comprende, necesito hablar con ellos.

—Son mis amigos —dijo una vez más—. Yo sé… —intentó defenderlos. En su confusión, aún no veía con claridad el daño que ellos le hacían.

Lorena la tomó por el brazo y se dirigieron hacia la sala; se sentaron una frente a la otra. Ella lucía firme, decidida, buscando calma. Sabía que había cosas que debían arrancarse de raíz, y ese era el momento; esa era la salida. Sin embargo, también admitía que el estado de Natalia era frágil. Culpa, incapacidad para ver con claridad lo que ocurría entre ellas, quiénes lo propiciaban y su propia debilidad para admitir y aceptar cosas que no estaban en su naturaleza.

Lorena tenía que mover bien las fichas para que su esposa, que no estaba saludable emocionalmente, no tomara como ataques lo

que le diría.

—Solo quiero recuperar la camioneta, mi amor —dijo—. No conozco a tus amigos. Cualquier cosa que ocurra con la camioneta, te buscarán a ti porque está a tu nombre. Necesito que la regresen de inmediato. ¿Lo comprendes?

Natalia asintió, luego le tendió el celular. Después de desbloquearlo, Lorena se levantó y salió al balcón, cerrando la puerta de cristal.

Natalia se quedó sola en la sala, viendo a su mujer recostarse de la baranda y llevarse el celular a la oreja.

—¿Cómo amaneció nuestra princesa? —fue el saludo al otro lado de la línea.

Lorena levantó las cejas al escuchar el tono y la risa que acompañaban la voz.

—Buenos días, Osmer —respondió con firmeza.

El silencio fue inmediato.

—¿Natalia?

—Sabes que no soy Natalia. Necesito hablar contigo.

—¿De qué podríamos hablar? —preguntó Osmer con un leve tono de inseguridad en la voz.

—Quiero que traigas a mi casa la camioneta de mi esposa.

—Será difícil, porque no estoy en el área y la camioneta está en mi casa.

—¿Cuál es tu dirección? Iré por ella.

—Vaya… ¿Por qué no me llama Natalia?

—Sabes que no está en condiciones.

—¿Cómo lo sabría? No estoy con ella. De hecho, no responde nuestros mensajes.

—Eres su gran amigo, ¿no? —dijo con sarcasmo—. Sabes en las condiciones en que la trajiste anoche. ¿Crees que está capacitada para contestar tus llamadas?

Osmer se quedó en absoluto silencio; un gramo de culpa lo envolvió. Natalia insistió en tomar aquella pastilla que jamás había probado. Él conocía sus efectos: euforia, desinhibición, alto deseo sexual. Pensó que tal vez por fin podrían pasar un buen rato con ella, aunque fuera sin pleno conocimiento. La apreciaba, pero no era

ciego; su amiga se había convertido en una hermosa mujer y no estaba nada mal. Ella, aun bajo los efectos de la pastilla, se negó a cualquier acercamiento. Eso lo molestó, sobre todo, cuando ella pidió marcharse.

Lorena, colmándose de paciencia, manteniendo una calma que en realidad no sentía, suspiró profundo.

—Osmer, llevemos la fiesta en paz —le pidió—. Quiero recoger la camioneta. No hagas esto más grave, por favor.

El silencio volvió a instalarse en la línea, pero los murmullos de los hombres se escuchaban de fondo.

—*Le entregaré la camioneta a su dueña, no a ti.*

Lorena bufó.

—Claro. ¿Dónde la recogemos?

—*Ella sabe dónde. En media hora.*

Lorena terminó la llamada, luego abrió la puerta de cristal.

—Cámbiate, Nat. Iremos a buscar la camioneta.

Natalia se encontraba sentada en el sofá.

—¿Dónde está?

—Él dice… Osmer dice que sabes dónde.

Lorena pasó por su lado sin mirarla, sintiendo otra vez ese malestar con el que luchaba internamente por eliminar de su vida; ese que la cubría cada vez que las imágenes de los días pasados cruzaban su mente.

Diez minutos después, ya iban de camino, en silencio, una al lado de la otra. Natalia se vistió con un *jogger* de color gris; Lorena llevaba uno muy parecido. Se aseguró de que sus marcas no fueran visibles en lo absoluto.

No pasó mucho tiempo cuando Lorena aparcó en el estacionamiento de un bar, muy cerca del antiguo trabajo de su esposa. De inmediato, asoció el nombre del sitio con los cargos de débitos que vio en las facturas del banco de Natalia.

Una vez estacionada y sin apagar el motor, se quedó quieta, con las manos sobre el volante y la vista fija en el lugar. Natalia no se atrevía a mirarla; reconocía que ella debía estar pasando por un momento muy difícil, enfrentando a sus amigos y, de paso, conociendo el lugar donde había comenzado su pesadilla.

—Lore, si quieres quédate aquí. Yo buscaré las llaves —le ofreció.

—No —respondió con firmeza—. Quiero verlos. Quiero ver cara a cara con quién estás saliendo.

—Te dije, que son mis amigos.

Lorena volteó a mirarla.

—¿Cómo llegamos aquí? —le preguntó.

—Cometí un error, ya lo hablamos —intentó excusarse.

Lorena asintió y volvió la mirada al frente.

—¿Podrás dejar de verlos?

—¿Por qué haces esto, Lore? Son mis únicos amigos —insistió—. No me indispongas con ellos —pidió.

Lorena bufó, luego salió de la camioneta al ver a los dos hombres recostados del auto de su esposa.

Natalia también descendió, pero se mantuvo un paso detrás de su esposa.

—Osmer… Jeff —saludó Lorena, manteniendo la calma.

—Hola.

Jeff le tendió las llaves a Natalia.

—¿Cómo estás, Natty? —le preguntó.

Lorena tragó saliva al escuchar cómo la llamó.

—Bien… Estoy bien —respondió Natalia.

Las miradas se cruzaron; parecía un silente enfrentamiento. Una vez que las llaves estuvieron en manos de su dueña, Lorena la miró y le sonrió.

—Gracias por llevarme a casa, chicos —les dijo Natalia.

Ellos le sonrieron con cariño y la abrazaron. Lorena, aún de frente, sentía la sangre hervir. El afecto de su esposa hacia ellos era genuino… Pero ¿lo era en ambos sentidos?

Natalia tomó a su esposa del codo.

—¿Nos vamos, bebé?

—Adelántate, dame solo un minuto —le pidió.

—Lorena…

—Adelántate, mi amor. Quiero hablar algo con tus amigos.

Natalia aceptó marcharse, a regañadientes, con un gesto de desaprobación, pero sin crear más problemas. Una vez que ella se

alejó lo suficiente, sus amigos cambiaron sus amables semblantes. Jeff encendió un cigarrillo y miró a Lorena de forma amenazante. De los dos, él era el más desagradable.

—Tú dirás, bonita —dijo.

—Osmer, ¿qué le dieron ayer? —le preguntó sin rodeos.

El hombre sonrió con sorna.

—¿Qué le dimos? No le dimos nada —respondió, dándole un codazo a Jeff, burlándose—. Todos tomamos lo mismo.

—¿Qué le dieron? —insistió—. Si la aprecian, si la quieren como ella cree, díganme qué tomó. No era alcohol.

—¿Por qué no la dejas ser, Lorena? —se burló Jeff—. Eres guapa, no deberías tener miedo de que te deje. ¿Tienes miedo de eso?

—No explicaré cómo llevo mi relación. No tengo problema con que mi esposa salga o tenga amigos, pero díganme… ¿Ustedes son buena influencia?

—¡Ella no es una niña! —Exclamó Osmer—. Natalia ha perdido los mejores años de su vida a tu lado.

Lorena, exasperada, bajó la cabeza, negando. Confirmaba la idea que tenía de ellos y de su relación. Era una lucha de poder. Lo que no entendía era por qué.

—No es una niña —dijo con firmeza, acercándose—. Estoy muy segura de eso. De hecho…, soy yo quien se acuesta con ella —Lorena vio que Jeff tensó la mandíbula—. Ustedes son sus únicos amigos y, gracias a su amistad, ella ha perdido mucho.

—¡Ah! —intervino Jeff—. Ahora nosotros somos los causantes de la desdicha de Natty.

—Mi intención no es discutir con ustedes —continuó Lorena—. Solo quiero saber qué tomó anoche. Si la aman tanto, deben saber que no puede consumir ningún tipo de narcótico.

—No le dimos nada —respondió el pelirrojo—. Si tienes otra información, es mentira.

Lorena respiró hondo.

—Aléjense de ella. Haré lo que esté a mi alcance para que no tengan ningún tipo de contacto.

Ambos empezaron a reír.

—Lo sabíamos —dijo Osmer—. La quieres anular. La tienes como una posesión.

—Qué mal, Lorena… Qué mal.

Ella se acercó solo dos pasos, con seguridad, sin amenazar, levantó la barbilla.

—No… No es mi posesión. Es mi esposa —aclaró—. La mujer que amo. Y porque la amo, es que estoy aquí, confirmando que mis sospechas eran ciertas.

—¿Qué sospechas? —preguntó Osmer, con sorna.

—Les agradezco que hayan sido un apoyo para Natalia durante su juventud. No sé en qué momento su vida se salió de control, pero ustedes saben que se llevaron por delante a alguien emocionalmente débil.

—¿Le estás llamando débil? —Intervino Jeff—. Entonces también estamos confirmando nuestras sospechas.

—No hay que ser brillante —respondió Lorena con firme calma— para darse cuenta de quién de nosotros tres, quiere lo mejor para ella. A costa de cualquier cosa —hizo una breve pausa, sosteniendo la mirada de ambos—. Y créanme… no son ustedes.

Capítulo 39

Ellas manejaron directo a la casa. Cuando Lorena llegó, encontró a su esposa aún dentro de la camioneta, con el motor encendido. Estacionó detrás, descendió de la suya y le tocó la ventanilla.

Natalia, que la vio llegar a través del retrovisor, le sonrió con un dejo de temor. No tenía idea de qué había hablado con sus amigos, así que esperaba que las aguas volvieran a convertirse en un maremoto en cuanto ella la enfrentara. Nerviosa, hundió el pie en el freno, intentando soltar la ansiedad que sentía.

Pero ocurrió todo lo contrario.

Lorena, calmada, apoyó los brazos de la puerta en cuanto Natalia bajó la ventanilla; la miró. Notó la tensión marcada en su rostro.

—Salgamos de esto ya, ¿te parece? —sugirió, refiriéndose a la conversación pendiente.

—¿Qué quieres decir? —respondió Natalia con la voz temblorosa, aunque Lorena le hablaba con una calma que contrastaba con el caos que llevaba por dentro.

—Tenemos que hablar, mi amor. Quiero que estemos bien… como siempre, como antes. Debo saber qué es lo que pasa, qué necesitas, en qué fallé.

—Lore…

—Vayamos al acantilado, ¿te parece?

Natalia bajó la cabeza, pero asintió. Sabía que tarde o temprano debía enfrentarse a sus errores. Descendió de su auto cuando su esposa le abrió la puerta. En silencio, subió a la camioneta de ella y, juntas, se dirigieron hacia ese lugar que guardaba casi todas sus discusiones y malos entendidos. Ahora, ambas, sin decirlo en voz alta, reconocían y lamentaban que también su casa, su habitación, conociera sus peores momentos.

Y eso no se podía repetir.

La playa, ese lugar de paz al que siempre acudían para hablar, las recibió. Esta vez era diferente; se enfrentaban a algo más grave,

difícil y desconocido.

Lorena tomó la mano a su esposa; caminaron juntas hasta una tienda donde vendían cocos fríos y frituras. Las degustaron sentadas en sillas de madera ubicadas frente al mar.

Para Natalia, esa era una de las experiencias más difíciles que había vivido. No por falta de confianza, sino porque no era sencillo enfrentar la situación que su relación atravesaba y, peor aún, aceptar que había sido causado por ella. Para Lorena también era difícil; por fuera se mostraba tranquila, pero, en su interior, su corazón estaba hecho pedazos. Estaba herida. Aun así, su instinto protector y su amor incondicional, se convertían en la fuerza necesaria para salvar lo que por tantos años la hizo feliz; su relación y la estabilidad de la mujer que amaba.

Era un día de semana, por lo que la playa estaba casi desierta. Ambas, vestidas con *joggers*, no eran la imagen playera adecuada para el lugar.

Lorena terminó su empanadilla, que le supo a nada, se limpió la boca y soltó un suspiro tan extenso, que llamó la atención de su esposa.

—Creo que el acantilado no es el mejor lugar para platicar, ¿verdad? —comentó Natalia.

Al escucharla, Lorena buscó con la vista un sitio más apropiado; bajo el sol era imposible mantener una conversación como aquella.

—¿Qué te parece allí, debajo de las palmas? —señaló Lorena.

Natalia la miró y suspiró; esperaba que desistiera y regresaran a casa. El miedo se reflejaba por completo en su mirada.

—Estás decidida a que hablemos justo hoy, ¿verdad?

Lorena se giró para encontrarse con sus ojos. El comentario la conmovió, pero sí…, lo admitía. Estaba decidida. Si no sacaba todo lo que llevaba dentro, enloquecería. O peor aún, actuaría de forma irracional. Se conocía. Además, de verdad estaba preocupada.

Lorena se levantó una vez que Natalia terminó de comer y le tendió la mano. Caminar hacia las palmeras fue su respuesta.

Sí, necesitaba hablar ese día, en ese momento.

No podía esperar más.

Esta vez, aunque caminaron tomadas de la mano, Lorena iba dos pasos al frente; encontró un área rodeada de palmas. Arrastró un enorme tronco seco que yacía cerca, lo colocó frente a una de ellas y se sentó. Natalia la observó hasta que ella le señaló con la mano para que se sentara entre sus piernas.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Natalia hizo lo que ella le pidió. Lorena no tardó un segundo en rodearla con los brazos. Así, con la cabeza de su esposa recostada en su hombro, se quedaron un rato en silencio mirando el mar. Era como si ese simple acto de intimidad las preparara para el tema que durante días las atormentó.

—Sin importar lo que me digas hoy —comenzó Natalia con la voz afectada por la emoción—, quiero que sepas, Lore, que te amo con locura. Que jamás me perdonaré haberte herido físicamente como lo hice. No puedo ni mirarte a los ojos… —confesó, con la voz rota.

Ella empezó a sollozar. Mientras tanto, Lorena revivía las imágenes en su mente.

—No tengo una explicación para lo que hice que no sea la verdad —añadió—. No estaba en mis cinco sentidos. Y de eso tampoco me excuso.

Lorena se mantuvo en silencio, rodeándola con los brazos. Quería decir tantas cosas, pero eran tan duras, que necesitaba analizarlas para no herirla más.

—Tengo tantas dudas, Nat —confesó al fin.

—Quiero que seas sincera, *baby* —añadió—. No podremos avanzar si guardas algo. Por más que me duela, dímelo.

—Admito que jamás esperé lo que hiciste —dijo. La sintió tensarse entre sus brazos; eso hizo que le estrechara aún más, imprimiéndole seguridad—. Pero sé que estando consciente no me harías daño.

—Pero lo hice.

—Sí, lo hiciste. Y te he excusado, pero… estoy por completo rota, Nat.

Natalia suspiró hondo; se giró hasta arrodillarse frente a ella. Acunó su rostro y unió sus frentes.

—Perdóname, Lorena. Por favor, no puedo vivir con esta culpa —dijo entre lágrimas.

Lorena las secó con los dedos, luego se apartó un poco hasta que sus ojos se encontraron. Respiró hondo antes de hablar, como si requiriera reunir fuerzas.

—Te perdoné hace rato, Nat —dijo en voz baja, cansada—. Solo necesito que me digas en qué fallé.

—No fallaste en nada…

—Lo hice. Algo hice, Nat —insistió—. Tienes un vacío que intentas llenar en otro lado. Todos estos años he creído que era suficiente para ti, y ahora temo estar equivocada.

—No, mi amor… Eres suficiente en mi vida.

—¿Entonces por qué te alejaste? ¿Qué te hizo cambiar? ¿Qué cambió entre nosotras, mi amor? ¿Puedes identificarlo?

Natalia se sentó en la arena, a su lado, negando algo que ella misma no terminaba de comprender.

—Tal vez… me sentí sola —admitió—. Tal vez estamos tan unidas, que descubrí que afuera hay otra vida y, por error, me aferré a ello.

Un frío recorrió el cuerpo de la rubia, que apartó la mirada hacia el mar. La narrativa de Jeff y Osmer cobraba fuerza frente a esa confesión.

No era el momento de mencionarlos. Debía lograr que Natalia volviera a confiar en que ellas eran el espacio seguro de la otra, que jamás la abandonaría.

—Vivo con el miedo de que me dejes. De no ser suficiente para ti, Lore. Eso me está volviendo loca.

—Nunca, Nat —se agachó frente a ella—. Nunca. Ni siquiera lo he pensado. Me casé contigo para toda nuestra vida.

—¿Aunque te fallé?

—Yo también fallo, Nat. No soy perfecta. Mi intención, mírame bien —le tomó la barbilla—, es luchar por ti, por mí, por nuestra familia. Pero, para ello, ambas tenemos que ceder. Dar un paso atrás, hablar, confiar y, sobre todo, comprometernos a hacerlo funcionar.

—¿Ya no funciona? —preguntó Natalia, con la inseguridad y el terror reflejados en el rostro.

—Funciona —respondió Lorena con firmeza—, pero hay una fisura considerable que tenemos que corregir —explicó con claridad, despacio, como quien cuida cada palabra—. Y lo haremos juntas, ¿de acuerdo?

—¿Me prometes que me ayudarás? —preguntó Natalia, con la voz frágil—. Necesito que no me abandones, Lorena.

—¿Puedo preguntarte algo? —quiso asegurarse Lorena, con el alma en un hilo. Natalia asintió suave, lento—. ¿Qué te une a ellos? ¿Has estado con alguno? Puedes decírmelo.

Natalia abrió los ojos muy grandes, sorprendida, impactada y un tanto ofendida por aquella pregunta. Intentó alejarse; Lorena se lo impidió, sujetándola por los hombros y obligándola a quedarse ahí, de frente.

—No le eres indiferente, lo sabes.

—He cometido errores —respondió Natalia con firmeza—, pero jamás te engañaría.

Esta vez fue la rubia quien apoyó la cabeza en la de ella.

—Lo siento… —susurró—. Sé que no lo harías, pero…

—Pero mi proceder te hace dudar. ¿Cierto?

Lorena negó y cerró los ojos. Lo hacía con entera confianza; solo necesitaba confirmar lo que Natalia le decía.

La comprensión llegó a Natalia. Se puso en el lugar de su esposa; si hubiese notado algún cambio en ella, estaría igual de aterrada. Así que tomó su rostro entre las manos y le dio un tierno beso en los labios.

—Te amo mucho, esposa mía —declaró con la voz quebrada—. Haré todo lo que esté a mi alcance para que jamás tengas dudas, para no volver a fallarte de ningún modo. No dudes de mí, te lo ruego… Porque no lo soportaría.

Capítulo 40

Esa conversación dura y sincera fue el inicio de una nueva etapa para la relación. Después de hablar, disentir, abrazarse y llegar a un acuerdo en el que ninguna volvería a ocultar lo que sentía, por pequeño que fuera, entendieron algo esencial; en su vínculo, no existirían las nimiedades. Todo lo que se dejaba pasar, lo que se minimizaba, con el tiempo, se convertía en una roca enorme que, al rodar, podía crecer lo suficiente como para romper o dañar una relación que, ante muchos, parecía perfecta.

No fue fácil para Natalia aceptar el distanciamiento de sus amigos; y tampoco fue que Lorena le pusiera un puñal al cuello para obligarla. Simplemente, y sin culparlos, aunque ganas no le faltaban, le pidió que lo intentara. Le señaló los hechos que la habían herido, y en todos ellos, sus amigos estaban involucrados.

La finalidad de Natalia, en ese momento, era subsanar, de algún modo, los errores cometidos. Ella admitió que era cierto; todo se había desbordado cuando esos amigos entraron en escena.

—Yo no convivo con ellos, no los conozco, mi amor. No puedo opinar más allá de lo que veo desde la acera. Eres tú quien, sin presión, debe analizar qué te llevó a intentar sanar tus heridas con alcohol y reconocer que no te hace bien, que te desinhibe de una forma negativa. Solo así podrás ver con claridad. ¿Estás dispuesta? —le preguntó con tanta firmeza que Natalia solo asintió.

Los días posteriores a la conversación, Lorena llevó su trabajo desde casa. Fue Natalia quien se lo pidió; no por controlarla, sino porque sentía terror de ser débil. Estando sola, podía recaer en el comportamiento que casi le cuesta el matrimonio.

Lorena acababa de enviar un informe financiero. Tras oprimir la tecla de enviar, levantó los brazos y se estiró. Por casualidad miró a su mujer; estaba recostada en el sofá, navegando por las redes sociales. Sonrió al verla tranquila, relajada, disfrutando de los contenidos.

Los días anteriores, la ansiedad —quizá por la falta de alcohol—, la llevó a ejercitarse sin parar; limpiar la casa más de una vez y

hablar incesantemente. En una ocasión, Lorena la encontró sentada en un taburete de la cocina, mirando las botellas de cerveza que aún conservaban en el refrigerador. Ella se acercó en silencio y la abrazó por la espalda; le dio un beso en la mejilla. Natalia no se giró, pero la sostuvo por la cabeza, apretándola contra ella.

—Lo haré —dijo—. Este líquido no me controlará. Una vez lo decidí, y no volverá a pasar.

Acto seguido, se puso de pie, tomó los botellines y, uno a uno, los destapó hasta verter su contenido por el desagüe del fregadero. Lorena la siguió; volvió a abrazarla por la espalda hasta sentir cómo, poco a poco, se liberaba.

Ahora, esos recuerdos regresaban a su mente mientras la observaba recostada en el sofá. La tempestad estaba amainando.

De pronto, la sonrisa de Lorena se borró al recordar que, desde el ataque de Natalia, las discusiones y los problemas, no habían vuelto a intimar. No por falta de deseo, sino porque en cada intento, Natalia se detenía al ver las marcas en su piel; esas que aún no se borraban.

A Lorena también le costaba avanzar, pero, aunque tenían días sin hacer el amor, se mantenían abrazadas siempre que podían; al dormir, mientras veían algún programa o solo estando una al lado de la otra.

Natalia estaba aterrada de que los recuerdos que a ella la lastimaban, también hirieran a su esposa. Temía el rechazo. Quería olvidar a toda costa que aquellas marcas oscuras en la sedosa piel de Lorena, fueron causadas por ella.

Lorena se levantó del taburete, buscó dos vasos con jugo de naranja en el refrigerador y se acercó a la sala. Natalia aceptó el vaso, le dio un sorbo y se movió para que ella se acomodara a su lado.

—¿Qué ves? —le preguntó Lorena.

—¿Terminaste?

—No, todavía me quedan dos reportes, pero… me tomaré un *break* con mi bebé.

Natalia rio, hizo un mohín y le dio de beber de su mismo vaso. Luego apoyó la cabeza en su pecho. En la pantalla, un video de

viajes en crucero captó por completo su atención.

—¿Qué ruta es esa? —preguntó Lorena, interesada.

Natalia buscó la información.

—Caribe, Santa Cruz, Santa Lucía… Más o menos las Antillas Menores.

Lorena se inclinó hacia la pantalla.

—Es lindo ese crucero. ¿Son muchos días?

—Esta oferta es de una semana. Saliendo… —deslizó la pantalla — el domingo.

Lorena besó la cabeza de la otra, aspirando su aroma, sin apartar la mirada. De pronto, Natalia bajó el teléfono y se giró para quedar de frente a su esposa.

—¿Vamos? —preguntó con voz animada—. Llévame, bebé… —pidió.

Lorena rio, luego le dio un beso en la punta de la nariz.

—Vamos.

Los ojos de Natalia se iluminaron. Su emoción hizo que el corazón de Lorena se expandiera; sobre todo, cuando la vio ponerse de pie.

—¿En serio?

Lorena asintió, esta vez sin ocultar la sonrisa.

—Solo hay una condición —advirtió. El rostro de Natalia se ensombreció—. Te encargo todo. Haz los trámites mientras termino este reporte —señaló la mesa.

No hubo mayor regalo para ella que ver a su esposa saltar de emoción.

—¿Para cuándo, mi amor?

—Lo antes posible.

Natalia se llevó las manos a la boca. Parecía una niña premiada por portarse bien en la escuela, aun sabiendo que no lo era. Sin aviso, se lanzó sobre el cuerpo de Lorena, cubriéndola de besos. Ella rio complacida. Incluso, después de que Natalia salió de sus brazos y corrió hacia la habitación; minutos más tarde regresó con la computadora encendida y la colocó frente a la de su esposa.

Lorena alzó las cejas y se llevó las manos a la cabeza. Cada vez que viajaban, Natalia no paraba de hablar del tema hasta volverla

loca. Con tanto trabajo encima, ya podía ver lo que se avecinaba.

Creyendo que tendría una tregua, Lorena regresó a los reportes que la esperaban. Sentada frente a Natalia, volvió a concentrarse en la pantalla, aunque sabía que sería inútil. Desde el otro lado de la mesa, su esposa comentaba todo lo que veía. Comparaba rutas, camarotes, hablaba de actividades a bordo y de las mejores tarifas.

Lorena sonreía con discreción. De vez en cuando levantaba la vista del teclado. No le molestaba escucharla. Al contrario, sentía que hacía algo bueno por Natalia, por su relación y también por ella misma, porque no se excusaba pensando que la situación era solo responsabilidad de su esposa. Sabía que, de algún modo, ambas habían fallado.

Durante parte de la tarde, ella la observó de reojo. Había menos ansiedad en sus movimientos; menos urgencia en su mirada. La mujer que tenía delante, no era la misma que buscó anestesia en el alcohol, sino alguien que, por primera vez en mucho tiempo, se permitía ilusionarse sin huir de sus problemas.

Lorena ya había pensado en hacer un viaje juntas; salir de su entorno. Necesitaban un descanso, una distracción y, sobre todo, algo que las ayudara a reanudar lazos. Ese viaje no era un capricho; era una tregua. Un espacio lejos de la rutina y de los recuerdos dolorosos.

Natalia alzó la mirada por encima de la computadora.

—Gracias —dijo de pronto, sin dramatismo—. Por querer estar conmigo.

Lorena se encontró con esos ojos que tanto amaba y su cuerpo se estremeció.

—Te amo —respondió con sinceridad.

Dos horas después, todo estaba listo. El mar las esperaba.

Capítulo 41

No era la primera vez que abordaban un crucero, pero sí era primicia que disfrutaran de uno tan enorme. La nave, con capacidad para siete mil personas, entre tripulantes y viajeros, solo admitía parejas.

Tras completar el proceso de embarque, les entregaron la llave del camarote que, por milagro, ya estaba listo cuando abordaron. Para iniciar, decidieron recorrer el área de entretenimiento del crucero. Una vez en el atrio central, en el piso once, caminaron tomadas de la mano por los pasillos interiores, deleitándose con el lujo y la magnificencia del lugar.

Natalia miraba a su alrededor, maravillada por la majestuosa decoración; lámparas enormes, escaleras curvadas que unían los pisos centrales de la nave. La música de jazz flotaba en el ambiente, mezclada con murmullos, el tintinear de las copas y una significativa diversidad de idiomas, razas y personas que disfrutaban, al igual que ellas, del ambiente vacacional.

Ellas se acercaron a uno de los balcones que daba al nivel central, donde un enorme piano de cola se imponía majestuoso. Una mujer cantaba jazz, sentada junto al pianista, que la acompañaba con suaves acordes.

—¿Quieres que nos sentemos? —invitó Lorena, ataviada con un delicado conjunto de hilo blanco; pantalón a media pierna y una chaqueta de la misma tela, larga hasta los muslos.

Natalia vestía un traje de estampados claros, también veraniego, de mangas cortas, combinado con sandalias bajas.

Las dos descendieron por la escalera curvada, iluminada con piedras tipo Swarovski, hasta el piso inferior. Encontraron un sofá para dos personas, justo al costado del piano. De inmediato, un mesero de procedencia asiática se acercó para ofrecerles bebidas.

Natalia se tensó, Lorena lo notó. Apoyó una mano en su brazo, tranquilizándola.

—Tenemos que brindar —dijo con suavidad—. ¿Te apetece algo?

—Una piña colada sin alcohol estará bien para mí —respondió con cierto nerviosismo.

Lorena la miró, comprensiva; sabía cuánto le costaba esa decisión, pero ella estaba ahí para sostenerla y no permitir que volviera a caer en el maldito vicio.

—¿Tiene alguna otra bebida sin alcohol? —le preguntó Lorena al mesero.

—Claro que sí. Puedo prepararles cualquier trago sin alcohol —ofreció.

—Perfecto. Una piña colada para ella y, para mí, un frappé de frutas —ordenó.

—¿Me permiten su tarjeta de embarque?

Natalia fue quien se la tendió. Cuando el mesero se alejó, ella se aferró al brazo de su esposa y apoyó la cabeza en su hombro.

—Gracias, bebé.

Lorena besó su frente y aspiró el aroma de su cabello.

Una pareja de hombres, elegantemente vestidos, tomó asiento frente a ellas; rostros perfectos, barbas impecables y una belleza exótica, que no despertó ninguna alerta en ellas. Bastó una mirada para que ambas supieran que también eran pareja.

—¿De dónde son? —preguntó uno de ellos.

—De Puerto Rico —respondió Natalia—. ¿Y ustedes?

—También —dijo el más alto; se puso de pie y les tendiéndole la mano—. Soy Joel.

Las dos le estrecharon la mano.

—Y yo Iván —añadió el de barba más tupida—. Las vimos desde el piso superior —les hizo saber, sonriendo—. Queríamos decirles que son hermosas.

Ellas se miraron entre sí, luego devolvieron su atención a ellos.

—Gracias. Somos pareja —aclaró Natalia con naturalidad.

—Se nota —dijo Joel—. Nosotros también. No venimos a ligar.

—Ella es Lorena, mi esposa —la presentó Natalia con orgullo—. Y yo soy Natalia.

Después de las presentaciones, la tarde transcurrió entre risas y conversaciones. Joel e Iván llevaban un año juntos, ese era su primer viaje como pareja. Les dijeron a las chicas que amaban bailar,

así que propusieron encontrarse alguna noche para compartir pista en las discotecas o salones. Lorena aceptó encantada; bailaba muy bien. Natalia, entre risas, aseguró que se uniría al grupo.

Faltando dos horas para la partida del crucero, ellas se excusaron para ir a descansar un poco y prepararse para ver la salida del país. El camarote, ubicado en el piso doce, se hallaba cerca del área más animada del crucero. Al entrar, Lorena notó la amplitud y la luz que atravesaba la puerta de cristal hacia el balcón. Dejó el bolso, empujó las maletas y entonces lo vio.

Sobre la consola de maquillaje había un florero blanco con seis rosas rojas, una caja con fresas cubiertas de chocolate y una nota escrita a computadora. Lorena se detuvo frente al espejo y buscó la mirada de Natalia, que sonreía de medio lado. Ella tomó una rosa, se la llevó a la nariz y aspiró su perfume antes de dejarla sobre la mesa. Luego abrió la nota.

Amor,

Te doy seis rosas celebrando cada año a tu lado, y llenaría este lugar anhelando que nuestros años juntas sean eternos.

No ha sido fácil, y te agradezco por comprender que, aunque las rosas siempre tienen espinas, lamento haberte pinchado con una. Prometo que, de ahora en adelante, las quitaré para que puedas disfrutarlas sin lastimarte.

Te amo.

Nat.

Con los ojos humedecidos, Lorena tomó la rosa que había dejado sobre la mesa y se la ofreció. Fue entonces cuando notó que no tenía espinas. El gesto la desarmó por completo.

No dijeron nada más; se conocían tanto que sabían sin hablarlo, que ese viaje era un intento consciente de reconstruir su relación.

Con pasos lentos, Lorena se acercó a su esposa, acunó su rostro y se acercó hasta que sus labios se encontraron en un beso lento, profundo, cargado de promesas. No había prisa, solo necesidad de sentir que seguían eligiéndose.

Ella se refugió en el cuello de Natalia, quien cerró los ojos y se dejó llevar, respirando hondo, anclándose a ese contacto que le

devolvía la calma. Poco a poco, y retrocediendo, llegaron hasta la cama. Lorena clavó una rodilla en el colchón y sin soltar a su esposa, la depositó de espalda hasta quedar sobre ella.

Los labios de Lorena se desviaron hasta el cuello de la cobriza, que con los ojos cerrados, se entregó al placer de las caricias. Primero bajó un tirante del traje para saborear sus hombros desnudos; despacio besó su pecho, sacando la tela que impedía el contacto.

Natalia se retorcía debajo de su cuerpo y Lorena estaba borracha de placer. Con besos y caricias despertaban un deseo guardado durante días, en los que la intimidad entre ellas se interrumpía por los recuerdos.

Natalia abrió los ojos, Lorena no; estaba demasiado extasiada con las sensaciones que la reacción de su cuerpo le enviaba. Ligeros temblores, gemidos sensuales. Su mano se coló por debajo de la falda del traje, subiendo por su pierna hasta llegar a la rodilla. Con un leve empujón, se la levantó hasta acomodarse entre sus piernas, y Natalia se sintió morir.

Ella supo de inmediato que el descanso que se propusieron tomar esa tarde no sería real. Volverían a amarse sin reservas, dejando atrás las heridas de los pasados días y reconstruyendo lo que por poco se desmoronaba entre ellas.

Afuera, el mar estaba en calma; dentro del camarote, en la cama, dos cuerpos se convirtieron en un maremoto de emociones que no se calmaría hasta que se saciaran.

Capítulo 42

La pareja se sobresaltó cuando la bocina del crucero retumbó en el aire, anunciando su inminente salida del puerto. El sonido grave se filtró hasta el camarote, mezclándose con el lejano rumor de la gente en cubierta.

Natalia yacía boca abajo, sobre el cuerpo de su mujer. Aún estaba medio dormida, exhausta, por completo extasiada por el aroma familiar de su esposa y el calor de su piel. Lorena también dormitaba sin dejar de abrazarla; mantenía una mano en su espalda, como si, incluso dormida, temiera soltarla.

Se removieron al mismo tiempo. Sus miradas se encontraron bajo la suave luz que entraba desde el balcón, permitiéndole a Natalia perderse en la profundidad de esos ojos que conocía de memoria.

—Creo que nos perderemos la salida —murmuró, besándole las mejillas; le mordió los labios con suavidad, logrando erizarle la piel.

—Veámoslo desde el balcón. ¿Te parece? —ofreció Lorena, con la voz aún cargada de sueño, apartando mechones rebeldes del rostro de su esposa.

—¿Nos quedaremos aquí? —preguntó Natalia, enderezándose un poco sobre la cama.

—Como quieras —Lorena tiró de ella, regresándola a su cuerpo —. Podemos pedir la cena, hacer el amor, ver la salida del puerto, hacer el amor… y luego cenar.

La cobriza sonrió, alzando las cejas con picardía.

—Y antes de dormir, ¿hacemos el amor de nuevo? —susurró, acercándose tentadoramente a su boca.

—¿Y tenemos que dormir? —la voz ronca de Lorena le erizó la piel.

Natalia la besó profundo, lento, pero logró separarse entre suaves risas; tiró de su mano para sacarla de la cama. Buscó en el clóset y sacó dos batas de toalla. Se las pusieron sin prisa, rozándose; juntas salieron al balcón, llevando consigo el envase de fresas cubiertas de chocolate.

Ellas amaban la salida de los cruceros desde la bahía de San Juan; ese momento siempre era mágico. La nave comenzaba a moverse con lentitud, casi imperceptible, mientras el Viejo San Juan quedaba rodeado de luces cálidas que se reflejaban sobre el agua oscura. Las murallas, los edificios coloniales y el faro, parecían despedirse en silencio, mientras el mar infinito se abría paso frente a ellas, prometiendo ser su única compañía durante los siguientes días.

Esta vez era Lorena quien, sentada entre las piernas de Natalia, apoyaba la espalda contra su pecho. La otra la rodeaba por la cintura, meciéndose con el vaivén del barco, respirando a su ritmo.

La aplicación que habían descargado al comprar los boletos les permitía mantenerse conectadas durante el viaje, incluido el servicio a la habitación.

—¿Qué te apetece? —preguntó Lorena, abriendo la aplicación en la tableta.

—¿Qué menú hay en el salón? —quiso saber Natalia, asomándose por encima de su hombro.

—Veamos… —Lorena deslizó el dedo por la pantalla—. Entradas: brochetas de tomate, crema de brócoli, ensalada César, frutas de temporada. Quieres crema de brócoli. ¿Adivino?

Natalia rio.

—Por supuesto.

—Serán dos —marcó en la selección—. De plato principal hay *fettuccini* AlJeffo, lomo de cerdo con puré de papas, además de salmón a la parrilla con papas salteadas. Quieres… lomo de cerdo —la miró de reojo—. ¿Estoy en lo correcto?

—Siempre. No sé por qué preguntas.

—Bueno, tal vez hoy tengas algún otro antojo —dijo, encogiéndose de hombros.

—Lo tuve y lo tengo —aclaró Natalia, mordiéndole el hombro.

—¿Ah, sí?

—Sí… De ti —declaró y le besó la espalda.

—Déjame, Nat, que a este ritmo no cenamos —rio Lorena—. Tengo hambre, me agotaste.

Ella rio también.

—¿Qué hay de postre?

—Varios helados, frutas de temporada otra vez… y *crème brûlée* original para mi esposa.

—Listo.

—¿Pediste salmón?

—Sí. Sé que vas a querer un pedazo.

—¡Sí! —celebró Natalia con voz aniñada—. Gracias, bebé.

Una vez hecho el pedido, Lorena dejó la tableta a un lado y entrelazó sus manos con las de su esposa. Se quedaron así, en silencio, respirando profundo. Ambas soltaban, por fin, todo lo que las había separado en las semanas pasadas; la tensión, el miedo, las grietas. En ese instante se sentían libres; se sentían de nuevo esa pareja que todos admiraban. Y que ellas mismas extrañaban.

—¿En serio no quieres salir? —preguntó Natalia—. Hay varias actividades nocturnas.

—Prefiero que nos quedemos descansando aquí. Hace tanto que no estamos tranquilas, juntas —respondió Lorena—. Pero es temprano… si nos apetece, salimos luego.

—¿A medianoche por un café? —propuso.

Su esposa sonrió.

—Esa es buena idea. Después de hacer el amor.

Lorena se giró hasta quedar sentada a horcajadas sobre ella.

—Por supuesto —respondió, tomándola por las caderas y dejando que sus bocas se fusionaran una vez más, mientras el crucero se alejaba del puerto.

***

Después de cenar sentadas en el balcón, con la luz de la luna iluminándolas y el sonido del mar envolviéndolas, la pareja se quedó conversando entre besos hasta que el frío nocturno las obligó a entrar. Decidieron entonces sacar el equipaje de las maletas y acomodarlo en los cajones y el clóset.

Natalia acomodó los artículos de aseo personal en el baño, mientras la rubia organizaba la ropa.

—Lore, por favor, dame un pijama. ¡El más caliente que hayas traído! —gritó la cobriza desde la ducha.

Lorena rio y se acercó a la puerta.

—¿Cuál echaste a la maleta? —preguntó con un tono de burla.

—No sé. Mi esposa es quien se encarga de eso.

Lorena volvió a sonreír, llena de orgullo, mientras tomaba el pijama de algodón, de pantalón largo, que minutos antes tendió sobre la cama. En efecto, ella metió a la maleta pijamas para ambas, así como todo lo necesario para dormir y el cuidado de la piel. Siempre lo hacía ella; Natalia nunca se encargaba de eso. Y nunca le había faltado nada.

El baño, para ser el de un barco, era bastante cómodo, aunque la ducha resultaba casi diminuta. Aun así, Lorena se desnudó en la habitación y entró, sorprendiendo a su esposa por la espalda, mientras el agua caliente caía sobre su piel.

—Ya el pijama está listo —le anunció, pegada a su oreja.

—¿Qué haces? Cierra la puerta. Tengo frío, mi amor —le dijo Natalia, colgándose de sus hombros.

—Disculpa la intromisión, es que, ahora soy yo quien tiene antojos —susurró, mordiéndole la oreja.

Lorena la giró hasta pegarla a la pared, que gracias al vapor, no estaba fría; la besó de nuevo hasta lograr que su cuerpo subiera de temperatura. Solo salieron cuando la piel se les arrugó y la respiración se acompasó.

Era pasada la medianoche y ambas reían, recordando su primera tarde en un crucero; se hallaban sentadas en una de las mesas del café abierto las veinticuatro horas, vestidas con sus pijamas calientes a juego, las manos entrelazadas y la tranquilidad, por fin, instalada entre ellas.

Capítulo 43

—Buenos días, señoras.

Tanto Lorena como Natalia se giraron al escuchar las voces de Iván y Joel a sus espaldas. También descendían del barco para visitar la primera isla donde hacían parada.

Natalia, con un sombrero de ala ancha de paja, vestía un lindo pareo colorido; mientras que su esposa estaba cómoda con un *short* de color amarillo, en combinación con una blusa floreada y una gorra a juego. La sonrisa de ambas fue amplia al encontrarse con ellos.

Se saludaron con besos en las mejillas.

—Hola. ¿Qué tal su primera noche? —preguntó Lorena.

—Para Joel fue terrible —respondió su pareja, señalándolo.

El hombre se cubrió la cara con ambas manos. Ellas rieron al verlo sonrojado.

—¿Por qué? ¿Qué les pasó?

—Mareos. El barco se movía demasiado —respondió Iván.

—¡Qué va! Nosotras no sentimos nada.

—Eso mismo le dije. Yo tampoco sentí mucho, aunque "nada" no es una descripción muy precisa —explicó Iván, tocándose la barba.

—¿Pero ya te sientes mejor? —se interesó Natalia, ladeando la cabeza.

Joel sonrió.

—Sí, después de cuatro Dramaminas, me siento mucho mejor.

—¿Tomarán un tour? —les preguntó Iván, interesado.

Ellas se miraron. Conocían bastante bien la isla de Saint Thomas, así que pensaban tomar un taxi para llegar a Coral World y quedarse parte del día tiradas en la arena.

—Bueno, acá no hay tanto que ver que no sean las playas —dijo Lorena—. Si quieren, podemos alquilar un jeep entre los cuatro y hacer el tour sin guía —propuso.

—Bueno, amor, tú serías la guía —dijo Natalia, divertida.

Los cuatro rieron.

—Sí, puedo llevarlos —accedió ella—. Dar la vuelta a la isla toma unas tres horas, deteniéndonos en algunos lugares. Hay playas impresionantes. Coral World es nuestra favorita. ¿Les parece el plan?

Fue el turno de los hombres de intercambiar miradas.

—Iván, ¿qué dices?

Él se encogió de hombros.

—Lo que prefieras —respondió.

Joel asintió, aceptando el plan de Lorena.

—Perfecto. Vayamos a alquilar el jeep.

Las dos parejas se encaminaron por el muelle hasta la calle donde estaba el concesionario. Los hombres se ofrecieron a costear el alquiler del jeep, puesto que ellas se encargarían de conducir y guiarlos.

Charlotte Amalie, la capital de la isla, respiraba turismo en cada esquina. La música reggae, los olores a carnes asadas y la mezcla de lenguas criollas, anunciaban que la acción ya había iniciado. A pesar de que el inglés era el idioma oficial, en los alrededores también se escuchaba mucho español, influenciado por la cercanía y el flujo constante de puertorriqueños y dominicanos en las Islas Vírgenes.

Una vez en carretera, rodeando la isla, los cuatro sintieron una química inequívoca. Desde la música que pusieron en la radio hasta las risas y chistes que intercambiaban; todo fluía con naturalidad. Los gritos al tomar las curvas pronunciadas, los divertían de sobremanera.

Lorena se detuvo en el primer negocio de una de las calles; Iván se lo solicitó para comprar cerveza. El sol caribeño era abrasador; y el viento golpeándoles el rostro, tampoco ayudaba.

El local, una mezcla de bar con mini mercado, llamaba la atención por la variedad de salados colgando en el balcón de madera. Los recibía una barra improvisada; un madero ancho que dividía el mini mercado de la barra. Dos hombres morenos, jugaban dominó, en un espacio abierto, concentrados y ajenos al bullicio.

Una vez más, ellas se miraron ante la ineludible presencia del alcohol en sus vacaciones. Natalia sintió un nudo grande en el pecho; sabía que antes las dos disfrutaban de beber cerveza cuando iban a la playa o salían de viaje. Ahora su esposa se limitaba por

consideración. Sin embargo, al ver a los hombres regresar al jeep con cuatro botellines y un par de bolsas de salados, no se atrevieron a negarse.

Lorena asintió hacia su esposa. Estaba a su lado; nada malo pasaría porque la cuidaría como siempre.

—Brindemos, chicas —ofrecieron los hombres desde la parte trasera del todoterreno—. Por la amistad y por el amor. Por encontrarnos y conocernos.

—Por la amistad —brindó Lorena—. Es un verdadero placer conocerlos.

Ellas chocaron las botellas y se hicieron con una porción de salados. Lorena dio un sorbo y volvió a poner en marcha el vehículo, integrándose de nuevo a la calle.

La isla estaba llena de grandes cuestas que les permitían contemplar, desde lo alto, el azul profundo del mar, rodeándola. De reojo, Lorena observaba a su mujer; cada vez que bebía un sorbo de cerveza, suspiraba, mirando hacia afuera, participando sin demasiado ánimo en la conversación.

La mente de Natalia la llevaba una y otra vez a lo ocurrido la última vez que bebió alcohol; el recuerdo intentaba interferir con el instante que estaban disfrutando.

Lorena miró por el retrovisor; vio a los tortolitos recostados uno contra el otro, señalando los paisajes con entusiasmo. Ensimismados en las vistas y el momento. Entonces extendió su mano hasta tomar la de su esposa.

Natalia la miró y le sonrió.

—Toma tu cerveza, bebé. Se calentará —le dijo Lorena en voz suave. Ella le sonrió sin mucho ánimo—. No nos propasaremos, ¿de acuerdo? Estoy aquí… Te cuidaré —murmuró para que ella le leyera los labios.

En respuesta, Natalia se acercó y le dio un beso tierno en su mejilla, luego se apretó a su brazo.

Cuando avistaron la playa de Coral World, los hombres se quedaron sin aliento. Desde lo alto se distinguía la cúpula blanca del observatorio marino que identificaba la atracción turística. El mar resplandecía con distintos tonos de azul gracias a los corales y las

algas que habitaban en sus aguas. La arena blanca y el verdor de las uvas playeras, y las palmas, ofrecían una variedad visual inconfundible. No era casualidad que fuera el lugar favorito de la pareja cuando visitaban la isla en un crucero.

Las chicas sonrieron complacidas al escucharlos. El temor a un mal momento ocasionado por el alcohol, quedó a un lado; disfrutarían del día, de sus vacaciones y de la amena compañía de los dos hombres que se comportaban con mucho respeto hacia ellas.

Natalia localizó un sendero en un área un poco más apartada del sitio turístico. Metió el jeep hasta la blanca arena y estacionó debajo de las palmas. Un nativo, con sombrero de paja y *short* deshilachado, se acercó, ofreciéndoles cerveza, refrescos y hielo; también sombrillas de playa y sillas.

Esta vez fue Joel quien tomó la palabra.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó al hombre

—Eifren.

—Bien, Eifren, nosotros nos daremos un chapuzón y regresaremos. Queremos cuatro sillas, dos sombrillas y dos de esas —señaló la neverita con cervezas.

Eifren sonrió cuando Joel le tendió veinte dólares. En ese instante, detrás de este apareció una mujer que identificaron como su pareja; su sonrisa también fue amplia al saber que ese día tendrían un ingreso por sus servicios.

A continuación, los cuatro amigos salieron corriendo, mar adentro, como niños sin padres, dejando a su paso las prendas que no debían mojarse.

Capítulo 44

—¿La estás pasando bien? —preguntó Lorena, recostada sobre el pecho de su esposa.

Ambas se encontraban sentadas en el balcón de su camarote, disfrutando de su tercer amanecer en medio del mar.

Lorena jugaba, distraída, con los dedos de Natalia, mientras esta acariciaba su cabello con movimientos lentos; llevaban demasiado tiempo en silencio. Ella le daba el espacio que sospechaba que necesitaba. Desde que abrieron los ojos, una hora antes, la cobriza permanecía apagada, pensativa.

Más de una vez ella la sorprendió mirándola, como si quisiera decir algo que se le atoraba en la garganta. Fue cuando expresó su deseo de desayunar en la intimidad del camarote, que Lorena confirmó que algo pasaba por su mente.

—No sabía cuánto necesitaba estas vacaciones —murmuró Natalia al fin—. Gracias, por complacerme y ayudarme.

Lorena se giró hasta arrodillarse entre sus piernas. Le llamó la atención el tono nostálgico con el que ella habló, así que precisaba confirmar que estaba bien. Sus ojos eran el espejo donde podía encontrar respuestas.

—Quiero que las aprovechemos —le dijo—. Que sea como otra luna de miel, porque yo también necesitaba esta complicidad —declaró, luego le acunó el rostro con delicadeza—. Te he extrañado tanto, mi amor.

Los pucheros de Natalia eran, por completo, la debilidad de Lorena. Cuando aparecían, ella besaba sus labios, logrando una de dos cosas; su esposa estallaba en risas, o la ocasión se convertía en un momento apasionado que ninguna de las dos detenía.

Pero, esta vez, Natalia recibió el beso con lágrimas en los ojos; incluso, se colgó de sus hombros, lo que sorprendió a Lorena.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? Te noto muy nostálgica.

—Tuve tanto miedo de perderte, Lorena —respondió, pegada a su cuello, aferrándose a ella como a un salvavidas en medio del mar.

Ella la estrechó con la ternura de siempre.

—Estoy aquí, ya lo demás pasó —le aseguró.

Pero el movimiento de su cabeza, rechazando su premisa, le dijo que ella no estaba de acuerdo.

—No… No ha pasado —la contradijo—. Te lastimé físicamente. Sé que las parejas se lastiman con palabras, pero nunca así. No merecías aquello.

Natalia separó de ella; apartó la tela de la blusa del pijama hasta buscar la marca de su mordida, que era ya casi invisible. Pasó los labios por ella, intentando de alguna manera borrarla. Había estado conteniendo el sentimiento de culpa desde la noche anterior, cuando hicieron el amor; en medio de las caricias, sus ojos se detuvieron ahí.

Por supuesto, Lorena se percató cuando Natalia acarició la marca con un dedo. De inmediato se volteó para situarla debajo de ella y borrar, con besos, la imagen en su mente. Pero, aunque creyó que aquello no tendría mayor peso para su esposa, era todo lo contrario.

Una vez terminaron el acto de amor, Lorena la estrechó contra su cuerpo; entonces la rojiza marca apareció de nuevo en su memoria.

Y permanecía ahí, casi diez horas después.

—Escúchame —le pidió Lorena, acunándole el rostro—. Yo quiero que eso pase. Estamos tratando de dejarlo atrás, Nat.

—Quiero hablarlo, Lorena. Necesito hablarlo.

Ella suspiró profundo; no era lo que deseaba en esas vacaciones. Quería recuperar por completo lo que tenían, su relación perfecta. Pero la mirada de culpa de Natalia, sus sollozos y, sobre todo, su petición de conversar sobre lo que la martirizaba, dejaban en saco roto sus planes.

Lorena besó su frente; se apartó después de secarle las lágrimas, le sonrió y acarició sus hombros. Asintió, separándose un poco, sin salir de entre sus piernas.

Esta vez fue Natalia quien tomó sus manos. Volvió a hacer pucheros, que intentaba evitar mordiéndose los labios.

—He estado comparando nuestro compartir con Joel e Iván… —comentó Natalia. Lorena se tensó—. Sé que has abierto la

posibilidad de que tengamos amistades en común y sé por qué lo hiciste…

—Natalia…

—Escúchame —pidió—. No lo critico, te lo agradezco, porque no tenía otra comparación. Tengo conocidos, tenemos amistades, pero a ninguno lo consideraba mi amigo, solo…

La miró, evitando mencionar los nombres.

—Osmer y Jeff —dijo Lorena.

Natalia asintió.

—No tuve una relación saludable con ellos —extendió la mano hasta posarla sobre su pecho—. Te lastimé, me dejé llevar, queriendo su aceptación. Siempre fue así. Erré en mi idea de que jamás me dejarías. Acepté aquel maldito narcótico porque quería olvidar que mi comportamiento nos estaba afectando. Todo para complacerlos, para hacerles creer que no me manejas.

—No te manejo, Nat.

—Lo sé, bebé, lo sé. Pero, en aquel momento, era lo que me hacían ver y me cegaron. Todo empezó con el problema de mi trabajo —explicó, casi sollozando—. Fueron mi escape y no lo manejé. No lo pude manejar.

Los sollozos pasaron a ser gemidos cargados de dolor, culpa y arrepentimiento. Lorena tiró de ella hasta fundirla entre sus brazos.

—Vamos a superar esto juntas —le aseguró—. Yo lo entendí. Sí, me lastimaste, pero siempre supe que no eras tú. No te culpé porque no estabas en tus sentidos. Ya pasó, por favor, déjalo.

—No puedo, Lore.

—Eres fuerte, inteligente. Lo importante es darte cuenta del error, de saber identificar una mala intención. Y, sobre todo, amor —la hizo mirarla—, confiar en mí. Nunca te haré daño.

—Nunca me dejes —suplicó, con el terror brillando en sus ojos.

Lorena sintió que la garganta se le cerró al ver su angustia.

—¿Cómo te voy a dejar? —Dijo Lorena, con la voz quebrada—. ¿Cómo voy a vivir sin ti?

Después de esa profunda y dolorosa conversación, en la que no dejaron de abrazarse durante varios minutos, en la que todo gritaba que una vez más se elegían, las dos se quedaron en calma, una

recostada del pecho de la otra, respirando al mismo ritmo. Se quedaron contemplando la inmensidad de un mar eterno, escuchando la música, los murmullos y risas de los niños, proveniente de las actividades en la piscina. El mundo parecía suspendido ahí, contenido solo por el vaivén del barco.

Fue Lorena quien se movió primero, saliendo con suavidad del refugio que eran los brazos de Natalia. Ella la siguió con la mirada, atenta, serena.

—Vamos, hoy es día de navegación —dijo Lorena con una sonrisa renovada—. Subamos un rato a cubierta. Quiero presumir… —tiró de ella hasta ponerla de pie y la atrajo contra sí— del cuerpo de la mujer más preciosa de este crucero —añadió, pegando su frente a la de ella.

Natalia, por fin, sonrió con sinceridad.

—Exagerada —dijo—. Con los mujerones que vemos entre los pasajeros, ¿quién podría fijarse en alguien de un metro sesenta y tres?

Lorena rio.

—Para mí eres perfecta. Yo te veo, yo te ligo, y quiero que todos sepan que eres mía.

Fue el turno de Natalia de reír; negó apenas con la cabeza, y la besó con dulzura.

—Amo cuando dices eso.

Lorena apoyó su frente en la de ella, cerrando los ojos un instante.

—Lo sé —susurró—. Todos los días te elijo. Eres mía porque yo también te pertenezco —declaró.

Capítulo 45

—Nuestras dos personas favoritas del crucero.

Lorena y Natalia abrieron los ojos, sorprendidas; se encontraron con sus nuevos amigos, Iván y Joel frente a sus tumbonas. Ellas llevaban un rato tomando el sol frente a una de las piscinas, ya dormitaban, por eso no se percataron cuando ellos se acercaron.

Ambas sonrieron al instante.

—Hola, chicos —saludaron al unísono.

—Se adelantaron a nuestra idea de broncearnos antes de que el crucero acabe —dijo Iván, lanzando la toalla que llevaba en la mano sobre la tumbona más cercana a las de ellas.

—Está empeñado en parecer un camarón —bromeó Joel.

Las chicas rieron.

—Con la piel tan blanca, no lo dudo —intervino Natalia, riendo.

—Compré un protector con un factor de más de cincuenta —puntualizó Iván, con orgullo.

—Yo me iré directo al agua —dijo Joel, quitándose la camiseta que llevaba puesta.

—Te acompañaré —ofreció Lorena, levantándose.

Natalia y Joel se quedaron viendo a sus respectivas parejas lanzándose al agua, mezclándose con el resto de las personas.

—Será a él a quien le arda luego la piel —comentó Iván, sentándose en la tumbona donde dejó la toalla.

Natalia rio.

—Es una lástima que ya se acabe el crucero —dijo con un dejo de pesar.

Las cosas parecían resueltas entre ella y Lorena. Después de que le pidió perdón, que lloró entre sus brazos, por fin sentía que la tensión se había esfumado. En los ojos de su esposa no atisbaba incertidumbre alguna; su mirada volvió a ser limpia, serena, como siempre lo fue. El crucero les había servido para reconocer los errores y para perdonarlos también. Las dos lo sentían como una segunda luna de miel, por eso pensar que se acababa, le causaba pesar.

—No quieres que se acabe, ¿eh? —Iván también se despojó de la camiseta y empezó a aplicarse el protector.

—No, en lo absoluto. O creo que necesito un último momento de puro romance con Lorena.

Iván sonrió.

—¿Y por qué no haces que suceda?

—¿Qué?

—Ese último momento romántico.

Natalia rio.

—Esas cosas son más de Lorena.

—Oh, vamos, estoy seguro de que puedes sorprenderla de vez en cuando.

—No, de verdad, siempre necesito ayuda.

—Entonces ya la tienes —dijo Iván, con los ojos brillándole de emoción—. Tengo una idea —declaró, poniéndose la camiseta—. Vamos —la invitó después de levantarse. Hasta le ofreció la mano.

—¿A dónde?

—A poner en marcha tu último momento romántico —respondió —. Ponte algo sobre el traje de baño que nos iremos de compras.

Natalia dudó un instante. Miró hacia donde se encontraba Lorena, que conversaba, distraída con Joel. La emoción de Iván sembró en ella la ilusión de sorprenderla antes de que el crucero acabara. Cuando regresó su atención al hombre frente a ella, sonrió y no dudó.

***

Lorena captó el movimiento en el área donde estaban las tumbonas que ellas ocupaban. Al mirar, Natalia e Iván se alejaban, tomados de las manos.

—¿A dónde van esos dos? —preguntó Joel, que había mirado en su misma dirección tras advertir que no le prestaba demasiada atención.

—No lo sé.

Los dos se quedaron mirando hasta que sus parejas desaparecieron de sus vistas.

—Algo traman —dijo Joel.

Lorena sonrió.

—Es posible que hayan ido a buscar algo de comer.

—Hubiesen ido en esa dirección —señaló Joel, apuntando hacia el lado contrario. Ella se encogió de hombros; alguna buena razón debió tener Natalia para escabullirse con Iván—. Igual termino metido en líos.

Lorena rio.

—¿Por qué ibas a terminar en líos?

Iván bufó.

—Si te contara las cosas que inventa el amor de mi vida.

—Cuéntamelas —le pidió ella riendo.

Iván no dudó ni un segundo en empezar a relatarle las travesuras que su pareja se inventaba. Lorena ni siquiera se percató del tiempo que transcurrió entre cada anécdota, pero fue alrededor de una hora después cuando vio a los fugitivos regresar. Sonreían con complicidad. En la distancia, Natalia buscó su mirada; la manera como sonrió le anunció que no era Iván quien tramaba algo, sino ella. La conocía como a la palma de su mano.

Lorena adoró volver a ver su sonrisa; esa que tanto amaba. En ese momento, ella tuvo la certeza de que la tormenta que las azotó había pasado. Podía ver el cielo despejado en sus ojos y el feliz para siempre que soñó junto a ella, en su mirada cargada de amor.

***

Ya había caído la noche cuando Lorena entró al baño del camarote para ducharse. Notó a Natalia un tanto ansiosa, pero no se preocupó porque sabía que no se debía a algo negativo. De hecho, fue ella quien la instó a entrar al baño, alegando que tenía mucho apetito.

Sus sospechas de que Natalia planeó algo con Iván, se hicieron realidad al salir del baño. Lo primero que vio fue un camino de pétalos de rosas que iban desde la cama hacia las puertas que daban al balcón. Lo segundo que llamó su atención, fue el largo vestido de noche tendido sobre la cama que, a primera vista, le encantó. A continuación, su mirada se posó sobre la nota que yacía encima del vestido. Se acercó a la cama y tomó el papel.

“Te espero en el balcón”.

Lorena sonrió, luego siguió con la vista el sendero de pétalos. El corazón en su pecho empezó a latir fuerte y rápido, con el amor que sentía por Natalia burbujeando a mil. Con emoción, pero sin prisa, se puso el vestido y se calzó unas sandalias que halló también cerca de la cama. Se peinó y se aplicó un suave tono de rosa en los labios; el color que a su esposa le gustaba.

Poco después, siguió el sendero hacia las puertas del balcón; como en cámara lenta, las abrió. La brisa marina la golpeó, pero más lo hizo la imagen de Natalia, que lucía bellísima en un vestido muy parecido al suyo, de color rojo. Ella contuvo el aliento cuando la mirada de su esposa recorrió su figura con absoluto descaro. Advirtió en sus ojos su deseo; ese que siempre ardió entre ellas, así que tragó saliva.

—Puntual como siempre —dijo Natalia.

—El tráfico ayudó —bromeó, dando por fin un paso. Su esposa rio. Cuando la tuvo a su alcance, la rodeó por la cintura y se acercó para oler su perfume. Cerró los ojos por puro placer al percibir el aroma que la hacía perder la razón por completo—. Estás hermosa —le susurró al oído antes de apartarse lo suficiente para mirarla a los ojos.

—No más que tú —declaró Natalia también en un susurro.

Lorena sonrió.

—¿Cómo hiciste esto? —preguntó, refiriéndose al ambiente romántico, la música que sonaba en la habitación, la cena sobre la mesita y la botella de champán dentro de una cubeta de hielo.

Natalia sonrió, misteriosa.

—Tuve un poco de ayuda —confesó, tendiéndole la copa que llevaba unos minutos llena.

Lorena sonrió, sabiendo que Iván tenía mucho que ver.

—Me encanta —declaró, brindando antes acercarse a los labios de su esposa y besarla.

Fue un beso tierno; con el mar, el cielo y las estrellas como testigo. Cuando volvieron a mirarse, sus ojos brillaban.

—Quería un último momento romántico contigo —dijo Natalia.

Lorena arqueó una ceja.

—¿Un último?

Su esposa sonrió.

—En el crucero —aclaró.

—Así está mejor, porque te amo demasiado para que sea el último —le dijo, mirándola a los ojos. Perdiéndose en sus brazos.

—Hoy es nuestra última noche, quiero aprovecharla al máximo —confesó Natalia—. Esta noche, esta cena, tú y yo, y la infinidad del mar como testigo.

Capítulo 46

—Chicas —habló Iván—, ya que no pudimos desayunar temprano, ¿qué les parece si las invito a un *brunch* aquí, en el Viejo San Juan?

Ellas se miraron, preguntándose una a la otra qué hacer. Fue Natalia quien aceptó la invitación y eligió el lugar que conocía; un *brunch* moderno en la calle San Sebastián, en pleno centro de San Juan.

Los cuatro guardaron el equipaje en uno de sus autos que se encontraba en el *parking* del muelle de San Juan; desde ahí, partieron caminando hacia el restaurante. El lugar era al aire libre; el clima del día les permitía permanecer sentados afuera.

Un joven, vestido de manera informal, les dio la bienvenida y los ubicó en una de las mesas, al costado del restaurante. Antes de entregarles el menú, les ofreció una jarra de mimosa. Ellos aceptaron, encantados; entonces los dejó decidir qué querían ordenar antes de almorzar.

La pareja de mujeres eligió *waffles* con pollo, mientras que los hombres se decidieron por sándwiches de huevo y jamón.

—Natalia —comenzó Iván, mirando a una y luego a otra—, Lorena, queremos decirles que para nosotros ha sido muy especial este viaje. Estamos muy agradecidos por haber compartido tiempo con ustedes. Y la verdad es que nos gustaría mantener la comunicación. Si ustedes están de acuerdo, por supuesto.

—Y decimos si están de acuerdo —interrumpió Joel con una leve sonrisa— porque nos dimos cuenta de que son bastante reservadas, por lo que no queremos irrumpir en su intimidad. Sin embargo, creemos que podríamos llevarnos bien. Nosotros también somos una pareja reservada. No compartimos con demasiada gente, aunque conocemos a muchas personas.

Las dos se miraron, cuestionándose qué hacer, qué decir, esperando la respuesta de la otra. Fue Lorena quien, después de sonreírle a su esposa, tomó la palabra.

—Bueno, para nosotras también ha sido un placer compartir con ustedes y conocerlos. Y sí, tienen razón, somos reservadas —dijo con honestidad—. Por eso nos parece que podemos darnos la oportunidad de seguir compartiendo… —agregó con un tono de broma.

En ese momento el mesero regresó con la jarra de mimosa, la colocó en el centro de la mesa, luego sirvió una copa a cada uno; lo que le resultó propicio para brindar por lo que acababan de conversar.

Tras casi dos horas en el restaurante, llegó el momento de despedirse. Los cuatro intercambiaron números de teléfono y se citaron allí mismo para el siguiente fin de semana. Durante esa conversación, y en el tiempo compartido en el crucero, ellas supieron que Iván era médico y Joel, corredor de bienes raíces. Ambos eran del área metropolitana, aunque no vivían tan cerca de ellas.

El trayecto a su hogar les permitió hacer planes inmediatos y futuros; ir al supermercado, decidir quién lavaría la ropa al llegar y quién pondría la casa al día. A Lorena aún le quedaban dos días libres de sus vacaciones, pero pretendía aprovecharlos descansando. Para Natalia, en cambio, esos dos días estaban destinados a empezar a buscar trabajo.

Lo que ninguna imaginó fue que, minutos después de llegar a su hogar, el teléfono de Natalia sonaría; las dos se miraron en cuanto oyeron el repique.

Lorena advirtió que su esposa frunció el ceño al ver en la pantalla el nombre de su compañero de trabajo. Se acercó de inmediato a su lado.

—¿Todo bien? —le preguntó en voz baja.

—Es José… —respondió Natalia antes de atender la llamada—. ¿Aló?

—¡Natalia! Qué bueno que te encuentro. ¿Cómo estás?

—Hola, José. Estoy bien, aunque sorprendida de escucharte. ¿Todo bien?

—Sí, sí, tranquila. Oye, ¿puedo pasar por tu casa un momento? Necesito decirte algo —le anunció.

Natalia dudó.

—¿Sucede algo? ¿No puedes decírmelo por teléfono?

—*Es una buena noticia, pero prefiero hablarlo en persona.*

Natalia miró a Lorena; esta asintió.

—Está bien, ven —aceptó.

La llamada finalizó un segundo después.

—¿Tienes idea de qué quiere? —le preguntó Lorena.

—No. Y eso es lo que me inquieta —respondió Natalia—. Hace semanas que no sabía nada de él.

Solo una hora tardó José en llegar a la residencia. Para sorpresa de Natalia, él la saludó con un fraternal abrazo.

—¡Natalia! Qué gusto verte.

Ellas todavía llevaban la ropa con la que bajaron del crucero, pero la curiosidad no las dejaba pensar en otra cosa.

El entusiasmo de José era evidente.

—Igualmente, José —respondió ella, aún intrigada—. Siéntate, por favor.

—¿Quieres algo de tomar? —ofreció Lorena—. No tenemos nada frío porque acabamos de llegar, pero el agua y los jugos están a buena temperatura.

—No, gracias —respondió José—. Prometo no quitarles mucho tiempo. Tengo una salida con mi esposa y se enoja si me atraso —confesó, sonriendo. Ellas rieron también. Entonces lo invitaron a tomar asiento en la sala con un gesto—. Verás, Natalia, ¿recuerdas la agencia de ancianos donde hiciste las prácticas cuando comenzaste en la empresa? —le preguntó.

Natalia asintió despacio.

—Claro que sí.

—Pues Marta, la dueña del lugar, llamó a la oficina. Por suerte, yo tomé la llamada —dijo con orgullo—. Preguntó por ti.

—¿Y qué con eso? —preguntó, rozando la curiosidad.

—Necesitan un administrador para el centro —le informó—. Y estaba muy interesada en saber cómo encontrarte.

Lorena y Natalia se miraron, sorprendidas.

—¿Un administrador? —repitió Natalia—. ¿Y… crees que sea viable?

—Más que viable —respondió José con convicción—. Ella te recuerda bien. Dice que los residentes te adoraban, que sabías tratarlos, entenderlos. Para ella eso es más importante que cualquier currículum.

Natalia tragó saliva, no esperaba aquello. Ella no apartaba los ojos de Lorena; su gesto era de absoluta incredulidad. Aún no sabía para qué la necesitaban, pero si se trataba de un puesto administrativo, estaba más que disponible.

—José… —habló con la inseguridad reflejada en el rostro—, ¿crees que haya algún inconveniente? Ya sabes, que le pregunten algo a Wilder.

Él sonrió, negando con la cabeza.

—Para nada —respondió con seguridad—. Marta estaba muy interesada y bastante desesperada por saber de ti. Recuerda que algunos de los viejitos eran muy apegados contigo y siempre preguntaban por ti. Para ella, lo más importante es tener a una persona que los entienda, que los ame y que conozca cómo se maneja un hogar de ancianos. Y la realidad es, amiga mía, que tú eres la persona indicada.

Lorena la miró, con la ilusión brillando en sus ojos.

—No tengo duda de eso —declaró ella con orgullo.

Capítulo 47

Natalia no podía estar más feliz. Llevaba cuatro semanas trabajando en Días Dorados, la residencia para abuelos donde, en efecto, ella hizo las prácticas para entrar a la empresa de Wilder. Después de hablar con José, ella se comunicó con Marta, alentada por él, pero más por Lorena, quien le infundió confianza en su capacidad profesional para asumir cualquier reto.

En esa llamada, Marta le pidió que fuera a su oficina y Natalia asistió a la cita. Todo lo que la dueña de la residencia le planteó, a ella le encantó. Al final de la reunión, recibió una oferta de trabajo. Ahora, lo demás era historia; trabajando en Días Dorados, haciendo lo que le gustaba. En su nuevo puesto no solo demostraba a diario su valía y capacidad, también compartía con los ancianos, quienes le profesaban un cariño infinito y al que ella correspondía con todo su corazón.

Esa mañana, mientras Natalia conducía hacia la cafetería donde se reuniría con Marta para desayunar, sentía que empezaba a dejar atrás todo el drama de su despido. En su puesto como administradora, daba lo mejor de sí y lo hacía bien, porque todos se lo decían; su jefa estaba encantada con su gestión. Y en su vida personal no podía irle mejor; a su regreso del crucero, ella y Lorena volvieron a su cotidianidad, a ser la pareja de siempre; firme en su amor. Volvieron a ser felices. Su esposa le demostraba confianza y eso la llenaba como nunca antes. Atrás quedaban los días oscuros, las tormentas, todo.

Natalia estacionó su camioneta cerca de la entrada de la cafetería; divisó el auto de Marta antes de descender. Ella guardaba las llaves en su cartera, distraída, cuando empujó la puerta de entrada. Se detuvo al tropezarse con alguien.

—Disculpa —dijo, sin mirar a la persona.

—Vaya sorpresa.

Natalia levantó la vista al oír la voz de Jeff.

—Jeff, hola —saludó, buscando a Osmer a su alrededor, pero él estaba solo.

Ella no había roto por completo el contacto con sus amigos; después de todo, le dolía alejarse de ellos. Por eso, de vez en cuando, los saludaba por teléfono. Incluso, les contó que consiguió trabajo. Al instante, los dos dijeron que debían reunirse para celebrarlo, pero ella se excusó, alegando que tenía que poner al día muchos asuntos de su nuevo trabajo.

Antes, pensar en sus amigos, le causaba cierta ansiedad, pero después de tantos días, de haber dejado de beber y de conseguir trabajo, su confianza se había fortalecido; también, gracias al apoyo de Lorena. Ahora estaba segura de que sabría manejarlos, que no se dejaría manipular. Además, quería salvar la amistad que tenían desde hacía años.

—No te preguntaré como estás porque te ves bien —dijo él, mirándola de arriba abajo.

Ella sonrió.

—Gracias.

—¿Cuándo celebraremos tu nuevo trabajo? —insistió.

Natalia sonrió. Al instante, pensó en Lorena; en lo que ella diría si sabía que volvió a salir con sus amigos.

—Como les dije antes, ahora estoy bastante ocupada.

—Oh, vamos. Estás aquí —señaló la cafetería—. Puedes sacar un tiempo para nosotros. ¿Es que no nos extrañas? Mira, ya casi no bebemos, si es lo que te preocupa. Solo queremos verte.

Natalia se sintió un tanto acorralada. Pensó en lo que opinaría Lorena; aunque también quería demostrarle que ahora que tenía trabajo y todo estaba bien entre las dos, podría salir con ellos sin ponerse en peligro. Sabía que no debía beber, así que, teniéndolo claro, nada debía salir mal.

—Te prometo que en cuanto mi agenda esté menos apretada, nos reuniremos.

Jeff sonrió, complacido.

—Así me gusta —dijo—. Los amigos no deben olvidarse. Osmer y yo siempre estaremos para ti. ¿O es que no te lo hemos demostrado?

Natalia sonrió, recordando lo que ellos le hicieron al auto de Wilder. Ella jamás supo lo que planearon, no se los hubiese

permitido, pero, de algún modo, en aquel momento, sintió que contaba con alguien en el mundo.

—Les escribiré —dijo, en lugar de responderle.

—De acuerdo. Osmer estará encantado.

Ella sonrió y él le dio un beso en la mejilla como despedida.

***

En la tarde, cuando Natalia llegó a casa, se sentía energizada. A pesar de que en la residencia era de cuidado para ancianos, ella se contagiaba de esa energía que solo ellos irradian. Después de cambiarse, se dispuso a hacer la cena. Lorena no tardaría en regresar y quería sorprenderla con su comida preferida; sus clásicas costillas asadas con salsa de fresa.

Cuando Lorena llegó, las costillas llevaban media hora al fuego.

—¡Hola! —saludó, dejando sus cosas sobre el sofá.

—Hola —respondió Natalia desde la cocina.

Le dedicó una amplia sonrisa a su esposa en cuanto se adentró en el espacio. Ella estaba sentada en la isla, con el teléfono en la mano; lo hizo a un lado cuando Lorena se acercó y le dio un beso en los labios.

—Huele rico —dijo, acercándose al refrigerador. Tenía sed desde que salió de la oficina—. ¿Cómo te fue hoy?

Natalia sonrió.

—De maravilla.

Lorena rio.

—Todos los días son de maravilla, ¿eh?

Su esposa sonrió como una niña traviesa.

—Es la verdad. Hoy hubo un nuevo ingreso.

—Qué bien —dijo, antes de beber el vaso de agua que se había servido.

—La cena estará en unos minutos —le anunció su esposa—. Si quieres, ve a ducharte. Después de cenar, deseo ver una película que me recomendó uno de mis chicos.

Lorena sonrió.

—De acuerdo. Ya regreso —dijo, antes besarla en la frente.

Natalia correspondió a su gesto, besándola en la barbilla; sonriendo, la vio salir de la cocina. Suspiró hondo, antes de posar la vista en su teléfono. Lo tomó y entró al chat del grupo que tenía con Jeff y Osmer. Leyó los últimos mensajes:

Jeff: Nos alegra que te sientas bien y salvaras tu relación.

Después de que se fue de crucero con Lorena, ella permaneció desconectada, a pesar de que en las islas que visitaron tenían acceso a internet. Al regresar, prefirió ignorar los mensajes del grupo. Estaba casi segura de que sus amigos, en algún momento, le reprocharían que no les contestara. Ese día, tras encontrarse con Jeff y desayunar con Marta, al ir a la oficina, decidió leer los mensajes.

Para su sorpresa, ni Jeff y ni Osmer le reprocharon nada; solo se mostraron preocupados por su ausencia. A ella le pareció que demostraban una nueva actitud y, de cierta manera, lo agradeció. Entonces los saludó y le contó del crucero y lo bien que le iba en su trabajo. Ellos parecieron contentos por ella.

Osmer: Entendemos también por qué tu esposa se preocupó por nuestra cercanía, pero podemos demostrarle que jamás te haríamos daño.

Jeff: Te lo dije, siempre estaremos para ti. Eres nuestra pequeña.

Natalia leyó los mensajes y las palabras de Osmer se quedaron rondando su cabeza. ¿Y si le demostraba a Lorena que de verdad ella había superado todo? ¿Y si le demostraba que podía estar con sus amigos sin que ella tuviera que preocuparse?

Capítulo 48

Quince días transcurrieron desde el encuentro de Jeff con Natalia a la entrada de la cafetería. Desde entonces, él y Osmer continuaron comunicándose con ella por mensajes de manera esporádica. Sin embargo, lo extraño era que Natalia solo lo hacía en horas laborables, nunca al llegar a casa y, mucho menos, en presencia de Lorena.

Ellas continuaron llevando una vida normal y agradable, compartiendo la mayor parte del tiempo posible y respetando sus espacios, como siempre lo habían hecho. En una ocasión, incluso, se reunieron con sus nuevos amigos, Iván y Joel, en el Viejo San Juan. Aquella tarde fue amena para los cuatro y sirvió para afianzar aún más la relación entre el cuarteto y destacar la ventaja de compartir con otras personas de manera sana; sin segundas intenciones ni aprovechándose de ninguno.

Fue un jueves cuando Lorena comenzó a sentirse inquieta por una situación, en apariencia, sin mayor relevancia. Esa tarde, Iván la llamó al trabajo para preguntarle si podían reunirse el siguiente fin de semana. Como siempre, ella le consultaba todo a su esposa y así se lo hizo saber a su amigo.

Cerca de las dos de la tarde, Natalia texteaba mensajes con sus amigos durante su tiempo de descanso. Osmer les contaba sobre un negocio que estaba planeando; la venta de automóviles usados.

"Si tu esposa no fuera tan quisquillosa, podrías pedirle opinión sobre este nuevo negocio", comentó Osmer en el chat.

"Recuerda que Lorena negocia con vehículos nuevos, no sé si tenga conocimiento sobre la venta de usados", respondió Natalia.

"Sí, pero sabes que, aunque lo supiera, no me ayudaría. Tu esposa no me tolera."

"No hables así de Lorena, no la conoces y sabes que no me gusta", le pidió Natalia.

"Sí, ya sé... Lo que diga tu esposa es ley para ti."

La conversación empezaba a tornarse incómoda cuando empezaron a llegar los mensajes de Lorena. Incluso, recibió una llamada que decidió desviar. Natalia sintió que sería una falta de respeto contestar mientras hablaba con los chicos. Además de que tendría que mentirle si ella preguntaba.

Lorena, por su parte, advirtió que Natalia estaba en línea. Le justificó mentalmente que no respondiera porque acababa de terminar su hora de descanso, pero una diminuta espina de duda se le clavó en el pecho cuando intentó llamarla dos veces y ambas llamadas se desviaron al buzón. Decidida a no dejarse llevar por una mala interpretación, dejó el celular a un lado y salió a la sala de espera del concesionario. Siempre había clientes que atender y empleados que supervisar; eso le daba margen para evitar perder el control de sus pensamientos.

Y la duda no nació solo de esa situación. En dos ocasiones previas, había visto a su esposa apagar el celular al llegar a casa.

El ardor en el pecho de Lorena se intensificó cuando llegó puntual a su hogar y Natalia aún no regresaba. En otro momento, eso no le habría generado inquietud alguna; sobre todo, considerando que los últimos dos meses habían sido, para ellas, miel sobre hojuelas.

Dejó su bolso sobre el sofá y se recostó en él con los brazos extendidos sobre el respaldo, intentando despejar la mente y alejar las dudas que se acumulaban. Natalia no había devuelto las llamadas ni contestado los mensajes. Media hora después, oyó la camioneta de su esposa y se incorporó de inmediato.

Natalia entró vestida con un conjunto de pantalón holgado y una blusa, de color azul, de mangas largas; la cartera le colgaba de un hombro y llevaba varias bolsas en las manos. Al verla, ella le sonrió, se acercó y la besó, luego alzó las bolsas.

—Amor, disculpa la tardanza. No tenía deseos de cocinar. Tuve un día pesado y quise traer comida preparada —anunció.

Lorena sonrió; suspiró, aliviada y se levantó para alcanzarla en la cocina.

—¿Qué pasó? —se interesó. Natalia se recostó de la encimera y le contó sobre una emergencia médica con uno de los residentes—.

¿Pero todo está bien? —preguntó—.

Natalia asintió.

—Sí, la familia del residente se presentó allá y se hicieron cargo —explicó—. Ahora iré arriba a dejar mis cosas —anunció—. Me cambiaré de ropa y bajaré para cenar, ¿te parece?

Lorena asintió, pero justo cuando se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre el respaldo de una silla, Natalia notó algo extraño; su esposa no acababa de llegar y, extrañamente, no parecía tener prisa por cambiarse, cuando era lo primero que solía hacer.

Extrañada, bajó el escalón que había subido, se acercó y la rodeó por la cintura.

—¿Estás bien? —le preguntó, mirándola a los ojos.

Lorena se colgó de sus hombros, le sonrió y la besó en la frente.

—Sí, amor. Todo está bien. Solo tuve un mal día y te esperaba.

—¿Quieres que nos duchemos primero? —preguntó Natalia, acomodándole los mechones de cabello que se le pegaban a las mejillas.

Lorena la estrechó más contra su cuerpo y aceptó. Natalia le guiñó un ojo, la tomó de la mano y juntas, subieron a bañarse.

Un rato después, vestidas con pantalones cortos, camisetas sin mangas y el cabello aún húmedo, se sentaron a la donde solían tomar café. Cenarían rollitos de sushi de camarón.

—Oye… te llamé dos veces hoy y no te encontré —comentó Lorena con un tono casual—. ¿No viste las llamadas?

Natalia detuvo la mano justo cuando llevaba un rollo de sushi a la boca; frunció el ceño. La verdad era que había olvidado devolverle la llamada. Se dio tiempo, comiendo el bocado. Tras tragar, negó con la cabeza.

—No las vi —mintió. El tono de su voz dejó una leve sombra de duda en Lorena, que no apartaba los ojos de ella—. ¿Y para qué me llamabas?

Lorena centró su atención en la comida por unos segundos.

—Iván nos invitó a una obra de teatro en Bellas Artes el sábado en la noche. Quería saber si nos interesaba para comprar los boletos.

Natalia tomó su vaso de agua, le dio un sorbo y se quedó pensativa. Desde que había hablado con sus amigos, una sensación incómoda se le instaló en la cabeza; como si salir con otras personas y evitarlos a ellos, fuera una falta de lealtad hacia su vieja amistad. Pero ese pensamiento no podía compartirlo con su esposa.

—¿No quieres ir? —preguntó Lorena, más confirmando que cuestionando, tras su largo silencio.

Natalia reaccionó de pronto y sonrió; negó con la cabeza.

—Sí, quiero ir —respondió—. Me quedé pensando, pero claro que sí, vayamos.

Ella volvió a concentrarse en la comida. Lorena no dejó pasar ninguna de sus reacciones; la conocía más que a nadie. Sabía que algo rondaba su cabeza, pero el temor la frenó. Todo seguía siendo miel entre ellas, no deseaba que la duda se colara en la relación.

Lorena desvió la mirada, tomó otro rollito de sushi y continuó comiendo con la cabeza baja. No deseaba de ningún modo que se notara su preocupación.

Cuando los envases quedaron vacíos, Natalia al fin rompió el espeso silencio.

—Bebé, me faltó comprar el postre. Chequearé en la nevera a ver si hay algo.

—Tranquila, mi amor, ya estoy llena —afirmó, echándose para atrás en el asiento.

—Pero tú siempre quieres postre —dijo, poniéndose de pie. La rodeó por la espalda, dejando besos suaves en su cabeza.

Lorena cerró los ojos, disfrutando de la sensación; tomó sus manos y se las besó con ternura.

Natalia recogió los envases, los tiró a la basura, se lavó las manos y luego subió a la habitación. Lorena la siguió con la mirada en cada paso.

Cuando Natalia regresó, no encontró a su esposa, ni en la cocina, ni en la sala. La llamó dos veces, hasta que la vio entrar por la puerta principal con varias carpetas en las manos.

—¿Y eso? —le preguntó, extrañada.

—Pensé en quedarme mañana en casa y trabajar desde aquí. No me estoy sintiendo muy bien. Hay varios empleados

congestionados y tengo demasiado trabajo como para enfermarme.

—Dame, te ayudo —ofreció ella, acercándose.

Natalia tomó las carpetas y los dejó sobre la mesa del comedor. En ese instante, Lorena notó que ella volteó su celular, que yacía sobre la mesa. Entonces se acercó y le tomó la mano. Su esposa respingó al sentir el contacto.

—Nat, ¿todo está bien? —le preguntó Lorena.

Su esposa le sonrió, abrió los ojos, algo sorprendida, y luego asintió.

—Sí. Claro que sí.

Lorena se quedó escudriñando sus ojos unos instantes, después acercó los dedos de su esposa a sus labios y los besó con suavidad.

—Recuerda que puedes decirme todo, mi amor —dijo—. Si tienes una situación en el trabajo, si te sientes mal, si tienes una duda o una inconformidad, solo dímelo —le pidió—. Estoy aquí para ti, todo el tiempo.

Sintiendo el peso de una culpa inexistente, Natalia asintió y le sonrió.

Capítulo 49

Natalia se encontraba en la oficina de la residencia; acababa de aprobar el presupuesto para la remodelación de una de las áreas de estar del lugar. Se sentía contenta porque con el rediseño, los viejos estarían más cómodos y el ambiente sería más agradable. Pensaba en ello cuando su teléfono vibró sobre el escritorio; al mirar, era un mensaje de Osmer en el chat del grupo. Los invitaba a almorzar.

Ella se quedó mirando el mensaje, considerándolo, mientras también pensaba en Lorena. Hacía un par de días había ido a almorzar con ellos; no se lo dijo a su esposa por no causar tensiones en su relación. Ella no había preguntado más por sus amigos; la conocía lo suficiente para saber que confiaba en que ya no los veía. Por eso se cuidaba de mantener su teléfono en silencio o apagado cuando estaba en casa.

La vez anterior, compartir con sus amigos, le resultó agradable. Y como ya no bebían en exceso, consideraba que no había nada de malo en pasar tiempo con ellos. Por eso aceptó la nueva invitación. Tanto Osmer como Jeff lo celebraron en el chat.

***

Lorena había tenido una mañana agotadora; sin embargo, desde hacía días, albergaba el deseo de compartir con Natalia fuera de casa. Pensar en salir a cenar no le resultaba una buena idea porque en la mayoría de las ocasiones, ella regresaba cansada de la residencia, así que prefería quedarse en casa y comer cualquier cosa. Esa tarde se le ocurrió sorprenderla, yendo a su trabajo para invitarla a almorzar.

Como era sorpresa, salió del concesionario veinte minutos antes para llegar justo a la hora de descanso de su esposa. Condujo sin prisa, sonriendo a medias porque siempre le gustó la expresión de Natalia cuando la sorprendía con algo. Al llegar a la residencia, estacionó en la zona para visitantes; tras descender y encaminarse hacia la entrada, buscó la camioneta de su esposa; le extrañó no

avistarla. Miró su reloj; era bastante temprano para que ella ya hubiese salido a comer, según sabía.

Lorena entró y se dirigió a la recepción.

—Hola —saludó a la mujer que se encontraba ahí.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarla?

—Busco a Natalia Oliver.

—Oh, ella salió a comer.

Lorena miró el enorme reloj colgado en la pared, a espalda de la mujer.

—¿A qué hora?

La recepcionista lo pensó.

—Hará unos diez minutos. Mencionó que la invitaron a almorzar —respondió—. ¿Quién le digo que vino a verla?

La información golpeó a Lorena; al instante pensó en Osmer y Jeff, pero luego atajó sus pensamientos, no queriendo juzgar *a priori*. Hasta donde sabía, Natalia había desayunado y almorzado algunas veces con la dueña de la residencia; tal vez fue ella quien la invitó. Aun así, prefirió que su esposa no supiera que ella estuvo ahí.

—Una amiga —respondió—. Pero la verdad es que quiero darle una sorpresa, así que preferiría que no le diga que estuve aquí —dijo, sonriéndole para ganar su empatía.

—Oh, por supuesto. Entiendo, no se preocupe.

—Gracias. Regresaré mañana.

—Hasta luego.

Lorena salió de la residencia procurando convencerse de que su esposa no andaba de nuevo en sus andanzas con sus tóxicos amigos. Subió a su auto y se fue de ahí.

***

Cuando Natalia se acercaba a la mesa que ocupaban sus amigos, se percató de que cada uno tenía un vaso de cerveza frente a ellos. Tragó saliva; la vez anterior, ella se tomó un par de cervezas, pero había jurado que no bebería más.

—Hola, nena —la saludó Osmer cuando la vio y se levantó para darle un beso en la mejilla.

—Hola —respondió, mirando el vaso con cerveza.

Jeff siguió la dirección de su mirada.

—Tranquila, solo nos refrescamos —le dijo.

Natalia se sentó; no quería incomodarlos, así que les sonrió. Notó que la boca se le hacía agua ante la cerveza.

—No se preocupen —dijo, colgando su cartera de la silla.

Osmer se echó hacia atrás en la silla, mostrando un poco de enojo.

—¿Sabes? Me parece que es injusto.

Natalia lo miró.

—¿Qué? —preguntó, porque no entendió a qué se refería su amigo.

—Nos has contado de tus nuevos amigos. Seguro que con ellos tu esposita sí te deja beber, pero con nosotros te limitas. ¿Y sabes por qué? —la miró, desafiante—. Porque fue ella quien los eligió.

Natalia no pronunció palabra alguna porque en su mente fueron calando las palabras de Osmer. Lorena siempre parecía dispuesta cada vez que se trataba de Iván y Joel; de hecho, sus últimas salidas habían sido solo con la pareja. Era como si ellos fueran los correctos.

—¿Por qué no ordenamos ya? —intervino Jeff para calmar los ánimos.

—Ordena tres cervezas —dijo Osmer, luego se dirigió a Natalia—. Ya probaste que no eres tan débil como para que unas cervezas te hagan daño, ¿cierto? —la retó.

Jeff la miró, esperando su respuesta. Natalia volvió a tragar saliva.

—Así es —respondió al fin.

—Bien —murmuró Osmer, poniendo su atención en el menú que tenía entre las manos.

***

Lorena se encontraba en la cocina preparando una ensalada César cuando Natalia llegó a la casa; por puro instinto, miró su reloj. Iban a dar las ocho de la noche; era la segunda vez que su esposa llegaba tan tarde.

—Hola, bebé —la saludó Natalia en cuanto entró a la cocina.

Ella le sonrió como siempre.

—Hola.

Se dieron un beso en los labios.

—¿Qué haces?

—Se me antojó una ensalada César.

—Oh, rico —dijo, mientras agarraba un trozo de lechuga.

—¿Qué tal tu día?

—Pesado —respondió, sentándose en la isla—. Estuve todo el día atrapada en la oficina revisando presupuestos y honorarios médicos.

Lorena la miró a los ojos.

—¿Todo el día? ¿No saliste a almorzar?

—No —respondió, bajando la vista al bol con la ensalada—. Pedí algo para comer en la oficina.

Una mentira. Natalia acababa de mentirle en la cara. Lorena acogió en su pecho un profundo miedo. ¿Por qué le mintió? Pensar en la respuesta le dio más miedo. Respiró profundo para apaciguar la tormenta en su interior; no era posible. Ella no podía volver a lacerarle el corazón. No lo creía, así que prefirió dejar pasar su mentira. Y su retraso.

—Esto ya casi está —anunció.

—Iré a ducharme. No tardaré.

Ella le sonrió como toda respuesta.

***

Dos semanas más transcurrieron. En ese tiempo, el comportamiento de Natalia empezó a cambiar de nuevo, haciéndose errático. Se mantenía pendiente del teléfono cuando estaba en casa. Olvidaba cosas importantes como pasar por el supermercado, a pesar de que se ofrecía a hacerlo. Y un par de veces que hizo las compras, olvidó sacarlas de la camioneta. En varias ocasiones llegó a su hogar pasada de la hora habitual.

Cada vez, Lorena esperó una explicación que nunca llegó, aunque su esposa sabía que ella se preocupaba cuando se retrasaba.

Esa mañana, las dos se preparaban para ir a sus respectivos trabajos cuando Lorena bufó de repente. Natalia volteó a verla.

—¿Qué?

—Acabo de recordar que hasta hoy es el plazo para pagar la tarjeta de crédito.

Natalia torció los labios.

—Ni lo menciones. Pasado mañana es mi fecha tope y estoy un poco corta de dinero.

Lorena la miró, extrañada.

—¿Y eso?

Ella apartó la mirada.

—Creo que me pasé de la cuenta comiendo en la oficina —explicó, dándole la espalda.

Lorena prefirió no decirle nada, a pesar de que supo que le mentía. Su paciencia estaba a punto de agotarse, pero, una vez más, decidió ceder.

Lo que ninguna de las dos sospechó fue que era posible que la última gota podría destruirlo todo. Incluso, el amor más profundo que se puede sentir por una esposa.

Capítulo 50

La impresión fue tan brutal que casi la hizo caer de bruces. Apenas cruzó la puerta de su casa, Lorena oyó las risas. Murmullos conocidos. El sonido inconfundible de latas al chocar. Siguió el ruido con el estómago encogido hasta que llegó al porche y allí los vio. Dos de los tres amigos, relajados, degustando cervezas como si aquel espacio —su casa, su techo— no fuera sagrado.

Natalia, vestida con un *short* y una sencilla camiseta, de color blanco, se hallaba de espalda a la puerta, pero fue la primera en girarse al notar que Jeff clavó la vista detrás de ella. Su rostro se transformó cuando se encontró con Lorena, inmóvil, rígida, con el bolso aún colgado del hombro, visiblemente impactada por la escena.

—Lore… —murmuró casi sin aliento antes de rodear el mueble y acercarse a ella. Natalia intentó tomarle la mano, pero Lorena la retiró de inmediato. No la miraba. Su vista estaba fija en ellos—. No estoy bebiendo —dijo, como si eso fuera una defensa para lo que hacía.

Ella volvió a intentar tomarle la mano; esta vez su esposa no la apartó, pero estaba helada.

Cuando el impacto comenzó a disiparse, Lorena desvió la mirada; se tropezó con sus ojos y Natalia casi murió al notar la dilatación en ellos. No había ira, sino algo peor… Decepción.

Decepción en su más pura esencia.

Lorena no lograba articular una palabra. En su mente desfilaban las promesas.

"Voy a cambiar".

"No volverá a pasar, jamás haría algo que te hiriera".

Incluso podía escuchar en su cabeza a Natalia diciéndolo, prometiéndoselo. Y ahora, semanas después, esos amigos —los mismos que fueron, en gran parte, responsables de su desgracia— se encontraban ahí. En su casa; donde evitaban discutir solo por proteger su entorno, su hogar. Pero en ese momento esos amigos

ocupaban sus muebles y la miraban con gestos de burla. Su decepción, su dolor, no podía ser más desgarrador.

—Creí que estabas trabajando… — la enfrentó Lorena.

—No…, yo… — balbuceó al fin Natalia, porque las palabras apenas le salían.

—Ya lo veo —dijo. Su desconcierto fue dándole paso a la rabia. Apretó la mandíbula —. Quiero que salgan de mi casa.

—Lorena, ellos…

—No lo repetiré, Natalia —la miró a los ojos. Tenía la barbilla tensa, la mandíbula dura. No había un ápice de piedad en su mirada.

—Que yo sepa, esta también es la casa de Naty —intervino Osmer, con una sonrisa ladeada—. ¿O no?

Lorena dio un paso al frente.

—Los quiero fuera. Ahora —recalcó.

Natalia suspiró hondo; se giró hacia ellos y, con un gesto, les pidió que se fueran. Ella no había bebido ni una gota de alcohol; estaba por completo consciente de lo que ocurría, aun así, el miedo le recorría la espalda.

Jeff fue el primero en avanzar. Caminó hasta la pareja, miró a Lorena y le dedicó una sonrisa burlona. Luego hizo lo mismo con Natalia, aunque solo negó con la cabeza, con una media sonrisa, antes de seguir su camino. Osmer pasó detrás sin decir palabra; antes de irse, le dio una palmada en el hombro a su amiga. Un gesto que pretendía ser compasivo, pero que solo logró acrecentar la humillación.

En cuanto estuvieron a solas, Lorena avanzó hasta el centro del porche y se dejó caer en el mueble que antes ocupaban los amigos de su esposa. Observó las latas de cerveza vacías sobre la mesa. Su corazón estaba hecho hilachas, pero seguía latiendo, obligándola a respirar.

Natalia permaneció de pie, arrinconada, observando cómo el hermoso rostro de su mujer reflejaba, una y otra vez, tensión, incredulidad, tristeza, rabia contenida.

—No bebí nada… —repitió, casi en un susurro.

—Estoy harta, Natalia. Harta —dijo Lorena, con la voz cansada, sin mirarla.

Natalia asintió desde la esquina, tragando saliva.

—Es mi casa también, pago justo la mitad. Puedo traer a quien quiera —se defendió.

Lorena levantó la mirada despacio, incrédula.

—¿Así que debo esperar a encontrarte con uno de ellos en la cama?

Por un instante Natalia pareció sorprendida, luego sus ojos brillaron de rabia.

—No me faltes el respeto.

—¿Y tú qué haces? —se puso de pie, enfrentándola—. ¿Tú qué haces, Natalia? ¿Quieres saber lo que son faltas de respeto? Desconsideración, borracheras, drogas, desempleo, deudas, mordidas. Cada palabra golpeó a Natalia; avergonzada, bajó la cabeza—. ¿Qué más voy a esperar? —la voz de Lorena se quebró.

Al escucharla, ella la miró.

—Lore… —dio dos pasos para abrazarla, pero Lorena levantó la mano y la detuvo.

—Necesito que te vayas.

El golpe fue seco. Contundente.

Natalia retrocedió, como si el aire le hubiese sido arrancado de golpe de los pulmones. El talón chocó contra la pata del mueble; tuvo que apoyarse de la mesa para no caer. Sus manos empezaron a temblar sin control; intentó cerrarlas, pero los dedos no le obedecieron. Abrió la boca para decir algo, y ningún sonido salió.

Lorena le pedía irse. Dejarla. Sus ojos se llenaron de lágrimas, aunque ninguna cayó. Parpadeó varias veces, desesperada, como si negarles la salida pudiera mantenerla en pie. Se mordió el labio inferior con tanta fuerza, que el sabor metálico de la sangre le inundó la boca. Su pecho subía y bajaba de forma errática, como si cada respiración fuera una batalla por mantenerla viva.

—Lore… —dijo al fin, con la voz rota—, estás llevando esto muy lejos. Yo ni siquiera he bebido.

Lorena no se acercó.

—Eso es lo peor, Nat. Que hoy no puedes echarle la culpa al alcohol. Hoy lo hiciste adrede, con plena conciencia.

—Mi amor… —suplicó.

—Vete, Nat. Haz lo que quieras, con quien quieras. No puedo más. No voy a esperar una falta de respeto más. ¿O crees que no sé de tus andadas durante los pasados días? —gruñó para no gritar.

Natalia dio un paso al frente por puro reflejo. Estiró una mano que quedó suspendida en el aire.

—Lore…, no tengo a dónde ir —susurró—. Por favor, hablemos.

Lorena soltó una risa breve, amarga, sin humor alguno.

—¿Hablar? ¿Cuántas veces más, Natalia Oliver?

Natalia negó con la cabeza, desesperada. Se pasó ambas manos por el cabello, desordenándolo, como si necesitara arrancarse algo de encima.

—Por favor…, sé que estás impresionada. No estábamos haciendo nada, solo vinieron a saludar.

Lorena avanzó un paso. Su mirada era firme, hiriente.

—Cruzaste una línea —afirmó, señalándola al pecho—. Cruzaste muchas en estos últimos meses. Intenté soportarlo, Nat, pero no merezco esto. Y ya no voy a cargar con más dolor.

Natalia bajó la mirada.

—Solo compartíamos. Tengo derecho a tener amigos. Esto lo hemos hablado.

—No ellos, Natalia. No ellos.

—¡No puedes impedirme relacionarme con quien quiera! —Alzó la voz—. Solo compartíamos.

—¿Compartían? —Lorena asintió con ímpetu—. ¿No se supone que a esta hora deberías estar en la oficina? ¿Por qué no hay ningún auto frente a la casa? —Natalia abrió la boca, pero ella no le dio espacio—. ¿Sabes por qué? Porque todos sabían que era un error venir mientras yo no estaba. Esto fue planeado —dijo—. ¿Por qué estás aquí en horario laboral, Natalia? ¿Por qué nada es suficiente contigo? —Su voz se quebró al final, aunque no perdió fuerza—. Ya no lucharé —concluyó—. Vete —le pidió—. Con ellos, sin ellos, a donde quieras… pero vete.

Natalia se quedó inmóvil, con los brazos caídos y la espalda encorvada, como si el cuerpo ya no le respondiera. Por primera vez comprendió que ahora no se trataba de alcohol. Se trataba de haber cruzado una línea; otra más.

Ella parpadeó varias veces, como si no entendiera del todo lo que estaba ocurriendo. Miró alrededor; el porche, la mesa, las latas vacías. La casa. Su casa. Tragó saliva. Asintió una sola vez, lento, resignada.

—Déjame… Déjame tomar algunas cosas —dijo con la voz apagada.

Lorena no respondió; se limitó a girarse y entrar a la casa.

Ese silencio fue peor que cualquier grito.

Natalia caminó detrás de ella manteniendo la distancia, como si temiera tocar algo que ya no le pertenecía. Subió las escaleras. En la habitación matrimonial abrió el clóset con manos torpes. Sacó una mochila vieja; metió ropa al azar. Una camiseta, un pantalón, ropa interior. Olvidó cosas importantes, pero no le interesó; confiaba en que su esposa reaccionaría pronto. Por ahora, comprendía que nada de lo que dijera la ayudaría.

En el baño tomó su cepillo de dientes. Se miró en el espejo; tenía los ojos hinchados y el rostro descompuesto. Tragó en seco, se secó la cara y cerró la mochila.

Al bajar, Lorena estaba de espaldas en la cocina, apoyada en la encimera, inmóvil. Natalia se detuvo a unos pasos. Quiso decir te amo. Quiso pedir perdón una vez más. Quiso prometer algo distinto, sin embargo, no dijo nada. Tomó las llaves que yacían sobre la mesa. El sonido metálico resonó, pero Lorena no se giró.

Natalia caminó hasta la puerta. La abrió despacio; se detuvo un segundo con la mano en el pomo, esperando —tal vez— que Lorena dijera algo. Cualquier cosa.

Nada.

La puerta se cerró detrás de ella. Entonces Lorena miró el espacio vacío y, al verse sola, se rompió. Las piernas dejaron de sostenerla; tuvo que agarrarse de la encimera para no caer. El aire le abandonó los pulmones de golpe. Se llevó una mano a la boca, ahogando un sollozo que no logró contener. Los hombros comenzaron a sacudírsele.

—Dios… —sollozó, sin saber a quién le hablaba. Se deslizó hacia el suelo hasta quedar sentada, abrazándose las rodillas. El llanto llegó tarde; le quemaba el pecho y le hacía doler la garganta. Golpeó

el suelo con el puño una vez. Luego otra—. No merecía esto… —murmuró entre lágrimas—. No lo merecía.

Lorena apoyó la frente en las rodillas. Respiraba con dificultad mientras las imágenes se mezclaban en su mente; promesas, risas, noches compartidas, planes que ahora parecían lejanos.

Se quedó ahí mucho tiempo, hasta que el cuerpo se le cansó de llorar. Cuando por fin levantó la cabeza, el dolor seguía intacto, pero había algo más; una certeza amarga.

Había amado y confiado. Aguantó más de lo justo y, aun así, tuvo que ser ella quien cerrara la puerta.

***

Natalia subió a su camioneta como un autómata; no tenía conciencia de sus pasos. La mochila colgaba de su hombro como un peso muerto. Golpeó el asiento trasero tras arrojarla. Encendió el motor y salió de la propiedad sin un rumbo.

Poco después, se detuvo frente a un semáforo en rojo. Con la vista fija al frente, no veía nada; las lágrimas que trató de contener salieron a borbotones, nublándole la visión. En su mente, la imagen de Lorena aparecía como flashes intermitentes. Su sonrisa desvaneciéndose, dando paso a unos ojos cargados de dolor.

Del dolor que ella, otra vez, le causó.

Sacó el teléfono del bolsillo. La pantalla se encendió con el nombre de Lorena aún arriba, como siempre. El pulgar le tembló sobre el contacto. Pensó en llamar. Pensó en escribir, "perdóname". Pensó en retroceder el auto y regresar a su casa, pero no lo hizo. En su lugar, apoyó la frente en el volante, olvidando que estaba detenida en medio de la calle. Se quedó así varios minutos, doblada sobre el volante, llorando sin consuelo. No había alcohol. No había amigos. No existían excusas. Solo ella y la certeza brutal de haber cruzado límites que no supo respetar.

Se quedó así hasta que la bocina detrás de su auto la hizo reaccionar. Ella miró por el retrovisor, se limpió las lágrimas y arrancó al fin. Condujo sin destino claro, siguiendo las luces de la ciudad. Pasó frente a bares, restaurantes y calles conocidas. Pensó

en los días buenos. En las mañanas compartidas. En la forma como Lorena la miraba cuando todavía confiaba.

Y también recordaba la cara de suficiencia de sus amigos, la sonrisa burlona al irse y la palmada de Osmer que ahora le dolía.

—Soy una idiota… —murmuró, golpeando el volante con la palma abierta—. ¡Una idiota!

Natalia aparcó frente a un motel barato; se quedó mirando el parpadeante letrero de neón. No descendió de inmediato; no quería entrar. No quería estar en ningún lugar. Quería volver a su casa, con su esposa, y solo recordarlo, le quebraba el pecho.

De pronto, su teléfono vibró. El corazón le dio un vuelco. Pero no era Lorena. Era su jefa, recordándole una reunión al día siguiente. Y entonces la luz se hizo.

Sería ahí, en la oficina, un lugar neutro, su refugio momentáneo. No era un hogar… pero, por ahora, era lo único que tenía.

Pensar en ello acabó con la poca dignidad que le quedaba.

Capítulo 51

Después de pasar más de una hora sentada en el suelo de la cocina, agotada de llorar y con dificultad para respirar por la congestión, Natalia se levantó. Alzó la mirada y recorrió el espacio con la vista. Silencio, oscuridad, desasosiego, tristeza, decepción.

Se movió, arrastrando los pies y subió las escaleras. La habitación estaba a oscuras cuando entró; ahí el silencio era ensordecedor. El aroma del perfume de su esposa se hizo notar con más fuerza que antes y, con él, regresó el dolor en el pecho. La luz se filtraba por el ventanal y la sombra de su propio cuerpo se proyectaba en las paredes. Se sentó en la cama, apoyando las manos sobre el colchón.

No tenía sentido quedarse allí. Cada segundo que transcurría, el dolor se intensificaba. Ya la noche se ponía y, en definitiva, dormir sin ella sería un martirio.

Despacio se puso de pie, abrió el clóset, sacó una muda de ropa cualquiera y la arrojó sobre la cama. Luego tomó ropa interior, hizo lo mismo, y buscó algo de diario y un pijama. Metió todo en un bolso, volvió a secarse la cara y salió de la habitación.

Ya dentro de su camioneta, con la garganta seca y el pecho apretado, salió de su hogar. Media hora después, las luces del balcón de la casa de su padre se encendieron en cuanto él notó que ella estacionaba frente a la propiedad.

Diego supo de inmediato que algo ocurría; Lorena jamás llegaba a esa hora sin avisar. Desde la ventana de la sala, él observó sus pasos; cabizbaja, sacó el bulto de la parte trasera del auto. Ella se detuvo un instante para mirar la casa; suspiró profundo antes de avanzar.

Diego no esperó a que tocara. En cuanto ella subió el escalón, él abrió la puerta. Lorena lo miró a los ojos y él reconoció al instante el dolor en su mirada. Su pequeña niña se colgó de sus hombros y, para ella, ese fue el momento cuando todo el dolor contenido pudo salir de su pecho.

Él no hizo preguntas. Sabía que Lorena hablaría cuando estuviera lista, aunque no fue necesario.

—La perdí —dijo ella con la voz rota, con las lágrimas empapándole el rostro.

Diego tomó su bolso, su cartera y la ayudó a entrar, luego cerró la puerta. Lorena avanzó hasta la sala y se dejó caer en la butaca donde su padre solía sentarse. Él fue hasta la cocina, buscó un vaso de agua y unas servilletas, y regresó de inmediato. Se agachó frente a ella y le ofreció el agua.

Lorena no supo cuán seca tenía la garganta hasta que el agua bajó por ella. Para su padre no había dolor más grande que el que veía reflejado en su hija en ese momento.

—La perdí… —repitió entre lágrimas, doblándose hacia adelante porque algo en el pecho no la dejaba respirar.

Diego sintió que algo se le rompía por dentro.

—Lorena, ¿qué pasó? ¿Puedes decirme qué sucedió?

Ella negó con la cabeza una y otra vez.

—La perdí… La perdí. No pude retenerla.

Por un instante, Diego pensó en lo peor, pero supo que insistir no serviría de nada. Tenía que esperar a que ella se calmara.

Casi cuarenta minutos después, Lorena se movió hasta el sofá, se sentó de lado, acurrucada, destruida; fue entonces cuando empezó a relatarle todo lo que había ocurrido durante meses. Las mentiras, las borracheras, los mensajes, el despido… Las mordidas.

Diego escuchó en silencio, sin interrumpirla. Con cada confesión suya, a él le dolía saber por todo lo que su hija había pasado. Amaba mucho a Natalia; ella siempre fue amorosa y considerada con él. Era cierto que no compartían con frecuencia, la pareja era en extremo reservada y él respetaba sus tiempos. Sabía que su casa estaba abierta para él, y viceversa.

Aun así, él comprendió que la situación se había desbordado; admitió que su hija soportó más de lo que era justo. También comprendía su razón; y era el inmenso amor que su hija le profesaba a Natalia.

—¿Por qué nunca viniste a contármelo?

Ella negó con la cabeza.

—Porque nunca quise que juzgaran a Natalia. Siempre pensé que mi amor, mi comprensión, serían suficientes… Pero ahora veo que no lo eran. Natalia albergaba un vacío y yo no supe cuál era.

—¿Sabes a dónde fue? ¿Sabes dónde está?

—No sé absolutamente nada… Y no quiero saber. Fue su decisión romperme el corazón otra vez, violar nuestra confianza.

—Hija, por lo que sé, Natalia no tiene a nadie. ¿Sus hermanos están en Puerto Rico?

—Sé que uno vive aquí. Su hermana reside afuera. Pero, ahora mismo, si Nat no tuvo consideración conmigo, yo no tengo por qué tenerla con ella. Tal vez esté con sus amigos. Tal vez esté en el auto…

Solo escucharse decir eso, la hizo romperse de nuevo porque, a pesar de todo, imaginar a Natalia pasándola mal, la destrozaba.

***

Natalia llamó a su jefa desde la oficina. No le contó en esa primera llamada la situación que atravesaba, pero quiso hacer las cosas bien, así que le avisó que se quedaría en una de las habitaciones disponibles de la residencia.

Al llegar no, encontró a nadie, salvo al guardia de seguridad que ya la conocía, así que la dejó pasar sin problema alguno. Ella ocupó el último cuarto disponible, en el pasillo del nivel superior. La habitación estaba preparada; un baño, un refrigerador pequeño, una cama y un modesto vestidor. Dejó su mochila y su cartera sobre la mesa y se sentó en la cama, mirando a la nada. De pronto, al recorrer el espacio con la mirada, la comprensión la golpeó.

Había cometido otro error. Uno tras otro.

Sin embargo, también entendía que no fue nada grave, por eso sentía coraje, ira, decepción. Lorena siempre le dijo que nunca la dejaría… y ahora, estaba ahí, en una habitación de un centro para ancianos, porque no tenía a dónde más ir. Porque Lorena la echó de su propia casa. Según ella, no era justo. No hizo nada malo; solo quería conservar a sus amigos.

Pero entonces, regresaron las imágenes; las miradas burlonas, la sensación de que sus amigos habían ganado otra batalla contra su

esposa.

Natalia se dejó caer de espalda sobre en la cama, con la vista fija en el techo. La opresión en el pecho era tan intensa, que sentía que le faltaba el aire. Se giró, abrazó una almohada y se hizo un ovillo.

Llorando y entre gemidos, terminó por quedarse dormida.

Capítulo 52

La jefa de Natalia fue más que comprensiva cuando aceptó que se quedara el tiempo que necesitara en la residencia; para ella fue una como una bendición en medio del infierno que sentía que vivía en esos instantes.

Habían transcurrido tres días desde que Lorena le pidió que se fuera de la casa; tres días en los que le costaba contener la desesperación que albergaba en su pecho desde entonces.

Conocía a Lorena lo suficiente para saber que era paciente, que lo fue en efecto con ella, pero una vez que tomaba una dedición, no cedía con tanta facilidad. Ya ni siquiera llevaba la cuenta de la cantidad de mensajes que le envió pidiéndole perdón; rogándole que hablaran. Silencio era la respuesta que recibía de vuelta. Y optaba por enviarle mensajes porque después de más de una decena de llamadas, entendió que no le contestaría. Incluso, la llamó a su trabajo algunas veces y en todas le dijeron que no se encontraba. Y sabía que no era cierto porque cuando fue a la casa a buscar algo más de ropa, lo hizo en horas en las que ella estaría trabajando; sin embargo, no estaba allí.

Natalia apenas lograba concentrarse en sus tareas lo suficiente para cumplir con sus obligaciones; prácticamente, acababa de empezar en la residencia, así que no podía poner en riesgo su trabajo. Ya era suficiente el daño que le había hecho a la mujer que amaba; a su relación, para también volver a fracasar en su empleo.

Cada una de las noches lejos de Lorena era un suplicio. Desde que salía de la oficina hasta que se metía en la cama, su mente no paraba de pensarla, de reclamarse lo mal que se portó. Podía recrear, como si fuera una película, cada uno de los errores que cometió desde que regresaron del crucero; todo había ido bien hasta que se le ocurrió llevar a sus amigos a su casa, a su santuario. Incluso, encontró trabajo, a pesar de sus dudas. Bastó con que se tropezara con Jeff una vez para que sus pensamientos perdieran el sendero. Para que las dudas e inseguridades regresaran respecto a su independencia para elegir sus amistades.

Como si hubiesen sido invocados, su teléfono le anunció que acababa de recibir un mensaje. Natalia apretó los labios al leer el nombre del remitente; era Osmer. Desde que estaba fuera de su casa, los evitaba. Al día siguiente del problema con Lorena, ellos la invitaron a reunirse para hablar, pero ella se negó, alegando que tenía mucho trabajo pendiente.

En ese momento, Osmer reiteraba la invitación. Ella sabía cómo terminarían; además, verlos le recordaba su error de haberlos llevado a su casa y las consecuencias de ello.

"Necesitas desahogarte, Nati. Sabes que cuentas con nosotros para escucharte".

Natalia se quedó mirando el mensaje. Una vez más, se inventó un pretexto.

"Como quieras, pero creemos que tienes miedo de que Lorena se entere de que has estado otra vez con nosotros".

Sí, tenía miedo de que Lorena supiera que había vuelto a verlos, lo reconocía; sin embargo, no le gustó que él se lo dijera. Frustrada, hizo el teléfono a un lado sin responderle. Ya todo le daba igual.

Esa noche, una más en vela, decidió que haría todo lo posible por lograr que Lorena le diera, al menos, la oportunidad de hablar.

Durante los siguientes días evitó por completo a sus amigos; y, ni siquiera sola, bebió una cerveza. Cuando requirió regresar a la casa por más efectos personales, se tomó el tiempo de limpiar un poco y ordenar. Cada día, le escribía a Lorena para darle los buenos días. Cada noche, le escribía para contarle qué había hecho durante el día; le pedía perdón por lastimarla, juraba que la amaba. Le pedía una oportunidad y le daba las buenas noches. Pero ante cada mensaje, solo obtenía silencio como respuesta; ni siquiera aparecía la confirmación de lectura. Lorena no los leía. Así que, estando ya en su casa, Natalia decidió que tenía que hacer algo.

Cerca de las ocho de la noche, en medio de una oscuridad densa y sofocante, sus miradas volvieron a encontrarse. Lorena lo supo en cuanto ingresó a la habitación. El olor… la sensación inequívoca de que ella se hallaba ahí, la paralizó justo en la puerta.

Las piernas apenas la sostuvieron cuando confirmó que Natalia estaba en la habitación, sentada en el borde de la cama. Ella había

hecho todo lo posible por evitar ese encuentro, pero esa noche, justo dos semanas después, la lámpara de noche se encendió, dejándole ver el rostro desencajado de su esposa.

Lorena giró el rostro hacia la pared, se mordió los labios y suspiró profundo, dándose tiempo para recomponerse. El sonido de ambos corazones latiendo a mil parecía llenar la habitación.

Con calma, casi de manera ceremonial, ella entró hasta el centro del cuarto y se detuvo frente a Natalia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con dureza.

Natalia se puso de pie, pero al notar la intención, Lorena dio un paso atrás. Ese gesto la dejó destruida por completo, un poco más de lo que ya lo estaba.

—Por favor… —escuchar su voz le dolió a Lorena—. Por favor, hablemos —pidió Natalia.

Lorena se apretó entre los ojos, luego se recostó del tocador, sin mirarla. No podía; si lo hacía, iba a ceder. El simple hecho de estar bajo el mismo techo con la mujer que amaba con todo su ser, pero de quien también debía protegerse, la desarmaba.

—Bebé… —la voz de Natalia tembló—, no me justifico por nada. Ya entendí, lo tengo claro. Te fallé… Te fallé de la peor manera —admitió—. Te mentí. Violé nuestro compromiso. Por favor, amor… Ya no puedo más con este dolor. No puedo —sollozó—. Perdóname, Lore.

Lorena apoyó ambas manos sobre el tocador y bajó la cabeza. Sentía el corazón desgarrarse, pero las imágenes de todos los malos momentos vividos, se le agolparon en la mente.

Natalia la vio negar en silencio; la vio forzarse a no mirarla, y su angustia estalló en llanto. Un llanto capaz de ablandar al más fuerte… pero no a Lorena. Ya era suficiente. Las promesas, las palabras, habían perdido todo valor.

Natalia supo entonces que aquello no tenía retorno. Desesperada, se acercó y se aferró a sus hombros como a su último salvavidas, luego acunó su rostro para obligarla a mirarla. Pero Lorena, aunque lloraba con ella, no la miró.

Casi dos semanas después de absoluto silencio por parte de Lorena, ella estaba al borde de la desesperación. Incluso, consideró

llamar a Diego, acudir a su suegro, aunque no era su estilo. Ella y su esposa solucionaban sus problemas sin la intervención de terceros. Siempre fue suficiente el amor que las unía para superar los obstáculos.

Lloraron en silencio hasta que Natalia supo que sus lágrimas no eran suficiente para ser perdonada.

***

Sin quererlo, de un día para otro, aunque sabía lo importante que era, Natalia perdió el interés por su trabajo. De la nada, ya no les sonreía con vivacidad a sus viejos; ellos lo notaron y comenzaron a expresar su preocupación por ella. Además, en su semblante, podían notar que no dormía lo suficiente.

Natalia empezó a posponer sus tareas en la residencia, retrasando el flujo de trabajo administrativo. La tristeza que la embargaba le pesaba como la más grande de las montañas. Por momentos se enojaba con Lorena por ser tan desconsiderada, luego volvía a caer en la apatía.

—Natalia, algo te pasa —le dijo su jefa, cuando se vio obligada a averiguar qué estaba afectando su trabajo—. Es obvio.

Ella apenas sonrió.

—Son problemas personales —admitió al fin.

—Lo sé. De lo contrario, no estuvieras viviendo aquí. Entiendo, por tu cambio en la oficina, que la situación se ha agravado.

—Sí —reconoció con pesar y los ojos humedeciéndoseles.

—Lo siento. Si puedo ayudarte, estoy para escuchar.

Días después, la misma jefa de Natalia llamó a Lorena, su estado físico y emocional, era preocupante.

—No puedo hacer nada —dijo cuando Marta le explicó la situación en la que se encontraba Natalia.

—Sé que tienen problemas, pero Natalia está al borde de la depresión. Creo que debe hacer algo.

—Lo mejor que puedo hacer es darle la información de contacto de unos de sus hermanos —ofreció.

Lorena colgó el teléfono de su oficina, luego hundió la cara entre sus manos. Le desgarraba el alma ser tan dura, pero ya había rebasado cada uno de sus límites. Necesitaba cuidarse de Natalia o

terminaría destrozada. La amaba como a nadie, no obstante, no podía despedazarse por ese amor. No podía.

Cada vez que leía sus mensajes, de forma privada, sentía que le arrancaban el corazón y la martirizaba el anhelo de darle una oportunidad más, pero no. Tuvo que luchar contra sí misma para mantenerse firme y no ir a buscarla después de enterarse de su estado de depresión; porque su instinto solo le pedía cuidarla, como siempre lo había hecho.

***

—Mírate, hija, te está matando no saber de ella —le dijo Diego—. Desde esa noche que se vieron, pareces un fantasma. Debo obligarte a regresar a tu hogar.

Lorena se encontraba en casa de su padre; desde que le contó lo que sucedía con su matrimonio, lo visitaba casi a diario después de salir del trabajo. Regresar a un hogar vacío no le resultaba nada fácil.

—Solo espero que su hermano haya venido a verla. Con eso me basta.

Diego sonrió.

—¿Desde cuándo te mientes?

—Te digo la verdad.

—Sabes que no estarás tranquila hasta saber que está en un lugar seguro, después que la echaste de su casa.

Lorena se removió, incómoda, en el asiento que ocupaba en el porche.

—No lo hice por maldad, solo no pude evitarlo —admitió al cabo de unos instantes—. Y no, no sé dónde está. Solo sé que ya no duerme en la residencia.

—¿Quieres que lo averigüe? —ofreció su padre.

Ella negó con la cabeza.

—No.

Pero Diego no era un hombre que se quedara tranquilo viendo a su hija deshacerse en preocupación; ya era suficiente con verla con el corazón destrozado.

Lorena respiró aliviada cuando Diego le dijo que, en efecto, Natalia se encontraba en la casa de su hermano desde hacía días.

Capítulo 53

Lorena respiró aliviada cuando supo que Natalia no se encontraba sola; le dolía no ser ella quien la cuidara, pero no podía dar más. La última vez que la vio la puso en perspectiva de cuánto la extrañaba; de lo desgarrador que era no estar cerca de ella. ¿Cómo sus vidas cambiaron tanto? Después de tantos años de amor incondicional, de la complicidad de las que todas sus amistades hablaban, de la nada, todo se había roto. Y el final feliz que tanto soñaron, se hizo añicos entre sus manos.

Ella no podía evitar que sus pensamientos se perdieran en su situación personal, aun cuando se encontraba en la oficina. Después de saber que Natalia estaba con su hermano, una idea cruzó por su cabeza. Una idea que jamás imaginó, pero que, ante la perspectiva, le resultaba la más sana.

Cuando se lo dijo a su padre, él le aconsejó que lo pensara bien; que la situación con Natalia podría cambiar, porque el amor lo perdonaba todo. Lo que Diego parecía no entender era que no se podía ser por siempre la diana de alguien; ni siquiera de la persona a la que se ama.

Lorena necesitaba distancia, por eso tuvo la idea de vender la casa que durante años fue su hogar feliz; le dolía, pero cada vez que lo pensaba, más se convencía de que era lo correcto. No podía imaginarse viviendo allí sin Natalia.

Una semana después de haber pensado en ello, Lorena tomó la decisión, así que contactó a una agente de bienes raíces que era cliente del concesionario.

***

Natalia nunca fue cercana a su hermano, pero le agradecía que se hubiese preocupado por ella en el momento que más lo necesitaba. Estar en un lugar desconocido, fue difícil, por no decir tormentoso. Había pisado fondo; en su relación, en su vida y estaba a punto de hacerlo también en su trabajo. Se había entregado tanto a su dolor, que no pensó en lo que estaba en juego. Llevaba días

viviendo en Días Dorados, lo cual habría afectado su trabajo, si no fuera porque su jefa la tenía en alta estima.

Fue preciso que Natalia tocara fondo para que entendiera que debía seguir luchando por Lorena y por recuperar su vida. Con miedo, envuelta en su dolor, espantó los demonios que la acecharon y regresó a su trabajo, tras pasar cuatro días perdida en su propio abismo. Aceptó quedarse en la casa de su hermano porque tenía un espacio propio en un anexo; necesitaba una base para intentar levantar el vuelo.

Hacer las cosas bien en su trabajo le sirvió para darle seguridad. Apuntando siempre a salvar su matrimonio, ella volvió a llamar a Lorena, aunque estaba segura de que no le respondería. Retomó los mensajes y volvió a pedir perdón. Una y mil veces lo haría, si era necesario.

La seguridad de Natalia se iba fortaleciendo, con el paso de los días. Y pensó que su mundo se restauraría por completo cuando la mañana siguiente, marcó el número de Lorena y de pronto, oyó su voz.

—*Aló*.

Natalia contuvo el aliento y los ojos se le humedecieron al instante.

—Lorena… —jadeó, sonriendo—, gracias a Dios —estaba tan acostumbrada a no recibir respuesta, que se encontró sin saber qué decir—. ¿Cómo…? ¿Cómo estás? —balbuceó.

Lorena notó su voz cortada y el corazón se le oprimió; lo que seguiría después de esa llamada, no sería nada agradable.

—Bien —respondió—. ¿Cómo estás tú?

—Bi… Bien. He vuelto al trabajo —le informó—. Es que… tuve unos días difíciles después de… ya sabes —el silencio en la línea le sembró más miedo en el corazón. El que Lorena le contestara le alegró, pero conocía sus silencios—. ¿Podemos hablar? Hablemos, por favor. Necesito que me escuches.

Natalia podía escuchar la respiración de su esposa en la línea.

—Sí, tenemos que hablar —sentenció Lorena.

—Veámonos en el acantilado —ofreció, con la ilusión regresando a su voz. En ese lugar habían superado cada uno de sus problemas

como pareja.

—No —cortó Lorena.

Cuando Natalia dejó su teléfono sobre el escritorio, se quedó mirándolo. Lorena le dio una hora y un lugar; no el acantilado ni ninguno que ella conociera. Vería a su esposa en unas horas, pero tenía la sensación de que ella ya había escrito su destino.

***

A Lorena le hubiese gustado citar a Natalia en el acantilado, porque era el lugar donde nació su amor por ella, pero no estaba dispuesta a que todo entre ellas muriera allí. El círculo de su historia juntas no podría cerrarse allí, no lo permitiría jamás.

Cuando llegó al sitio donde citó a su esposa, avistó su camioneta en el estacionamiento. El pecho se le oprimió hasta casi cortársele el aire, por lo que se obligó a detenerse en el primer lugar libre que encontró en su camino. El corazón le latía fuerte; una dolorosa sensación se le anidó en el pecho. Por un momento se preguntó si continuaba respirando, así que aspiró aire para asegurarse. Las manos le temblaban, se dio cuenta cuando quitó la llave del contacto.

Cerró los ojos porque le ardieron; se concentró en respirar y luchó por apaciguar el ardor hasta que desapareció. En ese momento, nada parecía real. Cuando abrió los ojos, puso su atención en la entrada del restaurante. Conoció ese lugar gracias a un cliente; cuando pensó que debía hablar en persona con Natalia, el sitio le pareció ideal por la privacidad que otorgaba en los cubículos VIP, fuera de la vista de todos.

Sintiéndose todavía fuera de la realidad, Lorena tomó su cartera y descendió de la camioneta. Avanzó con pasos contenidos; su mente le decía que tenía que hacerlo, mientras que su corazón sangraba a borbotones. En cuanto entró al lugar, divisó a Natalia en la barra; tenía un vaso entre las manos. Los nervios que antes sintió se le esfumaron al pensar que ella se hubiese atrevido a esperarla con una cerveza en la mano.

Natalia no se había fijado en que su esposa acababa de llegar; lo supo cuando percibió que alguien se acercaba. Al levantar la mirada,

se encontró con los ojos de Lorena fijos en el vaso que tenía entre las manos. Por el gesto en su rostro, supo al instante lo que estaba suponiendo. Eso le dolió, pero entendió por qué ella podría pensarlo. Con calma, apartó las manos del vaso.

Lorena respiró, procurando que el torbellino de coraje que sintió, se apaciguara, al ver el vaso lleno hasta la mitad… de agua. Fue entonces que buscó la mirada de su esposa.

—Buenas noches —la saludó, con un tono amable, pero distante.

Natalia sonrió con timidez.

—Buenas noches, bebé.

—Tengo una reservación —le anunció Lorena, ignorando el apelativo con el que solían llamarse—, dame un minuto, por favor.

Natalia la vio alejarse para hablar con el *host*. En su pecho guardaba todas las esperanzas de que ese encuentro fuera el inicio de su reconciliación.

Lorena regresó acompañada por el anfitrión.

—Vamos —la invitó.

Algo confundida, Natalia se levantó; las dos siguieron al hombre hasta que se detuvo frente a una puerta plegable, que él mismo descorrió y luego las invitó a entrar al íntimo espacio.

—Gracias —correspondió Lorena, sonriéndole.

Ella invitó a Natalia con un gesto a tomar asiento en la mesa que había en el lugar; una mesa dispuesta para dos personas, adornada en el centro con lindo ramillete de jazmines blancos.

En cuanto estuvieron sentadas, Natalia le sonrió a su esposa.

—Gracias por aceptar que hablemos. Sé que es difícil para ti.

Lorena tragó saliva.

—Natalia…

—He hecho cambios, bebé —dijo e intentó tomarla de la mano, pero Lorena encogió los brazos y se recostó del respaldo del asiento. Eso borró la ligera sonrisa de Natalia. Entonces también irguió la espalda y bajó las manos a su regazo—. Dejé de beber. Ya no veo a mis… No he visto más a Jeff ni a Osmer. Ni siquiera hablo con ellos por teléfono.

Lorena le sostuvo la mirada, hasta que un toque en la puerta la hizo apartar la vista. Un mesero entró con una bandeja; sirvió las

bebidas y les entregó la carta.

—Gracias —murmuró Lorena antes de que el mesero saliera—. Ordené agua tónica —explicó, dejando la carta a un lado.

Natalia advirtió que ella no tenía intenciones de ordenar comida, así que también dejó la suya sobre la mesa.

—¿Por qué estamos aquí? —le preguntó sin rodeos.

Lorena apretó la mandíbula. Su esposa también la vio tomar aire.

—Tenemos que definir… nuestra situación.

El corazón de Natalia se desbocó.

—Es lo que más deseo, Lore, pero necesito que me escuches. He…

—Quiero que nos divorciemos —soltó, interrumpiéndola.

Como un meteorito de enorme magnitud impactando a un pequeño planeta con todo su poder, así sintió Natalia que esas palabras la golpearon. Contuvo el aliento y se llevó las manos a la boca. Los ojos se le inundaron de lágrimas.

—No… —susurró con una mirada incrédula que no apartaba de Lorena.

—Es lo correcto en nuestra situación, Natalia.

—No…

—Yo… no encuentro manera de que lo nuestro se arregle.

—Perdóname, por favor —pidió una vez más Natalia, con las lágrimas bañándole las mejillas—. Lorena, no puedes hacer esto. Yo te amo —declaró, ya llorando.

Lorena apretó la mandíbula con todas sus fuerzas para mantener las lágrimas a raya. Ver a su esposa llorando de ese modo, le destrozaba más que el alma, la vida.

Pero su vida se haría nada si continuaba viviendo a su lado como lo hizo en los últimos meses.

—Natalia, sé que esto es difícil para ti. Me conoces, sabes que también lo es para mí, pero es lo más sano para las dos. Creo que, de algún modo, nos perdimos —frunció el entrecejo—. No sé cuándo sucedió, porque tú… eras mi universo.

Natalia bajó la cabeza y negó, como si se resistiera a querer escucharla.

—No es justo —sollozó.

—Tratamos de arreglarlo, Natalia, lo sabes. Pero…

—Pero nada, Lorena —dijo, mirándola con determinación—. Nada. No quieres perdonarme.

Ella se quedó mirándola, entendiendo que Natalia todavía no comprendía el daño que le había causado.

—Natalia, no basta con que dejes de beber ni te alejes de tus… amigos —dijo—. Debes pensar en tus acciones. En lo que ellas provocaron en nuestra relación. Me heriste, no solo emocionalmente —le recordó. Su esposa bajó la vista; recordarlo, le dolía como nada —. Me dijiste que te sentiste abandonada, tal vez me descuidé, pero luego estuve para ti por completo. ¿Y sabes por qué? —buscó su mirada, que encontró a medias—. Porque te amo. Porque no me imagino la vida sin ti. Porque quería el final feliz que siempre soñamos que tendríamos. Y, a pesar de eso, estamos aquí —hizo una pausa para que el nudo que se formaba en su garganta se desvaneciera—. No se trata de que no quiera perdonarte, Natalia. Es que no puedo —declaró—. No puedo hacerlo sin dañarme a mí misma.

Natalia guardó silencio por un rato sin dejar de sollozar. Su vida se hacía añicos sin que pudiera evitarlo.

—No… quiero —balbuceó.

—Mi abogado te contactará —dijo—. Será más rápido si es de mutuo acuerdo —continuó, a pesar de que Natalia seguía negando con la cabeza, aunque no la mirada—. Creo que lo mejor es que nuestros abogados negocien en cuanto a la venta de la casa.

Natalia levantó la cabeza.

—¿La casa?

—Sí. Quiero venderla, ya contacté a un agente de Bienes Raíces —informó.

Una ráfaga de rabia inundó a Natalia. La mujer que amaba estaba diciéndolo todo sin ningún tipo de consideración.

—No puedes decidirlo sola.

—Los abogados se encargarán —sentenció Lorena, ya tomando su cartera. Se levantó de la mesa. Ni siquiera había tocado su bebida —. Esto es lo mejor para los dos, Natalia.

Lorena quiso salir del cubículo sin mirar atrás, pero las palabras de Natalia la detuvieron.

—Estás actuando como si lo nuestro hubiese sido un error —le dijo. Lorena sintió que todo su organismo se paralizó. La voz de Natalia dolía; como dolía todo lo que estaban atravesando
—.Puedo admitir que la cagué de la peor manera —continuó Natalia, con la voz quebrada—, pero nuestra casa…, donde vivimos tanto. ¿También quieres sacarla de nuestra vida? ¿También quieres que sea parte del pasado? —Hubo un silencio pesado, asfixiante—. De verdad, Lorena Lindor, te desconozco.

Lorena apretó los labios. Sintió el ardor detrás de los ojos, pero se obligó a mantenerse firme. No iba a llorar ahí. No frente a ella. Se giró apenas lo suficiente para responder, sin permitir que Natalia viera el temblor en sus labios.

—Esa casa era nuestro santuario… —dijo con la voz baja, contenida—, y no fui yo quien lo profanó.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Natalia no pudo decir más.

Entonces Lorena salió del cubículo y luego del restaurante.

Capítulo 54

Ya no había retorno.

Aquellas palabras de Lorena, marcaron terriblemente a Natalia. La realidad era que jamás imaginó que llegarían a ese punto… a lastimarse así, a que Lorena le hablara con tanta frialdad.

¿Vender la casa? ¿En serio?

La casa por la que tanto lucharon; la casa donde tantas veces se amaron. Donde rieron, donde hicieron planes, donde fueron felices la mayor parte de su relación.

Sí, ella fue quien indujo a la ruptura con sus acciones. Ella falló, pero también fue quien pidió disculpas, quien rogó perdón, quien intentó reparar lo que había destruido. No podía entender cómo Lorena, que decía amarla tanto, ahora parecía no sentir nada. Como si su dolor no importara. Ya no había razón para vivir. No existía razón para levantarse. Para intentarlo.

El mesonero entró al cubículo, justo después de ver salir a Lorena.

—Señora, ¿necesita algo más? —preguntó con cortesía.

—Una botella de tequila, sal y limón —ordenó sin siquiera verlo a la cara, estaba destrozada; nada le importaba ya.

En la soledad del cubículo VIP, lamiéndose las heridas, intentaría olvidar que había perdido lo que más amaba; a su esposa, su relación, su amor.

Un par de horas después, tras beber más de una botella, tomó su teléfono y le marcó a Osmer.

—La perdí… —dijo Natalia en cuanto su amigo contestó la llamada.

—¿Natalia?

—La perdí —balbuceó otra vez.

—Natalia, ¿qué pasa? ¿Dónde estás?

—En un maldito lugar.

—Dime dónde —le pidió Osmer—. Iremos por ti. Te acompañaremos en todo momento. No estarás sola.

Natalia le dio solo el nombre del restaurante, no podía pensar en nada más que no fuera Lorena y su cruel sentencia.

Veinte minutos después, la puerta del cubículo se abrió.

—Otra botella —ordenó Natalia al mesero, antes de ver a Osmer y luego a Jeff cuando este se apartó.

Al instante, volvió a llorar. Fue Osmer quien se acercó y la abrazó.

—Traiga esa otra botella —le ordenó Jeff al mesero antes de cerrar deslizar la puerta.

—Ya no me preocupa hacerme daño —sollozó Natalia en el hombro de Osmer—. Ya no me importa morir, merezco morir. No me queda nada. Tuve todo y por estúpida, lo perdí.

—Ya veo que Lorena tiene que ver con tu estado —dijo Osmer sin soltarla.

—No quiero nada —balbuceó—. Lo único que deseo es morir.

—Esa no es la salida, Naty —habló Jeff—. Estamos contigo, solo necesitas anestesiarte un poco. Anestesiar lo que sientes por esa mujer.

Natalia se dejó llevar. Sí, necesitaba dormir su dolor. Un trago tras otro, fueron hundiéndola en un letargo en el que sus pensamientos se perdían en recuerdos, mientras sus amigos continuaban criticando a su esposa. Le juraban que no la amaba, que la echaba a un lado sin consideración alguna, sin escucharla, sin darle una oportunidad. Y todas esas afirmaciones calaban en su mente, confundida por el alcohol.

Unas horas después, fue la misma gerente del restaurante quien les anunció el cierre del lugar. Fue Osmer quien ayudó a Natalia a poner de pie, mientras Jeff se quejaba del trato que le daban por sacarlos cuando habían gastado mucho dinero en el lugar.

Osmer la subió a su auto y Jeff se encargó de conducir la camioneta de Natalia.

***

La casa estaba en tinieblas cuando los tres entraron; Ni Osmer, Ni Jeff sabían dónde vivía Natalia en la actualidad, así que solo les quedó llevarla a única dirección que conocían. Por supuesto, Lorena

no regresó ahí; después de su conversación era imposible. Se había ido a dormir a casa de su padre.

Natalia, casi fuera de sí, se dejó guiar. Jeff abrió la puerta y encendió la luz; Osmer la dejó sobre el sofá.

—Está destruida —dijo Jeff, negando con la cabeza—. Por suerte, cuenta con nosotros. Ya no puede pensar en esa mujer.

—Vete —pidió Osmer—, yo me encargaré.

Su amigo lo miró, luego volvió a negar con la cabeza.

—Nos iremos los dos —aclaró.

Poco después, salieron de la casa.

***

En la mañana, cuando Natalia abrió los ojos y se encontró en su casa, su dolor se multiplicó un millón de veces. Las palabras de su esposa volvieron a golpearla con más fuerza que la noche anterior. Vender la propiedad. Divorciarse, retumbaban una y otra vez en su cabeza. Esta vez no lloró. Esta vez la ira casi la cegó.

Miró a su alrededor con miles de recuerdos asaltándola. No podía entender cómo Lorena parecía haber olvidado todo. Fuera de sí, comenzó a recoger lo que le pertenecía; lo metió todo en bolsas sin cuidado alguno, abrió la caja de la camioneta y se fue.

Pero no fue a casa de su hermano; se dirigió a otro lugar. Uno desconocido, y repitió la escena de la noche anterior. Otra noche. Otro día. Beber para no recordar. Beber para no sentir.

***

Joseph no extrañó a su hermana al principio. A pesar de que vivía en un anexo en su casa, no tenían una relación tan cercana como para verse a diario. Sin embargo, sí notó que la camioneta no estaba; llevaba dos días sin verla. Recordó, en algún momento, que Natalia le dijo que se vería con Lorena; él la notó bastante animada aquel día. Entonces, conociendo cuánto ellas se amaban, asumió que se habían reconciliado.

El destino, no obstante, decidió otra cosa.

Aun así, llevado por la incertidumbre, Joseph se encontró con Lorena en el área de recepción del concesionario.

—Hola, Lorena. ¿Cómo estás? —la saludó en cuanto ella salió a la recepción.

La imagen de Lorena que él vio no concordaba, en lo absoluto, con una posible reconciliación. Ella estaba desencajada, más delgada.

—Bien, gracias. ¿Cómo estás tú? —respondió, asumiendo que le traía noticias de su esposa, que tal vez, quería mediar por ella.

—Bastante bien —se removió, un tanto incómodo—. Emmm… Me alegra que las cosas se hayan arreglado con Nat.

El gesto de asombro en el rostro de la rubia hizo que Joseph comprendiera, al instante, que había cometido un error.

Lorena frunció el ceño; por instinto, se acercó a él.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué pasa con Natalia?

Joseph intentó corregirse, pero ante la insistencia de Lorena, terminó confesando que hacía dos días que Natalia no regresaba a casa. Si no se encontraba con ella, entonces, ¿dónde estaba?

Un frío recorrió la sangre de Lorena; el corazón empezó a latirle desbocado. Dio un traspié; casi cayó. Joseph la sostuvo a tiempo, luego la ayudó a sentarse en la silla más cercana que alcanzó. Sí, ella había notado que Natalia estuvo en la casa; el reguero, la falta de su ropa y de sus artículos personales, se lo hizo saber, pero que no hubiese regresado con su hermano, la descolocó.

—¿Cuánto tiempo dices que lleva sin regresar a tu casa? —le preguntó con un hilo de voz, levantándose de la silla.

—La última vez que la vi fue el día que se iba a reunir contigo —respondió con la voz cortada.

Lorena tragó en seco; sintió que se congelaba. A prisa, sacó el celular de su bolsillo y marcó el número de Marta. Pero la llamada solo le trajo más angustia. Natalia no había ido ni al trabajo hacía, exactamente, dos días.

Y, entonces, por primera vez desde la discusión, su miedo superó a su instinto de protegerse a sí misma.

Capítulo 55

Cuando Joseph vio el gesto de desconcierto en el rostro de Lorena, justo después de colgar la llamada, sintió que su propio corazón se detenía.

Los ojos de la rubia se cristalizaron al instante; se llevó una mano al pecho, mirando alrededor como si buscara algo que era invisible. Como si intuyera que algo grave estaba ocurriendo.

—¿Qué pasa, Lorena? Dime que mi hermana está en casa —le pidió.

Ella negó con la cabeza; no podía hablar. Avanzó con pasos inseguros y se dejó caer otra vez una de las sillas de la recepción. Su respiración se volvió irregular.

En ese momento, su celular volvió a sonar. Lorena lo miró como si el aparato pesara toneladas, antes de contestar, aunque el número no lo tenía registrado.

—Aló.

—*Buenas tardes. Intento localizar a la señora Lorena Lindor* —le anunció quien llamaba; era una mujer.

Lorena se puso de pie de inmediato. Se llevó otra vez la mano al pecho y buscó la mirada de Joseph.

—Soy yo. ¿Quién habla?

Ella no supo en qué momento dejó de escuchar el resto de lo que le dijo la mujer. Solo entendió tres palabras: Sala de Emergencias.

***

Las puertas batientes del hospital chocaron contra la pared cuando Lorena irrumpió en la Sala de Emergencias. Llegó desesperada, fuera de sí, con el cabello desordenado y el rostro desencajado.

—¿Dónde está Natalia Oliver? ¿Dónde está? ¡Díganme dónde está! —exigió saber en la recepción.

Las enfermeras intentaron calmarla, pidiéndole que esperara, pero aguardar no era una opción para ella. Por teléfono le

informaron que habían encontrado a Natalia dentro de su auto estacionado cerca de la orilla de la playa. Inconsciente. Intoxicada.

Dos días.

Justo habían transcurrido dos días desde su última conversación. Desde que ella le dijo que vendería la casa. Desde que le habló de divorcio. Ahora la culpa la asfixiaba.

Una joven enfermera se acercó al verla desplomarse contra la pared, llorando, con una angustia que parecía que le arrancaba la vida.

La enfermera se agachó frente a ella y le tomó las manos.

—Tranquila —susurró, trasmitiéndole sosiego—. ¿A quién busca? ¿Cuál es su nombre?

—Estoy aquí por una paciente —respondió, sollozando—. Natalia Oliver. Es mi esposa —informó.

La enfermera supo a quién buscaba. En la sala se murmuraba sobre la paciente; algunos comentaban lo joven y hermosa que era. Lo imprevisto de su estado. Pero ella fue incapaz de transmitirle los rumores.

—¿Está usted acompañada por alguien más? —le preguntó con voz suave.

Lorena, pese a su estado, entendió lo que esa pregunta auguraba en hospitales.

—Por favor, no me oculte nada —le pidió—. Dígame la verdad. Necesito saberlo, por malo que sea.

Lorena estrechó las manos de la enfermera, casi suplicando, pero esta no tenía autorización para darle detalles.

—En unos minutos el médico saldrá y hablará con usted —le dijo.

Justo en ese instante, Joseph entró por la puerta; él la había llevado al hospital. Lorena no estaba en condiciones de manejar; la dejó en la entrada y fue a estacionar. Al verla así, rota contra la pared, su propio pecho se partió. Él también albergaba culpa porque, durante muchos años, estuvo ausente en la vida de su hermana.

Cuando Lorena lo vio, se levantó, tambaleándose, y se aferró a su cuello. Era la primera vez que se abrazaban; la primera vez que

compartían un dolor verdadero. Apenas se conocían, más allá del día de la boda. Pero ahora, eran dos personas sufriendo por alguien que amaban.

—Familiares de Natalia Oliver. —la grave voz del médico resonó en el pasillo.

Lorena y Joseph sintieron que el corazón se les detenía. Fue ella la primera en avanzar; se plantó frente al médico, un hombre de mediana edad, sin cabello, de mirada seria, pero compasiva.

—Doctor, soy su esposa —anunció.

El médico asintió, luego se quitó los lentes.

—Su esposa llegó con una intoxicación etílica severa —le informó—. Cuando la trajeron, estaba inconsciente y continúa así. Su nivel de alcohol en sangre era en extremo alto.

Lorena sintió que el suelo desaparecía debajo de sus pies.

—¡Dios! —jadeó. Cerró los ojos unos instantes, como si le doliera la vida.

—Pero lo más preocupante —continuó el médico— es que presentaba una hipoglucemia extrema. Además de una significativa deshidratación.

Joseph vio el rostro de su cuñada desencajarse más; entonces la sujetó fuerte por el codo y tomó la palabra.

—Doctor, soy su hermano —dijo—. ¿Qué significa eso exactamente?

El médico los miró a ambos.

—El cerebro de Natalia estuvo varias horas sin suficiente glucosa. Eso provocó lo que llamamos una encefalopatía metabólica tóxica. Es una alteración del funcionamiento cerebral, causada por el efecto del alcohol y la falta de glucosa.

Lorena apenas podía respirar.

—¿Tiene daño cerebral? —sollozó, incrédula.

—Por ahora no vemos signos de daño permanente —respondió el médico—. Pero fue una situación delicada. Si no hubiese llegado a tiempo, el desenlace habría sido fatal —el silencio cayó entre ellos como una sentencia irrevocable—. Le inducimos un coma controlado para proteger su cerebro mientras estabilizamos su organismo. Está recibiendo líquidos por vía intravenosa, vitaminas y monitoreo

constante. Es probable que despierte entre veinticuatro, y cuarenta y ocho horas. Cuando esté consciente, podremos evaluar mejor su estado neurológico.

Lorena temblaba; era incapaz de controlarse. El estado de su mujer era delicado, en pocas palabras.

—¿Va a despertar? —preguntó, dedicándole una mirada suplicante al médico.

—Sí. Todo indica que sí —respondió este—. Pero necesitará hospitalización durante, al menos, cinco días. Y cuando reciba el alta, no puede permanecer sola. Estará débil, habrá riesgo de caídas. Y, más importante aún, riesgo de recaídas emocionales. Estos casos suelen tener un detonante psicológico.

Lorena pudo respirar por primera vez desde que llegó al hospital.

—No estará sola —murmuró.

***

Cuando le permitieron entrar a la habitación de Natalia, el mundo de Lorena volvió a romperse. La vio conectada a unas máquinas; un rítmico pitido marcaba el latido de su corazón. Un ventilador mecánico asistía su respiración. Vio los cables, las sondas, el suero, descendiendo gota a gota.

Su esposa, el amor de su vida, permanecía inmóvil por su culpa, porque en ese momento se sentía la peor persona, la más cruel del mundo. Lorena se acercó con pasos temblorosos; con sumo cuidado, tomó una de sus manos fría y delgada. Besó su frente, sus párpados cerrados, su nariz, sus labios.

Sus lágrimas cayeron sobre el pálido rostro de Natalia. Ella subió a la cama, se acomodó a su lado; se aferró a su última esperanza. Que Natalia sobreviviera. Era lo único que pedía al cielo entre lágrimas. Y no salió de ahí en tres días.

Fue en la madrugada del tercer día cuando Natalia mostró señales de que despertaría. Un leve movimiento en los dedos. Un cambio en el ritmo respiratorio. Y, finalmente, sus ojos se abrieron; la luz le lastimó, así que parpadeó hasta que las lágrimas se le asomaron. El constante pitido del monitor en la habitación era como

millones de clavos en su cabeza. El cuerpo le pesaba como plomo. La cabeza le latía con violencia. Sentía la garganta seca y un sabor amargo en la boca.

Aun en medio de su desorientación, percibió un olor familiar. Un calor cercano que calmó el miedo que sintió de repente. Giró la cabeza con esfuerzo y la vio. Lorena dormía a su lado, con su mano entrelazada con la suya.

Natalia vio la vía en su brazo; el suero, los cables. Entonces su mente se llenó de confusión.

—Lo… re… —apenas susurro. La garganta le dolió, aun así, intentó otra vez, con la voz ronca, quebrada—. Lore…

Lorena se incorporó de inmediato. Sus ojos se encontraron. Esos ojos que estaban opacos, pero vivos. Y, por primera vez en tres días, ella sintió que volvía a respirar.

Natalia había despertado.

Capitulo 56

Se miraron en un profundo silencio.

Lorena sonrió, agradecida al cielo porque su esposa hubiese despertado. Con delicadeza, le acomodó el cabello detrás de la oreja, deslizó los dedos por sus mejillas; sintió el calor de su piel. Ya no estaba fría como el día anterior; ya no albergaba esa frialdad que le helaba el alma cada vez que la tocaba.

Natalia no comprendía qué sucedía. Su mente era un espacio vacío, lo único que tenía claro era que se sentía complacida, casi feliz, de tener a Lorena a su lado. De que la mirara de esa manera; como si todavía le perteneciera.

—¿Qué pasó? —fue lo único que pudo decir.

—Estuviste enferma —se limitó a responderle.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con la voz rasposa, sintiendo que cada palabra le arañaba la garganta.

Lorena tragó en seco. Intentó levantarse de la cama, pero Natalia ejerció una leve presión en su mano, reteniéndola. No quería que se fuera. No todavía.

—Tres días —le respondió. Se sentó a su lado; le tomó las manos con firmeza, como si necesitara anclarla a la realidad.

El rostro de Natalia reflejó sorpresa. Sus labios se movieron antes de que pudiera procesarlo.

—¿Tres días…? —cuestionó, frunciendo el entrecejo.

No recordaba nada. Ni el principio, ni el final. Solo tenía la certeza de que Lorena estaba ahí. Hacía tiempo que no la sentía tan cerca.

—Sí. Tres días inconsciente —le confirmó su esposa.

—¿Qué hice esta vez? —la pregunta fue acompañada por una mirada cargada de terror y culpa. En su inconsciencia, soñó con la separación, con el abandono, con el miedo de perderla. Algo había hecho. Estaba segura.

—Estuviste enferma —repitió Lorena, sin abundar—. Solo piensa en eso por ahora. En un momento el médico vendrá a hablar contigo. Tengo que avisarle que despertaste.

Natalia no la detuvo cuando se levantó. La vio salir de la habitación y luego regresar. Se quedó de pie, junto a la camilla, sin apartar la vista de ella.

—Antes de que venga el médico, quiero que hablemos —le dijo Natalia. Lorena bajó la cabeza; en su opinión, ese no era el momento. Su esposa acababa de salir de la inconsciencia, y para ella era significativo, así que continuó hablando—. Sé que no estamos bien, Lore.

—No pienses en eso ahora —le pidió—. Lo importante es que te recuperes. Estoy aquí. He estado aquí todo el tiempo. No me iré —aseguró—. Dime cómo te sientes.

—Me duele la cabeza. La habitación me da vueltas, siento náuseas y me duele hablar.

Lorena volvió a acariciarle el cabello, acomodándolo otra vez detrás de su oreja. Su mano no abandonó su rostro; la contemplaba en silencio, agradeciendo al cielo que hubiese despertado. Que respirara. Que la mirara.

Natalia notó las ojeras marcadas, el cansancio, la tensión acumulada en su rostro. Y también la ternura intacta. Recordaba, aunque lejanamente, que las cosas no estaban bien entre ellas. Pero verla ahí, así, la llevó a tomar una silenciosa decisión: haría todo por recuperarse y salvar lo que quedaba.

El silencio entre las dos no fue largo; fue profundo. Natalia tomó la mano que la acariciaba, se la llevó a los labios y la besó.

—Dime qué hice esta vez —insistió en saber—. Dime por qué estoy aquí.

Lorena acercó la silla, la colocó junto a la cama y se sentó. Esta vez fue ella quien se llevó las manos de Natalia a los labios.

—El médico ya viene, él te lo dirá.

—Dímelo tú, quiero saber qué pasó.

Algo acorralada, Lorena tomó una bocanada de aire.

— Te encontraron intoxicada.

Natalia frunció el ceño.

—¿Intoxicada? Yo no consumo. ¿Intoxicada de qué?

—Según los exámenes toxicológicos, ingeriste una gran cantidad de alcohol. No habías comido nada. Llegaste deshidratada,

inconsciente —le informó—. Quiero saber si recuerdas si lo mezclaste con algo.

Natalia frunció el entrecejo.

—¿Algo como qué? ¿Drogas?

Lorena asintió. Ella, por el contrario, negó con la cabeza.

—¿Qué consecuencias tuve, Lore?

—Te encontraron a tiempo, dentro de la camioneta, en la orilla del acantilado. Algunas horas más, y no hubiese sido reversible. Mientras te recuperas, estarás desorientada, confundida. El dolor de cabeza no se irá de inmediato, pero pasará, Nat. Va a pasar —le aseguró.

Natalia soltó sus manos y cerró los ojos; las lágrimas se le escaparon de inmediato. Se mordió los labios, frunció el entrecejo, forzó su mente, buscando recuerdos. Cuando abrió los ojos, Lorena seguía ahí.

—Lo siento, Lore. Volví a herirte.

Lorena respiró hondo.

—Esta vez te heriste tú, Natalia. Pero confío en que será la última.

***

Los días siguientes no fueron fáciles.

Las náuseas persistían. Los leves temblores en las manos aparecían sin aviso. El mareo constante le impedía incorporarse con seguridad. Lorena estuvo ahí en todo momento. La ayudaba a bañarse; la arropaba por las noches. Le hablaba, aunque Natalia estuviera en silencio.

Joseph insistió en quedarse durante el día para que Lorena descansara, pero ella apenas iba a la casa a buscar ropa y estaba de regreso en menos de una hora. Por petición de Natalia, algunas noches dormía a su lado; se quedaban mirando hasta que el sueño las vencía y sus respiraciones se mezclaban, sin que sus manos se separaban.

Pero había una fisura.

Para Natalia, cada caricia era un recordatorio de lo que podía perder. Para Lorena, cada gesto era amor, la más profunda entrega,

pero también, había momentos en los que se protegía.

El tercer día después de que Natalia despertó, los recuerdos comenzaron a regresar con claridad. La conversación, el terror a perder a su esposa, la ira. Las llamadas a sus amigos, la sensación de vacío. Recordó el lugar. Recordó el momento exacto cuando decidió seguir bebiendo, aunque ya no pudiera mantenerse en pie. Recordó pensar que, de todos modos, hiciera lo que hiciera, Lorena se iría.

Cada recuerdo la hacía mirar a su esposa, como si temiera que pudiera leerle el pensamiento. Pero solo la veía sentada, preocupada, a veces dormitando; a veces alerta, cuidándola. Y la asociación fue inevitable. Ella había causado aquello.

La madrugada del cuarto día fue la peor. Durante el día, Natalia recibió visitas. Marta estuvo allí; le dijeron que fue una intoxicación alimentaria. Joseph también fue a verla. Para cualquier paciente, eso habría sido reconfortante. Para Natalia, no. Sabía que se encontraba ahí por algo que ella misma provocó.

Cuando Lorena salió del cuarto para dejarla sola con Marta, Natalia comprendió algo más profundo; su esposa había protegido su dignidad. No dijo nada. Diego, su suegro, también se guardó la verdad.

Esa madrugada tomó una decisión que cambiaría su vida para siempre, pero no era el momento de anunciarla.

Natalia dejó que Lorena durmiera en el sofá. La contempló desde la cama; pensó en lo injusto que era que siguiera ahí, cuidándola; trabajando online durante el día, mimándola, hablándole siempre para distraerla. No era justo.

Natalia lloró en silencio. Ya no quedaban lágrimas de sufrimiento, solo quedaba intención. La intención de que Lorena recuperara su vida, aunque con ello se derrumbara la suya.

Al quinto día, llegó el alta. El médico fue a visitarla; le informó que no tenía ningún tipo de daño cerebral. Por su parte, los psicólogos le explicaron que ella tenía la capacidad y la fuerza para salir de esa situación. Que podría sufrir episodios de llanto, momentos de confusión, dolores persistentes, pero médicamente, se recuperaría, siempre y cuando no volviera a beber de esa manera.

Cuando el médico salió, Natalia tendió la mano hacia su esposa, que observaba y escuchaba desde el sofá.

Lorena se puso de pie y se sentó junto a ella cuando la vio palmear el colchón; con delicadeza, le acomodó las almohadas para que su espalda se mantuviera cómoda.

Natalia le tomó las manos.

—No estoy tan mal, ¿verdad? —dijo. Lorena sonrió a medias y asintió—. Cuando salga de aquí, te irás, ¿no es cierto?

El corazón de Lorena golpeó con fuerza. Sí, ese era su plan. Esperar a que Natalia estuviera bien, dejarle la casa, cederle todo e irse. Ella no respondió, solo bajó la cabeza. Esa fue suficiente respuesta para su esposa.

El llanto de Natalia fue inmediato. Extendió los brazos y la abrazó con una fuerza que no parecía tener.

—Tienes que hacerlo, mi amor. Quiero que recuperes el tiempo perdido —sollozó. Le dolía, pero sabía que debía dejarla ir—. Quiero que me recuerdes con amor. No te pondré obstáculos. No te merezco, Lorena.

—Yo… —la voz de la rubia se quebró. Las lágrimas le bañaban el rostro. No existía manera de contenerlas porque el adiós le dolía como nada.

—Te juro que voy a estar bien —le dijo Natalia—. Estarás orgullosa de mí cuando vuelvas a verme. Este espacio tú lo necesitas para sanar y yo para volver a ser —susurró—. Perdóname. No me recuerdes como un mal paso en tu vida, por favor. Eres mi todo, mi vida, mi todo.

El llanto de Lorena se volvió incontenible. Sabía que Natalia hablaba desde el amor.

—Te amo más que a mi vida, Natalia —declaró entre sollozos—. Me destroza verte así. Me mata esta conversación, pero espero que me entiendas.

Natalia le tomó la barbilla, le secó las lágrimas, acomodó su cabello y le rozó la nariz con la suya. Con todo el dolor que podía soportar; y con todo el amor que aún le quedaba, la besó.

Se besaron con intensidad. Fue un beso que no era solo de despedida. Era de reconocimiento. De historia compartida. De una

promesa rota y un amor intacto.

Sellaron en ese beso el compromiso que tuvieron la una con la otra. Y marcaron con él, al mismo tiempo, el final de su relación.

Epílogo

Quinientos sesenta y ocho días transcurrieron desde aquella despedida en el hospital.

Los primeros días, fueron desgarradores para las dos, pero, sobre todo, para Lorena, que moría de ganas de quedarse en el hospital, cuidando a Natalia. Porque cuando se ama de verdad, se siente que nada será suficiente; que nadie cuidará como debe cuidarse a quien se ama.

Irse y dejar a su esposa, aunque ya estaba alerta y fuera de peligro, le desgarró el alma, pero no podía, bajo ningún concepto, ceder a sus deseos; ahora y tras los últimos acontecimientos, su estabilidad emocional estaba entre Natalia o ella.

Ella, afectada como lo estaba, no sería de ayuda para una inestable Natalia. Ellas tenían que sanar y crecer por separado, aunque doliera.

Sus nuevos amigos, Iván y Joel, fueron de apoyo para ella; y sabía que para Natalia también, aunque ellos no hablaban de una con la otra.

***

Después del alta, Joseph y su esposa, se llevaron a Natalia a su casa. Ella quiso permanecer en el anexo, pues le daba cierta independencia. Su hermano respetó su espacio, sin cuestionarla.

Quetza, la hermana menor de Natalia, viajó para brindarles apoyo; se hospedó también en el anexo, acompañándola de día y noche. Eso les permitió hablar como no lo hicieron cuando eran niñas, porque en las circunstancias que vivían, no hubo espacio.

Natalia continuó con el tratamiento psicológico que inició en el hospital; incluso, asistió a terapia. Tuvo días buenos y otros no tanto; días en los que ni siquiera quería levantarse de la cama. Pero el apoyo de su familia trasformó su vida con el paso del tiempo. Con ellos se sentía en un espacio seguro. Y esa seguridad fue con lo primero que empezó a reconstruirse.

Casi tres meses después, cuando se sintió un poco más estable emocionalmente, reunió a sus hermanos. En la sala de la casa, deambuló, nerviosa, antes de hablar; buscaba las palabras apropiadas para expresarse. Cuando creyó estar preparada, se sentó, pero al instante se levantó otra vez y respiró hondo. Entonces les contó todo.

Todo lo que recordaba; todo lo que había reconstruido en su mente. Todo lo que ocurrió los dos días siguientes a su conversación con Lorena, en la que ella le habló del divorcio. Les platicó de Jeff y de Osmer, y le dolió el corazón al hacerlo.

Confesó que, en sus recuerdos, sus amigos estuvieron presentes en sus momentos más oscuros.

—Estuvieron allí mientras yo me destruía —dijo con la voz firme, pero con las manos temblando sobre sus rodillas—. Y me permitieron hacerlo. Entonces, no eran buena compañía para mí —admitió.

Natalia les pidió apoyo a sus hermanos. No quería volver a ver a sus supuestos amigos. En respuesta, Joseph se inclinó hacia ella y le tomo las manos.

—A mi lado estarás segura —le aseveró—. En esta casa nadie permitirá que vuelvas a caer así.

Luego hablaron de Lorena. El nombre quedó suspendido en el aire durante unos segundos.

—¿Qué esperas de ella ahora? —le preguntó su hermana.

Natalia bajó la mirada. Se llevó la mano al pecho, como si necesitara sostener algo allí dentro.

—La amo con mi vida —declaró—. Jamás amaré como la amo a ella. Y, por ese amor, decidí dejar que se fuera. Porque jamás me permitiré ser un mal recuerdo en su vida.

En la sala hubo silencio. Un silencio pesado.

—Estamos seguros de que ella también te ama —afirmó el hombre sentado a su lado.

Natalia asintió, convencida de ello.

—¿Y la propiedad que tienen en común? —le preguntó Quetza.

Natalia se removió en el sofá; ese tema le incomodaba de sobremanera. En su habitación, sobre la cama, estaban los

documentos que debía firmar para la venta de la casa.

—Lore me dijo que quería venderla. Ya pasó por tasación —señaló—. No nos queda más remedio. Ni yo puedo mantenerla ni ella tampoco. Y vivir allí sin Lorena, sería un martirio.

Natalia intentó contener las lágrimas, pero la voz se le quebró al final.

—Imagino que para Lorena también lo sería —comentó Quetza con tacto. Ella, en algún momento, se había reunido con Lorena durante el proceso de recuperación de su hermana.

Natalia asintió.

***

En el cuarto mes, Natalia comenzó a trabajar de nuevo en Días Dorados. Marta fue empática con ella y su situación, así que no puso obstáculos para que regresara; además, su labor era inmejorable. Ella supuso que todo el mal momento que vivió su empleada se debió a su separación matrimonial; jamás supo la verdad en sí. Por eso la animó a mantenerse activa, a sentirse útil. Aparte de eso, ella y su hija tenían planes de abrir otros centros de cuidado de ancianos en distintas partes de la isla y esperaba contar con su apoyo.

Lentamente, la vida para Natalia empezó a renovarse con el apoyo de su nuevo entorno, pero sin Lorena. Y así, un año transcurrió.

Sus heridas no desaparecieron, pero dejaron de arder como antes. De forma inexorable, los procesos empezaron a cerrarse; ella firmó el divorcio y después, la venta de la casa. Todo, a través de sus abogados. Ellas no volvieron a verse; no sabían nada la una de la otra.

Natalia se enteró, en algún momento, por un comentario de Quetza, que Lorena se había ido a vivir al sur por su trabajo; una sucursal del concesionario donde requerían de su gestión.

Natalia no preguntó más en todo ese tiempo, pero cada vez que escuchaba hablar del sur, algo en su pecho se oprimía y la imagen de Lorena, de su sonrisa, lo llenaba todo. Entonces su corazón le recordaba el dolor que albergaba en su interior. Un dolor que cuando afloraba, le humedecía los ojos sin que pudiera evitarlo.

Y así, un día tras otro, llegó el doce de febrero; era jueves, cerca de las siete de la noche. Natalia entró a un elegante restaurante del área metropolitana. Vestía un traje formal, de color crema, de cuello con solapa; su cabello lo llevaba recogido en un impecable moño. Caminaba con seguridad, pero en su rostro se mantenía la dulzura que siempre la caracterizó. La acompañaba una mujer un tanto más joven, que también vestía formal.

La música en el restaurante sonaba baja y la iluminación era cálida. Un hombre se acercó y las dirigió hacía una mesa, pero, el destino de Natalia no se equivocaba. Buscaba para ella el lugar adecuado. El momento preciso.

Y ese doce de febrero, fue el día indicado.

***

Fue Lorena quien primero la vio.

Sentada en una mesa, en el centro del lugar, ella levantó la mirada por inercia. Cuando vio la silueta en la entrada, se llevó la mano al pecho al sentir su corazón dar un salto mortal. Se quedó inmóvil, sintiendo de pronto que el aire no le llegaba a los pulmones.

—Lorena, ¿estás bien? —le preguntó Gil, su compañera de trabajo, quien le había expresado interés por conocerla fuera de las oficinas.

Gil estaba de espalda a la puerta, así que no pudo ver qué había provocado esa reacción en su compañera de trabajo.

Lorena no respondió porque, tras unos instantes, la mirada de Natalia se encontró con la suya.

Natalia se detuvo en medio del restaurante. No se fijó en quién la acompañaba, solo la miró a ella y sonrió. Sonrió porque no podía hacer nada más; no en ese momento. No viendo a Lorena después de tanto tiempo. Su corazón comenzó a latir desbocado, feliz, revoltoso; incluso él, la reconoció en la distancia. Fue evidente su nerviosismo en la forma como apretó los labios y respiró profundo.

Incapaz de ser mal educada, Natalia tocó el brazo de la mujer que la acompañaba.

—Adelántate, por favor —la pidió sin mirarla porque no podía apartar los ojos de Lorena—. Te alcanzaré en un minuto.

Natalia no apartó la vista mientras caminaba, porque Lorena también estaba como paralizada, aun así, ella se levantó de la mesa cuando ella se acercó.

La sonrisa de Lorena fue un bálsamo para su alma; en ella no halló rastros de rencor, de desencanto. Inesperadamente, extrañó ese final feliz que alguna vez las dos soñaron.

—Buenas noches, Lore.

Natalia la saludó con esa voz dulce que siempre lograba desarmarla. El corazón le latía a mil, todo loco; de esa manera cuando se vuelve a ver y escuchar la persona que alguna vez fue su huésped.

—Buenas noches, Nat.

No se besaron. No se abrazaron. Era demasiado potente el latir de sus corazones. Sus miradas brillaban, silentes, parecía que el tiempo no transcurría, pero sí lo hacía; siempre lo hacía.

Fue Lorena quien sacudió la cabeza, como para salir del embrujo, al recordar que estaba acompañada.

—Natalia, ella es Gil. Una compañera de trabajo —presentó a quien la acompañaba en la mesa—. Gil, ella es Natalia.

Así, sin títulos; sin un "mi exesposa", sin nada que explicara la razón para su incapacidad para parpadear, para reaccionar.

Natalia saludó con cortesía, sin demasiado interés. Luego volvió a centrar su atención en lo que sí le interesaba. En Lorena. Había ensayado ese momento, mil veces; lo ensayó porque sabía que llegaría ese día, pero ahora, que se hacía realidad, ella se quedó sin palabras; y los deseos de abrazarla y decirle cuanto la había extrañado, no eran posibles de en ese instante.

—Creía… Creía que estabas en el sur —dijo, cayendo en cuenta de que no se encontraban en ese punto cardinal de la isla.

Lorena sonrió.

—Lo estaba —confirmó—. Regresé hace una semana. Me necesitan de nuevo aquí —explicó.

Natalia asintió. Una vez más, el silencio se instaló entre ellas hasta que ella volvió a hablar.

—Me gustaría volver a verte —dijo, medio balbuceando. Entonces sacó una tarjeta de su cartera y se la entregó—. Asumo

que borraste mi número. Guarda esta —le tomó la mano, le dejó la tarjeta en la palma y se la cerró—. Por favor, contáctame.

Dejando a Lorena algo sorprendida, se despidió con un leve movimiento de cabeza, miró a Gil y luego se dirigió hacia su mesa.

Lorena se sentó casi de forma automática; agarró la copa de agua que tenía ante sí y le dio un largo sorbo, intentando estabilizar su respiración. Sus manos descansaron sobre la mesa, pero estaban tensas.

Gil la observaba.

—Es tu exesposa, ¿verdad?

Lorena la miró y asintió.

—Disculpa por no presentarlas como era debido. No esperaba verla —confesó.

Gil sonrió de lado.

—No hacía falta, por tu mirada lo supe. Y también supe que no tengo oportunidad alguna en tu corazón.

Lorena le tomó sus manos.

—Lo siento, Gil. No estoy lista. Lo sabía antes de verla. Y acabo de confirmarlo.

—No me diste falsas ilusiones —respondió ella con madurez—, pero no creo que pueda luchar con esa sombra, aunque quisiera

Lorena sonrió, luego negó con la cabeza.

—No es una sombra. Natalia fue mi realidad —declaró.

***

Esa noche ninguna durmió.

Lorena permaneció sentada en su habitación, en la casa de Diego, con la tarjeta de Natalia entre las manos y el celular sobre el colchón. Recordó que ella entró al restaurante acompañada, pero la conocía lo suficiente para saber que, si dejó sola a esa mujer para acercarse a ella, fue porque no era alguien demasiado importante en su vida.

Una ligera sonrisa se dibujó en su rostro al leer en la tarjeta el cargo que describía el puesto que Natalia ocupaba; era la prueba de que, a pesar de todo, ella luchó. De que había recuperado su

dignidad, su profesión, su estabilidad. Su pecho se llenó de orgullo y de felicidad.

—Lo logró —dijo.

Cerró los ojos, echando la cabeza hacia atrás, y su sonrisa se amplió. Después de todo, la separación, aunque dolorosa, sirvió para la tormenta pasara. Para que Natalia encontrara su camino. Para que se fortaleciera. Para que no dependiera del amor, sino de ella misma. Entonces, el dolor que albergó en su corazón por su ausencia, se trasformó en un alivio absoluto y en orgullo por haber elegido el camino correcto para las dos. No sabía que habría sido de ellas de haberse quedado a su lado.

***

Por su parte, Natalia llevaba toda la noche preguntándose quién era la mujer que estaba con Lorena; sintió celos al ver su mano en su cintura cuando salían del restaurante. No vio rechazo por parte de la rubia, pero tampoco una respuesta.

Fue en medio de esos pensamientos cuando su celular vibró; al leer el nombre del remitente en la notificación, su mundo volvió a encajar.

"No necesito borrar tu número. Me lo sé de memoria."

Natalia suspiró, apretó el teléfono contra su pecho y se dejó caer sobre la cama, sonriendo como una niña. En ese momento decidió, como lo hizo un año y medio atrás, que la recuperaría.

***

—Buenos días, cariño —saludó Diego.

Lorena se encontraba sentada en la cocina, con su acostumbrada taza de café entre las manos. Ya estaba lista para ir a trabajar.

—Buenos días, papá.

Su padre fue también por una taza de café para acompañarla.

—Me levanté a la una, a las tres y a las cuatro, y la luz de tu habitación seguía encendida. O duermes con la luz prendida ahora… o no dormiste nada.

Lorena sostuvo la taza unos segundos; cuando él se sentó frente a ella, levantó la vista y le sonrió.

—Anoche vi a Natalia —confesó. Diego abrió los ojos como platos, con evidente interés—. Se ve muy bien y más hermosa que antes.

—¿Y la mujer con la que saliste? —preguntó con intención.

Lorena frunció los labios.

—Nat la vio, aun así, me habló. Con Gil no pasa nada, ni pasará.

—Y no has podido cerrar los ojos —concluyó Diego.

Lorena sacó la tarjeta que ella le dio y se la entregó.

—Es dueña de una de las casas de cuidado del área metropolitana —lo dijo con orgullo.

Diego hizo un gesto de triunfo con el puño.

—¿Qué harás? —le preguntó.

—Me dijo que quiere verme otra vez.

Su padre sonrió.

—Tú también quieres verla. No me lo niegues.

Lorena no respondió; solo sonrió.

***

Natalia llegó más temprano de lo habitual a su oficina; vestía un elegante traje de chaqueta y el perfecto moño que ahora acostumbraba a usar. Entró a la residencia saludando a todos sus "chicos". Como siempre, todos la recibieron con abrazos, le dieron la bendición y le demostraron, con sus gestos, cuánto la amaban.

Aunque Natalia era la dueña y socia de ese hogar —junto con la hija de Marta—, se había convertido en el apoyo emocional de cada uno de los ancianos. Para ellos, ella era una hija más. La trataban como tal. La amaban por el respeto que les ofrecía, y la calidad de tiempo que les dedicaba. Nadie era capaz de levantarle la voz, ni a llevarle la contraria.

Natalia, con su dulzura y firmeza, había levantado ese hogar para ancianos de la nada. En solo nueve meses, desde que se hizo socia de Marta, convirtió ese centro en uno de los más notorios del área metropolitana. Esa mañana ella llegó con varias libras de pan bajo el brazo. Sabía que para los ancianos aquello era un regalo de

los dioses; pero más que el pan, lo que destacaba en ella ese día, era su sonrisa radiante, luminosa, distinta.

Cándida, una de las ancianas más apegadas a ella, la acompañó hasta la cocina para dejar el pan. No perdió la oportunidad de observarle con la sabiduría que dan los años.

—Estás radiante hoy, Natalia —le dijo.

Ella apoyó la espalda de la encimera, cruzó los brazos mientras las empleadas cortaban el pan y lo rellenaban con jamón y queso; luego, ella misma lo repartiría.

—Estoy muy contenta, Cándida. Solo eso.

Pero Cándida no era ingenua; le colocó las manos en la cabeza, casi como dándole su bendición. La miró con una sonrisa cómplice.

—Tus ojos me dicen que el amor está rondando. Así que recuerda que el amor entra por la cocina.

Bastó esa frase para creer que el destino le revelaba una pista de cuál debía ser su siguiente paso. Después de los sándwiches fueron colocados en bandejas y ella los repartiera con la paciencia de siempre, en su mente empezó a trazarse una idea; una idea que no le borraba la sonrisa del rostro. Al contrario, la hacía más evidente. Cuando Natalia regresó las bandejas vacías a la cocina, llamó a la encargada y le pidió un favor especial.

Cerca del mediodía, Natalia salió del hogar con una bolsa en la mano. Destilaba ilusión por doquier. Al subir al auto, se soltó el moño; dejó que su cabello le cayera sobre los hombros. Se pasó los dedos entre las hebras, y las acomodó con cuidado. A continuación, sacó un labial del bolso y se lo aplicó con precisión. Encendió la camioneta y salió con la esperanza más fuerte que nunca.

Media hora después, los insistentes toques en la puerta de unas de las oficinas del concesionario, interrumpieron la concentración de Lorena. Sin embargo, no se sorprendió demasiado al ver a Natalia frente a ella con ese cabello suelto que la enloquecía y su sonrisa de "todo está bien".

Algo dentro de Lorena ya lo sabía. Tal vez fue por el tiempo que la conocía. Tal vez era el hecho de que sospechaba que esa tarde volverían a verse. Natalia no era paciente; no esperaría una llamada suya.

Sonriendo, Natalia levantó el bolso que llevaba en la mano.

—Vine un poco antes porque sé que almuerzas a la una y no quería que compraras nada, ni que calentaras algo, ni que te quedaras sin comer. Tengo un poco de hambre. ¿Me permites almorzar contigo? —su sonrisa le cubría todo el rostro.

Fue en ese instante cuando Lorena entendió que estaba perdida. Que tendría que mantenerse firme para no mostrarse vulnerable. Que, tarde o temprano, debía que admitir que nunca dejó de estar enamorada de Natalia. Sin otra cosa que hacer, se apartó de la puerta; con un gesto de la mano, la invitó a entrar.

Cuando Natalia pasó junto a ella, Lorena aspiró su aroma; ese aroma que la identificaba y que había extrañado hasta el punto de que le dolía no percibirlo a diario. Cerró los ojos apenas un segundo antes de asomar la cabeza al pasillo.

—Que nadie me moleste —le ordenó a su asistente.

Tras cerrar la puerta, ellas quedaron frente a frente. Cara a cara, tan cerca, que podían sentir la respiración de la otra.

Aunque lo deseaban con locura, no hubo ningún tipo de contacto físico. Ni un roce. Ni una mano que se atreviera a cruzar esa línea.

—¿Por qué sabía que no esperarías a que yo te llamara? —le preguntó Lorena, rodeando el escritorio, pero sin dejar de sonreír.

Con un leve gesto, la invitó a ocupar el asiento frente a ella, antes de tomar su lugar.

—Tal vez porque nadie me conoce como tú —respondió Natalia con esa discreta coquetería que siempre la caracterizó.

Lorena sostuvo su mirada un segundo más de lo prudente.

—Me alegra mucho verte bien, Nat —confesó.

Natalia bajó la cabeza. Sonreía; se notaba segura, firme, aunque muy dentro de ella, temblaba de miedo. Un miedo diminuto, persistente, imborrable. Sentía temor de que Lorena la hubiese recibido con empatía, con cariño, pero que ya no estuviera enamorada de ella.

Natalia moría de miedo de que ese tiempo que se mantuvieron separadas, la sanara tanto, que su amor se hubiese transformado en

un simple afecto. Cuando levantó la mirada, encontró sus ojos fijos en ella.

—¿Qué trajiste de comer? —le preguntó Lorena para romper el hielo.

—Abre las bolsas y lo verás.

Natalia notó el gesto; ese leve torcido de boca. Lorena se puso de pie y comenzó a revisar el contenido del bolso. Entonces ocurrió.

El corazón de Natalia se saltó un latido cuando Lorena abrió los ojos, sorprendida.

—¿Costillas asadas?

Era plato favorito de Lorena. Natalia notó el brillo en sus ojos y la manera como sus labios se entreabrieron. Y eso… Eso le devolvió la esperanza.

Lorena apartó los documentos, todo lo que ocupaba su escritorio, despejando el espacio como si la comida fuera más importante que cualquier contrato.

Natalia se levantó para ayudarla. Una sacaba los platos, la otra acomodaba; una buscó las bebidas en la nevera de la oficina mientras la otra servía. Parecían dos amigas que conocían a la perfección los movimientos de la otra.

Cuando se sentaron, lo hicieron casi con solemnidad. Como si el almuerzo tuviera algo ceremonial. Empezaron a comer en silencio, luego comenzaron a conversar, poniéndose al día sobre la familia, el trabajo.

—¿Y cómo llegaste a ser dueña y socia de la cadena de hogares más importantes del área metropolitana? —preguntó Lorena, apoyando el tenedor en el plato—. Sí, ya lo leí —acotó, guiñándole un ojo al ver su gesto de sorpresa.

Natalia sonrió y tomó aire.

—Con el dinero de la venta de la casa —respondió—. Con mi mitad, pude asociarme con Marta, aunque fue un riesgo. El hogar tenía deficiencias económicas, pero yo sabía que había potencial allí.

Lorena la observaba con atención.

—Eres muy buena en eso. En identificar situaciones, en mejorar empresas.

Natalia se sonrojó.

—Nada de eso, solo identifiqué las fallas. Entonces me reuní con Marta y se las planteé. Ella me dijo que no tenía capital para abrir otro centro que apoyara el otro. Cuando salí de la reunión con ella, me tropecé con Wilmary, la hija de Marta. Con quien estaba ayer —aclaró. No se perdió ni un gesto del rostro de Lorena mientras lo decía—. Nos pusimos a evaluar opciones. Buscamos hogares con poca población y encontré el que dirijo ahora. Le pedí autorización a Marta, luego me reuní con el dueño, que estaba pensando cerrar. Le ofrecí comprarlo. No sabía si el dinero me alcanzaría, pero ya había hablado con Joseph y con mi hermana. Me dijeron que, si necesitaba un préstamo, me ayudarían. Esa confianza me dio el empujón. Y aquí estoy, nueve meses después, como la gestación de un bebé.

Lorena rio.

—Administrando tu propio centro para ancianos —añadió con orgullo.

Natalia asintió, con el rostro aún sonrojado. Lorena bajó la mirada al plato, pero no dejó pasar el detalle que mantenía en la mente.

—Y Wilmary, ¿también es socia?

Su pregunta fue serena. Demasiada serena, pero Natalia la entendió.

—No —respondió—. Wilmary está aprendiendo, es como mi asistente. Marta quiere que esté preparada para cuando ella se retire. Prefiere que esté conmigo porque cree que yo puedo enseñarle mejor.

El silencio se hizo espeso de pronto. Lorena bebió un poco de agua, evitando mirarla directamente. Natalia conocía ese gesto; sabía que una duda la rondaba. Sonrió y tomó un bocado, sin apartar los ojos de quien fue su esposa.

—Y no tengo nada romántico con ella. Ni lo tendré —puntualizó.

Natalia respondió así la pregunta que nunca fue hecha. El almuerzo quedó solo en eso, en una comida, pero la sonrisa de ambas, incluso mientras continuaban con sus respectivos trabajos, era evidente para cualquiera que las mirara. Algo había cambiado.

***

Era viernes; al día siguiente, sería catorce de febrero.

Tanto Lorena como Natalia recordaron, casi como una pesadilla, su último San Valentín anterior. Aquel encuentro lleno de soledad, heridas abiertas y la dolorosa certeza de no estar con la persona que amaban.

Pero este… Este sería distinto. Ellas lo harían distinto.

Este olía a rosas sin espinas, a esperanza y sanación. A amor; puro y verdadero amor.

Ninguna de las dos planeó nada. Su tarde de trabajo se desarrolló con normalidad. Su noche se tornó un poco incómoda, sí; porque al salir, los globos rojos, las vitrinas decoradas, las rosas y las parejas tomadas de la mano, les recordaban que estaban solas. O al menos, eso parecía.

Lorena llamó a su padre para avisarle que llegaría más tarde. Después se detuvo en un supermercado; compró una botella de vino espumoso, barras de queso y un poco de jamón ibérico. Luego entró en una cafetería; allí adquirió una barra de chocolate y pidió un vaso de plástico. Cuando se sentó en la camioneta con las bolsas sobre el asiento del pasajero, una idea comenzó a tomar forma en su cabeza. Un anhelo. Sonrió para sí misma y volvió a bajar del auto. Entró otra vez a la cafetería y pidió un vaso adicional. Ya sabía a dónde iría; ya sabía cómo pasaría la víspera de San Valentín.

***

Natalia, por su parte, condujo hasta el anexo de la casa de sus hermanos, donde todavía vivía. Sin embargo, toda la ilusión que sintió durante el día se hizo pesada en su pecho cuando estacionó frente al lugar. No descendió de la camioneta, sino que recostó la cabeza del asiento y cerró los ojos. A su mente llegaron imágenes: de la sonrisa de Lorena; de sus ojos. Escuchó su voz. Percibió su olor.

En ese momento lamentó que se hubiesen despedido sin concretar una nueva cita. Las dos estaban encandiladas, pero también aterradas. Temían que un paso en falso lo destruyera todo, así que prefirieron separarse como dos amigas que recién se reencuentran. Aunque sus corazones latían distinto.

Dejándose llevar por un anhelo, Natalia volvió a encender la camioneta y se puso en marcha con un destino en mente.

A esa hora, el negocio al que solían ir antes de subir al acantilado estaba lleno de parejas. Las tenues luces creaban un ambiente íntimo. No sonaba calipso esa noche, solo el jazz flotaba, suave, en el aire. El clima era perfecto, no hacía ni calor ni demasiado viento.

Cuando Natalia descendió de su auto, notó el mar tranquilo, sereno, como si la esperara, pero su corazón no estaba quieto. Al contrario, empezó a latir desbocado cuando ella dio apenas dos pasos y avistó la camioneta de Lorena estacionada frente al acantilado. Tragó en seco, sintió el cuerpo paralizársele y, al mismo tiempo, sonrió esperanzada.

Era ahora. O nunca.

—Lo ideal hubiese sido que llegáramos juntas —dijo en cuanto estuvo cerca.

Lorena se quedó inmóvil al escuchar la voz a su espalda. Cerró los ojos con fuerza; cuando los abrió, Natalia estaba agachada frente a ella, buscándole la mirada.

—Es la tercera vez que nos encontramos en menos de veinticuatro horas —añadió, sonriendo con ternura—. ¿Qué te parece si no nos separamos más? ¿Qué te parece —tomó un suspiro, dándose fuerzas— si retomamos nuestra vida juntas, si empezamos de nuevo? Lorena, la miró a los ojos. Bajó la cabeza apenas un segundo, intentando contener la emoción, pero cuando volvió a levantarla, las lágrimas ya rodaban por sus mejillas. Eran lágrimas de felicidad.

Natalia tampoco pudo contener las suyas. Entonces se abrazaron. Fue un abrazo fuerte, muy fuerte. Sincero. Lleno de anhelo acumulado. Intentando recuperar, en ese instante, cada segundo perdido.

Cuando se separaron, Lorena acunó el rostro de Natalia entre sus manos y la besó. Un beso profundo, necesario, esperado.

Cuando requirieron aire, sus frentes chocaron con suavidad. El silencio fue testigo de su entrega, de su promesa sin palabras. De su amor incondicional.

—Gracias por regresar, Natalia —susurró Lorena, aún con la voz temblorosa.

—Gracias por recibirme, mi amor —respondió ella, sin dejar de rozar sus labios.

En todos sus años de relación, nunca habían recibido el Día del Amor en el acantilado. Jamás pasaron un catorce de febrero sin flores frescas sobre la mesa, sin una cena reservada con semanas de anticipación, sin un plan perfectamente pensado. Siempre había habido rosas, velas, música… expectativas.

Y, sin embargo, esa noche recibieron a San Valentín recostadas, una contra la otra, en absoluto silencio. Natalia tenía la mejilla apoyada sobre el pecho de Lorena, escuchando el firme latido que tantas noches la arrulló.

Mientras tanto, con los dedos entrelazados a los suyos, Lorena le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar. De vez en cuando, se inclinaban para darse tiernos besos en las manos, en la sien, en las mejillas, en los labios.

No había nada que decir; no existían reproches pendientes ni preguntas incómodas. No había pasado, solo un silencio profundo; un silencio que no incomodaba, sino que lo llenaba todo.

Así, abrazadas, cada una recordaba en secreto su último catorce de febrero. Las lágrimas, la sensación de vacío y, al mismo tiempo, agradecían los seis años previos, cuando su vida parecía una rosa perfecta, sin espinas perceptibles.

Cuando la brisa del mar comenzó a humedecerles la piel y la sal se les pegó en los brazos, decidieron bajar del acantilado. Lo hicieron tomadas de la mano, sin soltarse ni un segundo.

Al llegar al estacionamiento, Natalia se quedó de pie, junto a la puerta de la camioneta de Lorena. Esperó a que ella se colocara el cinturón y que encendiera el motor. Sus ojos no dejaban de mirarla. Dejándose llevar por la noche, se inclinó, metiendo medio cuerpo al interior del auto, y la besó con ternura.

—No quiero separarme de ti —susurró, rozándole los labios.

Lorena la miró con una mezcla de deseo y calma; le dio un ligero mordisco en la barbilla. Sus ojos estaban cargados de pasión y anhelo, pero quería controlarse.

—Buenas noches, Nat. Hasta mañana —se despidió, haciendo eco de su fuerza de voluntad.

Natalia asintió, luego cerró la puerta con cuidado. Lorena no abandonó el estacionamiento hasta asegurarse de que ella estuviera dentro de su camioneta. Tomaron caminos separados, solo hasta que la luz de un nuevo día volviera a iluminar sus senderos.

Cuando Natalia llegó al anexo, se dejó caer de espalda sobre la cama. Se llevó la almohada al rostro y gritó contra ella, con una mezcla de felicidad, alivio y nervios. Durante todo el trayecto imaginó el día siguiente. Visualizaba cada detalle; tendría que levantarse temprano, pues debía organizarlo todo. Quería que fuera perfecto.

Mientras tanto, Lorena llegó a casa y encontró a su padre, como siempre, trasnochado, frente al televisor. Él apenas había notado la hora, pero cuando la vio entrar, casi a la medianoche, frunció el entrecejo.

Lorena dejó el bolso en cualquier lugar, se quitó los zapatos con prisa y, sin decir palabra, se acostó en el sofá, apoyando la cabeza en los muslos de su padre.

Él supo de inmediato que algo había cambiado.

—No me digas nada. Esa sonrisa y esos suspiros tienen nombre.

Lorena cerró los ojos y sonrió.

—Natalia.

Diego le acarició el cabello.

—¿Qué pasó?

—No lo hemos dicho formalmente, pero decidimos que no nos separaremos más.

El gesto complacido de su padre, su lento asentimiento, le dieron una tranquilidad inmensa. Era su aprobación. Era su silenciosa bendición.

***

La ilusión del primer amor suele ser la más intensa. Se cree que será eterno, que nadie podrá compararse con la primera persona que se ama, pero para Natalia no hubo ilusión más grande que el mensaje que recibió a primera hora de la mañana.

"Hoy comienza nuestra vida juntas y para siempre. Pasaré por ti a las tres."

Su corazón casi se le salió del pecho.

"¿Algún código de vestimenta?"

La respuesta llegó segundos después.

"Sí, tú."

La ilusión no abandonó a Natalia durante todo el día. A las tres en punto, como una adolescente enamorada, se encontraba estaba en la acera esperando a Lorena. Vestía un traje rojo a medio muslo, de mangas delicadas, con dos aberturas sutiles a la altura de las costillas, que dejaban ver apenas su piel; calzaba zapatillas del mismo tono. Llevaba un bolso, de color crema, entre sus manos nerviosas.

Lorena la vio desde el auto y sonrió sin poder evitarlo. Cuando estacionó, salió de inmediato. La tomó por la cintura y la abrazó fuerte, hundiendo el rostro en su cuello.

—Podría pasar horas abrazándote, oliéndote —declaró—. Te he extrañado tanto.

—Ya tendremos tiempo, bebé —susurró ella contra su oído.

Lorena vestía una blusa roja, con los botones abiertos a la altura del pecho, de solapas anchas, mangas abombadas y un jean azul ajustado. Su cabello en ondas, recién peinado, caía sobre sus hombros.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Natalia.

—Es una sorpresa. Y créeme, no lo tenía planeado —confesó mientras ponía la camioneta en marcha.

El aire se volvió denso cuando estacionó frente a su antigua casa. De pronto, Natalia sintió que el pecho le dolía.

—¿Por qué aquí? —susurró sin atreverse a salir del auto.

Lorena le tomó la mano y la forzó a salir. Cuando abrió el portón con su propia llave, Natalia sintió que el mundo se inclinaba. Esa casa había sido vendida; solo el nuevo dueño podía tener la llave. No entendía nada. Pero cuando cruzaron la puerta, el aire olía a rosas.

La casa estaba casi intacta, decorada con arreglos de rosas rojas que Lorena compró muy temprano ese día. Un camino de pétalos

guiaba hasta la sala. Los muebles eran nuevos, de color crema, más amplios, más suaves.

Esa mañana, Diego le había entregado a su hija una diminuta caja como regalo del día del amor.

—Eres mi única hija. Siempre me cuestioné que podía darte como herencia, además del amor inmenso que siento por ti.

Sorprendida y emocionada, Lorena abrió la cajita y se encontró con la llave de su casa. De su casa y la de Natalia, con el mismo juego de llaveros que ellas compartían. Diego mantuvo el secreto a la espera de que ellas volvieran a unirse.

—Siempre confié en que volverían. Ustedes se aman demasiado para que ese amor desaparezca —le dijo Diego.

La emoción era evidente para Natalia cuando ella le contó cómo había recuperado la propiedad que compraron juntas.

Natalia no pudo contener las lágrimas al escuchar la historia. Cuando cruzó el umbral, Lorena la abrazó por la espalda y pegó su nariz a su nuca, aspirando su aroma con devoción. Ella se giró entre sus brazos; esta vez no había miedos ni reproches. Y mucho menos, pasado.

El beso empezó lento, profundo, con la certeza de quien sabe que ha vuelto a casa. Las manos recorrieron con reconocimiento lo que nunca dejaron de amar. La ropa fue desapareciendo sin prisa, como si cada prenda que tocaba el suelo, marcara el final definitivo de una separación que ya no existía.

Entre rosas, pétalos y el suave eco de sus respiraciones, el pasado dejó de existir. Su amor se convirtió en una promesa, en un compromiso. En eternidad.

Fin

LIBROS PUBLICADOS

El clan (2025): Ximena, Karen, Estefanía y Mayha son amigas desde hace quince años; una clase de tenis las unió, a pesar de ser tan diferentes entre ellas. El Clan, se hacen llamar porque son inseparables.

Ellas comparten todo, menos el secreto de Ximena. La cardióloga del grupo se enamoró perdidamente de una de ellas, pero lo que siente es tan inmenso, que oculta sus sentimientos por temor a perder a su amiga y amor secreto.

Tras su confesión, la dueña de su amor se sentirá contrariada sin saber qué camino tomar. Sus sentimientos quieren ir en un rumbo, pero su raciocinio le mostrará otra vía de escape.

Su lucha interna entre el corazón y la razón se enfrentarán para que, de ningún modo, El Clan se desvanezca.

Mi regalo de Navidad (2024): Las luces en el árbol de Navidad en el Café Bar centelleaban brillantemente, pero en la vida de Julieta solo había oscuridad. La falta de una ilusión, unida a la celebración de esa época del año, avivaba el deseo de la mujer por tener una ilusión.

Linnette buscaba regalarse algo hermoso; algo que anhelaba y deseaba con todo su corazón. Entrar al café de Julieta aquella tarde lluviosa fue como encontrar un tesoro… Un tesoro que ella sentía merecía.

La atracción entre las dos fue instantánea, pero ¿será suficiente para que Julieta se rinda ante la petición de la visitante?

Estúpida (Libro 1, Trilogía Tres Plumas) (2023): El deseo de lograr metas, de sentirse completa profesionalmente, fue lo que hizo que Kritzia Rey, "la fiera" se dedicara por completo a su carrera como piloto de autos de carreras. Tras una primera desilusión con su padre, y otra por parte de su última amante, la mujer de cabellos negros y carácter indomable, decidió que jamás nadie la postergaría y que su mundo giraría solo en torno a su nombre como gran piloto de autos. Lograr el título de campeona en el campeonato más

importante en su categoría, el B.F.D. Race, era su meta y nada ni nadie la desviaría de su objetivo. Nadie.

Ary Stevens es una ingeniera encargada del equipo mecánico del auto de "la fiera", pero su primer encuentro no fue nada bien. El choque fue instantáneo y los ánimos se caldearon desde ese momento. Pero la atracción de polos opuestos es inevitable, y así fue para la mujer de cabellos borgoña.

¿Será Kritzia tan indomable como aparenta? ¿Podrá Ary hacerla ganar y de paso, conquistar su corazón?

Sugar mami (2023): Cuando a Tanya Casellas, su nuera le sugirió que colocara un aviso buscando compañía en una aplicación de citas, ella y su hija la tacharon de desquiciada; porque la sola idea, era una locura difícil de asimilar.

Por otro lado, Amy Suárez, estudiante de Farmacia en la Universidad de Chicago, necesita ayuda para cubrir algunos gastos. Haber llevado una vida de libertinaje al inicio de su carrera, hizo que sus padres le quitaran su apoyo económico. Con las cosas así, ella decidió imitar a su cercano grupo de amigas, que vivían a costa de "patrocinadores", a cambio de compañía.

Pero no todo es como lo pintan y para la joven estudiante aquello no fue un negocio. Cuando conoció a la ingeniera Casellas su vida cambió. Su idea de tener una Sugar Mami, tuvo otro significado. Amy se enamoró, pero ¿cómo confesar una mala intención sin ser juzgada?

Mi secreto (2022): Un matrimonio perfecto comienza a destruirse cuando se ve rodeado de un SECRETO que para otros es una bendición. Paola y Gabriela son doctoras que, dentro del mismo hospital, encontraron en la otra su razón para vivir. Las dudas y errores llevan a Gabriela Medina, Médico generalista a ocultar un secreto por temor a perder a Paola, su amada pediatra. Sin imaginar que lo que ocultaba era para ella, su mayor ilusión. Una novela que lleva a evaluar si es mejor decir una verdad que duela o una mentira que destruya. Esta es la edición LGBT publicada anteriormente bajo el mismo título.

Coraza (2021): Claudia Saavedra es una rubia vaquera dueña de la hacienda más importante de Voldeville que estaba acostumbrada a ser el centro de todo, a tomar y dejar a cuanta mujer se le atravesara en su camino sin medir las consecuencias. Pero ella no siempre fue así; una herida abierta le hizo encerrar su corazón en una coraza de acero con la única intención de protegerse. De impedir que otro amor le hiciera daño.

El empeño de los hermanos Saavedra por conservar el buen nombre de su patrimonio se vio amenazado con la llegada de MerkLand, una gran cadena de supermercados. Claudia hará lo imposible porque esta empresa no destruya lo que con tanto esfuerzo su padre levantó, pero para ella ese no era su único problema.

Con el problema que no contaba la mujer de hermosos rulos de color maíz era que la llegada de MerkLand, incluía la maravillosa aparición de una hermosa morena en el pueblo de Voldeville… Una mujer que noches atrás puso patas arriba su tranquilidad.

Eres tú (2021): Cuando la psicóloga, Raissa Bellucci, conoció a la dueña del Box más reconocido de la ciudad, se perdió en sus ojos; la inflamación en sus párpados a causa de un padecimiento médico, la inquieto de sobre manera. Semanas después la recibiría en su consultorio y sus historias cambiarían drásticamente.

La licenciada Johana Trejo, reconocida y respetada letrada de la ciudad lleva una doble vida; por un lado, su imponente presencia y su respetado título le permiten ser admirada por muchos, pero en el seno de su hogar, otra es la historia. Mujer de mentiras y grandes presunciones, hace de su pareja, Brianna Zavala, una persona atrapada en un ciclo de toxicidad en el que el sexo es su recompensa, su solución, su reconciliación; el sexo es todo, menos un acto de amor.

Eres tú, es la historia de tres mujeres atrapadas en un triángulo amoroso, cuyo final no será el que se esperaba.

Doce meses (2020)

Cuando Astrid Lozano decidió regresar a su país, Puerto Rico, nunca imaginó que la joven y hermosa vecina de su padre, le robaría su corazón.

Kelly Velarde, una rubia enfermera cuya relación pasada se vio afectada por su infidelidad, quedó prendada de la hija de Jeremías, una elegante y hermosa pelinegra quince años mayor que ella. Ese detalle no le permitía a Astrid dar rienda a la fuerte atracción que sentía por la rubia y joven mujer.

El calendario tiene doce meses, ¿será ese tiempo suficiente para descubrir si lo que dicen es cierto? ¿Que el amor no tiene edad?

Secuestrando tu corazón (2019)

Zuleyka Gil, una mujer de cabello de color miel, se encontró con la mirada de Valkyria Mayer sin sospechar que no era la primera vez que aquella morena, de ojos profundos y cabellos rizados, la veía. Las circunstancias fueron delicadas; aquel hombre pelirrojo la estaba tratando con violencia y la morena temió que la escena que presenciaba se tornara peligrosa.

Valkyria descubrió el amor por aquella mujer antes de saber que estaría involucrada en la peor y mejor experiencia de su vida… En su secuestro.

Por ti, una canción (2018)

Dos mujeres. Kara y Enya son dos cantantes famosas a quienes miles de personas aclaman, pero viven en una eterna soledad en un mundo donde la magia, la música, luces y la fama, son sus únicas compañías. Ambas buscan encontrar el amor verdadero de maneras diferentes; una, en la eterna espera. La otra, en cualquier lugar.

Una canción y un escenario las une. La atracción es inmediata, pero no será fácil, cada una deberá descubrir si la otra es la persona merecedora de esa canción. ¡Ojo!, si no tienes una ilusión, si no crees en historias rosadas o en el amor verdadero, esta historia no es para ti.

Tatuada en tu piel (2017)

La primera vez que Anna y Zoei se encontraron, nada fue bien. Cada una deseaba con desesperación que todo aquello terminara,

pero el destino y, tal vez, el amor ya había tejido sus hilos.

Ninguna de las dos puede apartarse de sus mentes e inevitablemente, la atracción que surge entre las dos hace su juego. Pero cada una tiene una historia.

El tatuaje que marca la piel de Anna cuenta su doloroso pasado cual animal herido. Y Zoei está atada a Gale… ambas tendrán que enfrentarse a lo que inevitablemente hay entre las dos y solo así podrán escribir una nueva historia. La de Anna y Zoei.

Entre la ley y el amor (2017)

«... estaba sumida en mis pensamientos cuando tocaron mi ventanilla. Allí, frente a mí los ojos azules más hermosos que había visto en mi vida».

Milady Rigo es una exitosa abogada que jamás imaginó que el amor de su vida vendría en el cuerpo de una hermosa mujer llamada Daniela Coss. Entre la ley y el amor es una historia repleta de ternura, pasión y la lucha por gritar a los cuatro vientos que el amor no se escoge... LLEGA.

A cuatro manos con L. Farinelli:

Sus ojos (2025): Athenas es una joven chilena que conoció a Ada a través de una aplicación de citas. Convencida de que había encontrado a su alma gemela, ella viajó a Estados Unidos siguiendo los deseos de una nueva vida junto a la mujer que parecía entenderla como nadie.

Pero al llegar y con el pasar de las semanas, Athenas se da cuenta de que todo fue un engaño para convertirla en una víctima. Humillada y sin recursos ni documentos de identidad, escapa de su inesperado destino y termina viviendo en las calles, pasando hambre y necesidades hasta que conoce a Paula; una trabajadora social que se acerca a ella para darle una mano.

El destino jugará sus cartas y con el pasar de los días, juntas reconstruirán los que Ada una vez destruyó. La confianza de Athenas y su deseo de amar.

Legado de amor (2024): Mara Betancourt sintió hervir su sangre cuando, después de un año de ausencia, se encontró con Oriana, su cuñada. La tachó de egoísta y cruel por haberse marchado sin avisar y dejar sin saber de ella a Lita y Mario, tras la trágica muerte de Liam.

Para Oriana fue muy difícil asimilar su viudez. Amaba a su esposo con todas sus fuerzas y también adoraba a su familia. Su dolor era inmenso, desgarrador. La pérdida de su esposo la hizo huir, dejar todo atrás sin dar explicaciones a nadie.

Un año después, ninguna de las dos imaginó lo que ese encuentro les depararía. La atracción entre ellas surgió de improviso, causándoles dudas y rechazo. La lucha interna entre lo correcto y lo incorrecto las hizo alejarse la una de la otra sin que ninguna tuviera clara la razón.

Mara y Oriana quieren derribar los muros que las separan y los prejuicios de una familia tradicional para darle rienda suelta a su amor.

¿Será Oriana el legado de amor que Liam Betancourt le dejó a su familia?

Servicio al cliente (2022): Naomi Rivas lleva años como gerente de Molloy, una concurrida tienda de regalos y café; sin embargo, a pesar del éxito, el servicio al cliente no es el mejor porque no cuenta con suficientes empleados. La lucha de la gerente con la dueña de la tienda parece eterna, pero cuando alguien ataca la fachada de Molloy, esta finalmente acude a una agencia de colocaciones.

Michelle Muñoz llega a la tienda vistiendo su uniforme de guardia de seguridad cuando Naomi lo que necesita son empleados para el área de ventas. A partir de ese momento comienza a tejerse una historia de amor que llevará a una cumplir su sueño de amor y a la otra, a cambiar su vida profesional.